ESTUDOS & DOCUMENTOS 29

FRAGMENTOS DE MUNDO

OBJETOS Y ARTEFACTOS AMERICANOS EN TRÁNSITO (SIGLOS XVI-XX)

RAFAEL GAUNE CORRADI
ANTONELLA ROMANO (COORD.)





FRAGMENTOS DE MUNDO
OBJETOS Y ARTEFACTOS AMERICANOS EN TRÁNSITO (SIGLOS XVI-XX)

RAFAEL GAUNE CORRADI
ANTONELLA ROMANO (COORD.)





TÍTULO
Fragmentos de Mundo: Objetos y artefactos americanos
en tránsito (siglos XVI-XX)

COORDENAÇÃO CIENTÍFICA
Rafael Gaune Corradi
Antonella Romano

COLECÇÃO
Estudos e Documentos 29

EDIÇÃO
CHAM – Centro de Humanidades
Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da
Universidade NOVA de Lisboa | Universidade dos Açores
Av. de Berna, 26-C | 1069-061 Lisboa | Portugal
cham@fcsh.unl.pt | www.cham.fcsh.unl.pt

DIRECTOR
João Luís Lisboa

SUBDIRECTOR
João de Figueirôa-Rêgo

COORDENAÇÃO EDITORIAL
Inês Cristóvão

ARBITRAGEM CIENTÍFICA
Ana Ruiz Gutiérrez (Universidade de Granada)
Daniel Quiroz (Universidade do Chile; Servicio Nacional
del Patrimonio Cultural, Chile).
Foi aceite para publicação em Novembro de 2022.

Publicação subsidiada ao abrigo do projecto estratégico do CHAM, FCSH, Universidade NOVA de Lisboa, Universidade dos Açores, financiado pela Fundação para a Ciência e a Tecnologia – UIDB/04666/2020 e UIDP/04666/2020.



DESIGN
SAL Studio

FOTOGRAFIA DA CAPA
Tabula Geographica Regni Chile – Studio et labore P. Alfonsi de Ovalle Procuratoris Chilensis Societatis Iesu, Alonso de Ovalle, 1646. Bibliothèque nationale de France, département Cartes et plans, GE DD-2987 (9357-9358 RES). WikimediaCommons. Url: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tabula_Geographica_Regni_Chile_-_Studio_et_labore_P._Alfonsi_de_Ovalle_Procuratoris_Chilensis_Societatis_Iesu_-_btv1b531882332.jpg
Domínio público.

DEPÓSITO LEGAL
517882/23

ISBN
978-989-755-906-8

E-ISBN
978-989-8492-88-3

URI
https://run.unl.pt/handle/10362/155810

DATA DE PUBLICAÇÃO
2023

TIRAGEM
300 exemplares

PAGINAÇÃO
Margarida Baldaia

IMPRESSÃO
Papelmunde | V. N. Famalicão









ÍNDICE

7 Introducción. Pensar por fragmentos. Discontinuidades y experimentos
RAFAEL GAUNE CORRADI | ANTONELLA ROMANO

19 FRAGMENTOS EN UN MUNDO FRAGMENTADO

21 Savoirs fragmentés ? De la connaissance de l'Amérique par sa matérialité dans la France du XVIe siècle
OURY GOLDMAN

45 Las gentes y las cosas. Construcciones fragmentarias de dos horizontes coloniales ibéricos: África y América (ca. 1492-1560)
LEONARDO ARIEL CARRIÓ CATALDI

65 *Unus non sufficit orbis* ? Compositions savantes d'un monde fragmenté dans l'Europe catholique de la première modernité
ANTONELLA ROMANO

85 "El medicamento más importante, y el más usual que posee la Medicina". La quina y el conocimiento médico en tránsito del Munto Atlántico (1751-1820)
STEFANIE GÄNGER

103 EXPERIMENTOS DESDE CHILE: UN PUNTO DE OBSERVACIÓN

105 El tránsito de los saberes médicos. Adquirir, consultar y codificar libros de divulgación de conocimiento médico en Chile durante el siglo XVIII
MARIANA LABARCA

131 ¿Qué es una nutria? ¿Qué es una luma? Forma de describir el conocimiento en el siglo XVIII (Concepción-Lima-Cádiz-Madrid)
RAFAEL GAUNE CORRADI | OLAYA SANFUENTES

145 Naturaleza chilena en el *Muséum national d'Histoire naturelle* de Francia. Claudio Gay y la empresa global de la Historia Natural
DANIELA SERRA

165 Objetos ingleses en Magallanes. Los *Memorials* de la expedición de Phillip Parker King (1826-1831)
XIMENA URBINA

187 El Universo se encuentra en Atacama. Fragmentos de cosmos desde un observatorio del desierto
BARBARA KIRSI SILVA

RAFAEL GAUNE CORRADI* | ANTONELLA ROMANO**

Introducción. Pensar por fragmentos. Discontinuidades y experimentos***

La palabra "fragmentos", según el *Diccionario de autoridades* de 1739, se relaciona con "la parte o porción pequeña de alguna cosa, quebrada o partida". Esta definición primaria nos proporciona una enunciación segura y que encontramos replicada en los diccionarios contemporáneos en casi todos los idiomas. No obstante, se puede seguir complejizando la definición al pensar en los sinónimos "trozo", "pedazo", "segmento" y "porción". Del mismo modo, podemos enlistar sus antónimos como, por ejemplo, "conjunto" y "totalidad". En arqueología, el fragmento constituye la huella material de un objeto, de un sitio, a partir del cual el investigador debe construir una información sobre un mundo social pasado. La cultura anticuaria asociada a este tipo de investigación fue una de las bases del nacimiento –en Europa– de la historiografía como ha demostrado magistralmente la obra de Arnaldo Momigliano ([1977] 2012). En esta misma perspectiva, podría también integrarse a la reflexión la investigación del pasado a través del estudio de los fragmentos que quedaron en el suelo, cristalizados en torno a la categoría

* Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile; Dissgea, Università di Padova, Italia. ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-7868-4380. *E-mail*: rgaune@uc.cl.
** EHESS – École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia. ORCID iD: https://orcid.org/0000-0003-3076-9665. *E-mail*: antonella.romano@ehess.fr.
*** Este texto es parte de los resultados finales del Proyecto Ecos-Conicyt nº C16H04, *Fragmentos de mundo en tránsito. Objetos y artefactos americanos en Europa, siglos XVII-XX*, coordinado por Antonella Romano y Rafael Gaune Corradi y realizado en el Centre Alexandre-Koyré de la EHESS y el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Aprovechamos de agradecer a ambos equipos todas las reuniones, los viajes, los seminarios, las discusiones y las sugerencias que han enriquecido el proyecto. Del mismo modo, forma parte de las reflexiones teóricas, metodológicas e historiográficas del proyecto ANID Fondecyt Regular n° 1211183 (IR: Rafael Gaune Corradi).

de "ruina" (Schnapp 2021). Finalmente, podríamos adentrarnos en la búsqueda de sinonimias con valor heurístico, donde la noción de "fragmento" nos llevaría a las nociones de "huella" o "indicios", remitiendo así a la dimensión epistemológica de la investigación histórica, tal como se ha desarrollado a raíz de las reflexiones de Carlo Ginzburg (1986). Así, al tener a la vista el espectro lingüístico de la palabra "fragmento", podemos pensar –siguiendo el título de este libro– que intentamos comprender el mundo como un conjunto o una totalidad que se va completando por medio de los distintos fragmentos en circulación.

Creemos que es interesante desde un punto analítico pensar esa relación entre conjunto y fragmento no desde la lógica de lo que se está continuamente completando, sino más bien de la discontinuidad y lo fragmentario que proporciona, por ejemplo, la idea de "tránsito". Así, en *Fragmentos de mundo* proponemos trabajar en la idea de "tránsito" y su papel en la producción de saberes a través del análisis de los viajes de objetos y artefactos que convergen y transitan en América y Europa entre los siglos XVI y XX (Romano 2014 y 2020). En primer lugar, porque parte del trabajo se ubica en un proceso de transición de investigadores los cuales trabajan entre dos continentes y tienen una posición específica para abordar el tema. En segundo lugar, porque la relación entre los dos continentes es históricamente determinada por un proceso de "descubrimiento" de uno por otro. De este modo, la categoría historiográfica "descubrimiento de América" y el trabajo crítico al respecto ha sido desarrollado desde hace ya varias décadas, en particular por americanos y americanas a cuya lectura no podemos más que remitirnos, mencionando, entre muchos otros, el fundamental libro de Edmundo O'Gorman, *La invención de América* (1958).

Si el concepto de "descubrimiento" de por sí es problemático (Bataillon 1953; Greenblatt 1991; Kwiatkowski 2009; Descendre 2015; Bertrand 2019; Donattini 2017; Sanfuentes 2009)[1], el "descubrimiento de América" es una idea en la que no hay espacio para algo que no sea una relación con un mundo salvaje (Prosperi 2018). Todos tenemos en mente las imágenes que acompañaron las primeras ediciones del relato de Staden sobre Brasil (1557), o el grabado de Jan van der Straet para la *Americæ decima pars* (1619) de Johann Theodor De Bry, analizado, entre otros, por Michel de Certeau[2]. Desde el momento mismo en que se elabora esta noción, uno de sus rasgos es que rehúsa la posibilidad de que dicho descubrimiento presente algún vínculo con la ciencia, y, sí hay saberes, son "saberes etnográficos"; apelación que dice muy poco de lo que está en juego en este tipo de "encuentros", también catalogados como "etnográficos" (Pagden [1982] 1986; 1993).

---

1 Estos títulos no incluyen deliberadamente las publicaciones alrededor del tema organizadas por parte de las comisiones nacionales de los centenarios en los varios contextos nacionales, ni las perspectivas críticas para superar la categoría a través la noción de "conquista" (Todorov) o de "encuentro" (Pagden) en particular.

2 La imagen está presente en la primera edición de *L'écriture de l'histoire* (1975), aunque el comentario de Certeau aparece a partir de la edición italiana, *La scrittura della storia* (1977); traducción en español *La escritura de la historia* (1999).

Hay una dimensión analítica que ofrece elementos muy interesantes para la discusión, la reflexión, y, sobre todo, la investigación: cómo la categoría de "descubrimiento de América", tal como fue desarrollada por parte de los españoles en España o en otros países, dio lugar a trabajos que se focalizaron, por ejemplo, en el tema de las navegaciones o de la circulación, sin que esto haya sido conectado con la historia de la ciencia y tan solo de manera muy débil con la historia de la tecnología. Ha sido el desarrollo de las reflexiones sobre la historia de los imperios la que abrió reflexiones más críticas, aunque la atención al mundo iberoamericano ha tenido un papel casi marginal hasta un periodo muy reciente. En ese sentido, encontramos interesante la discusión sobre la problemática categoría de "ciencia ibérica" desarrollada por Jorge Cañizares-Esguerra (2004, 2006a, 2006b), que abrió además un interesante espacio de debate coordinado por María Portuondo (2017) y, sobre todo, por Juan Pimentel y José Pardo-Tomás (2017, 133-147). Al mismo tiempo, en la última década, obras escritas por parte de colegas que trabajan en América Latina han contribuido al replanteamiento del siglo XVI (Nieto 2013; Slater, López-Terrada y Pardo-Tomás 2014; Morales Sarabia, Pardo-Tomás y Sánchez Menchero 2017).

Atrás de estas reflexiones, lo que es fascinante es como la idea misma de "descubrimiento de América" coincidió con la focalización en distintos fragmentos de esta "América". Pero en todas las perspectivas, lo que no ha sido bastante subrayado es la idea de las discontinuidades del proceso mismo: el "descubrimiento" no ha sido de toda América, sino de algunos fragmentos. El trabajo de conocimiento ha sido fundamentalmente –por lo menos por parte de los europeos y después también por los americanos– un trabajo de *collage* y *assemblage* a través de dispositivos como libros, lugares de saberes, colecciones, museos (Andretta, Descendre y Romano 2021; Achim, Deans-Smith y Rozenthal 2021) y con medios que siempre fueron pensados para esto, es decir, los viajes de "exploración" y los instrumentos adecuados para tal actividad (Bourguet, Licoppe y Sibum 2002; Pimentel 1989). Esta cronología coindice además con unas tecnologías particulares y por ese motivo podemos concluir este volumen con el último texto que da cuenta precisamente de otras tecnologías y otras escalas territoriales (Estados Unidos). Desde una perspectiva que privilegia la dimensión espacial de tales reflexiones, la aproximación a través de las islas tiene un papel fundamental que no se puede profundizar acá, aunque es muy importante: se podría hablar de una aproximación "isolaria" del mundo fragmentado opuesta a una aproximación "terránea" (Besse 2021; Padron 2018, 2020).

De este modo, el análisis de objetos que se encuentra al centro del volumen nos devuelve, por definición, al desarrollo de una investigación de fragmentos de historia o una historia con fragmentos, basada en un postulado metodológico que hemos puesto a prueba y discutido extensamente en el contexto de este libro: la construcción del conocimiento y de los saberes no obedece necesariamente a un proyecto incluido *a priori* en una agenda definida por un grupo o un número predeterminado de actores, ni se reduce a lógicas institucionales. Esto ocurre también en un modo accidental, lo cual implica

fragmentariedad y discontinuidad de las funciones y sentidos atribuidos a los objetos que están en el corazón de esta producción (Pimentel 2010). Estos deben entenderse en su singularidad como fragmentos que capturan historias de discontinuidades. Al mismo tiempo, su fragmentariedad se vincula a los entendimientos determinados por las lecturas en lugares, actores y tiempos diversos. En particular, se intentará integrar el estudio de las relaciones entre Chile, América y Europa de manera crítica y reflexiva por medio de las propuestas ofrecidas por las historiografías circulatorias en relación con el horizonte de la historia global y sus escalas. Cabe destacar, siguiendo esa misma perspectiva, el texto titulado "Les échelles du monde. Pluraliser, croiser, généraliser" publicado en el "Autoportrait d'une revue" de la revista *Annales* (2020, 465-492).

Así, el objetivo del libro es reunir los resultados de las propuestas individuales que han alimentado un proyecto colectivo a lo largo de tres años. Dichos textos son casos de estudio que exteriorizan fragmentos de mundo y que, al mismo tiempo, nos ayudan a enfrentar la compejilidad que cada "pedazo" ofrece en sí mismo. Por eso, no hacemos una retrospectiva que ordene estos fragmentos. Cada uno de los artículos habla por sí mismo y ofrece ejemplos del proceso fragmentario de la relación entre América y Europa. Esta fragmentariedad la pensamos además desde un continente a otro.

En el último año los contornos del proyecto editorial han evolucionado considerablemente, ya que se ha profundizado la problemática en el sentido de una ampliación de los espacios de reconfiguración del fragmentado mundo americano durante el largo período de colonialismo e independencia. Por un lado, se trata de comprender de mejor forma la especificidad, si es que existe, de la situación chilena en el contexto americano, intentando analizar las propias fronteras de Chile, su construcción negociada e inestable, que dibuja un espacio geográfico único, discontinuo y apresado entre el mar y la tierra, según las características particulares que se registran y se aprenden del "descubrimiento" del Estrecho de Magallanes y que nos recuerdan los versos I, 7, de Alonso de Ercilla en *La Araucana:*

> Es Chile norte sur de gran longura
> costa del nuevo mar, del Sur llamado,
> tendrá del leste a oeste de angostura
> cien millas, por lo más ancho tomado;
> bajo del polo Antártico en altura
> de veinte y siete grados, prolongado
> hasta do el mar Océano y chileno
> mezclan sus aguas por angosto seno[3]

---

3 Otro fragmento relacionado con el de Ercilla es el de Alonso de Góngora y Marmolejo en *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*, terminada de redactar en 1575 y publicada a mediados del XIX: "Es el reino de Chile y la tierra de la manera de una vaina d'espada angosta y larga. Tiene por la una parte la Mar del Sur, y por la otra la Cordillera Nevada, que lo va prolongando todo él; y habrá en esta distancia de la mar a la Cordille[ra], por unas partes diez y seis leguas, y por otras diez y ocho, y veinte por lo más largo, y ansí poco más o menos. La Cordillera está nevada todo el año, y es tan brava a la apariencia

La excepcional extensión de Chile en latitud, la inigualable importancia de las masas montañosas, que se convirtieron para Humboldt en objeto de un pujante estudio geológico, reúne una naturaleza y una historia natural no solo excepcionalmente rica y variada, sino también extremadamente compartimentada. Esto se evidencia por ejemplo en una costa y desmoronamiento en islas y archipiélagos al punto que su cartografía permanecerá indeterminada por mucho tiempo. Pero, a escala americana, durante los siglos en los que se desarrolla el trabajo colectivo son los de una profunda redistribución del juego de intercambio entre América y Europa, a medida que la ocupación del espacio marítimo se vuelve más concentrada.

Por otro lado, se analiza desde esa misma perspectiva casos de estudio que dan cuenta de las experiencias americanas en relación con las otras partes del mundo a partir de la premisa de los "fragmentos en un mundo fragmentado". En esta doble hipótesis –de la fragmentación del territorio y la reorientación de las circulaciones académicas y materiales– es donde se inserta analíticamente este volumen colectivo.

Este volumen colectivo presenta conjeturas secundarias que proponen que el análisis de objetos y artefactos americanos permite, en cierto sentido, repensar la historia del conocimiento europeo al interior de un cuadro de historia imperial y de relaciones marcadas por interacciones asimétricas con otras partes del mundo y, en particular, en los espacios coloniales. Asimismo, esta propuesta intentará vincular la historia europea y la historia americana, haciéndolas parte de una infinidad de configuraciones políticas y de escalas que traspasan constantemente los límites geográficos construidos, sean ellos "naturales" ("Andes", "Amazonia", "estrecho de Magallanes") o "nacionales" (los virreinatos, los Estados post-independencia) (Fonseca et al. 2022). Así, se analizarán fragmentos a través de varios paradigmas, entre los cuales podemos mencionar los de apropiación y clasificación (Foucault 1968; Baudrillard 1969; Perec 2003; Blom 2013) para seguir el tránsito entre Chile, América y Europa de trozos de mundo. A través de estos tránsitos se negociaban saberes y conceptos entre actores e instituciones, entre saberes establecidos y saberes ordinarios y locales. Se apropiaban objetos resignificados por mediadores, iniciando así procesos de apropiación y desposesión, abriendo deslegitimaciones y nuevas legitimidades de uso y sentido (Labrusse 2017). Más aún, nos remiten a la generación de un conocimiento objetual y con pretensiones científicas que ha marcado el tránsito y las relaciones históricas entre Europa y América.

Este volumen propone además hacer un estudio histórico del tránsito de objetos, artefactos e ideas como problema histórico vinculado a los estudios de la cultura material que señalan el interés de estas huellas de la historia y los consideran verdaderos agentes sociales (Dant 1999). El significado de los objetos es construido socialmente y está

---

de la vista como lo es la que pasa y devide a Italia de la Francia y [a] Alemania de la Italia, y hay por ella valles que se pasan a sus tiempos de la otra parte, y ansí andan los naturales en sus contractaciones, y españoles la han pasado algunas veces para tomar plática de la tierra (2015, 93-94).

modelado por las interacciones entre los sujetos y los objetos. Los objetos no están solo materialmente hechos por una cultura, sino culturalmente significados por ella. Ann Brower Stahl incluso argumenta que el estudio de la cultura material proporciona tanta o más información que los testimonios escritos, ya que los objetos son modificados por las personas, pero, al mismo tiempo, transforman el contexto en el que la vida social se sitúa (2010). En los estudios de cultura material se ha hablado de la agencia que tienen los objetos inanimados (Gell 1998), es decir, se les da una cierta voluntad propia. Los objetos, en este contexto, tendrían poder sobre los humanos y sus vidas a través de sus propiedades transformativas. Esta idea no es nueva: está en las cosmogonías de muchos pueblos y es la base de las ideas de Marx respecto a la importancia de las condiciones materiales de la vida humana para comprender los modos en que se comporta la sociedad. La propuesta, entonces, hará un seguimiento a los derroteros de objetos y artefactos americanos que nace, de alguna forma, de la inspiración proporcionada por las ideas de Arjun Appadurai (1986). Este postula que los objetos, al igual que los sujetos, tienen una vida social. Y el valor de estos objetos está modelado por el juicio que emiten los sujetos en torno a ellos. Esto significa que el valor de los objetos no es algo inherente a ellos, sino que varía en el tiempo y en el espacio y según el sujeto que se relacione con el objeto. Esta premisa es la que motiva la pesquisa de los escenarios, actores, prácticas y condiciones que permiten y alientan la circulación de objetos y grupos de objetos. Appadurai, en ese sentido, habla de hacer esta pesquisa en diferentes regímenes de valor. Y como una conjetura preliminar a este respecto, veremos que las valoraciones serán heterogéneas, tanto en términos espaciales como temporales. Tomaremos, además, las categorías espaciales y escalas que, según Daniel Miller (1998), constituyen una de las bondades de los estudios de la cultura material[4].

Otra categoría de análisis fundamental para esta propuesta es "tránsito". Tim Dant nos proporciona también algunas ideas útiles para los efectos de este volumen (1999), ya que sostiene que hay algunos objetos que son mediadores, pues transportan mensajes a través del tiempo y el espacio, haciendo circular ideas, información, emociones, transformándose en verdaderos protagonistas de la interacción social. Los objetos propios de la alteridad normalmente se colocan en espacios de exhibición, como consecuencia de la dificultad de nombrarlos, utilizarlos y darles sentidos. Desde sus vitrinas se muestran como vestigios del pasado y por tanto mediadores en el tiempo; o bien, como curiosidades de otras culturas y, por lo tanto, mediadores espaciales. Algo similar es lo que nos aporta George Stocking (1985), quien argumenta que los objetos exhibidos en los museos han sido tradicionalmente aquellos pertenecientes a "los otros". Estos objetos son recontextualizados y resignificados en el espacio museal, por lo que su significado es problemático e inadecuado (Handler 1985). Respecto a esta descontextualización,

4 Este y los dos párrafos que siguen han sido tomados de la discusión historiográfica presente en nuestro texto (Gaune Corradi y Romano 2019, 138-143).

Richard Handler alude a los postulados de Frans Boas al referirse a la inadecuada contextualización de los objetos que suele hacerse en los museos. La considera artificial, así como otros postulan que la descontextualización del marco original altera características y usos.

Por último, los capítulos que componen este libro se enmarcan en las discusiones y diálogos de una historia sociocultural de la ciencia (Romano y Schaffer 2015) que estudia la circulación modelada por el intercambio global y los vínculos culturales entrecruzados (*cross-cultural*) (Secord 2004; Aram y Yun-Casalilla 2014). Al interior de esta perspectiva, es importante subrayar que la historia de la ciencia de las últimas décadas se ha reconfigurado alrededor de la categoría "historia de los saberes" con el objetivo de "descentralizar" un modelo eurocentrista de reflexión. De este modo, se analizan las dinámicas de negociación entre actores de varios grupos sociales y diversos espacios, para finalmente rechazar el modelo difusionista vinculado con la hegemonía de producción de "ciencia" desde un centro o una metrópolis (Van Damme 2015). Así, con "fragmentos de mundo" nos referimos a espacios pluricentrados (Kontler et al. 2014) y epistemológicamente plurales que permiten examinar las intersecciones, la pluridireccionalidad y la multidimensionalidad de las producciones de saberes cuando transitan (Werner y Zimmermann 2006).

La estructura de este volumen colectivo se desarrolla en dos planos que dialogan con la propuesta general del libro, es decir, una primera parte titulada "Fragmentos en un mundo fragmentado" en la que emergen Europa, Asia, África y América, y la segunda concentrada en los "Experimentos desde Chile" como un punto de observación y escala de estos tránsitos. Es interesante subrayar que Chile no está en la franja atlántica y este espacio nos invita a desplazarnos y fortalecer la circulación de saberes en cuanto a la construcción de nuevas rutas. Desde el Pacífico, así como de los Estados resultantes luego de la Independencia, se organizan nuevas relaciones que tendrán nuevos costos: el cuestionamiento del tropismo europeo, todavía sólido a principios del siglo XIX en particular por el poder epistemológico de los naturalistas franceses en torno a los Museos de Historia Natural, o los naturalistas alemanes formados tras las huellas de Humboldt.

De este modo, "Fragmentos en un mundo fragmentado", se abre con el trabajo de Oury Goldman que estudia las consecuencias del conocimiento fragmentado de las realidades americanas en la construcción del conocimiento sobre el Nuevo Mundo en la Francia del siglo XVI. Se analiza cómo estos fragmentos de realidades americanas han pasado por una serie de procesos de mediatización que no sólo han configurado la forma en que han sido integrados y domesticados en el marco europeo, sino que han participado en la construcción del conocimiento sobre América desde Europa. Por su parte, Leonardo Ariel Carrió Cataldi, aborda el problema de la presencia de fragmentos de África en la península ibérica en el momento en que Cristóbal Colón vuelve de su primer viaje de las Indias occidentales; asimismo problematiza los términos "posesión" y

"destrucción" de las cosas y de las gentes de ambos continentes a mediados del siglo XVI, vinculándose con la relación entre el *fragmento* y el *mundo*, o la parte y el todo. En el artículo de Antonella Romano se busca (re)constituir el mundo en su dimensión global a partir de la *Imago primi saeculi Societatis Iesu* de la Compañía de Jesús (1640) que muestra los resultados de su éxito planetario a través del lema "un mundo no es suficiente" y una ilustrativa imagen: dos círculos que representan las dos superficies de un globo donde se distinguen las masas continentales, así como los grandes espacios geopolíticos de las Indias Orientales: India, China, Japón, Tartaria y Filipinas. Para concluir la primera parte del libro, Stefanie Gänger busca entender cómo el conocimiento médico –en la forma de materiales, palabras, y prácticas– fue transmitido dentro de y entre las sociedades atadas al mundo atlántico entre 1751 y 1820. Enfocado en la quina, o cascarilla, expone y analiza cómo este remedio "singular" y las habilidades, narrativas y saberes relevantes para su consumo llegaron a formar parte del entendimiento de hombres y mujeres.

Los "Experimentos desde Chile: un punto de observación" se abren con el texto Mariana Labarca que aborda las dinámicas del consumo de libros de medicina en Chile de fines del siglo XVIII, que constituyen uno de los géneros de literatura más comunes en las bibliotecas del período. Examina, en primer lugar, cómo llegaron y quiénes los adquirieron y, en segundo lugar, explora los posibles usos que de ellos hizo el público lector; esto, como formula la autora, dio pie a la conformación de un género de literatura médica destinado a un público no especializado que logró gran éxito en Europa e Iberoamérica durante el siglo XVIII. Se continúa en el siglo XVIII con el capítulo de Rafael Gaune Corradi y Olaya Sanfuentes que analizan algunas solicitudes por parte de la Monarquía ibérica de remesas de pieles de nutria para la comercialización en el Pacífico y de maderas de luma (árbol endémico de Chile) para construir palacios en Madrid. Se discute el problema del valor simbólico de estos objetos en los circuitos comerciales, las prácticas materiales asociadas al traslado y los saberes útiles inscritos en la nutria y en la luma que transformaron esos objetos en "objetos de valor". Daniela Serra, por su parte, busca comprender las razones que hicieron que Claudio Gay viajara a Chile a finales de la década de 1820 interesado en el estudio de la historia natural de ese territorio. Se analiza el escenario europeo en que se inscribió la travesía del francés, los intereses particulares del naturalista por salir a recorrer el mundo, así como las condiciones que posibilitaron su viaje a Sudamérica. Mientras que Ximena Urbina examina cómo las expediciones marítimas británicas en el océano Pacífico produjeron nuevo conocimiento en forma de bitácoras, diarios de viaje, dibujos, mediciones con instrumental moderno, cartografía, nominación o bautizo de lugares, así como también a través de los memoriales dejados: el testimonio físico dejado una acción u operación concreta sobre el espacio. Cierra el volumen el artículo de Barbara Kirsi Silva que investiga sobre el Observatorio Europeo Austral (European Southern Observatory – ESO) y su decisión de construir un moderno observatorio en el Desierto de Atacama: Paranal (Antofagasta, norte de Chile). Se explora el tránsito de los objetos de conocimiento identificados como datos y registros

entre continentes y entre décadas y cómo en ese tránsito entregó un nuevo significado a estos registros.

El volumen, en definitiva, propone que el estudio y análisis de una selección de objetos americanos en tránsito en un mundo fragmentado no solo modificó las relaciones históricas sobre el conocimiento y los saberes entre América con Europa, sino también fue fundamental en los cambios epistemológicos que transformaron Europa y sus propias relaciones con la modernidad y el conocimiento. Precisamente, la apropiación, descripción, clasificación y resignificación de objetos americanos en Europa propició un impulso científico a través de paradigmas epistemológicos de conocimiento que transformaron a dichos objetos en agentes del conocimiento y, sobre todo, en objetos con una relación directa en los cambios epistemológicos de Europa (Sebastiani y Marcovich 2019; Achim y Gänger 2021).

Bibliografía

ACHIM, Miruna, Susan Deans-Smith, y Sandra Rozental, ed. 2021. *Museums matters. Making and Unmaking Mexico's National Collections*. Arizona: The University of Arizona Press.

ACHIM, Minura, y Stefanie Gänger. 2021. "Pas encore classiques. La fabrique des antiquités américaines au XIXe siècle". *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 76 (2): 341-376.

ANDRETTA, Elisa, Romain Descendre, y Antonella Romano, ed. 2021. *Un mondo di* Relazioni. *Giovanni Botero e i saperi nella Roma del Cinquecento*. Roma: Viella.

APPADURAI, Arjun, ed. 1986. *The Social Life of Things.* Cambridge: Cambridge University Press.

ARAM, Bethany, y Bartolomé Yun-Casalilla, ed. 2014. *Global Goods and the Spanish Empire, 1492-1824: Circulation, Resistance and Diversity*. New York: Palgrave Macmillan.

BATAILLON, Marcel. 1953. "L'idée de découverte de l'Amérique chez les Espagnols du XVIe siècle (d'après un livre récent)". *Bulletin hispanique* LV: 23-55.

BERTRAND, Romain, dir. 2019. *L'Exploration du monde. Une autre histoire des Grandes Découvertes*. Paris: Seuil.

BESSE, Jean-Marc. 2021. "Une autre partie du monde ? Le livre des îles de Giovanni Botero". En *Un mondo di* Relazioni. *Giovanni Botero e i saperi nella Roma del Cinquecento*, a cura di Elisa Andretta, Romain Descendre y Antonella Romano. Roma: Viella.

BLOM, Philipp. 2013. *El coleccionista apasionado: una historia íntima*. Barcelona: Anagrama.

BAUDRILLARD, Jean. 1969. *El sistema de los objetos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

BOURGUET, Marie-Noëlle, Christian Licoppe, y Heinz Otto Sibum. 2002. *Instruments, travel and science. Itineraries of precision from the seventeenth to the twentieth century*. London: Routledge.

CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge. 2004. "Iberian Science in the Renaissance: Ignored How Much Longer?". *Perspectives on Science* 12 (1): 86-124.

CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge. 2006a. *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic, 1550--1700*. Stanford: Stanford University Press.

CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge. 2006b. *Nature, Empire, and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*. Stanford: Stanford University Press.

CERTEAU, Michel de. 1975. *L'écriture de l'histoire*. París, Gallimard.

DANT, Tim. 1999. *Material Culture in the Social World: Values, Activities, Lifestyles*. Buckingham: Open University Press.

DESCENDRE, Romain. 2015. "La 'Découverte': histoire d'une invention sémantique (premiers éléments)". En *Langages, politique, histoire: avec Jean-Claude Zancarini*, dirección de Romain Descendre y Jean Louis Fournel. Lyon: ENS Éditions.

DONATTINI, Massimo. 2017. *Dal Nuovo Mondo all'America. Scoperte geografiche e colonialismo (secoli XV-XVI)*. Roma: Carocci.

FONSECA, Claudia Damasceno, Laura de Mello e Souza, Michel Riaudel, y Antonella Romano. 2022. "De la présence brésilienne dans la construction européenne du monde". En *Le moment 1816 des arts et des sciences. Auguste Saint-Hilaire, Ferdinand Denis et le Brésil*, 9-54. Paris: Sorbonne Université Presses.

FOUCAULT, Michel. 1968. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Traducción de Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

GAUNE CORRADI, Rafael, y Antonella Romano. 2019. "Fragmentos de un mundo en tránsito entre América y Europa. Experimentos desde Chile". *História Unisinos* 23 (2): 138-143.

GELL, Alfred. 1998. *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford: Oxford University Press.

GINZBURG, Carlo. 1986. *Miti emblemi spie. Morfologia e storia*. Turín: Einaudi.

GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de. 2015. *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*. Estudio, edición y notas de Miguel Donoso. Santiago: Editorial Universitaria.

GREENBLATT, Stephan. 1991. *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*. Chicago: University of Chicago Press.

HANDLER, Richard. 1985. "On Having a Culture: Nationalism and the Preservation of Quebec's Patrimonie". En *Objects and Others: Essays on Museums and Material Culture*, 192-217. Madison: University of Wisconsin Press.

LABRUSSE, Rémi. 2017. *Le vase arabe du royaume de Suède*. Roma: Gangemi Editore.

"Les échelles du monde. Pluraliser, croiser, généraliser". *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 75 (3-4): 465-492.

KONTLER, Lászlò, Antonella Romano, Silvia Sebastiani, y Borbála Zsuzsanna Török, ed. 2014. *Negotiating Knowledge in Early Modern Empires: A Decentered View*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

KWIATKOWSKI, Nikolas. 2009. *Historia, progreso y ciencia. Textos e imágenes en Inglaterra 1580--1640*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

MILLER, Daniel. 1998. *Material Cultures: Why Some Things Matter*. Chicago: University of Chicago Press.

MOMIGLIANO, Arnaldo. (1977) 2012. *Essays in Ancient and Modern Historiography*. Chicago: Chicago University Press.

MORALES SARABIA, Rosa Angélica, José Pardo-Tomás, y Mauricio Sánchez Menchero, ed. 2017. *De la circulación del conocimiento a la inducción de la ignorancia. Culturas médicas trasatlánticas, siglos XVI y XVII*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

NIETO, Mauricio. 2013. *Las maquinas del imperio y el reino de Dios. Reflexiones sobre ciencia, tecnología y religión en el mundo atlántico del siglo XVI*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

O'GORMAN, Edmundo. 1958. *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.

PADRON, Ricardo. 2020. *The Indies of the Setting Sun: How Early Modern Spain Mapped the Far East as the Transpacific West*. Chicago: The University of Chicago Press.

PADRON, Ricardo. 2018. "Mundus Novus – China – Terra Australis: Successive New World Fantasies". En *Shores of Vespucci. A historical Research of Amerigo Vespucci's Life and Contexts in Collaboration with Francisco Contente Domingues*, editado por Angelo Cattaneo, 205-216. Frankfurt: Peter Lang.

PAGDEN, Anthony. [1982] 1986. *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*. Cambridge: Cambridge University Press.

PAGDEN, Anthony. 1993. *European Encounters with the New World. From Renaissance to Romanticism*. New Haven, London: Yale University Press.

PEREC, Georges. 2003. *Penser-Classer*. Paris: Gallimard.

PIMENTEL, Juan. 2010. *El Rinoceronte y el Megaterio. Un ensayo de morfología histórica*. Madrid: Abada Editores.

PIMENTEL, Juan, y José Pardo-Tomás. 2017. "And yet, we were modern. The paradoxes of Iberian science after the Grand Narratives". *History of Science* 55 (2): 133-147.

PIMENTEL, Juan. 1989. *Malaspina y la Ilustración: pensamiento político, utopía y realidad colonial en Alejandro Malaspina*. Madrid: Ministerio de Defensa, Centro de Publicaciones.

PORTUONDO, María. 2017. "Iberian Science: Reflections and Studies". *History of Science* 55 (2): 123-132.

PROSPERI, Adriano. 2018. *La semilla de la intolerancia. Judíos, herejes, salvajes: Granada 1492*. Traducción, notas y edición de Rafael Gaune Corradi. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

ROMANO, Antonella. 2014. "Des sciences et des savoirs en mouvement : réflexions historiographiques et enjeux éthodologiques". *Diaspora. Circulations, migrations, histoire* 23-24: 66-79.

ROMANO, Antonella. 2015. "Making the History of Early Modern Science: Reflections on a Discipline in the Age of Globalization". *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 70 (2): 307-334.

ROMANO, Antonella. 2020. "Ce que l'histoire globale fait à la 'révolution scientifique', ou la fin d'un grand récit et ses multiples conséquences". *Rivista storica italiana* 132 (2): 542-548.

SANFUENTES, Olaya. 2009. *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso*. Santiago: Ediciones UC.

SCHAFFER, Simon. 2015. "Ceremonies of Measurement: Rethinking the World History of Science". *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 70 (2): 335-360.

SCHNAPP, Alain. 2021. *Une histoire universelle des ruines. Des origines aux Lumières*. Paris: Seuil.

SEBASTIANI, Silvia, y G. Goldin Marcovich. 2019. "Empire, Enlightenment and the Time Before: Global Contexts for Writing the History of Mexico". *Comparativ. Zeitschrift für Globalgeschichte und vergleichende Gesellschaftsforschung* 29 (3): 23-40.

SECORD, James. 2004. "Knowledge in Transit". *Isis* 95 (4): 654-672.

SLATER, John, Maria-Luz López-Terrada, y José Pardo-Tomás, 2014. *Medical Cultures in the Early Modern Spanish Empire*. Farnham: Ashgate.

STADEN, Hans. 1557. *Warhaftige Historia und Beschreibung eyner Landtschafft der Wilden Nacketen, Grimmigen Menschfresser-Leuthen in der Newenwelt America gelegen.* Marburg: Kolb.

STAHL, Anne B. 2010. "Material Histories". En *The Oxford Handbook of Material Cultures Studies*, 150-172. Oxford: Oxford University Press.

STOCKING, George. 1985. *Objects and others: Essays on Museums and Material Culture*. Madison: University of Wisconsin Press.

VAN DAMME, Stéphane, dir. 2015. *Histoire des sciences et des savoirs*, vol. 1 – *De la Renaissance aux Lumières*. Paris: Le Seuil.

WERNER, Michael, y Bénédicte Zimmermann. 2006. "Beyond Comparison: Histoire Croisée and the Challenge of Reflexivity". *History and Theory* 45: 30-50.

FRAGMENTOS EN UN MUNDO FRAGMENTADO

OURY GOLDMAN*

Savoirs fragmentés ? De la connaissance de l'Amérique par sa matérialité dans la France du XVI[e] siècle

Avant de conclure son ouvrage relatant son périple en Méditerranée orientale, effectué entre 1547 et 1549, le voyageur et naturaliste Pierre Belon du Mans consacre une dernière section de son livre aux plantes et aux animaux singuliers disponibles sur le marché de Constantinople (Belon du Mans 1554, fl. 208-211v.). Dans cet ultime chapitre, l'animal qui conclut l'ensemble du livre – et que représente la dernière illustration – s'avère être, de manière surprenante, un mammifère américain : le tatou. Si le naturaliste se permet d'évoquer cet animal étranger aux régions orientales dont il brosse le portrait, c'est qu'il a pu l'observer « apporté de la Guinée, & de la terre neuve » dans les boutiques de la capitale ottomane. Pour être exact, Belon n'a pas eu affaire à l'animal vivant, mais à un fragment de celui-ci : sa carapace. C'est en raison de sa « dure escorce » et de ses « larges escailles » qu'il est en effet possible « d'oster sa chair », de le transporter « en si loingtain pays […] sans rien perdre de sa naisve figure ». À partir de cette unique partie disponible, Belon du Mans propose une « peincture du Tatou » sous la forme d'une gravure figurant l'animal reconstitué à partir de sa carapace, accompagnée d'une description de ses caractéristiques[1]. La carapace observée endosse le rôle de fragment, dès lors qu'elle constitue un morceau dissocié d'un animal mais qu'elle permet en même temps de reconstituer un tout en donnant à voir la « figure » de l'ensemble d'une espèce. À partir d'un échantillon matériel d'un animal déterminé, le voyageur français propose une description et une illustration censées fournir un modèle pour identifier n'importe quel tatou.

* Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, CRBC-CAK, France.
E-mail: oury.goldman@gmail.com.

1 Pour une analyse des modalités de description du tatou par Belon mises en regard d'autres procédés similaires déployés dans les écrits français évoquant les nouveaux mondes (Masse 2009, 153-158).

Outre cette présence matérielle sur les étals du marché stambouliote – rendue possible tant par les caractéristiques physiques de l'animal que par les circuits globaux de diffusion des biens alors en constitution (Gerristen et Riello 2016) – Belon justifie le passage consacré au tatou par l'absence de connaissance par les « anciens » des régions desquelles est apporté le mammifère. En outre, le voyageur mentionne que ces différents éléments expliquent l'existence « commune en plusieurs cabinets » de la carapace du tatou, renvoyant à l'existence documentée de la carapace de l'animal dans les cabinets de curiosités qui se constituent alors en Europe (Schnapper 1988 ; Shelton 1994 ; Yaya 2008). Progressivement, le tatou – un des multiples animaux « nouveaux » de l'Amérique aux yeux des Européens – endosse le rôle d'allégorie et d'emblème de l'ensemble du Nouveau Monde (Martin 2005). La carapace du tatou fonctionne alors comme un fragment à plusieurs niveaux, car d'un morceau de la vaste faune américaine, elle se transforme en raccourci de l'ensemble d'un continent dont la particularité est justement d'apparaître comme un espace aux dimensions et contenus encore largement ignorés des Européens. En ce sens, la carapace du tatou se situe bien dans la catégorie des « singularités » sur laquelle l'ensemble du traité de Belon est construit, comme le signale son titre. Dans l'épistémologie de la Renaissance, la singularité (proche de la merveille) se caractérise par sa rareté et ses qualités exceptionnelles justifiant l'attention dont elle fait l'objet, tout en pouvant servir paradoxalement de condensé du monde dès lors qu'elle concentre, dans le particulier, les principes de l'ensemble de l'ordre naturel (Céard 1977). La position finale assignée à la description du tatou dans l'ouvrage de Belon signale son extériorité au monde méditerranéen auquel le livre est consacré, mais participe à mettre en valeur son caractère singulier et exceptionnel, et à le rendre d'autant plus remarquable.

Pour autant, la recomposition d'une représentation complète de l'animal à partir d'un de ses morceaux ne va pas sans poser question aux contemporains de Belon. Dès 1554, un an après la parution de l'ouvrage du voyageur français, le naturaliste suisse Conrad Gessner insère une description et une illustration du tatou dans son traité consacré aux animaux (Asúa et French 2005, 193). S'il reprend à son compte la description du Français sur la carapace et sa transportabilité, il corrige la caractérisation des autres parties de l'animal, comme son museau ou ses orteils griffus que Belon du Mans avait représentés en forme de sabot. Gessner propose une description corrigée et une illustration alternative de l'animal, basées à la fois sur un dessin et une carapace de tatou obtenus par l'intermédiaire d'un apothicaire d'Ulm, mais aussi sur d'autres sources livresques[2]. Gessner refuse l'opération qui consiste à reconstituer un tout à partir d'un seul morceau de l'animal, et cherche à croiser plusieurs sources et supports d'informations – textuelle, iconographique et matérielle – pour proposer une description complète d'un *specimen*,

2 Parmi ses sources, se trouvent les traités de Girolamo Cardano et Jules-César Scaliger publiés dans les mêmes années, eux-mêmes basés sur la description textuelle fournie par les historiens castillans Gonzalo Fernández de Oviedo et Francisco López de Gómara (Asúa et French 2005, 186-188).

c'est-à-dire une représentation pouvant faire office de référence pour l'ensemble d'une espèce, à un âge où cette catégorie était encore loin d'être fixée (Kusukawa 2011 ; Lacour 2014, 252-295). Gessner renvoie la présentation du tatou de Belon vers un autre aspect relatif à son caractère fragmentaire, à savoir son incomplétude, dès lors que le voyageur français se base sur la seule partie matérielle de l'animal qui a pu être transportée jusqu'aux marchés ottomans. Bien que certaines sources indiquent la présence de tatous vivants en Europe (Beusterien 2020, 115-172)[3], sans se rendre aux Amériques, peu d'Européens pouvaient faire l'expérience de l'animal encore en vie (George 1985, 179-187). La recherche d'une juste description et représentation du tatou par les érudits du XVI^e siècle rend compte à la fois des opportunités et des limites de la construction du savoir sur les réalités américaines par un de ses fragments.

Le traitement par Belon du tatou, et ses reprises ultérieures, condensent les enjeux liés à la circulation des réalités américaines et à leur transformation en support de savoir dans la France du XVI^e siècle. La description du voyageur français s'éclaire à la lueur des circuits globaux de diffusion des biens américains, s'articule à leur présence matérielle dans de multiples lieux (marchés, cabinets de curiosité, livres), et à leur transformation en support textuel et iconographique de connaissance dont la circulation est assurée par les réseaux européens du livre et de l'érudition. Le passage sur le tatou rend également compte des phénomènes de contingence relatifs à la connaissance de l'Amérique par certaines de ses réalités matérielles, dès lors que ce savoir dépend des opportunités et limites des connexions entre différentes parties de l'Europe et du Nouveau Monde. Si certains Européens ont physiquement fait l'expérience du terrain américain, une grande majorité d'entre eux n'a eu accès à l'Amérique que par des biens et denrées divers – richesses minérales, plantes et animaux, objets manufacturés, etc. La circulation de ces commodités a permis à d'autres Européens d'éprouver une certaine expérience de l'Amérique sans quitter les limites du Vieux Monde. Un des terrains intéressants pour étudier les conséquences de cette médiatisation en partie contingente des réalités américaines dans la construction de savoirs sur le Nouveau Monde, s'avère être la France du XVI^e siècle, pourtant longtemps décrite par l'historiographie comme peu préoccupée par l'horizon américain – du moins en dehors des espaces du continent où le royaume avait alors des intérêts. En effet, à défaut de réussir à établir des bases coloniales stables et durables sur le sol américain, le royaume de France entretient des liens commerciaux denses avec plusieurs parties des côtes atlantiques américaines, du Canada jusqu'au Brésil. Dès lors, les recherches ont eu tendance à se focaliser prioritairement sur ces espaces en lien « direct » avec la présence française aux Amériques, et elles ont ont pu évacuer la mise en contact de certains acteurs en France avec d'autres objets rapportés en Europe depuis les

3 Francisco López de Gómara prétend qu'Hernan Cortès aurait présenté en 1528, à son retour en Espagne, des tatous vivants en spectacle, tandis que Belon indique que certains étaient présents vivants en France : « [le tatou] est une espece de Pourceau, ayant jambes, pieds et museau de mesme : car on l'a deja veue vivre en France, et se nourrir de grain et de fruicts » (Belon du Mans 1554, fl. 211).

possessions ibériques en Amérique. Certains de ces objets sont transportés directement de la péninsule Ibérique vers le royaume de France, tandis que d'autres sont observés sur d'autres terrains où ils circulent, à l'instar des Pays-Bas (Werner et Verbeckomes 2015) ou de l'Italie (Horodowich et Markey 2017), et même de l'Orient méditerranéen comme le prouve le témoignage de Belon du Mans. L'article interrogera alors la manière dont ces morceaux de réalités américaines sont passés par une série de processus de médiatisations qui ont façonné la manière dont ils ont été intégrés dans le cadre français et qui ont participé à la construction des savoirs sur l'Amérique depuis l'Europe. La saisie du Nouveau Monde par sa matérialité interroge la manière dont différents fragments (d'une espèce, d'un territoire, etc.) du monde naturel et humain peuvent servir de support à la transformation d'une connaissance partielle en un savoir cohérent et élargi, sur un espace dont la particularité est d'être encore largement méconnu par les Européens.

Présences matérielles des Amériques dans la France du XVI^e^ siècle

Dans les années et décennies qui suivent la « découverte » de l'Amérique, les Espagnols et les Portugais – ou plutôt les acteurs qui agissent sous le patronage des souverains ibériques – ne sont pas les seuls à traverser l'Atlantique et à établir des relations avec les rivages américains (Vidal et Havard 2014, 32-66). Dans le cadre du royaume de France, et ce jusqu'à la fin du XVI^e^ siècle, ces opérations se font à l'initiative de marchands, de navigateurs et de pirates. À l'exception de quelques expéditions d'exploration ou de colonisation, la couronne ne fournit souvent qu'un soutien indirect, voire tâche d'empêcher ces activités pour ne pas froisser les souverains ibériques (Julien 1948). Cet engagement français se déploie prioritairement en direction de certaines zones américaines spécifiques, telles que l'île de Terre-Neuve et les rivages du Canada (Turgeon 2019), une large bande côtière du Brésil (Vidal 2000 ; Bonnichon 2011) et dans une moindre mesure, la mer des Caraïbes. Le profil des acteurs engagés dans ces opérations transatlantiques et l'échec des tentatives durables d'installation coloniale au Canada (1541-1543), dans la baie de Guanabara au Brésil (1555-1560) ou en Floride (1562-1565), expliquent en partie que les relations avec l'Amérique aient été marquées par la prédominance des questions commerciales. L'engagement « français » – ou plutôt celui des acteurs opérant depuis le territoire du royaume – en Amérique suscite une première approche fragmentée de la réalité américaine. Cet état de fait ne diffère cependant qu'en partie de l'engagement ibérique au Nouveau Monde, qui, pour sembler plus cohérent et uniforme territorialement, relève en réalité d'une logique d'installation en archipel.

À la géographie de la présence française en Amérique répond une géographie française polarisée et hiérarchisée des espaces du royaume impliqués dans ce déploiement. Dans cette géographie, la province normande – et plus spécifiquement la Haute Normandie et le système fluvial de la Seine – joue un rôle déterminant (Mollat 1977 ; Brunelle 1991 ; Wintroub 2017 ; Brumont 2018). Les ports de Rouen, de Dieppe, d'Honfleur ou du Havre animent une grande partie des expéditions maritimes et commerciales

en direction de l'Amérique, même si les financements impliquent souvent des banquiers lyonnais ou des marchands parisiens. De larges pans de la façade océanique du royaume, depuis la Bretagne (Guillorel 2018) jusqu'à Saint-Jean-de-Luz, en passant par Nantes, La Rochelle (Trocmé et Delafose 1952) ou Bordeaux (Bernard 1968), ne sont pas pour autant restés à l'écart. Même s'il existe des formes de rivalité entre les villes portuaires ou entre différents acteurs, de multiples liens unissent les territoires et leurs habitants. Des marins bretons servent sur les navires affrétés par des marchands normands, de même que ceux de la Saintonge proposent leurs services aux armateurs rochelais ou bordelais (Seguin 1999). Du reste, toute lecture « nationale » achoppe sur les limites des interprétations qui prennent pour focale la seule échelle politique, tant les compositions des équipages comme de ceux qui financent les expéditions en direction des Indes (même pour les navires portugais ou espagnols) échappent à toute segmentation nationale. Sur les navires qui quittent les ports du royaume de France, les marins proviennent parfois de régions limitrophes, Pays Basque ou Flandres, pour lesquelles la souveraineté du roi de France se situe dans une zone grise et disputée avec d'autres puissances. En outre, les opportunités économiques et politiques offertes par ces expéditions permettent d'attirer des experts de la navigation et autres explorateurs en provenance d'autres zones de l'Europe, notamment des Portugais et des Italiens (Matos 1962 ; Beck 2000). Ces individus arrivent parfois après avoir acquis une expérience américaine préalable et participent à la circulation des savoirs sur l'Amérique entre le royaume de France et la péninsule ibérique. Au-delà des seuls hommes qui s'embarquent sur l'océan Atlantique, le financement des opérations implique aussi des réseaux qui dépassent le cadre du royaume, avec la participation de marchands d'Anvers ou de firmes italiennes par l'intermédiaire de leurs succursales à Lyon, Rouen ou Bordeaux (Coornaert 1961 ; Allaire 2008). En somme, la présence « française » en Amérique ne peut se comprendre sans prendre en compte un cadre européen plus élargi, où des acteurs variés interviennent à des échelles emboitées.

Depuis l'Amérique et jusqu'aux ports du royaume, de nombreux biens sont transportés, avec des produits prédominants pour chaque espace de l'échange. Dans les eaux nord-américaines, les produits de la pêche, notamment la morue, dominent, au cours du XVI^e siècle ; avant la montée en puissance, pendant le dernier tiers du siècle, des fourrures de castor utilisées dans la production de chapeaux en feutre (Allaire 1999). Du Brésil arrive surtout le « bois de Brésil », recherché pour ses qualités tinctoriales, qui a donné par métonymie son nom à l'ensemble du territoire (Brettahauer, Maneuvrier et Daeffler 2019). L'association d'un lieu à un produit qui le convoque constitue d'ailleurs une constante des écrits sur les lointains (Masse 2006), selon un processus où un élément singulier d'un espace permet d'en évoquer le tout. Ainsi, dans un des premiers recueils français compilant les vêtements et les habits des peuples du monde, le *Recueil de la diversité des habits* publié une première fois en 1562, avant une réédition en 1564 (Paresys 2006), le quatrain qui accompagne la gravure consacrée au « Bresilien » indique :

L'homme du lieu auquel le Bresil croist.
Est tel qu'icy, à l'œil apparoist,
Leur naturel exercice l'applique
Coupper Bresil, pour en faire trafique.
(Desprez 1564, « Le Bresilien » non paginé)

La centralité du commerce du bois de Brésil pour les Français s'illustre par la fréquence et les détails avec lesquels il est représenté dans une série de cartes manuscrites monumentales et richement décorées produites en Normandie, principalement entre les années 1530 et 1560. Cette production a pour centre le port de Dieppe, conduisant certains historiens à parler d'« école de Dieppe », même si d'autres lui préfèrent le terme d'« atelier normand », afin de souligner l'implication d'une large partie de la province normande dans l'élaboration, la confection et la décoration de ces cartes parmi les plus luxueuses du XVIe siècle (Toulouse 2007 ; Van Duzer 2015). Souvent conçues comme des cartes de prestige à destination des élites politiques afin d'obtenir leur patronage, elles déploient toute une iconographie souvent centrée, pour l'espace américain, sur les transactions entre Amérindiens et Français. Par rapport aux cartes portugaises, les éléments associant ces populations à des signes de « sauvagerie » – notamment l'anthropophagie – sont bien moins présents, comme pour souligner les possibilités d'échanges et d'alliances avec elles (Davies 2012). Ces figurations rendent compte des modalités principalement commerciales des interactions entre les populations amérindiennes et les acteurs du royaume de France, qui résultent avant tout de la précarité de la présence française en Amérique plus qu'elles ne dénoteraient un rapport plus pacifique des Français à l'expansion coloniale. Outre ces cartes, la centralité du commerce du bois de Brésil dans le rapport que les Normands entretiennent avec les côtes américaines de l'Atlantique sud explique que cet échange affecte aussi la physionomie urbaine (Wintroub 2017, 35-62) et l'architecture[4], la vie civique et festive[5], les sociabilités intellectuelles et culturelles de la province[6]. La présence décuplée de signes qui renvoient au commerce du bois Brésil permet à de multiples individus de rentrer en contact avec un morceau physique d'Amérique – qui en vient métonymiquement à figurer l'ensemble de l'espace duquel il provient, voire à assurer le rôle de signifiant de l'ensemble d'un continent.

Aux côtés de ces quelques produits phares, les bateaux pouvaient ramener maints échantillons de la flore et de la faune américaines, vivants ou morts, entiers ou morcelés,

4 À Rouen se dressait jusqu'au XIXe siècle un hôtel particulier, surnommé l'hôtel du Brésil, exhibant des bas-reliefs en bois sculptés vers 1530-1550 et représentant le commerce du bois de Brésil avec les population Tupi (Buono 2016).

5 En 1550, à l'occasion de l'entrée royale du roi de France Henri II à Rouen, les élites de la ville organisent une « fête brésilienne » destinée à le convaincre de soutenir l'engagement normand en direction des côtes brésiliennes (Wintroub 2001 ; Perrone-Moisés 2008).

6 La vie culturelle normande était notamment marquée par des concours poétiques annuels, « les Puys », qui fourmillent de références à l'univers de la navigation, avec parfois des évocations du commerce du bois du Brésil (Wintroub 2017, 72-91 ; Szeliga 2003).

à l'instar des perroquets ou de leurs plumages, des singes, des carapaces de tatous ou des peaux de jaguar et autres félins. En 1531, le navire *La Pélerine*, financé par des armateurs de Marseille, se rend sur les côtes du Brésil, au niveau de l'État du Pernambouc actuel, pour tenter d'établir une implantation sur l'île de São Aleixo. Soixante-dix hommes sont laissés dans le fort – et massacrés par les Portugais en décembre 1531 – tandis que le navire commandé par le baron de Saint-Blancard repart vers la France. En août 1531, déjà engagé en Méditerranée, le navire est pillé par des Portugais. Cette attaque déclenche une protestation juridique du baron de Saint-Blancard, qui donne la composition de sa cargaison : outre cinq mille quintaux de bois de brésil, le navire aurait été chargé de trois mille peaux de « léopard » et d'autres animaux, de six cents perroquets et de trois cents singes, ainsi que des semences, minéraux et huiles médicinales diverses (Guénin 1901, 44-45). L'échange d'animaux est également représenté sur les cartes de l'« école de Dieppe » où il fonctionne comme un des dispositifs clés dans le système rituel et symbolique permettant aux Européens et aux Amérindiens de sceller leur collaboration et alliance. Dans le recueil des habits de Desprez, la figure de la « Bresilienne » est associée à l'échange de singes et de perroquets :

> Les femmes là, sont vestues ainsi
> Que ce pourtrait le montre & represente,
> Là des Guenons, & Perroquetz aussi,
> Aux estrangers elles mettent en vente
> (Desprez 1564, « La Bresilienne » non paginé)

Outre ces fragments du monde naturel américain, les navires français transportaient également des éléments des cultures matérielles des populations amérindiennes – hamacs, armes, etc. – qui subissaient aussi un processus de décontextualisation et de relocalisation afin de pénétrer dans les cabinets de curiosité et les collections des élites européennes.

Il ne faudrait pas pour autant réduire les présences matérielles des Amériques en France au XVI[e] siècle aux seuls circuits mis en place depuis le royaume de France. En dépit des conflits et tensions qui structurent les rapports de ce dernier au royaume portugais, et encore davantage face aux guerres qui l'opposent aux Habsbourgs, les échanges n'ont que rarement été interrompus de manière totale en raison de l'interpénétration des économies (Saupin et Priotti 2008). Si ces échanges commerciaux ne concernent pas en priorité des biens exotiques, les ports français constituent une destination de certains produits américains, à l'instar des métaux précieux, du sucre ou de certaines substances médicinales (Bottin 1995 ; Martin et Villeret 2018). Comme pour les biens en provenance de l'« Amérique française », toute une série de circuits permet ensuite l'acheminement des produits depuis les ports jusqu'aux villes intérieures du royaume. En complément, d'autres modalités de ventilation de la matérialité ibéro-américaine vers le royaume de France existent, l'une pacifique au moment de l'envoi de cadeaux précieux

(pierres ou animaux notamment) lors des trêves ou des alliances matrimoniales conclues entre les puissances ibériques et françaises[7], l'autre plus conflictuelle lors des prises de navire effectuées par des corsaires ou des pirates[8]. En retour, des biens américains rapportés par les navires français se retrouvaient disséminés dans une grande partie de l'Europe par ces mêmes modalités de circulation : les réseaux commerciaux, les échanges diplomatiques ou les prises de navires[9].

L'Amérique commence à se faire saisissable par sa matérialité dans le royaume de France au XVI[e] siècle, même si sa présence reste encore restreinte, parcellaire et inégalement distribuée dans le corps social et dans l'espace du royaume. Depuis la France, l'observation de l'Amérique par ses réalités possède donc un faciès particulier au regard d'autres espaces européens comme les Flandres ou l'Italie par exemple, aspect qui rend compte des différentes modalités de mise en connexion. Toutes ces possibilités, même limitées, de mise en contact matériel avec des fragments d'Amérique façonnent les savoirs produits sur le Nouveau Monde dans la France de la Renaissance et participent à en re-construire une forme de cohérence.

Opportunités et contraintes dans la production médiatisée des savoir sur l'Amérique

Afin de saisir les modalités par lesquelles la matérialité américaine médiatise un certain type de savoir sur le Nouveau Monde, les écrits de Pierre Belon du Mans peuvent servir de point d'observation fécond. En effet, si Belon est resté célèbre pour son voyage en Méditerranée orientale, celui qui fut garçon-apothicaire, puis pharmacien auprès de puissants évêques et cardinaux français, a connu une vie marquée par d'innombrables déplacements en Europe et dans le royaume de France[10]. Cette mobilité a été au fondement

---

7 Il est possible que lors du mariage de François I[er] en 1530 avec Éléonore d'Autriche, veuve du roi portugais Manuel I[er], celle-ci ait apporté certaines pierres précieuses des « Indes », notamment occidentales, listées par la suite dans les collections royales. Dans un inventaire de 1560, on trouve en tout cas plusieurs « esmerauldes du Perou » (Lacroix 1856, 343, 449, 451). Quant aux animaux, si les souverains français en reçurent en cadeaux, il est difficile de trouver la trace d'espèces spécifiquement américaines. Quoi qu'il en soit, le don d'animaux exotiques était un cadeau diplomatique de choix des souverains ibériques pour honorer leurs alliés ou parents dans toute l'Europe (Jordan-Gschwend et Pérez de Tuleda 2010).

8 En 1521, le corsaire/pirate Jean de Fleury met ainsi la main sur une partie du butin pillé dans le palais de Moctezuma que Cortès avait envoyé en Espagne pour appuyer ses conquêtes méso-américaines. À partir du milieu des années 1560, La Rochelle devient un centre actif de piraterie, encouragée par les autorités protestantes pour affaiblir l'Espagne et financer leur cause au moment des guerres de Religion. Sur ce sujet, voir les différents travaux de Mickaël Augeron.

9 Le 29 novembre 1534, un certain Jehan de Moucheau informe par lettre l'aristocrate anglaise Honor Grenville de l'envoi de trois singes en provenance du Brésil pour en faire des animaux de compagnie. Un marchand de Rouen est chargé de les apporter à Calais où l'aristocrate vit avec la lettre expliquant le traitement qu'il faut leur réserver : « These animals only eat apples, small nuts and almonds, and they must not be given anything to drink but a little milk, warmed up. The large animal must be kept near the fire, and the little ones must be hung up at night near the chimney, in their *boite* (?) *de nuit*, but by day they should be taken out » (Gairdner 1883, 550-560).

10 La biographie de Belon du Mans est en grande partie fondée sur ses écrits, dont sa *Cronique* manuscrite (Barsi 2011). Pour une biographie classique qui fait encore autorité (Delaunay 1926). Pour la place de Belon du Mans

de son ascension sociale, de son approfondissement de ses connaissances dans l'histoire naturelle, et de sa légitimité à écrire et publier plusieurs traités naturalistes consacrés aux oiseaux, aux animaux aquatiques et à la culture des plantes. Or, dans ses écrits, Belon ne prétend pas décrire l'ensemble des espèces qui pourraient être connues par le biais de multiples sources (livresques, orales, personnelles) mais prétend s'en tenir à celles dont il a pu faire l'expérience concrète. Cette apparente restriction – qui cache en réalité le recours, comme maints érudits de son temps, à d'autres ressources que celles de l'autopsie personnelle – n'équivaut pourtant pas à une limitation, puisque par l'intermédiaire des circulations de biens et de spécimens, il peut entrer en contact avec des espèces étrangères aux lieux qu'il côtoie. Ainsi, il remarque à plusieurs reprises la disponibilité de certains fragments d'espaces lointains à son lectorat. Dans le dernier ouvrage publié de son vivant, *Les Remonstrances sur le default du labour et culture des plantes*, publié en 1558, il indique que « le gaiac et le bresil, et autes apportez de loin » sont désormais « en si quotidien usage » (Belon du Mans 1558, fl. 51), et plus loin rapporte leur prix désormais abordable :

> qui croirait que […] Gaiac venant des terres neusves, le Bresil, & maints autres choses apportées de si loing, deussent estre à si bon marché, qu'on en ait la livre pour une piece de pain ? (Belon du Mans 1558, fls. 58v.-59)

Cette accessibilité permet d'élargir le nombre d'espèces connues par l'intermédiaire des navires revenant de navigations lointaines, notamment américaines. Au XVIe siècle, les traités de Belon offrent ainsi parmi les descriptions les plus nombreuses et complètes d'espèces américaines dans des écrits originaux en français, donc sans compter les traductions d'œuvres venant d'autres espaces européens.

Au sujet des perroquets, Belon rapporte leur connaissance dès l'Antiquité par l'intermédiaire de références à Pline et à Aristote, mais fait remarquer l'accroissement du nombre et du profil de cette catégorie d'oiseaux désormais entrés dans la sphère de connaissances de ses contemporains :

> Nous connaissons maintenant plus d'especes d'oyseaux, venants des païs loingtains, qu'on ne faisoit anciennement : car la terre a esté beaucoup plus frequentee par navigations, qu'elle n'estoit anciennement : comme il appert par diverses especes de Papegaux, qui nous sont maintenant apportez tant du Bresil, que d'ailleurs. (Belon du Mans 1555a, 296)

Par ce moyen, Belon peut à la fois continuer à proclamer que ses écrits ne rassemblent que des descriptions d'espèces dont il a pu faire une expérience, tout en participant aux projets encyclopédiques et totalisants qui caractérisent les publications naturalistes à une époque où l'histoire naturelle se configure comme une branche déterminante

---

dans le contexte des savoirs naturalistes, voir les précieuses introductions précédant les éditions critiques des traités zoologiques de Belon du Mans par Philippe Glardon.

de l'investigation savante (Findlen 2005 ; Glardon 2006 ; Bourguet et Lacour 2015). Cette manière d'articuler l'expérience sensible et l'évocation de réalités lointaines traverse d'autres écrits naturalistes où leurs auteurs cherchent à tirer partie des ressources des lieux qu'ils fréquentent pour observer et présenter des connaissances sur des espaces dont ils ne peuvent faire qu'une expérience médiatisée et fragmentaire (Pardo-Tomás et Andretta 2017). Malgré l'expérience parcellaire et géographiquement délimitée du monde naturel à laquelle Belon est confronté, l'accès matériel à des morceaux de faune et de flore américaines ramenés par les différents réseaux de leur mise en circulation leur permet d'être intégrés dans les traités récapitulatifs de la nature. Belon ne leur ménage d'ailleurs pas de place spécifique dans ses écrits, dès lors que ces plantes et animaux ne sont pas regroupés par provenance géographique mais distribués selon les typologies générales de classement de la flore et de la faune. Cette répartition contribue d'autant plus à fragmenter leur présence qui se dilue dans les centaines de pages que ces traités déploient. En outre, les formes de la disponibilité matérielle des plantes et animaux américains en France ont une conséquence sur les savoirs disponibles à leur sujet et sur les choix iconographiques du naturaliste français. Dès lors que ses contemporains peuvent observer des perroquets aux plumages, tailles et origines multiples, et « lesquels estants si cogneuz », Belon décide de ne donner le « portrait » que de deux de ces oiseaux, un « grand et […] un petit » (Belon du Mans 1555a, 296-297). La pénétration, au milieu du XVI^e^ siècle, de ces différentes variantes de perroquets est jugée par Belon suffisamment accomplie pour qu'il ne juge pas nécessaire de donner une représentation exhaustive de ceux-ci, mais seulement un échantillon.

La prétention de Belon à n'évoquer que les plantes, arbres ou animaux dont il dit avoir une connaissance matérielle explique la surreprésentation des espèces identifiées comme venant de régions américaines avec lesquelles les Français entretiennent des contacts nourris. Ainsi, même s'il mentionne de manière plus ou moins implicite que ces espèces peuvent être communes à plusieurs espaces américains, il met en avant le référent spatial brésilien, comme pour le gaïac ou les perroquets précédemment cités. Le terme « Brésil » est celui qui revient le plus fréquemment dans ses écrits sur les espèces lointaines et nouvelles (Teixera et Papavero 2014). Certaines de ces réalités naturelles ont pu être observées vivantes, comme l'« arbre de vie » ramené du Canada et transplanté dans une partie du jardin royal de Fontainebleau que Belon a fréquenté (Belon du Mans 1553, fls. 13, 21v. ; Belon du Mans 1558, fl. 59). Cependant, une immense majorité n'est disponible que par fragments, à la faveur de multiples opérations transformant les spécimens à chaque étape de leur parcours. Cette présence partielle s'explique par les circuits principalement commerciaux d'acheminement. Belon se montre conscient du rôle de l'activité commerciale dans cette possibilité d'accès matériel aux ressources du monde :

> Et donnons cest honneur au traffic de marchandise, que luy devons referer tout ce que nous avons de singulier des loingtaines parties du monde ? (Belon du Mans 1554, fl. 40v.)

La fréquence avec laquelle Belon associe sa connaissance des différentes espèces américaines par le biais de leur transformation en « commodités »[11] s'explique par sa fréquentation assidue des lieux de commercialisation de ces singularités, comme les marchés, les foires ou les ports. Sa familiarité avec les ports normands actifs dans ce commerce, tels que Rouen, le Havre, Dieppe ou Honfleur, se lit à travers leur mention répétée dans ses écrits et leur insertion dans sa gamme comparative[12]. Sa connaissance des milieux maritimes découle de ses nombreux déplacements, mais aussi de son enfance en grande partie passée en Bretagne. Dans ses ouvrages, Belon s'identifie à plusieurs reprises à un habitant de la « coste océane », c'est-à-dire atlantique, alors même qu'il signe ses écrits depuis Paris. En raison de l'insertion de certains spécimens dans les circuits économiques des singularités, Belon du Mans peut également les observer dans les lieux dédiés à leur collection comme les cabinets de curiosité. Outre la carapace de tatou « commune en plusieurs cabinets », la beauté du bec du toucan, animal inconnu des Anciens, « fait qu'on en voit ja [déjà] plusieurs par les cabinets des hommes curieux des choses nouvelles » (Belon du Mans 1555a, 184). Belon n'est d'ailleurs pas le seul à rendre compte de la diffusion des becs de toucan comme objets de collection, puisqu'ils sont évoqués par son contemporain André Thevet, qui a tiré de son court passage au Brésil en 1555, un traité publié en 1557 et intitulé *Les Singularitez de la France Antarctique* (Smith 2007). Le royaume de France, et en particulier sa capitale Paris, deviennent un lieu d'approvisionnement en becs de toucans brésiliens pour les amateurs d'histoire naturelle en Europe. Conrad Gessner, dans un passage sur le toucan inclus dans son traité sur les oiseaux, cite les passages que lui consacrent Belon et Thevet, et indique avoir reçu un spécimen par l'intermédiaire d'un contact parisien, Giovanni Ferreiro (Durkan 1980 ; Kusukawa 2010). L'accès à ces cabinets permet à Belon d'exercer son art de l'observation sur les spécimens. Ainsi, toujours au sujet du bec du toucan, il mentionne qu'il « est le seul entre tous ceux qu'avons observez, à qui n'ayons veu conduicts pour odorer » (Belon du Mans 1555a, 184).

Toutefois, l'indispensable médiation commerciale entraine une forme de dépendance à l'égard de ses acteurs, qui nuance les développements historiographiques récents présentant parfois de manière trop irénique les relations entre logiques savantes et commerciales et entre acteurs du monde érudit et du négoce (Smith et Findlen 2002). Belon précise qu'en dehors de ce qu'il a pu observer au cours de ses voyages, il ne peut décrire que les spécimens jugés dignes d'être ramenés du fait de leur rentabilité, spécimens dont il n'a alors qu'une connaissance parcellaire. La « commodification » de la faune et de la flore américaines conduit précisément à sa fragmentation afin de permettre son transport, sa diffusion et sa vente. Les logiques commerciales et matérielles qui président au

11 Cette question des « commodités » fait l'objet de nombreux développements depuis Appadurai, 1986. Pour certaines applications liées au commerce des plantes, voir Blais et Markovits 2019.

12 Il note que les mouettes sont appelées « Mauves » par ceux du Havre et de Dieppe ou compare la Mer Rouge à un « canal estroict, non plus large que Seine entre Havrefleur et Hondelfeur » (Belon du Mans 1554, fl. 52, 24v.).

transport de ces commodités imposent leur propre critère de sélection, comme il le note au sujet des « merles du Brésil » :

> Ceux qui font le traffic de marchandises es terres neusves, ne perdent les occasions de recouvrer les singularitez, qu'ils pretendent vendre par deca. Car mesmement ne pouvants apporter les oyseaux de ce païs là en vie dedens leur vaisseau, les escorchent pour en avoir les peaux : & principalement ceux qui font de plus belles couleurs. (Belon du Mans 1555a, 319)

La disponibilité de ces « peaux toutes entieres » permet aux lecteurs de les rapprocher du « portrait » qu'en donne Belon « aussi parfait, que si l'oyseau estoit plain de vie ». La représentation vient ici animer, revivifier et suppléer au seul fragment disponible. S'il ne renonce donc pas à donner une représentation iconographique complète du merle du Brésil – comme pour le tatou – il en est autrement pour d'autres espèces. Pour la « scie de mer » qui « vient des Indes et de la grande mer du Bresil », seule sa « corne » est représentée, puisque « les marchans qui y vont et viennent n'en ont autre cognoissance » que de cette « partie d'iceluy » (Belon du Mans 1555b, 58). Quant au toucan, il est illustré uniquement par son bec, rapporté par « ceux qui naviguent aux terres neusves » pour les « vendre aux marchands » (Belon du Mans 1555a, 184) qui ensuite le commercialisent comme singularités auprès des collectionneurs. Pour tous ces cas, les morceaux de la faune et de la flore américaines constituent des fragments qui ne permettent pas la reconstitution d'un tout.

À partir de ces différents matériaux, Belon peut aussi transmettre des savoirs sur les sociétés américaines : au sujet des perroquets, le voyageur manceau renvoie à l'habilité des Tupinamba et à leurs talents d'archers pour tuer ces oiseaux sans leur infliger de blessures qui nuiraient à leur état général de conservation :

> Les sauvages du Bresil, qui ont grande industrie à bien tirer de l'arc, ont les fleches moult longues, au bout desquelles ils mettent un bourlet de cotton, à fin que tirants aux Papegaux ils les abbatent sans les navrer. (Belon du Mans 1555a, 297)

L'association entre le tir à l'arc et les populations « sauvages » des côtes du Brésil explique que cette arme soit un autre fragment américain inséré dans le circuit des singularités et des objets à collectionner. Dans maintes représentations de ces peuples, l'arc constitue un élément incontournable de leur figuration, comme dans le *Recueil des habits* de 1562. Plus largement, à l'instar du tatou, l'arc devient peu à peu un symbole général de l'Amérique, et les allégories de celles-ci la représentent souvent sous les traits d'une femme ornée de plumes et vêtue d'un arc (Marrache-Gouraud 2016). La corrélation entre arc et Brésil s'observe également dans les écrits où l'espace américain n'est pas le centre du discours, mais où il est convoqué en passant. Ainsi, dans ses *Observations*, alors que Belon du Mans évoque les archers arabes et turcs, la référence aux arcs brésiliens affleure comme pour signifier qu'ils sont désormais devenus un point de comparaison

incontournable quand on évoque cet objet : « tous les susditctz arcs n'ont que faire des bracieres, ne de gands, comme ont les Anglois, & ceux du Bresil » (Belon du Mans 1554, 148v.). Ainsi, l'arc des peuples amérindiens s'est déjà constitué comme un objet emblématique et permet d'intégrer un morceau d'Amérique aux répertoires des exemples canoniques, même dans un texte qui traite plus particulièrement de l'Orient. Ce genre d'exemples vient tempérer l'idée topique charriée depuis plus d'un siècle selon laquelle, au XVI^e^ siècle, les érudits européens – et plus notablement français – s'intéressent moins à l'Amérique qu'à l'Orient[13]. Ce lieu commun historiographique s'appuie en grande partie sur une recension des titres imprimés dont l'objet principal porte sur l'un ou l'autre de ces deux espaces, en oubliant que l'Amérique peut être convoquée, par l'intermédiaire d'un de ses fragments, dans les textes traitant de l'Orient.

La dépendance de l'érudit face aux réseaux marchands qu'implique la médiation commerciale des réalités américaines place le premier dans une position désavantageuse quant au contrôle du type de matériaux naturels à apporter. Elle souligne une possible dissociation dans la hiérarchie des intérêts et des compétences, entre le marchand soucieux de rentabiliser les opérations maritimes et le savant, seul capable de sélectionner les échantillons dignes de la curiosité érudite. En ouverture de son ouvrage sur l'Orient, dont le titre les *Observations de plusieurs singularitez* met en avant cette qualité distinctive de l'observateur avisé, Belon explique que le voyage en lui-même ne suffit pas à rendre capable le voyageur d'estimer ce qui est digne d'être observé. Il prend alors l'exemple de

> ceux qui entreprennent un voyage loingtain en estrange pays pour leur affaire particulier, sont comunement plus curieux de chercher les choses necessaires pour mettre fin à leur deliberation, que d'employer leur temps à quelques autres observations, dont ils n'ont cognoissance : de laquelle chose il appert par le traffic d'un marchand, lequel combien qu'il ait fait plusieurs voyages en Indie, & Terre neuve, neantmoins n'ayant autre but que de bien employer son argent en achat de marchandise, ne se soucie d'acquerir infinies singularitez qu'un homme curieux pourroit bien observer. (Belon du Mans 1554, fls. 1-1v.)

Les intérêts des marchands étant d'abord mercantiles, ils passent à côté de « singularités » qu'ils jugent à première vue non rentables, et ainsi, « comme les hommes marchands ne font traffiq sinon des choses dont ils sçavent avoir delivrance, aussi maintes choses demeurent ignorées, pour n'estre en usage » (Belon du Mans 1558, fl. 59v.). Faire des observations requiert certaines compétences et certaines aptitudes – « les choses memorables doivent estre fort bien considérées avant que d'en faire certain jugement » – dont se prévaut Belon. La curiosité, valeur souvent décriée dans la culture de la Renaissance, doit savoir être proprement cultivée et orientée par le voyageur pour être

13 Le caractère extrêmement répandu d'une telle affirmation rend caduc toute tentative d'en dresser une liste exhaustive. Elle prend corps, notamment pour le cas français, à partir du livre d'Atkinson (1935).

source de savoir (Gomez-Géraud 2013). Belon rend compte des stratégies élaborées par les naturalistes de son temps pour compenser cette dépendance. Ceux-ci organisent eux-mêmes des campagnes de collecte botanique et naturaliste sur le terrain (Egmond 2018) – avec le projet, rarement matérialisé au XVI^{e} siècle, d'effectuer des voyages ultra-marins pour identifier les éléments dignes d'être rapportés[14] – et tissent des réseaux de correspondance permettant l'échange et la ventilation des échantillons prélevés entre différents espaces complémentaires (Pinon 2002 ; Egmond 2007 ; Deslile 2008). Cette curiosité partagée par les naturalistes avertis doit, chez Belon, avant tout permettre d'identifier des singularités qui peuvent demeurer à l'état de fragments, puisque l'établissement d'un répertoire systématique de la faune et flore du monde ne constitue pas l'objet de ses écrits. Ce programme d'une encyclopédie de la nature élargie aux nouvelles dimensions du monde n'est cependant intellectuellement et matériellement envisageable que par le passage à la constitution épistémologique de la notion de *specimen* – qui ne s'élabore que progressivement au cours de l'époque moderne – qui permet d'envisager un recensement systématique et ordonné des espèces végétales et animales (Pépy 2015). Pour l'Europe du XVI^{e} siècle – et plus particulièrement le royaume de France – un tel projet cohérent bute sur la contingence des connexions établies avec les lointains.

Nommer et localiser les réalités américaines

La dépendance de Belon à l'égard des milieux marchands explique aussi les limites du savoir dont dispose l'érudit face à ces échantillons américains. Cette dépendance est d'abord linguistique, puisque le savant doit s'en remettre à ceux qui transportent ces commodités pour nommer les plantes et les animaux auparavant inconnus. En ouverture des *Observations*, Belon justifie de conserver les noms étrangers pour les objets ou spécimens étrangers :

> car une nation arrivant en un lieu ou elle trouve quelque chose qui n'a point de nom propre en sa langue n'ayant l'authorité d'en pouvoir inventer un, a bien liberté d'emprunter le nom des estrangers pour s'en servir. Tout ainsi comme nous faisons des animaulx & drogueries qui sont apportées des indes, lesquelz nous nommons des mesmes noms qu'elles ont apporté de leur pays, comme appert par une petite beste apportée du Bresil qu'ilz ont nommée Tatou. (Belon du Mans 1554, 5v.)

Le « ilz » qui donne son nom au tatou n'est pas ici tout à fait explicité et se réfère sans doute aux populations brésiliennes, mais l'information sur ce nom de tatou provient de ceux qui « ont apporté » sa carapace depuis le Brésil jusqu'en Europe, à savoir les navigateurs et les marchands. Cet emprunt onomastique auprès des informateurs qui transportent les fragments américains apparaît également pour l'oiseau que Belon nomme la

14 On cite souvent « l'expédition » de Francisco Hernández au Mexique entre 1571-1576 comme l'une des premières expéditions botaniques en Amérique, même s'il convient de ne pas plaquer de manière trop rapide cette mission avec les expéditions scientifiques du XVIII^{e} siècle (Pardo-Tomás 2017).

« pie du Brésil » – probablement un *Cacicus cela* présent en Amérique du Sud (Teixeira et Papavero 2014, 62) –, pour laquelle Belon confesse :

> Nayants authorité suffisante de pouvoir imposer le nom Françoys à un oyseau estranger, qui n'en auroit aucun, à semblé estre assez, de luy laisser celuy qu'avons ouy exprimer à ceux qui le nous ont apporté, lesquels le nomment Pie de Bresil. (Belon du Mans 1555a, 292)

Le naturaliste manceau met certes en avant son expérience personnelle et sensorielle – « avons ouy exprimer » – tout en reconnaissant sa dépendance à l'égard de « ceux qui le nous ont apporté ». Cette dépendance onomastique se trahit également quant à la difficile identification des lieux d'origine de certaines espèces en raison de l'instabilité des référents toponymiques, notamment pour les espaces lointains. Dans le chapitre consacré aux différentes « poules » (les gallinacées en général), Belon propose deux sections consacrées aux « poulles de la Guinée » (la pintade) et au « coq d'Inde » (le dindon). Pour la première, le naturaliste rend compte de l'importante diffusion de ce volatile africain dans la France dès la fin du XVe siècle, et l'explique à nouveau par les connexions marchandes :

> Tout ainsi comme la Guinee est un païs, dont les marchands ont commencé à apporter plusieurs marchandises, qui estoyent auparavant incongeuës à noz Françoys, aussi sans leur navigation, les Poulles de ce païs là estoyent incogneuës, n'eust esté qu'ils les ont fait passer par la mer, qui maintenant sont deja si frequentes es maisons des grands seigneurs en noz contrees, qu'elles nous en sont communes. (Belon du Mans 1555a, 246)

En raison du lieu d'origine de ces volatiles que leur nom indique, Belon estime que les « poulles de Guinée » n'ont pas pu être connues des auteurs antiques et ne correspondent donc pas à certaines espèces décrites dans les traités naturalistes de l'Antiquité. Si différents auteurs romains (Varron, Pline, Columelle) parlent d'une poule africaine ou numidique, il ne peut s'agir de celle de Guinée puisque les termes d'Afrique et de Numidie étaient, selon Belon, réservés à l'Afrique du Nord, alors que la Guinée renvoie à un espace atlantique africain beaucoup plus méridional. Or, les Romains ne naviguant que dans la « mer mediterranee » et, à de rares exceptions, « hors du destroit de Gibraltar » : ils n'ont pu se rendre jusqu'en Guinée, à la différence de ses contemporains :

> […] aussi maintenant les Portugalois & Normans, ou autres habitans es contrees de la mer Oceane, hantent plus l'autre orée d'Afrique, qui est Guinee […] Parquoy ce n'est merveille si de telles Poulles Africaines sont deja plus communes en nostre France qu'en Italie. (Belon du Mans 1555a, 248)

Cette situation distingue cette « poulle de Guinée » du « coq d'Inde » qui la suit dans l'ordre du livre, et que Belon identifie cette fois à une espèce connue depuis l'Antiquité, notamment en raison de cette appellation géographique. Or, le naturaliste donne bien à voir dans son illustration un oiseau strictement américain, le dindon ; la confusion

découlant de l'ambiguïté toponymique que recouvre le terme d'Inde au XVI^e siècle, qui renvoie potentiellement à une multiplicité de lieux, dont les Indes américaines. L'introduction et la dissémination relativement rapide du dindon en Europe, après la « découverte » américaine, ont pu participer à brouiller l'identification géographique de son origine, après qu'il a subi une série d'opérations de délocalisation/relocalisation successives. L'attribution du nom d'une espèce ou d'un bien à son origine géographique entraine ici une difficulté quand le signifiant est porteur d'une multiplicité de signifiés. Dans cette histoire de volatiles de basse cour, c'est bien la pintade (la « poulle de Guinée ») qui était connue dès l'Antiquité, même si elle fut « redécouverte » au XV^e siècle quand les marchands européens abordent les côtes atlantiques africaines, à l'inverse du dindon (« le coq d'Inde ») que Belon identifie de manière erronée à la poule numidienne des Anciens.

Une telle confusion rend compte de l'instabilité des référents spatiaux mobilisés pour les lointains. À plusieurs reprises, Belon associe d'ailleurs des espaces appartenant à des entités géographiques différentes, mais qui renvoient alors à une catégorie mouvante et plastique des espaces « inconnus » ou récemment entrés à la connaissance des Européens. Ainsi, les termes d'« Inde », de « terres neuves », de « Bresil » ou de « Guinée » peuvent se retrouver juxtaposés, renvoyant parfois à la distribution multi-continentale de certaines espèces animales, mais trahissant plutôt la difficulté de séparer exactement le lieu d'origine de vie des espèces et les espaces par lesquels elles ont transité avant d'arriver en Europe. Pour le tatou, Belon laisse penser qu'il est apporté « de la terre neuve », mais aussi de « Guinée » ; or, l'espèce américaine n'existait pas en Afrique, et cette mention renvoie peut-être au passage par les côtes africaines des navires portugais ou français de retour du Brésil. Ainsi, ces fragments américains se chargent de nouvelles significations dans chaque lieu où ils transitent. L'association entre la Guinée et l'Amérique se retrouve fréquemment sous la plume d'autres auteurs, comme chez Bernard de Palissy, potier et savant, qui, décrivant certaines coquilles, les rapproche de celles qui sont transportées « par le moyen des nautonniers [marins], qui en apportent bien souvent des Indes et de la Guinée » (Palissy 1580, 226). De telles associations géographiques invitent à rester prudent sur la possibilité d'identifier, mais surtout d'isoler, les matériaux « américains » d'un ensemble plus vaste en provenance de lieux jugés lointains et encore méconnus.

De tels chevauchements et indistinctions toponymiques se retrouvent par exemple dans les catalogues, inventaires et descriptions des cabinets de curiosité, rendant parfois impossible l'attribution exacte d'un item à un artefact précis et localisé (Keating et Markey 2011). Dans la liste de 1561 des « joyaux » possédés par la couronne, de nombreux objets reçoivent le qualificatif générique d'« Inde »[15], terme également utilisé par le

15 Lacroix 1856. Parmi les dizaines de mentions : « Ung petit vase d'une noix d'Inde » (204) ; « une noix d'Inde, garnie d'argent doré » (277) ; « une croix garnie de diamantz et rubiz, façon d'Inde » (449), « ung carquan façon d'Inde, garny de rubiz et petites meschantes perles » (526).

bibliophile parisien Claude Dupuy lorsqu'il décrit les collections du magistrat Henri de Mesmes à un correspondant italien :

> […] en ce […] cabinet sont infinies singularitéz d'or et d'argent, de crystal, diverses pierre rares, habillemens et armes des Indes et autre pais estranges. (Dupuy et Pinelli 2001, 30)

En, 1566, le poète André de Rivaudeau publie un hymne à Marie Tiraqueau, où il chante les louanges de la demeure de son père située à Fontenay-le-Comte. Une quarantaine de vers se consacre à décrire les collections de la résidence, en débutant par l'évocation d'une riche bibliothèque, puis en listant une multitude d'autres objets, dont divers spécimens exotiques entre faune (« lizard du Bresil ») et flore (« fruitz des arbres estrangers / rapportés de si loing »), et objets :

> L'oeuf d'Autrusche et les habits sauvages
> Composés dextrement de petits cartilages,
> De racines, d'escorce, et leurs velus chapeaux,
> Leurs brayes, leurs tapis, et leurs panaches beaux,
> Que tu as arrengés en ceste chambre ornee,
> Ou tu tiens, Tiraqueau, le Perou et Guinée.
> Je chanteray l'honneur du Bol Armenien,
> Et les rares thresors du terroir Indien.
> (Riveaudeau 1566, 149-152)

Outre qu'il renseigne sur la diversité des fragments des lointains qui composent les cabinets physiques et idéaux de la Renaissance, ce poème montre comment, dans ces collections, les référents géographiques des objets collectés et inventoriés se déploient autour d'un nombre limité de toponymes génériques, tels que « Inde », « Pérou », « Brésil » ou « Guinée ». Cette réalité invite à nuancer l'assertion selon laquelle le développement de cette culture de la curiosité en Europe s'articule à celui d'une vision ethnographique attentive à la singularité de chaque culture humaine. Ajouter le qualificatif « d'Inde » demeure une des manières les plus communes de définir la provenance de quelque chose d'étranger (Tuttle 1976). Cette attitude témoigne plutôt d'un rapport ambivalent de la volonté de collecte des choses du monde, tout en participant à la construction d'une vision interchangeable des lointains. En confluant vers l'Europe, les objets venus d'une grande partie du monde deviennent des « biens globaux », où ils font l'objet de nouvelles procédures de signification permettant leur intégration dans le contexte européen (Keating et Markey 2011, 287). Ce type de processus cognitifs et épistémologiques explique également la capacité conférée à certains matériaux américains pour signifier l'ensemble de l'Amérique, alors qu'ils ne constituent que quelques fragments de ses réalités multiples. Ainsi, dans le poème de Rivaudeau, le cabinet de Tiraqueau lui permet de tenir (« tu tiens ») tout entier le « Perou » – qui renvoie alors à une grande partie de l'Amérique du Sud – à partir d'une possession limitée d'objets en provenance de différents recoins de l'Amérique.

Au cours du XVIe siècle, la connaissance de l'Amérique dans le royaume de France passe par de multiples supports à la fois scripturaux, iconographiques et matériels. Si la présence physique du Nouveau Monde reste limitée dans son ampleur, elle n'en imprime pas moins sa marque sur certains territoires et s'impose pour certains individus comme une médiation dans la production de savoirs à son sujet. En 1556, à Poitiers, paraît un ouvrage composite et anonyme intitulé *Les discours non plus melancholiques que divers.* Dans un chapitre consacré à la fabrication du sucre, l'auteur – probablement le mathématicien et érudit Élie Vinet (Zaercher 2006) – rapporte l'arrivée sur le territoire du royaume de ce précieux aliment :

> Les marchans nous apportent quelques fois de ces Cannes pour nouveauté a Rouan, a la Rochelle, & ailleurs non de Madeira seulement, mais aussi de plusieurs autres lieus des païs chauts. (*Discours non plus melanoliques que divers* 1556, 56)

À nouveau, les marchands jouent un rôle primordial dans l'introduction de fragments des lointains, grâce à ce sucre vendu comme une « nouveauté » provenant de Madère, mais aussi d'autres lieux de production comme Sao Tomé dans le golfe de Guinée, et peut-être déjà le Brésil ou les Antilles espagnoles. Grâce à cette arrivée d'une denrée exotique jusqu'aux ports du royaume, Vinet enjoint ses compatriotes à faire l'expérience sensible de ces mondes nouveaux, dès lors qu'ils peuvent « voir & gouster sans sortir de France » un morceau des lointains.

Sources

BELON DU MANS, Pierre. 1553. *De arboribus coniferis, resiniferis, etc*. Paris : Guillaume Cavellat.

BELON DU MANS, Pierre. 1554. *Les Observations de plusieurs singularitez & choses memorables, trouvées en Grece, Asie, Judée, Egypte, Arabie, & autres pays estranges, redigées en trois livres.* Paris: Guillaume Cavellat & Gilles Corrozet.

BELON DU MANS, Pierre. 1555a. *L'Histoire de la nature des oyseaux, avec leurs descriptions, & naïfs portraicts retirez du naturel*. Paris : Guillaume Cavellat et Gilles Corrozet.

BELON DU MANS, Pierre. 1555b. *La nature et diversité des poissons*. Paris : Charles Estienne.

BELON DU MANS, Pierre. 1558. *Les Remonstrances sur le default du labour & culture des plantes, & de la cognoissance d'icelles. Contenant, la maniere d'affranchir & apprivoiser les arbres sauvages*. Paris : Guillaume Cavellat.

DESPREZ, François. 1564. *Recueil de la diversité des habits, qui sont de present en usage, tant es pays d'Europe, Asie, Affrique, & Iles* sauvages. Paris : Richard Breton.

Discours non plus melancoliques que divers. 1556. Poitiers : Enguilbert de Marnef.

DUPUY, Claude, et Gian Vincenzo Pinelli. 2001. *Une correspondance entre deux humanistes*, édition de Anna Maria Raugei. Florence : L. S. Olschki.

Letters and Papers, Foreign and Domestic, Henry VIII, Vol. 7, 1534. 1883. ed. James Gairdner. London : Her Majesty's Stationery Office.

PALISSY, Bernard de. 1580. *Discours admirables, de la nature des eaux et fontaines tant naturelles qu'artificielles, des métaux, des sels et salines, des pierres, des terres, du feu et des esmaux.* Paris : Martin le Jeune.

RIVEAUDEAU, André de. 1566. *Les œuvres d'Andre de Rivaudeau gentihomme du Bas Poitou*. Poitiers: Nicolas Logeroys.

Bibliographie

ALLAIRE, Bernard. 1999. *Pelleteries, manchons et chapeaux de castor. Les fourrures nord-américaines à Paris, 1500-1632*. Paris, Sillery: PUPS et Presses du Septentrion.

ALLAIRE, Bernard. 2008. *Crépuscules ultramontains : marchands italiens et grand commerce à Bordeaux au XVI^e^ siècle*. Pessac : Presses Universitaires de Bordeaux.

APPADURAI, Arjun, ed. 1986. *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge : Cambridge University Press.

ASÚA, Miguel et Roger French. 2005. *A New World of Animals. Early Modern Europeans on the Creatures of Iberian America*. Aldershot: Ashgate.

ATKINSON, Geoffroy. 1935. *Les nouveaux horizons de la Renaissance française*. Genève : Droz.

BARSI, Monica. 2011. *L'énigme de la chronique de Pierre Belon. Avec édition critique du manuscrit Arsenal 4651*. Milan : Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto.

BECK, Bernard. 2000. « Les Italiens et la mer. Marins et cartographes au service de la Normandie au XVIe siècle ». *Cahiers d'Annales de Normandie* 29 : 129-42. https://doi.org//10.3406/annor.2000.2351.

BERNARD, Jacques. 1968. *Navires et gens de mer à Bordeaux (vers 1400-vers 1550*). Paris : SEVPEN.

BEUSTERIEN, John. 2020. *Transoceanic Animals as Spectacle in Early Modern Spain*. Amsterdam : Amsterdam University Press.

BLAIS, Hélène, et Raul Markovits. 2019. « Introduction. Le commerce des plantes, XVIe-XXe siècle ». *Revue d'Histoire moderne et contemporaine* 66 (3) : 7-23.

BONNICHON, Philippe. 2011. « France et Brésil : apports réciproques aux XVIe et XVIIe siècles ». *Mémoires de l'Académie des Sciences, Arts et Belles-Lettres de Touraine* 24 : 9-25.

BOTTIN, Jacques. 1995. « La redistribution des produits américains par les réseaux marchands rouennais (1550-1620) ». Dans *Dans le sillage de Colomb : l'Europe du Ponant et la découverte du Nouveau Monde, 1450-1650*, sous la direction de Jean-Pierre Sánchez, 27-40. Rennes : PUR.

BOURGUET, Marie-Noëlle et Pierre-Yves Lacour. 2015. « Les mondes naturalistes : Europe (1530-1802) ». Dans *Histoire des sciences et des savoirs,* t. 1, *De la Renaissance aux Lumières*, sous la direction de Stéphane Van Damme, 254-82. Paris : Seuil.

BRETTAHAUER, Isabelle, Christophe Maneuvrier, et Michel Daeffler. 2019. « Les importations de bois de Brésil en Normandie dans la première moitié du XVIe siècle ». *Revista Portuguesa de História* 49 : 189-213.

BRUMONT, Francis. 2018. « Les Normands à Terre-Neuve au XVI[e] siècle ». *Annales de Normandie* 68 (2) : 35-60. https://doi.org//10.3917/annor.682.0035.

BRUNELLE, Gayle K. 1991. *The New World Merchants of Rouen, 1559-1630*. Ann Arbor : Edwards brothers.

BUONO, Amy J. 2016. « Representing the Tupinambà and the Brazilwood Trade in Sixteenth-Century Rouen ». Dans *Cultural Exchanges between Brazil and France,* sous la direction de Regina R. Felix et Scott D. Juall, 19-34. West Lafayette : Purdue University Press.

CEARD, Jean. 1977. *La nature et ses prodiges : l'insolite au XVI[e] siècle*. Genève : Droz.

COORNAERT, Émile. 1961. *Les Français et le commerce international à Anvers, fin XV[e]-XVI[e] siècles.* Paris : Michel Rivière et Cie.

DAVIES, Surekha. 2012. « Depictions of Brazilians on French Maps, 1542-1555 ». *The Historical Journal* 55 (2) : 317-48.

DELAUNAY, Paul. 1926. *L'aventureuse existence de Pierre Belon du Mans*. Paris : Edouard Champion.

DELISLE, Candice. 2008. « Accessing nature, circulating knowledge : Conrad Gessner's correspondence networks and his medical and naturalist pratices ». *History of Universities* 23 : 35-58.

DURKAN, John. 1980. « Giovanni Ferrerio, Gesner and French Affairs ». *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 42 (2) : 349-60.

EGMOND, Florike. 2007. « A European Community of Scholars. Exchange and Friendship among Early Modern Natural Historians ». Dans *Finding Europe. Discourses on the Margins, Communities, Images, ca. 13[th]– ca. 18[th],* sous la direction de Anthony Molho, Diogo Ramada Curto et Niki Koniordos, 159-83. New-York : Berghahn Books.

EGMOND, Florike. 2018. « Into the Wild : Botanical Fieldwork in the Sixteenth Century ». Dans *Naturalists in the Field. Collecting, Recording and Preserving the Natural World from the Fifteenth to the Twenty-First Century*, sous la direction de Arthur MacGregor, 166-211. Leyden : Brill.

FINDLEN, Paula. 2006. « Natural History ». Dans *The Cambridge History of Science*, vol. III : *Early Modern Science*, sous la direction de Katharine Park et Lorraine Daston, 435-58. Cambridge : Cambridge University Press.

GEORGE, Wilma. 1985. « Alive or Dead: Zoological collections in the Seventeenth Century ». Dans *The Origins of Museums: the Cabinet of Curiosities in Sixteenth– and Seventeenth-Century Europe,* sous la direction de Oliver Impey et Arthur MacGregor, 179-87. Oxford : Clarendon Press.

GERRISTEN, Anne, et Giorgo Riello, ed. 2016. *The Global Lives of Things. The Material Culture of Early Modern Age, 1400-1800.* London : Routledge.

GLARDON, Philippe. 2006. « L'histoire naturelle du XVI[e] siècle : historiographie, méthodologie et perspectives ». *Gesnerus* 63 : 280-98.

GOMEZ-GERAUD, Marie-Christine. 2013. « La curiosité, qualité du voyageur ? Succincte enquête sur la littérature viatique du XVI[e] siècle ». *Camenae* 15 : 1-10.

GUENIN, Eugène. 1901. *Ango et ses pilotes d'après des documents inédits.* Paris : Prudhomme.

GUILLOREL, Eva. 2018. « Saint-Malo et le Canada au XVIe siècle : la puissance de l'oubli ». *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest* 125 (3) : 169-94.

HORODOWICH, Elizabeth, et Lia Markey, ed. 2017. *The New World in Early Modern Italy, 1492-1750*. Cambridge : Cambridge University Press.

JORDAN-GSCHWEND, Annemarie, et A. Pérez de Tuleda. 2010. « Luxury goods for royal collectors: exotica, princely gifts and rare animals exchanged between the Iberian Courts and Central Europe in the Renaissance (1560-1612) ». *Jahrbuch des Kunsthistorischen Museum Wien* 3: 1-128.

JULIEN, Charles André. 1948. *Les voyages de découverte et les premiers établissements : XVe-XVIe siècles*. Paris : Presses Universitaires de France.

KEATING, Jessica et Lia Markey. 2011. « 'Indian' objects in Medici and Austrian-Habsburg inventories. A case of the sixteenth-century term ». *Journal of the History of Collections* 23 (2) : 283-300.

KUSUKAWA, Sachiko. 2010. « The sources of Gessner's pictures for the *Historia animalium* ». *Annals of Science* 67 (3) : 303-28.

KUSUKAWA, Sachiko. 2011. *Picturing the Book of Nature : Image, Text, and Argument in Sixteenth-Century Human Anatomy and Medical Botany*. Chicago : University of Chicago Press.

LACOUR, Pierre-Yves. 2014. *La République naturaliste : collections d'histoire naturelle et Révolution française (1789-1804)*. Paris : Publications scientifiques du Muséum national d'histoire naturelle.

LACROIX, Paul. 1856. « Inventaire des joyaux de la Couronne de France en 1560 ». *Revue universelle des arts* 2, no. 2 et no. 3 : t. 3, 334-350 et t. 4, 445-456 et 518-536.

MARRACHE-GOURAUD, Myriam. 2016. « La plume des Amériques en son histoire allégorique ». Dans *S'exprimer autrement : poétique et enjeux de l'allégorie à l'âge classique*, sous la direction de Marie-Christine Pioffet et Anne-Elisabeth Spica, 253-70. Tubingen : Verlag GmbH & Co.

MARTIN, Marguerite, et Maud Villeret, ed. 2018. *La diffusion des produits ultramarins en Europe, XVIe-XVIIIe siècles*. Rennes : PUR.

MARTIN, Pierre. 2005. « Des tatous et des hommes ». Dans *Texte/Image – Nouveaux problèmes*, sous la direction de Henri Scpei et Liliane Louvel, 119-150. Rennes : PUR.

MASSE, Vincent. 2006. « La faune, la flore et les richesses minérales de l'Amérique selon quelques écrits de langue française, 1550-1560 ». *Moyen Français* 59 : 69-97.

MASSE, Vincent. 2009. « Sublimés des Nouveaux Mondes – Évocation des lieux de l'expansion européenne dans les imprimés français, des origines à 1560 ». PhD diss., University of Toronto.

MATOS, Luís de. 1952. *Les Portugais en France au XVIe siècle. Études et documents*. Coimbra: Por ordem da Universidade.

MOLLAT, Michel. 1977. *Études d'Histoire maritime (1938-1975).* Turin: Bottega d'Erasmo.

PARDO-TOMAS, José, et Elisa Andretta. 2017. « Il mondo secondo Andrés Laguna (1511?-1559): il Dioscorides spagnolo tra storia naturale e politica ». *Rivista Storica Italiana* 129 (2) : 417-56.

PARDO-TOMAS, José. 2017. « Médecine et histoire naturelle. Francisco Hernández au Mexique ou le médecin voyageur comme historien de la nature du Nouveau Monde, 1570-1577 ». *Histoire, médecine et santé* 11 : 77-97.

PARESYS, Isabelle. 2006. « Images de l'autre vêtu à la Renaissance. Le recueil d'habits de François Desprez (1562-1567) ». *Le Journal de la Renaissance* 4 : 25–55.

PEPY, Emilie-Anne. 2015. « Décrire, nommer, ordonner. Enjeux et pratiques de l'inventaire botanique au XVIIIe siècle ». *Études rurales* 195 : 27–42.

PERRONE-MOISÉS, Beatriz. 2008. « L'alliance normando-tupi au XVIe siècle: la célébration de Rouen ». *Journal de la société des américanistes* 94 (1): 45-64.

PINON, Laurent. 2002. « Clématite bleue contre poissons séchés. Sept lettres inédites d'Ippolito Salviani à Ulissse Aldrovandi ». *Mélanges de l'Ecole française de Rome* 114 (2) : 477–92.

SAUPIN, Guy, et Jean-Philippe Priotti, ed. 2008. *Le commerce atlantique franco-espagnol. Acteurs, négoces, ports (XVe-XVIIIe siècles)*. Rennes : PUR.

SCHNAPPER, Antoine 1988. *Le géant, la licorne, la tulipe. Collections françaises au XVIIe siècle*. Paris : Flammarion.

SEGUIN, Marc. 1999. « Les Saintongeais des "Isles" et le monde atlantique au XVIe siècle ». Dans *D'un rivage à l'autre, ville et protestantisme aux XVIe et XVIIe siècles,* sous la direction de G. Martinière, D. Poton et F. Souty, 87-99. Paris, Poitiers et La Rochelle : Imprimerie Nationale.

SHELTON, Anthony Alan. 1994. « Cabinets of Transgression: Renaissance Collections and the Incorporation of the New World ». Dans *The Cultures of Collecting,* sous la direction de J. Elsner et R. Cardinal, 177-203. Cambridge: Harvard University Press.

SMITH, Paul. J. 2007. « On Toucans and Hornbills: Readings in Early Modern Ornithology from Belon to Buffon ». Dans *Early Modern Zoology: The Construction of Animals in Science, Literature and the Visual Arts*, sous la direction de Karl A. E. Enenkel et Paul J. Smith, 75-119. Leyden, Boston : Brill.

SMITH, P. H., et Paula Findlen, ed. 2002. *Merchants & Marvels. Commerce, Science, and Art in Early Modern Europe*. New York : Routledge.

SZELIGA, Dorota. 2003. « L'expérience de navigateur source d'inspiration poétique à travers quelques chants royaux présentés par Jean Parmentier aux Puys de Rouen et de Dieppe ». Dans *Première poésie française de la Renaissance : autour des Puys poétiques normands, 1480-1550,* sous la direction de Jean-Claude Arnould et T. Mantovani, 265-79. Paris: Honoré Champion.

TEIXERA, Martins, et Nelson Papavero. 2014. « Os animais do Brasil nas Obras de Pierre Belon (1517-1564) ». *Arquivos de Zoologia* 45 (3) : 45–94. https://doi.org/10.11606/issn.2176-7793.v45i3p45-94.

TOULOUSE, Sarah. 2007. « Marine Cartography and Navigation in Renaissance France ». Dans *The History of Cartography*, t. 3, *Cartography in the European Renaissance*, sous la direction de David Woodward, 1550-1568. Chicago : Chicago University Press.

TROCMÉ, Étienne, et Marcel Delafosse. 1952. *Le commerce rochelais de la fin du XVe siècle au début du XVIIIe siècle*. Paris: Armand Colin.

TURGEON, Laurier. 2019. *Une histoire de la Nouvelle-France : Français et Amérindiens au XVI[e] siècle*. Paris : Belin.

TUTTLE, Edward F. 1976. « Borrowing Versus Semantic Shift: New World Nomenclature in European Languages ». Dans *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*, sous la direction de Fredi Chiapelli, t. 2, 595-611. Berkeley, London : University of California Press.

VAN DUZER, Chet. 2015. *The World for a King. Pierre Desceliers' World Map of 1550*. London : British Library.

VIDAL, Cécile, et Gilles Havard. 2014. *Histoire de l'Amérique française*. Paris : Flammarion.

VIDAL, Laurent. 2000. « La présence française dans le Brésil colonial du XVI[e] siècle ». *Cahiers des Amériques latines* 34 : 17–38.

WERNER, Thomas, et Johan Verbeckmoes, 2015. « The Southern Netherlands as a Center of Global Knowledge Concerning the Iberian Empires in the Sixteenth and Early Seventeenth Centuries ». Dans *Embattled Territory: The Circulation of Knowledge in the Spanish Netherlands* sous la direction de Sven Dupré et al., 161-98. Gand : Academia Press.

WINTROUB, Michael. 2001. « L'ordre du rituel et l'ordre des choses: l'entrée royale d'Henri II à Rouen (1550) ». *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 56 (2): 479-505.

WINTROUB, Michael. 2017. *The Voyage of Thought: Navigating Across the Sixteenth-Century World.* Cambridge, New-York : Cambridge University Press.

YAYA, I. 2008. « Wonders of America: the curiosity cabinet as a site of representation and knowledge ». *Journal of the History of Collections* 20: 173-188.

ZAERCHER, Véronique. 2006. « L'écriture à "diverses mains" dans les *Discours non plus mélancolique que divers*. Étude comparative des procédés d'écriture ». Dans *Les grands jours de Rabelais en Poitou*, sous la direction de Marie-Luce Demonet et Stéphan Geonget, 342-57. Genève : Droz.

LEONARDO ARIEL CARRIÓ CATALDI*

Las gentes y las cosas. Construcciones fragmentarias de dos horizontes coloniales ibéricos: África y América (ca. 1492-1560)

Las gentes y las cosas: ¿*agency* para todos?

Desde una perspectiva ibérica, a partir del final del siglo XV, el Atlántico se define entre dos grandes masas de tierra, África y América, entre las cuales media un puñado de islas. Como horizontes coloniales del mundo ibérico, África y América se inscriben en cronologías diferentes. La primera es parte íntegra de la evolución histórica de las culturas mediterráneas desde la Antigüedad, mientras que la segunda representa, para la Europa de la Época Moderna, una experiencia radicalmente nueva.

A pesar de esta diferencia esencial, a lo largo de este periodo, antes incluso de que la cartografía europea trace con claridad la forma de dichas masas de tierra, la circulación en tierras ibéricas de cosas y de gentes de estos horizontes coloniales –"fragmentos" en circulación de dos mundos– evocan el "contenido" de ambas masas continentales. El término fragmento, entendido latamente como la parte de algo, abarca aquí tanto el universo material y natural como el humano. Extraídos, o desterrados, y puestos en circulación por las dinámicas de conquista y comercio que los imperios ibéricos ponen en marcha, dichos fragmentos recomponen, a los ojos de los actores europeos, horizontes coloniales que se dibujan gracias a la suma de sus partes. Esta es la hipótesis que el presente capítulo propone desarrollar a partir de dos elementos centrales: la presencia de fragmentos de África en la península ibérica en el momento en que Cristóbal Colón vuelve de su primer viaje a las Indias occidentales y la problemática de la "posesión" y "destrucción" de las cosas y de las gentes de ambos continentes a mediados del siglo XVI.

* CNRS, LARHRA – Le Laboratoire de Recherche Historique Rhône-Alpes, Francia.
ORCID iD : https://orcid.org/0000-0002-4715-2875. *E-mail*: leonardo.carrio@cnrs.fr.

Esta hipótesis se formula con el propósito de repensar la relación entre circulaciones materiales y circulaciones humanas en el Atlántico, el rol que América y África juegan, así como la relación entre el *fragmento* y el *mundo*; o la parte y el todo.

En las últimas décadas, estudios en antropología, sociología e historia cultural han propuesto reconsiderar la separación entre humanos y objetos en relación con la capacidad que estos últimos tienen para incidir, activamente, en el mundo que habitamos y las relaciones sociales que entretejemos (Latour 1991; 1994; Bloor 2017; Brown 2001; Findlen 2012). Se trata, si se me permite la imprecisión de una formulación sucinta, de una suerte de democratización del *agency*, o de un *agency* para todo y todos, que lima la relación dicotómica entre "humano" y "cosa". Encuadrar la reflexión sobre la circulación de fragmentos en el marco de dos horizontes coloniales ibéricos en construcción, unidos por el Atlántico, nos enfrenta, sin embargo, a la pregunta si las cosas se integran en el universo humano o si los humanos, al menos aquellos que la situación colonial pone en circulación privados de *agency*, se integran en el de una naturaleza compuesta por objetos, plantas y animales.

Al hilo de uno de los textos que más ha marcado el debate en las ciencias sociales, *The social life of things* (1986), podemos cuestionarnos cómo podría entenderse un "régimen de valores" (*regime of values*) colonial (Appadurai 1986, 4, 15). No es casualidad, pienso, que uno de los capítulos claves de dicho volumen colectivo esté escrito por un especialista de África y de la esclavitud: Igor Kopytoff. En su capítulo, especialmente en los desarrollos que se presentan bajo el epígrafe *Of persons and things* (Appadurai 1986, 64-68), Kopytoff nos recuerda que la polarización entre cosas (objetos físicos sobre los que se poseen derechos) y humanos es reciente. A través de los siglos, grupos humanos han sido considerados como objetos. Es justamente en el ejemplo del proceso de esclavización y de "des-esclavización" o *decommoditization* que Kopytoff se inspira para proponer un análisis que alumbre la *vida social de las cosas*. Estas transitan, a lo largo de sus respectivas biografías, por diferentes momentos de "mercantilización" (*commoditization*, *recommoditization*, *decommotization*).

En consonancia con esta perspectiva, el presente capítulo desplaza –sin excluir– la idea de acumulación de *exotica* y *naturalia* en Europa motivada por una simple curiosidad y gusto renacentista por el mundo. Mi interés se centra más bien en entender la circulación de dichos fragmentos en relación con una experiencia colonial de Antiguo régimen. Desde un punto de vista ibérico, mantener la tensión y el paralelismo entre África y América permite, además, mínimamente recalibrar el peso en la historiografía atlántica de la corona hispana por un lado y de la expansión portuguesa por otro, así como el tipo de circulaciones que se asocian a cada continente. Se trata, de esta manera, de proponer una "mirada estrábica" capaz de tener en cuenta, por un lado, un continente conocido, pero en curso de definición y, por el otro, un Nuevo Mundo que emerge en el horizonte colonial ibérico. Para ello, propongo examinar dos momentos diferentes y significativos a partir de una documentación diversa, conocida en algunos casos, poco explorada en otros.

En el primer apartado, abordo el momento "post-descubrimiento" de América, a partir del *Itinerario* que escribe el médico Jerónimo Münzer (1437-1508) sobre su recorrido por la península ibérica, entre 1494 y 1495. Para decepción de algunos historiadores que han buscado en este manuscrito las primeras reacciones al "Descubrimiento" y al regreso de Colón, el texto ofrece escasas informaciones sobre el Nuevo Mundo. Es, sin embargo, la naturaleza africana –compuesta por sus gentes y cosas– que Münzer descubre en la península y que intenta desvelar, a medida que camina, a través de la *Historia natural* de Plinio. De forma elocuente, El *Itinerario* se cierra con un epílogo intitulado *El descubrimiento de África marítima y occidental por el Infante Enrique de Portugal*[1].

El segundo momento que consideraré –de forma transversal y consciente de que existe una abundante literatura de calidad sobre el tema– es el que nos sitúa entre el viaje de Münzer y los años 1550-1560. Es el periodo en que se perfila la imagen cartográfica de ambos continentes y durante la cual cristaliza el debate sobre la posesión de su "contenido". El tema nos sitúa, inevitablemente, en el año 1552: año de la publicación de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. En ella Bartolomé de Las Casas canaliza un debate abierto décadas antes, reformulado a través de la Segunda escolástica salamantina y polarizado en dos facciones opuestas en la "disputa" o junta de Valladolid (1550-1551).

En este apartado argumentaré que la tematización de la conquista y de la posesión de sus gentes y naturaleza como un proceso de destrucción no es exclusiva del Nuevo Mundo. Para ello, comentaré la publicación de un libro de poemas, escasamente conocido, concentrado en las guerras del Mediterráneo, escrito por el soldado Baltasar del Hierro e intitulado *La destruycion de Africa* (1560). El texto, del que probablemente solo nos ha llegado un ejemplar[2], se cierra con un breve epílogo sobre las Indias orientales, que conduce al lector a bascular del contexto español al portugués. Sin pretender salvar las considerables distancias entre el contexto africano y americano, y pese a la diferencia de contenidos y de objetivos que existen entre la *Destrucción de las Indias* y la *Destrucción de África*, señalaré que el hecho de que ambos textos sean publicados por el mismo impresor, Sebastián Trujillo, nos invita a considerar nuevamente la evolución conjunta y compleja de dos continentes en la construcción de los horizontes coloniales de las monarquías ibéricas a partir de los fragmentos o noticias fragmentarias que de ellos llegan a la península.

---

1 *Itinerarium sive peregrinatio excellentissimi viri, artium ac utriusque medicine doctoris, Hieronymi Monetarii de Feldtkirchen, civis Nurembergensis* y *De inventione Africae maritimae et occidentalis videlicet Geneae per infantem Heiricum Porgugalliae*. Munich : Bayerische Staatsbibliothek, CLM, 431, f. 96-274v.; 280-290v. respectivamente. Las ediciones críticas del *Itinerario* de Münzer abundan y aportan datos esenciales para la contextualización de este trabajo, a pesar de la perspectiva nacional que ha segmentado y organizado dichas ediciones. Utilizaré Münzer 1924, 1991; Firth 2014. Para estudios de corte interpretativo abarcando el *Itinerario* de Münzer, véase, por ejemplo, la traducción de la tesis de Lopes 2002.

2 Madrid: Biblioteca Real de la Academia de la Historia, 2/2908(2).

Itinerarios: Cristóbal Colón "descubre" América y Jerónimo Münzer "avista" África, desde la península ibérica

Es interesante comenzar subrayando cuánto, historiográficamente, el año 1492 conduce casi sistemáticamente a centrar la atención en las dinámicas que se tejen entre un Nuevo Mundo por descubrir y construir, desde un punto de vista europeo, y un Viejo Mundo –fundamentalmente concebido como la Europa occidental y latina– que se lanza a la exploración y a la conquista por la vía oceánica. *Annus mirabilis* desde una perspectiva hispanista (Vincent 1992), dichas dinámicas son concomitantes a la transformación y a la producción de descripciones del viejo continente: al ritmo de jornadas a pie o a caballo, el Viejo Mundo sigue siendo explorado y redescubierto. El *Itinerario* de Jerónimo Münzer traduce esta última modalidad de viaje y de descripción plenamente vigente entre una Edad Media y Moderna (Delano-Smith 2006) que la fecha de 1492 convencionalmente separa.

Realizado décadas antes del viaje por la península ibérica del conocido naturalista Carolus Clusius (1564-1565) –a partir del cual Clusius escribe su *Rariorum aliquot stirpium per Hispanias observatarum historia,* Amberes, 1576– el itinerario de Jerónimo Münzer se inscribe en una modalidad de exploración de la naturaleza, estrechamente ligada a su formación como médico. Pero cabe también subrayar cuánto el viaje de Münzer, que lo lleva primero hasta la corte portuguesa y solo luego hasta la castellana, nutre diferentes expectativas del Sacro imperio romano germánico respecto a la evolución de la expansión oceánica. No en vano, Münzer viaja en compañía de tres comerciantes alemanes (Phole 2017).

El viaje de Münzer nos invita, en efecto, a considerar los intereses que la expansión, principalmente portuguesa, despierta en las esferas políticas y eruditas de la Europa de finales del siglo XV. Es precisamente en la corona portuguesa y en sus "descubrimientos" que están depositadas las esperanzas de una reforma de los saberes, en particular de las artes, y la posibilidad de propagar la fe cristiana y de abrir el "linaje humano" a todo su mundo, según lo expresaba el humanista Juan Luis Vives (1492-1540) a principios del siglo XVI (Vives 1948, 338)[3].

Münzer debe ser entendido, por tanto, bajo una doble perspectiva: como naturalista y como interlocutor privilegiado de los intereses del Sacro imperio. Esta doble calidad permite a Münzer descifrar, a lo largo de los meses durante los cuales transita los territorios de las coronas peninsulares, el mundo natural, político y comercial que la expansión de las monarquías abre y respecto al cual la península ibérica constituye solo un umbral.

Las diferentes ediciones modernas del *Itinerario* han indicado varios elementos de sumo interés que permiten contextualizar el viaje por la península en este sentido.

---

3 En 1531, Vives dedica su *De Disciplinis libri XX* al monarca portugués Juan III (r. 1521-1557). El pasaje que señalo se encuentra en la epístola nuncupatoria: "Con estos prodigiosos descubrimientos abrióse al linaje humano todo su mundo. […] Pero sobre todos estos hechos egregios descuella muy por encima la propagación, a lo largo y a lo ancho, de nuestra Religión sacrosanta […]".

Dichos trabajos también han señalado las conexiones entre Münzer y diferentes actores implicados en una red de colaboraciones que producirá algunas representaciones y documentos decisivos en la fábrica europea del Nuevo Mundo. Comenzando por la carta, en nombre de Maximiliano I de Habsburgo (1459-1519), que Münzer escribe a Juan II de Portugal (r. 1481-1495), fechada el 14 de julio de 1493, unos meses después del regreso de Cristóbal Colón a Lisboa, tras su primer viaje –4 de marzo de 1493– (Münzer 1991). La misiva –incluida como apéndice de dos tratados náuticos impresos a principios del siglo XVI (Albuquerque y Cortesão 1965)– incita al monarca portugués a lanzarse en una empresa similar a la de los Reyes Católicos. La hipótesis de quien podría ser el encargado de entregar la carta también es interesante: Martín Behaim (1459-1507). Behaim es conocido como el responsable de uno de los globos terráqueos más antiguos que se conservan, el llamado *Erdapfel*[4], en cuya confección Münzer habría participado (Münzer 1924, 84: 33). Al igual que otros tantos comerciantes germanos, Behaim es un agente activo en la plaza comercial lisboeta y en la expansión de la corona portuguesa a lo largo de la costa atlántica de África (Ravenstein 1908; Phole 2017; Loureiro 2019).

Médico formado en Italia (Pavía), a donde vuelve huyendo de la peste en 1484, Münzer parte nuevamente de viaje diez años más tarde, en agosto de 1494 (Firth 2014). En esta fecha inicia un recorrido que lo lleva desde Nuremberg hacia el Mediterráneo, para atravesar los Pirineos por Perpiñán rumbo a la península ibérica. El viaje traza en sentido horario un recorrido jalonado por los principales centros urbanos, políticos y religiosos de la península: de Barcelona a Valencia; luego Almería, Granada, Moclín, Málaga, Sevilla, Évora, Lisboa, Santiago de Compostela, Salamanca, Toledo, Madrid, Zaragoza.

La trayectoria que recorre esta geografía urbana puede ser analizada, así, como un inventario de la naturaleza de ultramar que el contexto colonial pone al alcance de un explorador de la península. Para Münzer, esa naturaleza se lee a la luz de la *Historia natural* de Plinio y de los intereses bien específicos de una red de mercaderes que subyace y articula el despliegue de las coronas ibéricas en dos horizontes coloniales diferentes: América y África. Bajo la pluma de Münzer, entre 1494 y 1495, América aparece solo tímidamente en la perspectiva peninsular. África se constituye, sin embargo, gracias a la presencia de sus gentes y cosas[5], como una realidad palpable, cercana y a la vez exótica[6]. Si la evolución de la expansión de las dos coronas en las décadas posteriores marcará de forma durable y distinta la relación que las coronas ibéricas desarrollarán con los dos continentes (Bouza, Cardim y Feros 2019), a los ojos de Münzer, ambos se presentan

4 Nuremberg: Germanischen Nationalmuseums, WI1826, [1492/1494], 133x51 cm.

5 En una dirección de interpretación similar, véase Braga 1994.

6 Münzer formula de manera clara, en varios pasajes de su *Itinerario*, una relación ambivalente de cercanía y lejanía respecto al continente africano; por ejemplo, al comentar la similitud climática entre Almería y África que permite la existencia de árboles similares; o al describir el mismo uso de la madera en la construcción de viviendas en el sur de la península (Münzer 1924, 84: 82, 95).

como un espacio natural y económico, unidos por el océano Atlántico y sus islas. La conquista plena de África es, sin embargo, una prioridad estratégica, sobre la que insistiré más adelante.

La geografía urbana peninsular que vertebra el *Itinerario* de Münzer, y que permite hilvanar un inventario de objetos y gentes, transluce las profundas transformaciones sociales y políticas que han convulsionado la península. En las notas de Münzer resuenan con fuerza, entre las más notorias, la expulsión de los judíos de ambas coronas y la caída del Reino nazarí de Granada que sellan, prácticamente, la unificación política llevada a cabo bajo los Reyes Católicos. No en vano, Münzer se extiende en la descripción de la conquista de Granada realizada desde la plaza militar de Santa Fe, a pocos kilómetros de la ciudad nazarí, en el área de la Vega de Granada donde los Reyes Católicos firman las Capitulaciones con Boabdil –último rey *moro* del Reino de Granada–, y meses más tarde, las Capitulaciones de Santa Fe que ceden el gobierno a Cristóbal Colón de lo que descubriese en su viaje.

En el *Itinerario*, las apreciaciones de Münster sobre la expulsión de los judíos y sobre los desplazamientos de las poblaciones moriscas –que permiten al autor hacer constantemente referencias a África– corren en paralelo a la atención que él presta a la llegada y presencia de esclavos, de gentes de las Indias occidentales y de especímenes naturales. Münzer descubre esta flora y fauna en los jardines, huertos, conventos, mezquitas, sinagogas y palacios que va visitando a su paso por la península. Münzer anota las alteraciones económicas y culturales, en el sentido más amplio del término, que dichas circulaciones y desplazamientos producen. El día prácticamente entero que dedica a visitar la Alhambra es solo un ejemplo del interés con el que observa la destreza con la cual las comunidades musulmanas han conseguido integrar la naturaleza, el agua especialmente, a un paisaje urbano devastado, sin embargo, por la reciente guerra. Es un punto que aborda de manera muy explícita en el pasaje dedicado a la Vera del reino de Granada:

> La situación de Vera es realmente deliciosa; dista una media legua del mar y pasa por ella un río que, no obstante ser pequeño, basta para regar su término, por ser la tierra muy fecunda; pero la mayor parte del pueblo está en ruinas, porque al arrojar a los sarracenos, lo destruyeron todo los ejércitos del rey de España. (Münzer 1924, 84: 76)

Los comentarios que Münzer propone sobre los desplazamientos forzados de determinados grupos (especialmente de los "moros" y esclavos) se sitúan constantemente en continuidad con las descripciones que ofrece de los especímenes de flora y de fauna procedentes de ultramar. Así, de camino a Almería, ciudad que ha caído bajo dominación cristiana pocos años antes (1489), Münzer comenta "sus bellas huertas, sus murallas, sus baños, sus torres, sus acequias, todo ello al estilo de los moros" (Münzer 1924, 84: 77). En el castillo, con su jardín interior cuadrangular en donde trabajan "muchos cautivos con grillos en los pies", Münzer observa "un avestruz muy grande y sumamente negro" (Münzer 1924, 84: 78). De camino a Salamanca, a comienzos del año 1495, Münzer

escribe sus impresiones sobre la ciudad de Benavente. Enclave pequeño y mal construido, afirma, en este destacan sus cuatro monasterios y su fortaleza que solo rivaliza, con la de Granada o Sevilla. El conde de Benavente es presentado por Münzer como un opositor al ascenso de los reyes de Castilla y como uno de los más ricos en España gracias a su participación en la lucha contra los "moros", por lo que obtuvo una recompensa en diezmo del papa. Según Münzer, el conde es "aficionadísimo a toda suerte de animales". Poseía, escribe, un elefante, que ha muerto sin embargo hace algunos años por el frío; pero aún se pueden ver:

> […] nueve leones y otros dos que con un lobo comían tranquilamente en la misma jaula, en la cual entró un negro de Etiopía que comenzó a acariciarlos, de lo que las bestias parecían mostrarse muy complacidas. (Münzer 1924, 84: 231)

La bestialidad, que en este y en otros muchos pasajes se presenta en contigüidad y relación con el carácter salvaje de las gentes venidas de dichos horizontes coloniales, va ligada al carácter extraordinario de la fauna y de la flora. Aún en España, esta vez en un espacio religioso como el Monasterio de Guadalupe, Münzer apunta la presencia de una "piel de cocodrilo cazado en Guinea por unos portugueses", quienes se habrían librado de la amenaza de aquel "monstruo" gracias a la protección de la virgen. En el monasterio, Münzer encuentra también un espaldar de tortuga del tamaño de una bañera para una persona, un colmillo de elefante y dos barbas de ballena traídas de la costa portuguesa (Münzer 1924, 84: 239).

En tierras portuguesas, la descripción de gentes y especímenes naturales relacionados con contextos coloniales en exploración se desdobla, igualmente, en espacios políticos y religiosos. Münzer entra en territorio portugués por Évora, donde se entrevista con el monarca portugués y recoge las informaciones necesarias para seguir camino hacia Lisboa. En el palacio de Évora, "África" vuelve a entrar en las notas de Münzer a través de la presencia de un camello, que el rey "mandó traer de África, país en que hay muchos de estos animales" (Münzer 1924, 84: 205). A los pies de la iglesia de San Blas, Münzer anota haber visto una piel de serpiente traída de Guinea, cuyo tamaño y ferocidad Münzer asimila a las descritas por Plinio, quien "habló de los animales de India y de Etiopía, que hoy causan tanta admiración cuando los traen de las tierras etiópicas o de sus islas adyacentes" (Münzer 1924, 84: 205).

Lisboa y sus alrededores constituyen uno de los puntos neurálgicos del reino que articula las circulaciones de estos fragmentos coloniales. Cerca de la ciudad, en Santa María de la Luz, Münzer describe: pelicanos como los que hay en Guinea; cañas de gran tamaño procedentes de Madeira y Fayal –un tema también abordado por Plinio, precisa Münzer–, lanzas hechas con las cañas que los etíopes llaman azagayas; un cocodrilo pequeño o dos leones que se encuentran en el castillo (Münzer 1924, 84: 209). El monasterio de Menores cuenta también, según Münzer, con un cocodrilo colgado en el coro y, al igual que el monasterio de San Agustín, con árboles dragones:

> En Guinea y en otras partes de allá alimentan a las caballerías con las hojas de estos árboles, en donde son tan grandes, que con un internodio construyen una canoa para tres o cuatro hombres y con el tronco una para cincuenta o sesenta; así, al menos, me lo aseguraron algunos que las han visto en las tierras equinocciales. (Münzer 1924, 84: 208)

Las referencias a Guinea no son, evidentemente, casuales. El término renvía al amplio golfo africano en el que los portugueses establecen una base más estable a partir de los años 1480 (fortificación de São Jorge da Mina, 1482), que facilita la redistribución de oro y esclavos (Mendes 2008; Ugo Nwokeji 2011; Green 2019, 108). Por ello, desde finales del siglo XV, Juan II inicia la construcción de los almacenes en Lisboa, llamados *Casa da Guiné* y *da Mina*, a los que llegan y desde donde se exportan las "mercancías" (Mendes 2016). Recomendado por el rey, Münzer accede a estos espacios subrayando la riqueza y gran diversidad de "cosas" que allí ve:

> La víspera de San Andrés lleváronnos por orden del rey a visitar sus almacenes llamados la Mina, amplio edificio sito en el puerto, en el que se guardan las mercaderías que aquél manda a Etiopía, entre ellas, paños de varios colores traídos de Túnez, alfombras, telas, calderas de cobre, salvillas, rosarios de limonero y de vidrio y otra porción de objetos. En otro edificio nos enseñaron los que se importan de Etiopía, como grana del paraíso, pimienta (de la que nos regalaron mucha) y colmillos de elefante. (Münzer 1924, 84: 211)

Es a la luz de esta rica circulación de bienes que el rey portugués es considerado por Münzer como un "rey mercader", con "peregrino ingenio para negociar y enriquecerse". Por un lado, se destaca su rol como exportador e intermediario en el comercio de todo tipo de bienes distribuidos hacia diferentes partes, principalmente, de Europa (Génova, Irlanda, Inglaterra, Túnez); por otro, como importador de "oro, esclavos, pimienta, grana del paraíso, gran cantidad de colmillos de elefante", entre otras cosas (Münzer 1924, 84: 205).

Münzer aporta más detalles sobre la red que permite a la corona nutrirse de estas mercancías en el epílogo que cierra su *Itinerario*, intitulado *El descubrimiento de África marítima y occidental* […]. Desde el corazón del continente, un circuito comercial de gentes (Madeira-Santos 2012; Ugo Nwokeji 2011; Green 2019), cosas y especímenes naturales irriga los enclaves costeros y sus islas (Madeira, Cabo Verde, São Tomé).

Como de forma explícita escribe Münzer a propósito del tráfico realizado desde Túnez, la corona portuguesa hace por mar lo que el rey de Túnez venía haciendo ya por tierra: aprovechar del circuito de oro y esclavos que afluye hacia la costa desde el interior, atravesando el macizo del Atlas (Firth 2014, 241). La idea se plasma en el imaginario cartográfico del Mediterráneo desde, al menos, el llamado atlas "catalán" (1375), en el cual se representa al rey Mansa Moussa de Mali, extendiendo una pepita de oro a un comerciante del norte. Las lenguas se inundan pronto de fragmentos lexicales que dan sentido a las circulaciones puestas en marcha por la expansión imperial. Duarte Pacheco

Pereira (1460-1533), en su *Esmeraldo de situ orbis*, escrito a principios de siglo, retiene, por ejemplo, de la lengua de los "etíopes" –al narrar los "descubrimientos" de Afonso V, el *africano,* en la segunda parte del manuscrito– el término "vyqua"; que traduce por la palabra "oro" (Pereira 1991).

Münzer señala, por otro lado, un cargamento de 653 esclavos enviados a Portugal en tiempos de Enrique el Navegante (1394-1460), del que luego se beneficiaron diferentes dirigentes en Europa, entre otros, el papa[7]. Un comercio interno que también funciona gracias al intercambio de animales, especialmente de caballos procedentes de Berbería, por esclavos[8]. Describiendo la penetración por el "Gran río", Münzer detalla el rol que los intermediarios tienen en este comercio interno. Allí, a 120 leguas hacia el interior del continente, los portugueses:

> […] hicieron la paz con los habitantes gracias a intérpretes negros que ellos habían capturado antes y a quienes enseñaron Portugués. Los portugueses volvieron a Portugal con marfil, y con esclavos negros que recibieron de otros negros, y que habían sido hechos prisioneros en guerra y comercio entre ellos mismos. El país se llama Galoff. La cuñada del Señor Martin Behaim tenía una joven hermosa esclava procedente de aquí, y que yo había visto[9].

El epílogo alumbra así un horizonte colonial africano que se dilata, más allá de la costa del Mediterráneo y del Atlántico, hasta donde las expediciones a pie o por navegación fluvial lo permiten y hasta donde las redes de intercambio y comercio extienden sus ramificaciones. Mercados internos y externos contribuyen directamente a construir, poniendo en movimiento "fragmentos" del mundo, dichos horizontes coloniales. Pocos detalles parecen más significativos que situar, como el pasaje arriba citado la hace, la presencia de esclavos en los círculos cercanos, familiares o intelectuales, de actores, como Martín Behaim, que pondrán el mundo en un globo.

El *Itinerario* de Münzer nos da la impresión de que el autor es plenamente consciente de que en los años 1490 la partida del horizonte colonial africano se decanta en favor de la corona portuguesa (Tratado de Tordesillas, 1494). La cuestión africana, dada la evolución que seguirá la expansión de la corona portuguesa, quedará estrechamente ligada al imperio portugués. Sin embargo, en su audiencia pública con los Reyes Católicos en Madrid, el 24 de enero de 1495, Münzer cree aún importante promocionar el horizonte africano como escenario de una cruzada final que enaltecerá a los Reyes Católicos:

> El África tiembla ante vuestra espada y se dispone a someterse a vuestro cetro; con ello, no tendréis ya los enemigos a la espalda; España florece con la paz; acabáronse las guerras fratricidas; […]. Fácil, por tanto, ha de seros rescatar el sepulcro de Cristo del dominio de los enemigos de Dios y añadir esta joya a vuestra diadema. (Münzer 1924, 84: 259)

7 J. Firth señala que debe tratarse de un envío de esclavos que llega a Lisboa en 1455.
8 La referencia y los valores los aporta Firth 2014, 247.
9 Traducido a partir de la versión ofrecida por Firth 2014, 247-248.

África no solo representa el camino hacia el santo sepulcro. Las observaciones que Münzer realiza a lo largo de su *Itinerario* nos permiten entender cómo, desde un punto de vista geopolítico y económico, la península ibérica se escinde entre un flanco mediterráneo y otro atlántico, precedidos por una serie de islas de crucial importancia. En este sentido, cabe recordar que las primeras ordenanzas de la Casa de la Contratación de Sevilla prestan también explícita atención a los bordes marítimos africanos como áreas de interés económico. Se trata principalmente del "Cabo Aguer, Berbería, [de la] fortaleza de Santa Cruz" y, por supuesto, de las islas Canarias[10]. África también representa una plataforma de un lucrativo mercado cuyos circuitos pronto integrarán el Nuevo Mundo. Las islas Canarias, en la mira de los poderes europeos como terreno experimental de colonización y de evangelización desde el siglo XIV, se transforman en una nueva intersección en el camino hacia América. Por ello, en Valencia, junto a los comentarios sobre la circulación de la caña de azúcar, Münzer se detiene para describir el comercio de esclavos que le es paralelo:

> Vi en una casa hombres, mujeres y niños que estaban en venta. Eran de Tenerife, isla de Canarias en el mar Atlántico, que habiéndose rebelado contra el rey de España, fué, al fin, reducida a la obediencia. Véndense en ella las personas, y en la citada casa hallábase a la sazón un mercader valenciano que había sacado ochenta y siete en un barco; se le murieron catorce en la travesía y puso a la venta los demás. Son muy morenos, pero no negros, semejantes a los bárbaros ; las mujeres bien proporcionadas, de miembros fuertes y largos, y todos ellos bestiales en sus costumbres, porque hasta ahora han vivido sin ley y sumidos en la idolatría.[…] Antes andaban desnudos, pero ya usan vestidos como nosotros : ¡poder de la doctrina y del cielo, que de bestias con cuerpo humano logra hacer hombres de suave condición […]. Antes de la conquista eran punto menos que salvajes, pero poco a poco se van civilizando gracias al influjo de la religión. Vi muchos de estos cautivos sujetos con cadenas y con grillos en los pies, forzados a durísimos trabajos, como serrar vigas y otros menesteres. (Münzer 1924, 84-63)

Se tardará aún casi medio siglo para que el impacto de la conquista de América se transforme en un debate (Francisco de Vitoria, Bartolomé de Las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda, entre las voces principales) sobre el sometimiento de las poblaciones del Nuevo Mundo por medio de una "guerra justa" y sobre la naturaleza misma de sus gentes. Pero a finales del siglo XV, cuando Münzer escribe, África se presenta y describe, desde la península ibérica, a la luz de una "naturaleza salvaje" que incluye su flora exuberante, su fauna exótica y sus "bestias con cuerpo humano". Por estas fechas, los primeros "fragmentos" del mundo americano que Münzer percibe también son sus *gentes*. Durante la audiencia con los Reyes Católicos, el viajero menciona haber visto en Sevilla:

10 Ordenanzas reproducidas por Fernando Navarrete, documento número CXLVIII (Seco Serrano 1954, 75: 472-477).

> […] el espectáculo asombroso de los hombres traídos de las Indias, descubiertas bajo vuestros auspicios, seres que hasta hoy permanecieron ignorados de las gentes e insigne prodigio en el que muchos no creen todavía. (Münzer 1924, 84: 258)[11]

Construcciones y destrucciones: la posesión del contenido de los continentes

Münzer realiza su itinerario peninsular algunos años antes de las primeras evidencias que nos han llegado de la representación del Nuevo Mundo (planisferio de Juan de la Cosa, 1500) y su primera designación como "América" (planisferio de Martín Waldseemüller, 1507)[12]. Cabe, por tanto, hacer un esfuerzo para imaginar, sin imágenes cartográficas en el caso del Nuevo Mundo e imágenes parciales en el caso de África, las realidades a las que los "fragmentos" del mundo en circulación en la península ibérica renvían.

La importancia de la cartografía en la construcción visual de los horizontes coloniales debe ser, por tanto, contextualizada. En su *Itinerario*, Münzer menciona solo una vez haber visto "un mapa del mundo muy minucioso, de catorce palmos de diámetro, pintado sobre una tabla dorada" (Münzer 1924, 84: 209). Se trata de un mapa que le han mostrado cuando vio los leones en el castillo de Santa María de la Luz, cerca de Lisboa. Las dificultades metodológicas que comporta tener una visión más precisa de la verdadera circulación de estos mapas y de la "alfabetización cartográfica" (Jacob 1996, 192) del extenso de la población de la época, nos dejan siempre ante la muy limitada constatación de que los horizontes coloniales americano y africano se perfilan progresivamente, aunque con cronología diversas, en la cartografía ibérica.

Resulta banal decir que la idea cartográfica de África vista desde el Mediterráneo, precede a la del continente americano. Las múltiples ediciones que se realizan durante el Renacimiento de la *Geografía* de Ptolomeo no hacen sino transformar el territorio africano en un espacio geográfico, parcialmente conocido, pero habitual. La exploración del África atlántica implica, sin embargo, cambios drásticos en la manera de concebir el mundo. Por un lado, respecto a la concepción del ecúmeno, la superación del Cabo de Bojador (Gil Eanes, 1434) conlleva un cuestionamiento radical de las zonas climáticas y de la habitabilidad de los trópicos (Randles 1980; Besse 2003). Por otro lado, las más antiguas cartas portuguesas documentan la progresiva exploración del gran golfo de Guinea (anónimo, ca. 1471-1482, de la Biblioteca de Estense hasta *Rio do Lago*;

11 Münzer también menciona haber sido informado previamente sobre "mil cosas del Nuevo Mundo" gracias a su contacto con el padre Bernardo de Boli, prior aragonés; con quien Münzer se entrevista en Madrid (Münzer 1924, 84: 114). Sobre el envío de esclavos desde el primer viaje de Colón, véanse los datos y la bibliografía que aporta Varela 2014.

12 Planisferio de Juan de la Cosa. Museo Naval de Madrid (Inv. 2603), ms., col., perg.; 96 x 183 cm; http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/es/consulta/registro.do?id=16822; planisferio de Martín Waldseemüller. Library of Congress Geography and Map Division Washington, G3200 1507. W3, 128 x 233 cm; https://lccn.loc.gov/2003626426. Para una perspectiva reciente y en español sobre las primeras conceptualizaciones cartográficas de América, véase Martínez 2019.

Jorge de Aguiar, 1492; Pedro Reinel, ca. 1492-1504, hasta el *Rio do Padrom*[13]). Es a esta gran masa de tierra que se oponen visualmente, a la otra orilla del Atlántico, los primeros esbozos de la costa del continente americano (Juan de la Cosa, 1500; Cantino, 1502[14]). Desde un punto de vista cartográfico, el Atlántico queda prácticamente ceñido entre dos bloques cuyos interiores son, aunque en grados diferentes, profundamente desconocidos.

La concepción de ambas masas de tierras como entidades independientes, cabe aún repetir, se desarrolla en cronologías diferentes. Como recordé al principio de este capítulo, el norte africano es parte indisoluble de la evolución del conjunto de culturas mediterráneas que se definen en torno al *Mare nostrum*, desde la Antigüedad. A pesar de las diferencias, desde el punto de vista de la construcción de América y de África como "continentes" – "metageografías" que organizan el mundo (Lewis y Wigen 1997)–, el momento 1492 es fundamental para ambos.

Es cierto que el globo terráqueo más antiguo conservado –el ya mencionado *Erdapfel* de Martín Behaim, ca. 1492– no representa el Nuevo Mundo. Pero sí que representa –a diferencia de la cartografía de tradición ptolemaica– un África que se singulariza al poder ser circunnavegada por el sur (Alegria et al. 2007, 1006). Desde este punto de vista, el descubrimiento de un paso por el sur de África gracias a la expedición de Bartolomé Días (1488) y el posterior viaje de Vasco da Gama hasta la India (1497-1499) tienen consecuencias similares a las que el viaje de Magallanes (1519-1521) tendrá respecto a la representación de América: delimitar la tierra por el agua, *crear* continente. El "redescubrimiento", desde el sur, del océano Índico, por un lado, y del Pacífico por el otro[15] –que el *tour* de Antonio Pigafetta (1480?-1534) por las cortes europeas divulga acompañando, luego, su manuscrito de los dibujos del estrecho de Magallanes– contribuyen a singularizar de manera definitiva dos masas de tierra cuyos contornos la imprenta y la cartografía europea construyen paulatinamente. Desde el viaje de Vasco de Gama y el de Magallanes, ambos continentes se convierten, a su vez, en un umbral hacia nuevos mares y tierras.

Este proceso de construcción, por la escritura y la imagen, del Nuevo Mundo y de África, se realiza al paso que la penetración de los actores de la expansión ibérica en dichos territorios transforma los horizontes en realidades coloniales a través de diferentes modalidades de ocupación. Este proceso, que comporta un mejor conocimiento de las partes y regiones de ambos continentes, conlleva al mismo tiempo la asociación de estos a un término clave de la mitad del siglo XVI: "destrucción".

---

13 Anónimo, Fondo Estense, [siglo XV – 1472 ca.], C.G.A.5.C, 730x600 mm. https://n2t.net/ark:/65666/v1/8205 ; Jorge de Aguiar, Yale University Library, Art Storage 30cea 1492; 80x104; Pedro Reinel, ca. 1492, Bordeaux, Archives départamentales de la Gironde, 2 Fi 1582-2, 715x935 mm https://archives.gironde.fr/ark:/25651/vtaddaf2dd4864c501d/daoloc/0/1. Sobre la cartografía de los Reinel, véase Couto 2019.

14 Fondo Estense, 1502, 2200x1050 mm C.G.A.2 https://n2t.net/ark:/65666/v1/13655.

15 Una actualización de la bibliografía sobre el Pacífico se encuentra en Fernández Torres y Sánchez de Mora 2013.

Como Alain Milhou lo había brillantemente explicado, la utilización del término, en relación con un proceso de conquista no es, sin embargo, exclusivo del siglo XVI sino que remonta a la Edad Media. Desde la *Estoria de España* (Alfonso el Sabio, r. 1252-1284), impresa en 1541 por Florián de Ocampo, el término "destroyr" (o "destroymiento") queda asociado a la invasión musulmana de la península y al final del reino visigodo como castigo divino que condena los desvíos del reinado del rey Rodrigo. Milhou explica que el término es a menudo antónimo de "poblamiento" y, solo en un sentido secundario, al de riqueza, o producción, equivaliendo a la idea de pillaje (Milhou 1978; 1981; 1983). Dicho de otra manera, las destrucciones son sobre todo humanas, solo luego materiales, aunque ambas vayan de la mano.

En el siglo XVI, es evidentemente la *Brevissima relacion de la destruycion de las Indias*, de Bartolomé de Las Casas (Sevilla, Sebastián Trujillo, 1552), el texto que asocia definitivamente la conquista de América a la idea de "destrucción". Como es de sobra conocido, en dicha publicación, Las Casas presenta el avance de la colonización de América como un recorrido –de norte al sur, hasta la gobernación del Río de la Plata– de las atrocidades cometidas por los conquistadores españoles. Alain Milhou nos recuerda que, con la utilización del término "destrucción", Las Casas reanuda con la tradición de las crónicas medievales, pero desplaza el escenario de pecados que los españoles cometen al Nuevo Mundo. Estos podrían saldarse, al entender de Las Casas, con una nueva destrucción de España: "España fue destruida por moros una vez [...] ¡Plega a Dios que no destruya a España Dios por tantos males como se dice que ha hecho en las Indias" (Las Casas, *Octavo remedio.* Citado por Milhou 1978, 917).

Sin pretender resumir aquí la complejidad y las múltiples aristas del dosier lascasiano, sobre el que existe una amplia literatura especializada, cabe para nuestro propósito simplemente recordar que el proceso de publicación de la *Brevísima* se inscribe, a su vez, en el debate generado, poco después de su creación, por las derivas del sistema de encomiendas en América. Este régimen permitía desde principios del siglo XVI la cesión temporal de tributos (cobrados en servicios de mano de obra indígena o especies) a *encomenderos* españoles a cambio de que estos faciliten la evangelización y protección de la población indígena. El sistema se transforma rápidamente en un mecanismo de explotación y posesión –en algunos casos hereditaria– de la mano de obra, pronto criticado por ciertas voces y reformulado por la corona. Es uno de los puntos principales que Las Casas denuncia con fuerza, junto a otros mecanismos empleados durante la conquista, como el llamado "requerimiento".

La situación provoca un debate más amplio sobre la naturaleza humana de las poblaciones nativas y sobre la legítima posesión y ocupación de las Indias por medio de una guerra justa. Entre los momentos claves de la década de 1530, ya identificados por la historiografía, se encuentran, por un lado, la publicación de las bulas papales de 1537 (*Sublimis Deus* y *Altitudo divini consilii*), que estatuyen que los nativos de las Indias occidentales son seres racionales y humanos, legítimos poseedores de sus bienes. Un

tercer documento (*Pastorale officium*), igualmente importante, exige la excomunión de aquellos que esclavicen a los indios (Las Casas 2006). Por otro lado, al debate contribuyen las "relecciones" del dominico Francisco de Vitoria en la Universidad de Salamanca *(De Indis, De Iure belli*) pronunciadas entre 1538 y 1539. En ellas, como es sabido, Vitoria cuestiona los títulos por los cuales la monarquía hispánica puede poseer las Indias y en qué condiciones se puede considerar legítima la guerra por la ocupación de los territorios. Ni el emperador ni el papa pueden poseer el orbe; ni las Indias pueden ser consideradas un regalo divino.

Como Tamar Herzog ha interpretado de forma sugerente recientemente, Vitoria naturaliza el *Ius Gentium* –régimen jurídico usado en la Roma clásica para mediar con comunidades extranjeras– haciéndolo una ley universal que otorga a toda y a cualquier nación derechos fundamentales: desplazarse, establecerse en cualquier lugar, establecer relaciones comerciales y predicar la verdad (Herzog 2018, 156, 158). Es en el ejercicio de este derecho natural que los españoles pueden asentarse en las Indias. Si son privados de este derecho por medio de la resistencia pasiva o violenta de las poblaciones nativas, el uso de la fuerza para someterlas es, entonces y según este razonamiento, legítimo.

Es este el contexto en que Bartolomé de las Casas regresa a la península ibérica con la misión de recaudar fondos y reclutar misioneros para su proyecto de evangelización pacífica en el área de Nuevo México. En España, Las Casas esperará a Carlos V cerca de un año, ya que este se encuentra alejado y ocupado con la Revuelta de Gantes (1539), la Dieta de Ratisbona (1541), la ocupación de Buda por el Imperio otomano y el intento fallido de recuperar Argel (1541). Las Casas habría finalmente informado al monarca de la situación en las Indias en las Cortes de abril-mayo de 1542, año en el que se fecha la primera versión manuscrita de la *Brevísima* (Las Casas 2006, 18-19).

La *Brevísima* es publicada diez años más tarde, al regresar Las Casas de un período corto en Chiapas. Se trata de uno de los numerosos textos que Las Casas concibe, como instrumento de persuasión, para reorientar las derivas de la ocupación española, especialmente tras el revés que ha sufrido el intento de reformar la encomienda (Leyes Nuevas, 1542). A ello se sumará la disputa contra Juan Ginés de Sepúlveda (Juntas de Valladolid, 1550-51), defensor de la guerra contra los indios, que quedará sin resolución oficial definitiva. Estas circunstancias explican que Las Casas se encuentre en 1552 en Sevilla. En esta ciudad, Las Casas ultima los detalles del viaje de los seis misioneros que logrará enviar a Honduras e intenta sacar adelante, aunque sin licencia, la impresión de la *Brevísima*. Es el momento también en el que retoma la redacción de la *Historia de las Indias* beneficiándose de la biblioteca de Hernando de Colón. A partir del capítulo diecisiete inicia, al hilo de informaciones que extrae, principalmente, de las recientemente publicadas *Décadas* de João de Barros (1552) (Las Casas 2006, 24), una descripción de las conquistas realizadas por las dos monarquías desde la islas Canarias hasta el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza que Las Casas aprecia de forma crítica.

Se trata de un punto más en el que ambos horizontes coloniales, el americano y el africano, se cruzan. Es aún interesante recordar que la evolución de la situación americana se mezcla en suelo ibérico con el ruido de la dificultosa política de asentamiento de la monarquía castellana en el norte africano en donde los diferentes presidios deben ayudar a limitar el avance del Imperio otomano y a contrarrestar la propagación del corso y del pillaje. Las últimas décadas del reinado de Carlos V y el comienzo del de Felipe II están marcadas por algunos éxitos, a este respecto, que la monarquía transformará en marca publicitaria. Es el caso de la conquista de Túnez en 1535 y la empresa propagandística de mayor envergadura de Carlos V: la realización de la serie de tapices monumentales que representan la "Jornada", comenzando por el majestuoso mapa en torno al estrecho de Gibraltar que separa el Mediterráneo del Atlántico, la península ibérica del continente africano.

Aunque la batalla de Lepanto supone, años más tarde (1571), una nueva y sonada victoria de la monarquía hispánica contra el Turco, lo cierto es que tanto la corona española como la portuguesa atraviesan el siglo XVI al hilo de escaramuzas, conquistas parciales, pactos o concesiones forzadas y, sobre todo, estrepitosos fracasos. Si la definitiva pérdida de Túnez en 1574 marca para la corona española el cierre de un ciclo de política africana; la desaparición del monarca portugués en la batalla de Alcazarquivir (1578) representa un giro radical, de consecuencias intercontinentales, que permitirá a Felipe II reclamar la corona portuguesa y el conjunto sus posesiones (Cortes de Tomar, 1581) (Alonso Acero 2017; Rodríguez Mediano 2019).

Apenas unos veinte años antes, durante la década de 1550 cuando se publica la *Destrucción de las Indias* de Las Casas, la Corona acumula desastre tras desastre en el norte de África (Monastir y Susa, 1550; Mahdía, 1553; Trípoli, 1551; Bugía, 1555) con la consecuente interrupción del tráfico de mercaderías de todo tipo. Las prensas europeas acompañan este proceso y son particularmente reactivas ante los sucesos de los años 50, en particular en lo que respecta a Monastir, Susa y Mahdía. Si desde Amberes o Italia se relata la toma de Mahdía, también llamada *Aphrodisium,* o simplemente África[16], es desde Sevilla que, en 1560, se presenta la debacle ocurrida con el rimbombante título de *Destruycion de Africa, agora nuevamente por muy gentil estilo compuesta, por Balthasar del Hierro, soldado del castillo de Milan*[17].

Se trata de un largo poema (anti)-épico centrado en los años que suceden a la toma de Mahdía (septiembre 1550), enclave que los españoles abandonan dos años más tarde. Como de forma muy sugerente ha analizado Miguel Martínez (2016), la obra –que se encuentra por su forma y condición del autor, más cerca de la *Araucana* (Alonso de Ercilla, Madrid, 1569), que de un escrito como el de la *Brevísima*– es un relato en verso dividido en tres partes principales. El foco de atención principal del texto es el motín de

16 Estrella 1551; Salzar 1552.
17 Madrid: Biblioteca de la Real Academia de la Historia, 2/2908(2).

las mismas tropas españolas que se produce durante los pocos años que dura la ocupación de Mahdía.

A pesar de las diferencias entre la *destrucción* de las Indias y la *destrucción* de "África"– la sinécdoque del nombre de la ciudad no deja de evocar una suerte de hipérbole cartográfica–, el hecho de que ambos textos sean impresos por Sebastián Trujillo, a solo ocho años de intervalo, invita a considerar ambas publicaciones a la luz de la evolución de dos horizontes coloniales paralelos de las monarquías ibéricas. El posible eco del impreso de Las Casas en el texto de Baltasar del Hierro viene marcado, evidentemente, por la idea de destrucción que cabe entender de varias maneras. Se trata no tanto de un término alusivo a la autodestrucción de la propia monarquía –como creo entender que propone Miguel Martínez (2016)–, sino referencial y descriptivo. Referencial al instalar, en el universo de impresos en circulación, un relato más que contribuye a la narración de los avatares coloniales de la monarquía. Descriptivo al transcribir de manera sintética una experiencia colonial marcada por el caos y la violencia y, en el caso de Mahdía, la destrucción física de la misma ciudad.

En efecto, ante la imposibilidad de mantener la plaza y como consecuencia de las múltiples alianzas que se forman contra Carlos V, algunos enclaves se abandonan no sin antes ser destruidos. En el verano de 1554, Mahdía es "volada" de forma intencional, por mandato del Emperador. La misma suerte corre Bugía, cuya pérdida sentencia las expectativas que la monarquía tenía puestas en lo que la historiadora Alonso Acero llama el "lejano sur" (2001)[18].

El poema de Baltasar del Hierro que, como ha señalado Miguel Martínez se sitúa expresamente después de la toma de la plaza marginalizando una perspectiva heroica de la toma de la ciudad, describe la anodina vida en el presidio. El poemario, que se cierra con un *Romance dela Tomada de Affrica* ("[…] no llore Africano/ que mas es lo que ganava/ perdio secta y mal govierno/ goza de fe que llegava […]") introduce versos que dejan entrever la crueldad de los enfrentamientos, en cualquier frente, y la sed de esclavos de las tropas:

> Llegada boca negra sin tardar/ a los primeros quatro cañonazos/ España començo debozear dentro/ mueran ya estos mastinazos/ Miraras por el muro derribar/ uno cortado pies, otro los braços/ quien saca diez esclavos, y quien veinte/ que aquel que menos saca se arrepiente.
> No cuento que mataron infinitos/ los prisioneros, fueron bien trezientos/ y niños, y mujeres, no poquitos/ los Camellos y bueys fuero[n] quinie[n]tos/ ovejas con las cabras y cabritos […]
> Ya se le acaba el hilo dela vida/ de la ciudad antigua que Affricanos/ fundaron en el mundo, tan temida/ en tiempo que reynavan los Romanos […] acabanse los cabos de quemar/ fenecen las murallas con bolar.[19]

18 Sobre la operación en Mahdía, ver al respecto el detalle ofrecido en la nota de pie de página 25, p. 398 y sobre Bugía, p. 406-407 (Alonso Acero 2001).

19 Estos versos corresponden, respectivamente, al Canto primero, Canto segundo y Canto tercero.

Es así, finalmente, con una evocación implícita a la ciudad de Cartago por fin destruida, que Del Hierro cierra los poemas dedicados a Mahdía. Sin solución de continuidad aparente, algunas páginas más adelante encontramos un *Soneto Hecho sobre las victorias avidas, agora nuevamente por el señor don Constantino en las Indias de Portugal* que cierra el libro, probablemente un añadido a la redacción de los poemas centrales escrito a la luz de los últimos sucesos imperiales.

Tratándose del recientemente elegido virrey de las Indias portuguesas (Constantino de Bragança; r. 1558-1561) muy pocas son las precisiones que Del Hierro puede ofrecer, por no decir casi ninguna, salvo la generalidad de que, en aquellas lejanas tierras, Bragança hace "Huyr la muy feroz gente pagana". ¿O debe entenderse como una referencia a la agresiva política del virreinato que conocerá la introducción de la Inquisición en Goa? Quizás. Solo un cotejo más preciso entre el mes de publicación del libro del Hierro y los hechos acaecidos en las Indias portuguesas permitiría elucidar mejor la relación entre la imprenta sevillana y la circulación de otros fragmentos imperiales, cuando, precisamente en el año 1560, Constantino de Bragança lanza una campaña militar contra el reino de Jaffna, Sri Lanka (Biedermann 2018, 140-150).

Conclusión

El prácticamente vacío de contenido del epílogo de la *Destrucción de África* refuerza sin embargo el interés de desarrollar una mirada analítica "estrábica", como la he llamado, que permita seguir la construcción simultánea de los diferentes horizontes coloniales ibéricos. Si el *Itinerario* de Jerónimo Münzer prolonga la exploración de la península ibérica con el descubrimiento del África atlántica, y el poemario de Baltasar del Hierro se cierra con las conquistas de la India portuguesa, es porque las hojas manuscritas o impresas no dejan sino de estar atravesadas por circulaciones materiales y humanas que hilvanan geografías diversas.

Durante el período que va desde finales del siglo XV hasta mediados del siglo XVI, analizado en el presente capítulo, la circulación de fragmentos del mundo natural, y de gentes como cosas, construyen precisamente una sociedad colonial caracterizada por la radical asimetría política y social de los entes que la integran. Animales, plantas y seres humanos circulan en los sentidos de las dinámicas que estructuran dos imperios ibéricos profundamente arraigados en las lógicas de las sociedades de Antiguo régimen.

El proceso de construcción de dichos horizontes coloniales entraña, de manera heterogénea y en grados diferentes, una reorganización y una destrucción material y humana que dejan a su paso un cúmulo de fragmentos transformados en vestigios del pasado o en bienes en movimiento. Extraídos o desterrados de geografías convertidas, desde la perspectiva del imperio portugués e hispano, en territorios coloniales, porciones del mundo natural y social pueblan de manera progresiva el suelo ibérico. Es a partir de la suma de estos fragmentos que América y África adquieren forma y contenido.

Fuentes y bibliografía

ALBUQUERQUE, Luís Mendonça, e Armando Cortesão, ed. 1965. *Os Guias Náuticos de Munique e Évora*. Lisboa: Junta de Investigações do Ultramar.

ALEGRIA, Maria Fernanda, Suzanne Daveau, João Carlos Garcia, y Francesc Relaño. 2007. "Portuguese Cartography in the Renaissance". En *The History of Cartography*, editado por David Woodward, vol. 3: 975-1068. Chicago: Chicago University Press.

ALONSO ACERO, Beatriz. 2001. "El norte de África en el ocaso del emperador (1549-1558)". En *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*: 387-414. Madrid: Sociedad estatal para la commemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V.

ALONSO ACERO, Beatriz. 2017. *España y el norte de África en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Síntesis.

APPADURAI, Arjun, ed. 1986. *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.

BESSE, Jean-Marc. 2003. *Les grandeurs de la terre : aspects du savoir géographique à la Renaissance*. París: ENS.

BIEDERMANN, Zoltán. 2018. *(Dis)connected Empires. Imperial Portugal, Sri Lankan Diplomacy, and the Making of a Habsburg Conquest in Asia*. Oxford: Oxford University Press.

BLOOR, David. 2017. "Anti-latour". *Logos (Russian Federation)* 27 (1): 85-134. https://doi.org/10.22394/0869-5377-2017-1-85-131.

BOUZA, Fernando, Pedro Cardim, y Antonio Feros, ed. 2019. *The Iberian world: 1450-1820*. Abingdon, Oxon: Routledge.

BRAGA, Isabel Drumond. 1994. "Imagens de África nos textos de Ehingen, Rosmital, Popplau e Munzer". *Bulletin of Hispanic Studeis* 71 (1): 55-66.

BROWN, Bill. 2001. "Thing Theory". *Critical Inquiry* 28 (1): 1-22.

CASAS, Bartolomé Las. (1552) 2006. *Brevísima relación de la destruición de las Indias*, editado por José Miguel Martínez Torrejón. Alicante: Universidad de Alicante.

COUTO, Dejanirah. 2019. "Les cartographes Reinel et les cartes de l'expédition de Fernand de Magellan". *Anais de História de Além-Mar* XX: 81-120.

DEL HIERRO, Baltasar. 1560. *Destruycion de Affrica*…. Sevilla: en casa de Sebastian Trugillo. https://bibliotecadigital.rah.es/es/consulta/registro.do?id=44662.

DELANO-SMITH, Catherine. 2006. "Milieus of Mobility. Itineraries, route maps and road maps". En *Cartographies of Travel and Navigation*, editado por James R. Akerman, 16-68. Chicago, London: Chicago University Press.

ESTRELLA, Juan Cristóbal Calvete de. 1551. *De Aphrodisio expugnato, quod vulgo Aphricam vocant, commentarius*. Amberes: Martín Nucio.

FERNÁNDEZ TORRES, Antonio, y Antonio Sánchez de Mora, ed. 2013. *Pacífico: España y la Aventura de la Mar del Sur*. Simancas: Ministerio de Educación, cultura y deporte.

FINDLEN, Paula. 2012. *Early modern things*. Abingdon, New York: Routledge.

FIRTH, James, ed. 2014. *Doctor Hieronymus Münzer's Itinerary (1494 and 1495); and Discovery of Guinea*. London: Barbican.

GREEN, Toby. 2019. *A fistful of shells: West Africa from the rise of the slave trade to the age of revolution*. Chicago: University of Chicago Press.

HERZOG, Tamar. 2018. *A short history of European law: the last two and a half millennia*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

JACOB, Christian. 1996. "Theoretical aspects of the history of cartography: Toward a cultural history of cartography". *Imago Mundi* 48 (1): 191-98.

LATOUR, Bruno. 1991. *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Paris: La découverte.

LATOUR, Bruno. 1994. "On technical mediation. Philosophy, sociology, genealogy". *Common knowledge* 3 (2): 29-64.

LEWIS, Martin W., y Kären Wigen. 1997. *The myth of continents: a critique of metageography*. Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press.

LOPES, Marília dos Santos. 2002. *Da Descoberta ao Saber. Os conhecimentos sobre África na Europa dos séculos XVI e XVII*. Viseu: Passagem.

LOUREIRO, Rui Manuel. 2019. "Buscar el levante por el poniente: Martin Behaim revisitado". *Cuadernos hispanoamericanos* 824 : 41-58.

MADEIRA-SANTOS, Catarina. 2012. "Esclavage africain et traite atlantique confrontés : transactions langagières et juridiques (à propos du tribunal de mucanos dans l'Angola des XVIIe et XVIIIe siècles)". *Brésil(s). Sciences humaines et sociales* 1 (1): 127-148.

MARTINEZ, Carolina. 2019. "Textos e imágenes de América colonial". En *Pensar América desde sus colonias. Textos e imágenes de América colonial*, editado por Silvia Tieffemberg, 37-58. Buenos Aires: Biblos.

MARTINEZ, Miguel. 2016. *Front lines: soldiers' writing in the early modern Hispanic world*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

MENDES, António de Almeida. 2008. "Les réseaux de la traite ibérique dans l'Atlantique nord (1440-1640)". *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 63, no. 4 (Jul.-Aug.): 739-68.

MENDES, António de Almeida. 2016. "Le Portugal et l'Atlantique : Expansion, esclavage et race en perspective (XIVe-XVIe siècles)". *Rives méditerranéennes* 53: 139-57. https://doi.org/10.4000/rives.5152.

MILHOU, Alain. 1978. "De la 'destruction' de l'Espagne à la 'destruction des Indes'. Notes sur l'emploi des termes 'destroyr, destruir, destruymiento, destrución, destruidor' de la Primera Crónica General à Las Casas". En *Mélanges à la mémoire d'André Joucla-Ruau*, 907-19. Aix-en-Provence, Paris: Université de Provence, Ophrys.

MILHOU, Alain. 1981. "De la destruction de l'Espagne à la destruction des Indes : histoire sacrée et combats idéologiques". En *Études sur l'impact culturel du Nouveau Monde*, 25-47. Paris: L'Harmattan.

MILHOU, Alain. 1983. "De la destruction de l'Espagne à la destruction des Indes : hitoire sacrée et combats idéologiques (suite)". En *Études sur l'impact culturel du Nouveau Monde*, 11-54. Paris: L'Harmattan.

MÜNZER, Jerónimo. 1924. "Viaje por España y Portugal. En los años de 1494 y 1495, versión del latín por Julio Puyol". *Boletín de la Real Academia de la Historia* 84: 32-119.

MÜNZER, Jerónimo. 1991. *Viaje por España y Portugal*, edición de Ramón Alba. Madrid: Polifemo.

PEREIRA, Duarte Pacheco. 1991. *Esmeraldo de Situ Orbis,* edición de Joaquim Barradas de Carvalho. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian.

PHOLE, Jürgen. 2017. *Os mercadores-banqueiros alemães e a expansão portuguesa no reinado de D. Manuel I*. Lisboa: CHAM.

RANDLES, William Graham Lister. 1980. *De la terre plate au globe terrestre: une mutation épistémologique rapide, 1480-1520*. Paris: A. Colin; EHESS.

RAVENSTEIN, E. G. 1908. *Martin Behaim. His life and his globe*. Liverpool: George Philip and Son.

RODRÍGUEZ MEDIANO, Fernando. 2019. "Iberia, North Africa, and the Mediterranean". En *The Iberian World: 1450-1820*, editado por Fernando Bouza, Pedro Cardim y Antonio Feros, 106-25. London: Routledge.

SALZAR, Pedro de. 1552. *Hystoria de la guerra y presa de Africa con la destruycion de la villa de Monazter, y ysla del Gozo, y perdida de Tripol de Berberia con otras muy nuevas cosas*. Nápoles: Matia impresor ala Vicaria Vieja.

SERRANO, Carlos Seco, ed. 1954. *Obras de D. Martín Fernández de Navarrete*. Vol. 75. Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Madrid: Atlas.

UGO NWOKEJI, G. 2011. "Slavery in Non-Islamic West Africa, 1420–1820". En *The Cambridge World History of Slavery, Volume 3: AD 1420-AD 1804*, editado por David Elisa y Stanley L. Engerman, 81-110. Cambridge: Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521840682.006.

VARELA, Consuelo. 2014. "The difficult beginnings. Columbus as a mediator of New World products". En *Global goods and the Spanish Empire, 1492-1824. Circulation, resistance and diversity*, editado por Bethany Aram y Bartolomé Yun-Casalilla, 38-52. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave Macmillan.

VINCENT, Bernard. 1992. *1492: el año admirable*. Barcelona: Crítica.

VIVES, Juan Luis. 1948. "De disciplinis (1531)". En *Obras completas,* t. 2, editado por Lorenzo Riber. Madrid: M. Aguilar.

ANTONELLA ROMANO*

Unus non sufficit orbis ? Compositions savantes d'un monde fragmenté dans l'Europe catholique de la première modernité**

Dans les dernières décennies, l'engagement des historiens du côté de l'histoire globale a pu avoir pour effet de renforcer l'idée d'une échelle du monde porteuse d'une représentation et d'une conception unifiée de celui-ci, de la part des acteurs qui participaient et travaillaient à son englobement (Romano 2016a). Il a pu s'appuyer sur la nouvelle conception qui émerge au XVI[e] siècle, de la « Terre comme une sphère unique, ontologiquement homogène, composée sans solution de continuité des éléments de la terre et de l'eau […] un globe terrestre, ce que les géographes du temps appellent le globe terraqué » (Besse 2003, 16). Cette référence est le plus souvent implicite et considérée dans sa dimension générale : parce que le globe serait un tout, alors il ne serait pas utile de rendre compte des processus par lesquels il l'est devenu. Les opérations savantes en rendant compte n'auraient pas à être interrogées dans leur caractère situé et construit et leur parti-pris d'unité du globe instaurerait une continuité des espaces et des milieux et que les représentations cartographiques permettent de « montrer » (Besse 2022).

L'histoire des savoirs, telle qu'elle s'est configurée dans les trente dernières années, a mis en lumière la dimension processuelle de leur production, ce qui a permis de

* École des Hautes Études en Sciences Sociales, France.
ORCID iD: https://orcid.org/0000-0003-3076-9665. *E-mail*: antonella.romano@ehess.fr.

** Le travail qui suit s'appuie sur plusieurs années de séminaire de recherche à l'Ecole des hautes études en sciences sociales, qui me permet de partager avec mes trois collègues Elisa Andretta, Jean-Marc Besse e Rafael Mandressi, ainsi qu'avec des collègues venus d'horizons académiques et disciplinaires distincts et nos étudiants de master et doctorat, une réflexion au long cours sur « Savoirs et productions du monde au XVI[e] siècle. Lieux, acteurs, échelles ». Il entre en dialogue avec le programme ECOS coordonné avec Rafael Gaune Corradi, que je remercie, ainsi que ses collègues et doctorants, pour les nombreux échanges que nous avons eus sur le « monde fragmenté ».

renouveler les approches de l'histoire de la géographie et de la cartographie, étudiée notamment sous l'angle des « opérations cartographiques » dont elle résulte (Besse et Tiberghien 2017). L'enquête sur les ruptures et les discontinuités souligne la dimension proprement processuelle des gestes de « production du monde » à l'âge moderne, synonyme d'assemblage de fragments hétéroclites.

La discontinuité est d'abord celle des espaces, caractérisée par la complexe relation terre/mer que l'échelle du globe impose (Braudel 1985 ; Lewis et Wigen 1997 ; Gautier-Dalché 2013 ; Lestringant et Tarrête 2017 ; Besse et Monsaingeon 2019 ; Andretta 2021). Loin de se réduire à une simple opposition terme à terme, cette discontinuité a joué un rôle particulièrement important dans l'exploration du globe par les Européens à partir du XV^e^ siècle (Lejosne 2021). En outre, elle structure l'image de plus en plus partagée d'un globe marqué par celle-ci et elle donne une mesure de l'importance que prend l'organisation en continents dans la conceptualisation de la discontinuité, tout au long d'un siècle où l'Amérique est progressivement définie comme telle (Padrón 2004, 2020 ; Doré 2020).

Un autre type de discontinuité porte sur les connaissances disponibles pour et mobilisées par les acteurs de cette production du monde : la nouvelle histoire des savoirs ne les circonscrit pas à des figures professionnelles précises, comme les cartographes, les naturalistes ou les cosmographes ; et leurs outils, dans la période qui nous intéresse, comme leurs catégories conceptuelles ne sont ni préexistantes à ce qu'ils mesurent, ni commensurables entre eux, du fait même de la variété des acteurs qui interagissent (Schaffer 2015). C'est aussi en ce sens que l'histoire de la production de savoirs sur le monde relève d'une logique d'assemblages de fragments, dont la mise en ordre est située. Et c'est pour cette raison que le fragment constitue un indice important du jeu d'échelles dans lequel elle est prise.

L'hypothèse qui guide cet article est que, entre XVI et XVII^e^ siècle, l'Europe a été un espace politique et intellectuel particulièrement actif pour l'assemblages de ces fragments, dont le domaine de la cartographie représente un exemple particulièrement éclairant, mais non unique. La multiplication de projets cartographiques d'englobement du monde a accompagné celle de projets graphiques, portés par l'essor de l'imprimerie et repérable dans des opérations de sa mise en écrit. Parfois liées à des dynamiques individuelles, parfois sollicitées par les institutions, de telles entreprises correspondent à des genres variés, auxquelles l'expression « livre-monde » ne ferait pas justice en tant qu'elle ne résout pas la question des modalités propres d'assemblage que porte chacune de ces opérations. Dans le dernier quart du XVI^e^ siècle, parmi les textes les plus représentatifs de ces opérations comme de leurs différences, on pourra citer les *Repúblicas universales* de Jeronimo Román (1585), les *Relazioni universali* de Giovanni Botero (1591), ou la *Bibliotheca selecta* de Antonio Possevino (1593).

Ces exemples invitent à souligner la dimension située de toute opération d'assemblage : elle peut reposer sur les ressources d'un lieu d'énonciation, comme on le voit avec

les *Relazioni* de Botero ; elle peut s'appuyer sur les ressorts du dispositif éditorial, comme pour les *Repúblicas* ou la *Bibliotheca*. On les examinera successivement.

Les ressources d'un lieu

On peut brièvement rappeler celles qui caractérisent un lieu d'énonciation, à partir de l'exemple de Rome. En prenant à bras le corps la question des savoirs devenus nécessaires à l'engagement de la capitale pontificale sur la scène devenue mondiale de l'évangélisation, plusieurs recherches ont été amenées à interroger l'entrepôt global qu'elle a précocement représenté, au même titre que, plus tard, Londres ou Amsterdam : un entrepôt dont les fonctions ne se sont pas limitées à l'accumulation, mais qui a développé ses propres logiques de production, une scène savante, politique et épistémologique de la science moderne. C'est dans ces autres logiques, qui invitaient à un pas de côté vis-à-vis des sciences physico-mathématiques, que des formes radicales de mise en question du récit de la « révolution scientifique » ont pu être développées (Cunningham et Williams 1993). L'analyse de cette Rome des langues, des collections, des savoirs naturalistes n'est possible que par la mobilisation d'échelles d'analyse qui, comme pour les empires ibériques, finissaient par atteindre celle du globe (Romano 2008 ; Andretta 2011). Rome comme ville-monde des savoirs nécessaires à la refondation d'une catholicité relançant son entreprise évangélique *urbi et orbi*.

Si, au XVI^e^ siècle, Rome peut se lire comme un dispositif apte à produire un nouveau sens du monde, c'est parce qu'elle dispose de ressources propres (Romano 2008 ; Ditchfield, Jones et Wisch 2018). La première ressource est d'ordre politique : aux fonctions traditionnellement liées à un statut de ville capitale s'ajoutent celles que lui confère son rôle de capitale religieuse. Ce rôle n'est pas unique, car elle le partage avec d'autres villes capitales des religions monothéistes, comme Jérusalem ou La Mecque, toutes deux sous domination ottomane mais dépourvues d'un rôle de capitale politique. Mais il est renforcé par la relance de l'activité missionnaire et par la réforme de l'appareil politique et administratif de la monarchie pontificale, dont témoigne l'émergence de nouvelles congrégations (Pizzorusso 2018).

La deuxième ressource est sociale. La ville est habitée par un tissu aristocratique dense, qui prend appui sur ses fonctions de capitale des États pontificaux et du Saint-Siège. Cette aristocratie est curiale et inclut le clergé régulier et séculier. C'est aussi celle des représentations diplomatiques. Leur progressive stabilisation ou leur présence régulière à Rome, notamment à travers les ambassades d'obédience, renforcent la dimension internationale de la ville, elle-même soutenue par le développement des sièges des ordres religieux à vocation missionnaire (Visceglia 2013 ; 2018).

Pétris d'une culture humaniste nourrie par la fascination des Anciens, ces princes, ecclésiastiques ou laïcs, vivent à Rome avec leurs « familles », parfois composées de plusieurs centaines d'individus où se mêlent artistes et médecins, poètes et architectes, botanistes et mathématiciens. Ces « familles » constituent au plan social la première

expression de l'entrecroisement romain des échelles locale, péninsulaire, européenne et transcontinentale. Elles regroupent des compétences techniques, savantes et artistiques d'origines diverses. Rome réunit un monde médical largement péninsulaire, un ensemble artistique fortement européen et un groupe de clercs aux compétences négociables dans les rouages d'une bureaucratie pontificale en croissance. Elle est aussi le milieu où circulent des voyageurs et des marchands, des missionnaires, des captifs ou des esclaves trop épisodiquement évoqués dans les sources. Ce tissu social constitue l'atout le plus puissant d'une Église mue par l'urgence d'un projet pontifical de réaffirmation de son pouvoir au temporel comme au spirituel, projet formulé de manière distincte par chaque pontife, mais qui passe toujours par l'élaboration d'un programme intellectuel à la hauteur du défi.

À cet égard, la troisième ressource dont dispose Rome réside dans les temporalités multiples dont elle a hérité. Il s'agit en premier lieu de celle qui, enracinée dans l'Antiquité, assure au lieu la légitimité d'un continuum historique dont témoignent visuellement la présence et la densité des ruines dans le tissu architectural et monumental de l'*Urbs*. L'imprimerie romaine s'en saisit et, par les dessins ou les mots, fixe sur le papier le statut de la ruine.

Grâce à cet héritage, la capitale pontificale occupe une place particulière au sein du mouvement humaniste au cœur de toutes les villes italiennes. « Rome enseigne par ses ruines ce que fut sa grandeur », rappelle Francesco Albertini dans l'*Opusculum de mirabilibus novae et veteris Urbis Romae*, en 1510. La visibilité des *Antiquités de Rome* attire dès le milieu du XVIe siècle de nombreux artistes qui savent utiliser les nouveaux ressorts que la technique de l'imprimerie fournit à la gravure ou au livre. Maerten van Heemskerck (1498-1574) est sans doute parmi les premières figures qui contribuent à fixer cette image de la grandeur passée d'une Rome capitale d'empire avant de devenir celle de la chrétienté, puis de la catholicité. Et même si cette grandeur est en ruine, comme le découvre Joachim du Bellay dans sa poésie du temps perdu, elle n'en confère pas moins à la ville un rapport singulier au temps, marqué par le dialogue continu avec les Anciens dont le développement implique la mobilisation de compétences : linguistiques, numismatiques, archéologiques.

Car l'étude des ruines est aussi celle des langues du passé, dont les inscriptions gravées dans le marbre ont jonché le sol de la ville avant d'être réemployées sur les façades des palais aristocratiques ou d'être copiées dans des recueils destinés aux philologues. Rome est un chantier à ciel ouvert qui fait école grâce aux opérations de reproduction assurées par les gravures. À partir des années 1570, le *Speculum Romanae Magnificentiae* de l'éditeur Antoine Lafréry à l'exception du frontispice qui en assure la reconnaissance, est établi au gré de la commande de l'acheteur qui le compose en puisant dans la vaste collection de gravures de la maison d'édition (Besse, Dubourg Glatigny, 2008).

Mais Rome est aussi engagée dans un rapport à son propre temps. Ce n'est pas seulement celui, astronomique, de la réforme du calendrier par Grégoire XIII dont, pour

la première fois dans son histoire, elle aura à assurer la mise en œuvre *urbi et orbi*. Ce sont aussi les temporalités distinctes de ses contemporains, celles des peuples des horizons lointains, désormais représentés ou présentés au descendant de Pierre. L'ambassade d'obédience du Portugal en 1513 dépose aux pieds du pontife, avec le don de l'éléphant Hanno, le subcontinent indien conquis par les navires partis de Lisbonne. L'« ambassade japonaise » de 1585 mène à Rome, pour la première fois, des Japonais partis de Nagasaki trois ans auparavant. Entretemps, les premiers écrits sur ces Indes orientales, mais aussi occidentales, rendent compte d'histoires scandées par d'autres marqueurs que ceux au rythme desquels se déploient l'histoire sacrée comme l'histoire profane. Car les premières enquêtes dans le sous-sol romain visent autant à en exhumer le passé païen que les fondements du christianisme, donnant des catacombes et des sites archéologiques à l'histoire sacrée pour en repenser la chronologie et les pratiques.

Trois principaux types d'agents mettent en œuvre les ressources dont ils disposent : les ordres religieux missionnaires, la papauté, les puissances européennes à visées impériales. S'il est nécessaire de les distinguer, il convient cependant d'apporter deux précisions préalables. D'une part, les dynamiques romaines ne se réduisent pas au poids et au pouvoir de l'État pontifical – d'autres agents auraient aussi leur rôle à jouer, comme les représentations des États italiens ou les institutions municipales. Mais, d'autre part, il existe entre les trois agents des relations structurelles. Les représentants à Rome des puissances impériales catholiques appartiennent à des familles elles-mêmes profondément engagées dans les ordres missionnaires, au point d'en fournir les cadres. La curie romaine, papes inclus, est remplie de cardinaux appartenant aux grandes familles des royaumes de la péninsule ibérique et d'ailleurs, dont les intérêts extra-européens sont déterminants, au-delà de la conquête spirituelle.

Les ordres religieux se trouvent dans un moment de renouvellement profond, comme en atteste la fondation et l'essor de la Compagnie de Jésus. Ils sont aussi engagés dans une compétition sans précédent, autour de la question de leurs zones d'action pour la conquête spirituelle du monde, et Rome en est la scène. De cette lutte sont issus les nouveaux savoirs sur la Chine, imprimés à partir de 1580, alors que les premiers jésuites y entrent, dans le sillage des Portugais installés depuis peu à Macao, et que les mendiants espagnols l'atteignent depuis la mer de Chine, située à l'ouest des Philippines à peine conquises. La compétition entre ordres ne cesse de se développer tout au long du XVII^e^ siècle, relayée par les conflits de nature théologique connus sous le nom de « querelle des rites », qui portent devant les tribunaux romains des matériaux ethnologiques utilisés pour des arbitrages juridiques (Castelnau-l'Estoile et al. 2011 ; Fabre et Županov 2018). À partir de l'organisation de l'activité missionnaire par les instances pontificales, avec la création de la Congrégation pour la propagation de la foi, ce travail de recueil de toutes les mœurs du monde est encadré par une bureaucratie propre.

L'engagement institutionnel principal, variable au gré des pontificats et des évolutions politiques, est celui de la papauté. Au XVI^e^ siècle, la reformulation auto-proclamée

de sa centralité spirituelle à l'échelle de la chrétienté doit s'accompagner de la recomposition des dispositifs susceptibles de maintenir Rome comme ville-monde. L'Islam aux portes de l'Italie depuis la prise de Constantinople, le schisme ouvert par les mouvements réformés, la perte d'autorité rendue manifeste par le sac de Rome, le déplacement vers l'Espagne de l'épicentre du grand débat théologico-politique sur la nature humaine – dans le sillage du choc provoqué par l'apparition des créatures du Nouveau Monde –, sont autant d'indices d'une crise de statut dénoncée par beaucoup. Se reconstruire, regagner, redéfinir et réaffirmer une centralité menacée : ce projet d'Église universelle appelle une politique qui intéresse aussi les savoirs, tout en n'étant qu'une des conditions du succès.

En ce sens la question missionnaire n'est pas l'affaire des seuls ordres religieux. Non seulement elle renoue avec le prosélytisme des origines du christianisme ou avec les voyages de conversion du Moyen-Âge, mais elle conduit aussi la papauté à aborder simultanément la conquête spirituelle des terres lointaines et la reconquête de celles passées aux hérétiques, de ses Indes de là-bas et de ses Indes d'ici (De Martino 1999)[1].

La matrice philologique de l'humanisme y trouve un champ d'application particulier, où les travaux sur les langues et sur les monuments doivent pouvoir servir un même combat : celui de la restauration de l'autorité de l'Église, qui passe par celle des Écritures. Les langues anciennes doivent servir le travail philologique de retour aux textes sacrés exigé par la lutte contre l'hérésie. Les langues nouvelles doivent remplir les vides de la carte d'une Babel redessinée par la conquête spirituelle, commerciale et militaire. L'édition d'une nouvelle Bible polyglotte, qui doit concurrencer celle lancée par l'Espagne sur les presses de Plantin à Anvers, accompagne la multiplication de dictionnaires ou grammaires de langues encore inconnues. Leur production est soutenue à Rome par les curies généralices des ordres religieux, après que leur lancement a été assuré par les représentants nationaux des anciens ordres mendiants de la péninsule ibérique (Andretta, Romano et Visceglia 2020).

À Rome, les « Orients » se rencontrent et se croisent, les « Indes » se chevauchent, dans l'approximation des désignations et des prononciations, au beau milieu d'une indétermination des savoirs produits depuis toute la surface de l'œcoumène par un ensemble hétérogène d'acteurs aux compétences diverses. Faut-il, à ce propos, rappeler que tout missionnaire n'est pas un savant, mais que toute connaissance apportée par un témoin peut servir à la production de savoirs ?

La rencontre d'acteurs aux profils et rayons d'action variés fait de Rome un carrefour de l'information où s'entremêlent des circuits distincts par leurs formats comme par leurs objets ou typologies. Objets, images, plantes, animaux, écrits de statuts divers arrivent ainsi dans la ville d'un ailleurs plus ou moins lointain et méconnu. La recherche

1 « Indias de por acá » e « Indias de por allá » sont des expressions utilisées pour la première fois dans une lettre entre Messine et Rome, le 24 janvier 1575.

a longtemps privilégié les textes, fascinée par la puissance performative des mots mise en œuvre par la Compagnie de Jésus et ses « réseaux ». Toutefois il convient de mieux prendre la mesure de la variété de ces écrits : des documents institutionnels aux « mémoires » et aux « relations », fruits d'initiatives personnelles qui éventuellement se traduisent en projets savants dont les circuits d'impression dépassent Rome. Ce n'est qu'à l'aune de telles distinctions que l'on pourra comprendre l'agentivité romaine. En outre la lecture de ces sources doit toujours évaluer les opérations de formatage dont les textes ont été l'objet au moment de leur passage du manuscrit à l'imprimé, que ce soit sous la logique de la censure ou pour d'autres raisons.

Aujourd'hui d'autres sources, en particulier les objets, ouvrent de nouvelles perspectives. Le renouvellement de l'histoire diplomatique a permis de mettre l'accent sur le rôle des cadeaux comme vecteurs de connaissances. En mars 1514, lors de l'imposante ambassade d'obédience portugaise, le choix des présents à apporter à Léon X est particulièrement soigné, on l'a souligné.

S'ajoutant à celles que produisent les circuits pontificaux, les informations liées aux programmes impériaux des monarchies catholiques ibériques atteignent aussi Rome, et elles y résonnent d'autant plus que rois ou empereurs sont en mesure de concurrencer le pape sur le terrain théologique. L'évangélisation des nouvelles terres a été placée sous leur responsabilité, par l'intermédiaire d'une série de bulles pontificales et des traités diplomatiques de Tordesillas (1494) et Saragosse (1529). Leur engagement politique dans la gestion des églises locales et du clergé séculier s'exerce sur tous leurs territoires en Europe comme hors d'Europe. Il se mêle avec la question de leurs poids sur l'échiquier politique européen et ses conflits. L'Espagne domine alors la politique romaine en concurrence avec d'autres puissances. C'est en partie par elle que le continent américain entre discrètement dans le champ de vision romain, come de celui d'autres États italiens. À Florence, à Venise, à Milan ou à Naples, l'Amérique n'est pas passée inaperçue et certains des représentants de ces États ont porté à Rome leur attrait pour elle, et en particulier pour sa nature : c'est le cas à la Villa Médicis, construite pour et habitée par le cardinal Ferdinand, où un épi de maïs se glisse dans la fresque du Casino peinte par Jacopo Zucchi (Caracciolo Aricò 1990 ; Markey 2016 ; Horodowich et Markey 2017 ; Prosperi 1999). Dès les années 1510, la nature américaine est apparue dans les palais romains ; à la fin du XVIe siècle, elle devient aussi l'affaire de botanistes et de naturalistes. Elle prend explicitement une dimension institutionnelle avec l'Accademia dei Lincei, créée en 1603 dans le palais Cesi-Armellini autour du Prince Federico Cesi et de ses traités naturalistes.

Ce développement sur Rome illustre le rôle des lieux comme ressources pour l'agencement du monde : la ville constitue en particulier une échelle à laquelle les fragments du monde se croisent et elle peut ainsi en proposer une recomposition (De Munck et Romano 2019). En son sein, des micro-dispositifs reproposent ces opérations : les collections, les musées ou les bibliothèques (Andretta et Visceglia 2020).

D'autres villes, d'autres emboîtements d'espaces permettent, dans la même période, d'autres types d'agencements : le triangle Madrid/Séville/Anvers des dernières décennies du XVI^e siècle recueillant et intégrant les natures d'un empire où le soleil ne se couche jamais ; le binôme Lisbonne/Goa (Madeira Santos 1999 ; Jordan-Gschwend et Lowe 2015) et l'essor de réseaux marchands, administratifs et savants jusqu'au plus profond d'un Orient cosmopolite et multi-connecté. Ce sont autant de configurations spatiales et savantes qui proposent de nouvelles manières de regarder et l'Europe et le monde.

Ces études, davantage réticulaires et connectées, ont ainsi contribué au décentrement du grand récit de la modernité : en construisant un espace polycentrique à l'échelle du globe, reposant sur des entités politiques composites, elles ont conduit à sa pluralisation (Elliott 1992 ; Bouza, Cardim et Feros 2019 ; Yun Casalilla 2019). Elles ont déporté l'attention vers les localités et les interactions, les modalités de la rencontre ou les savoirs vernaculaires : autant d'écarts dont les effets méthodologiques et épistémologiques ont rendu de plus en plus problématique l'attachement au grand récit de la révolution scientifique (Cook 2007 ; Raj 2007 ; Günergun et Raina 2011 ; Kontler, Romano, Sebastiani et Török 2014 ; Arabatzis, Renn et Simões 2015 ; Marroquin Arredondo et Bauer 2019). Ainsi, le front méditerranéen et périphérique de l'Europe des sciences a été profondément redessiné récemment, et par lui le monde des sciences et des savoirs s'est modifié. Deuxième constat : le rôle que l'Eglise et en particulier les ordres religieux y ont joué n'est plus à démontrer (Xavier et Županov 2015 ; Palomo 2016 ; Romano, 2019).

Les ressorts d'un dispositif éditorial

L'intérêt des *Repúblicas* ou de la *Bibliotheca selecta* réside dans le fait qu'il s'agit d'entreprises de mise en ordre du monde par l'imprimé, qui prennent place dans un cadre institutionnel : ici, des ordres religieux, les Augustins[2] et la Compagnie de Jésus. L'assemblage imprimé du monde à partir des fragments de savoir qui en sont recueillis se retrouve dans d'autres entreprises éditoriales. C'est le cas, en 1640, avec l'*Imago primi saeculi mundi* (1640).

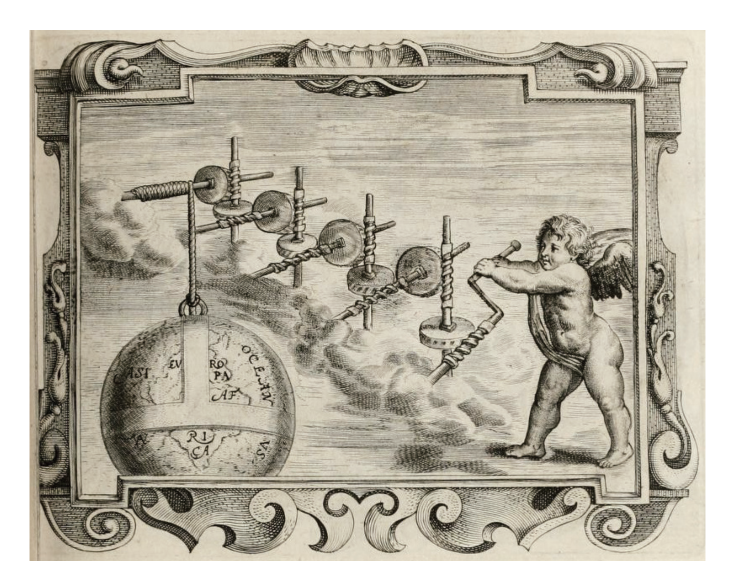
En 1640, le bruit de la décomposition de l'empire espagnol est recouvert par les musiques qui s'élèvent de toutes les églises jésuites du globe, invitées à prendre part aux célébrations du centenaire de l'ordre. Alors que l'empire où jamais le soleil ne se couche se sépare notamment du Portugal, cédant la place à un nouvel ordre impérial dominé par les puissances du nord de l'Europe, la Compagnie de Jésus se trouve toute absorbée par les festivités de son centenaire, où la plus grande gloire de Dieu est écrite sur la trame ignatienne d'une conquête spirituelle du monde réussie. Lorsqu'en cette année 1640, l'*Imago primi saeculi Societatis Iesu* (**fig. 1 et 2**) sort des presses de Plantin, le plus grand imprimeur européen installé dans Anvers l'espagnole depuis le milieu du XVI^e siècle, il s'agit plus que jamais pour la Compagnie centenaire de donner à voir les résultats de

---

2 La bibliographie est presque inexistante sur ce sujet à propos de cet ordre.



1 "Fac pedem figat, & terram movebit". *Imago primi saeculi Societatis Iesu a Prouincia Flandro-Belgica euisdem Societatis repreasentata.* Antwerp: Ex officina Plantiniana Balthasaris Moreti, 1640, p. 326. Source : Internet Archive. Url : https://archive.org/details/imagoprimisaecul00boll/page/326/mode/1up. Domaine public.



2 "Unus non sufficit orbis". *Imago primi saeculi Societatis Iesu a Prouincia Flandro-Belgica euisdem Societatis repreasentata.* Antwerp: Ex officina Plantiniana Balthasaris Moreti, 1640, p. 321. Source : Internet Archive. Url : https://archive.org/details/imagoprimisaecul00boll/page/321/mode/1up. Domaine public.

son succès planétaire (Voet 1969). Ce fut une des caractéristiques de l'ordre ignatien de multiplier les entreprises de saisie du monde, soit depuis son centre romain, soit à partir des nombreux lieux de son déploiement. Il s'agit de mettre au service d'une œuvre de synthèse un ensemble de stratégies de communication, éprouvées depuis un siècle, de récits de succès régionaux et d'expansion du catholicisme : l'œuvre de Giovanni Pietro Maffei avait sans doute inauguré le genre (1585), à partir de l'Inde et de la monarchie portugaise, avant d'être relayée par les nombreux récits, imprimés ou non, de l'aventure chinoise (Romano 2016a). A un siècle de la fondation, l'entreprise n'est plus exclusivement romaine.

Dans le cadre de sa production historiographique, qu'elle fût de nature institutionnelle ou qu'elle relevât d'entreprises individuelles, la Compagnie de Jésus, caractérisée par la dispersion des siens à la surface du globe, a constamment contribué à l'impression de ce type d'ouvrages, dont une caractéristique centrale a sans doute été de recomposer le monde, à partir de fragments : d'observations, de connaissances et d'informations, d'expériences et d'interactions (Romano 2021). Avec des implantations de natures diverses – collèges, noviciats, missions… – le défi auquel l'institution est confrontée, celui qu'elle envisage dès les premières décennies de son histoire, est et demeure celui du maintien de l'unité corps face aux nombreux risques de sa fragmentation. C'est pourquoi, depuis ses origines, l'écriture fait office de lieu, de lien, de nasse-filet dans lequel chacun et tous font corps, à travers différents registres d'écriture qui assument la dimension performative de l'union dans la dispersion.

L'*Imago* préfigure le plafond en trompe-l'œil dont Andrea Pozzo couvrira l'église de Saint Ignace à Rome à la fin du siècle. En attendant, les prouesses de la rhétorique jésuite, devenue la marque distinctive de son enseignement, la force de ses liens avec le milieu artistique anversois et Rubens, l'engagement éditorial que signale la proximité avec les Plantin, tout témoigne, dans cet ouvrage de propagande, de la maîtrise arrivée à maturité des techniques de communication (*Baroque* 2003). Il n'est pas surprenant alors que l'une des devises insérées dans la deuxième section de l'ouvrage, consacrée à la croissance de l'institution, une croissance associée à l'expansion missionnaire, redise l'englobement achevé de la terre, mais peut-être aussi, comme le suggère le motto, « Un monde ne suffit pas », la double dimension, spirituelle et spatiale, de cet englobement (Romano 2016a ; Ditchfield 2020). Encore moins étonnante l'image qui représente un globe.

Le succès global de l'ordre est décliné dans ce richissime volume de 952 folios, un volume composite à l'image de l'activité de la Compagnie qui s'est développée selon un autre motto « notre lieu est le monde », expression précoce, par l'un des compagnons d'Ignace, Jérôme Nadal, qui expliciter une disponibilité à chaque lieu spécifique en même temps qu'une présence en tout lieu (Fabre et Vincent 2007). Après un siècle de mise à l'épreuve d'un tel rapport à l'espace et aux lieux, avec 15 000 membres présents sur tous les continents, l'*Imago* ramasse ces fragments de rapports singuliers pour recomposer le corps de l'institution à travers un ensemble hétéroclite de matériaux qui,

à l'image des façades des palais de la Renaissance, lissent des pièces disparates sur une même surface : poèmes, textes en prose, copies de lettres, le tout dans un latin d'âge de l'éloquence, auxquelles sont ajoutées 127 gravures imprimées sur cuivre (Fumaroli 1994, 343-368 ; Manning et Van Vaeck 1999 ; Salviucci Insolera 2004; Menegon 2007; O'Malley 2015). Dans ce dispositif subtil, se manifeste au plus haut degré la capacité des membres de l'ordre ignatien à utiliser au mieux les moyens de communication de leur temps pour construire et imposer leur propre image dans une série de langages visuels qui entrelacent les mots et les images, en particulier à travers la création d'emblèmes et de *mottos*. La longue chaîne auctoriale dont cette publication est le résultat, les trajectoires d'informations, d'images, de savoirs et de savoir-faire qu'elle articule dans un produit inédit construit une géopolitique du moment autant qu'un moment de la géopolitique du lieu.

Cette riche publication correspond à un type de « relation universelle », une (re)composition dont les riches matériaux accumulés et réélaborés dans un autre centre que le siège romain de la Compagnie entend relater le monde, en donner une image, comme l'indique le titre. L'*Imago* peut être lue comme une étape de cette pratique expérimentale institutionnelle – d'abord commandée par le centre romain de l'ordre et déclinée à travers d'autres types d'écrits, puis progressivement portée par des travaux aux objectifs comparables, dans des projets individuels ou régionaux, où des agents ou des provinces opèrent par détournement et mise en question de la centralité romaine : sans pouvoir le développer ici, on peut penser à l'entreprise kirchérienne de constitution d'un musée universel dans les années 1670, ou au vaste projet des *Lettres édifiantes*, à partir de 1730, qui capte le patrimoine épistolaire de l'ordre au profit des jésuites de France, désormais devenus les agents d'une monarchie aux ambitions coloniales et impériales affirmées[3].

Il s'agit en effet, d'une des différentes pratiques d'écriture auxquelles la Compagnie a fait sa place : tenue, autant pour sa survie comme institution que pour la place qu'elle s'est progressivement donnée dans l'espace culturel de l'Europe moderne, de connaître le monde pour le discipliner par l'évangélisation, elle a tout à la fois cherché à normer les exercices de connaissance et laissé une porte ouverte mais contrôlée, à des formes expérimentales de sa restitution, que le travail normatif n'avait pas anticipé : tel est le cas de l'*Imago*, ni histoire officielle écrite selon un modèle établi d'écriture des avancées de la Compagnie dans les différentes parties du monde, ni livre d'emblèmes empruntant à la formation rhétorique des classes d'humanités, ni gigantesque « lettre annuelle » de l'année 1640, mais bien un peu de tout cela et de bien d'autres ingrédients encore. Qu'elle puisse se lire comme un éventuel modèle narratif reste une question ouverte : il ne s'agira peut-être après tout que d'un *unicum*. C'est ce que cette première réflexion vise à éclairer.

---

3 Aucun de ces deux projets n'a été étudié dans cette perspective qui reste donc à développer.

Assemblages. Traitement pour un corps éclaté

L'*Imago* est considéré comme un chef-d'œuvre de l'édition baroque illustrée, comme une « œuvre chorale et collective », lu par Marc Fumaroli comme « une aspiration vraiment pantagruélique à tout dire […] de façon à laisser le lecteur étourdi, ébloui, frappé de stupeur et peut-être saisi d'une contagion d'enthousiasme [par] l'hyperbolisation constante des idées et des faits énumérés à la gloire de la Compagnie », où des cohortes d'anges voient et montrent l'histoire de l'Ordre depuis le ciel, dans le temps de Dieu, « comme si déjà cette glorieuse épopée providentielle était fixée et justifiée à jamais sur le grand antiphonaire du Paradis » (Fumaroli 1994, 346-347). L'ouvrage nous intéresse ici moins pour l'esthétique et la rhétorique « baroque » dont il serait l'expression paradigmatique, que comme cet assemblage entendu comme seule forme susceptible de rendre compte, en ce lieu et à cette date, de l'unité du monde.

Publié à Anvers, il correspond à un moment d'apogée de la Compagnie dans cette partie de l'Europe : « La province Gallo-Belge atteint son sommet en 1632 et la Flandro-Belge en 1643 […] Presque toutes les fondations de collèges sur le territoire des deux provinces belges se situent dans ce premier siècle. Après 1640, c'est le déclin. » (Hermans 2008). Peu de nouveaux établissements sont créés par la suite, mais ce qui est considéré par Rome comme la « fleur de la Compagnie en 1613, ce sont bien ces deux provinces » (Poncelet 1926-27). Mais ce dynamisme ne suffit pas à caractériser Anvers, le lieu propre de l'élaboration de l'*Imago*.

Sans pouvoir entrer dans une analyse détaillée de l'importance de ce grand port européen assurant la liaison entre l'Europe et le monde (Blondé et Puttevils 2020), il convient d'insister sur sa centralité artistique et culturelle, grâce notamment au rôle qu'y joue l'imprimé. L'importante tradition intellectuelle du côté de la Flandre, renforcée par la situation frontalière – politique comme confessionnelle – de la zone, est repérable à travers la densité des collèges, ou la présence de grandes figures de la région à la curie Rome, comme en témoigne le mouvement bollandiste (Godding 2010) ; la centralité éditoriale d'Anvers est rappelée par le choix de Balthasar Moretus, le successeur de Plantin, pour publier l'*Imago*, écho de l'importance localement accordée au projet, alors que la période est aussi marquée par des tensions internes autour du généralat de Vitteleschi (Voet 1972 ; Van Dael 2010 ; Salviucci Insolera 2010).

Alors que ce dernier, depuis Rome, invitait les provinces à célébrer le centenaire dans « la modestie, l'humilité » (O'Malley 2015, 15), cette opération située de commémoration fait de l'*Imago* un produit anversois, c'est-à-dire une entreprise locale de production du monde à partir de la mise en ordre de l'histoire de l'ordre pensé à partir de l'universalité de sa mission. L'initiative en revient à Jean de Tollenaere, provincial de la province flandro-belge dans ces années et y collaborent Jean Bolland, Sidronius de Hossche, Godefroid Henschen, et Jacques van de Walle (1599-1690), avec l'aide de Jacques Van De Walle. Les gravures, qui dès le frontispice signent l'ouvrage in-folio, sont réalisées par Cornelis Galle, grand collaborateur de Rubens. Il est tiré à 1 050 exemplaires

et les frais d'édition s'élèvent à 18 900 florins, du fait des 125 emblèmes qui complètent le frontispice. L'assemblage du monde, loin de la discrétion attendue, vaut bien, à Anvers, de tels coûts de production.

Le volume construit l'histoire de la Compagnie selon deux perspectives : d'une part, un sens théologique où la croissance de l'ordre est à l'image de la vie du Christ et d'autre part, un sens esthétique où le livre se parcourt comme l'image d'une architecture religieuse. Un volume somptueux, et que certains, dont le pape Urbain VIII, ont qualifié de vaniteux, combinant histoire, poésie et emblèmes, qui expose les réalisations, les objectifs et les idéaux de la Compagnie. L'*Imago* est un livre de propagande, destiné à l'édification des jésuites et des laïcs, combinant une poésie et une prose latine et grecque sophistiquées avec des gravures destinées à instruire et à inspirer. Le rôle qu'y jouent les gravures est au cœur des travaux des historiens de l'art (Deconinck 2012). Leur qualité exceptionnelle justifie à elle seule l'intérêt qu'ils y ont porté. Leur lecture est d'autant plus complexe qu'il s'agit en général d'allégories portées par des mottos en latin ou en grec.

Mais ce que pourraient dire les images, au-delà de la dimension artistique et spectaculaire de la réalisation, serait le choix d'un type de langage qui va plus loin que le choix de la langue latine de rédaction du texte, référence au monde des Anciens, mais réduit à l'antiquité classique, et qui évite aussi la fragmentation babélique du monde : le langage du livre, comme le revendique son titre, est autant écrit que visuel, il a vocation à construire une image.

En effet, dans la combinaison du texte et de l'image, on trouve l'expression de la formation développée par les collèges jésuites, où la place accordée aux lettres dans le premier cycle de formation – celui qui touche le plus grand nombre des élèves – s'accorde au développement de la culture visuelle, telle que le théâtre en particulier l'intègre dans la formation. Le langage de l'image, à vocation universelle, qui est lui-même le socle de la spiritualité ignacienne, porte l'opération d'assemblage, il dissout les intervalles entre les fragments, il efface les discontinuités (Fabre 1992).

En cela, il vient renforcer une structure temporelle du volume marquée par les différents moments, calqués sur les différentes phases de la vie, de la Compagnie : la naissance (*nascens*), la croissance (*crescens*), l'agir (*agens*), la souffrance (*patiens*), et finalement la reconnaissance (*honorata*). L'*Imago* décline la Compagnie comme corps – une des images fondatrices de la constitution de son identité (Giard et Romano 2008 ; Fabre 2017)[4].

---

4 Voir en particulier la lettre d'Ignace à Pierre Favre, 10 décembre 1542, qui définit le modus operandi d'une correspondance efficace, et surtout la lettre du 27 juillet 1547, rédigée par Juan de Polanco, adressée à toute la Compagnie, accompagnée des règles à observer pour la correspondance : traduction française dans *Ecrits*, respectivement 669–671 et 707–716 : « La première raison [du continuel échange de lettres] est l'union de la Compagnie qui, conformément à sa profession, est dispersée en diverses régions et a donc besoin, plus que d'autres, d'une communication, d'un échange qui unisse et qui rassemble ; et cet échange consiste en un échange continuel de lettres. La seconde, qui en découle, est la solidité et la fermeté de la Compagnie ; plus une chose est unie, plus elle est forte ; et par ailleurs les choses écrites donnent du courage ».

C'est donc à tout un programme de recherche qu'invite l'*Imago* en tant que dispositif de réponse à la question de la fragmentation du monde et de la quête de son unité, c'est-à-dire de son sens. L'illustration qui nous a servi de point d'entrée dans cette enquête, représente un globe divisé en deux hémisphères, mais réuni par le dieu enfant de l'amour, Eros, armé d'une flèche, faisant face aux lecteurs. Elle surjoue le langage visuel par le renvoi au langage cartographique : la forme planisphère elle-même peut à la fois être associée à ce moment européen de la conquête du sens du globe (Besse 2003) et à l'affirmation d'un positionnement anversois sur le marché régional de la cartographie où la rivale Amsterdam domine cette production imprimée (van der Krogt 2015 ; Schmidt 2015).

L'inscription porte cependant sur l'entreprise missionnaire, celle qui unifie par excellence, la conversion, l'opération qui ramène la différence à la ressemblance, celle qui opère le passage d'un monde fragmenté à un monde unifié. Sur la mappemonde, se déploie l'Afrique massive, soutenant l'Eurasie ou les grands espaces géopolitiques de l'Europe et des Indes Orientales – Inde, Chine, Japon, Tartarie, Philippines, en écho à l'actualité géopolitique du moment, sur l'hémisphère oriental. L'Amérique et l'ouverture sur l'océan Pacifique occupe l'hémisphère occidental. La nomenclature mêle vocabulaires géographiques, en particulier dans la dénomination des surfaces maritimes, et désignations géopolitiques qui peuvent amalgamer les découpages de la Compagnie en provinces et ceux des empires ibériques.

Le poème latin qui suit fait valoir qu'Hercule et Alexandre ne sont pas allés aussi loin que la Société dans leurs voyages et leurs conquêtes. La devise souligne donc la capacité des jésuites à « conquérir » le monde pour le Christ (par des vœux, mais pas toujours par des batailles, comme le suggère le poème), et la capacité de la Compagnie à conquérir de nouveaux mondes, s'il en existe : « Un seul monde ne suffit pas ». L'ambigüité est là, entre la promesse d'un monde céleste, qui est l'objectif ultime, et l'affirmation d'une occupation inégalée du monde terrestre. C'est le thème qui accompagne l'autre planisphère représenté dans le livre dont le motto reprend la prophétie de Malachie, extraite de l'*Ancien Testament* : « Depuis le lever du soleil jusqu'au couchant, grand est mon nom parmi les nations. / Et en tout lieu on sacrifie et on offre à mon nom une oblation pure, car grand est mon nom parmi les nations » (*Imago*, 318).

Sans putto pour tenir ensemble les deux hémisphères, la gravure surmonte le poème qui égrène les conquêtes ignaciennes : au-delà des colonnes d'Hercule – elles-mêmes figurées dans une image suivante consacrée à la conquête du Nouveau Monde (*Imago*, 327) –, de l'Afrique à l'Europe et l'Asie, et dans des « terres inconnues dans les âges anciens », la Chine, le Japon, l'Inde, Malabar, les riches Moluques. L'orbe terrestre, un terme qui revient sans cesse dans ces pages et qui se trouve finalement représenté comme un globe, plutôt que comme deux hémisphères, dès lors qu'il s'agit d'illustrer le travail de la conversion. Il apparaît à la page 321, consacrée à « la conversion des royaumes et des provinces par la Compagnie ».

Le langage de l'image nous permet de revenir à l'unité contre ou par-delà la fragmentation. Le corps-à-corps du putto avec la mécanique, qui vient rappeler en complément de l'engagement cartographique de la Compagnie, un investissement équivalent dans l'enseignement de la philosophie naturelle et ses enjeux les plus contemporains, renvoie in fine au travail du globe, une sphère cette fois plutôt que deux hémisphères, comme écoumène, par la mission. C'est allégoriquement la machine qui tient l'ensemble terrestre et son objectif est bien celui « bouger la terre » : « Fac pedem figat, & terram movebit », dit le motto. Il faut que le pied soit enraciné pour que la terre bouge. L'inscription en un lieu est la condition de la mobilité du tout.

L'enracinement de l'*Imago* sur une parcelle de la Compagnie pouvait tourner à sa marginalisation : une célébration qui n'aurait parlé qu'à la province pour et par laquelle elle avait été conçue. Mais un siècle après sa parution, elle a pris racine ailleurs : sur les somptueux azulejos du collège jésuite lisboète de Santo Antão (**fig. 3**). Le recours à l'image, à la métaphore ou à l'allégorie est ce qui a permis le changement de lieu et par là même l'effacement de la localité de la production originale. L'unité du monde y est réactivée, à la force du poignet du putto qui, missionnaire dans l'*Imago*, devient mécanicien sur le mur du collège.



3 Panneau de *azulejos* du Colégio de Santo Antão, Lisbonne, 1745. Crédits: auteur.

Sources

BARONIUS, Cesare. 1593-1607. *Annales ecclesiastici*. Romae: ex typ. Congregationis Oratorii.

BOSIO, Antonio. 1632. *Roma sotterranea, opera postuma di Antonio Bosio romano, antiquario ecclesiastico singolare de' suoi tempi*… Roma: Guglielmo Facciotti.

BOTERO, Giovanni. 1591. *Delle relationi universali*… Roma: Giorgio Ferrari per la Stamperia del Popolo Romano.

Imago primi saeculi societatis Jesu a provincia Flandro-Belgica ejusdem societatis representata. 1640. Antverpiae: B. Moreti.

MAFFEI, Giovanni Pietro. 1585. *Historiarum Indicarum libri XVI. Selectarum item ex India epistolarum libri IV*. Florentiae: apud Philippum Iunctam.

POSSEVINO, Antonio. 1953. *Bibliotheca selecta qua agitur de ratione studiorum in Historia, in Disciplinis, in Salute omnium procuranda*. Romae: Ex Typographia Apostolica Vaticana.

RAMUSIO, Giovanni Battista. 1978-1988. *Navigazioni e viaggi*, 6 vols. Torino: Einaudi.

ROMÁN, Jerónimo. 1585. *Republicas del mundo ordenadas por F. Hieronimo Roman de la* Orden de S. Agustín. Salamanca: en casa de Juan Fernández.

Bibliographie

ANDRETTA, Elisa, Romain Descendre, et Antonella Romano, ed. 2021. *Un mondo di* Relazioni. *Giovanni Botero e i saperi nella Roma del Cinquecento.* Roma: Viella.

ANDRETTA, Elisa. 2021. « Il filo dell'acqua: fiumi e saperi nel mondo di Giovanni Botero ». Dans *Un mondo di* Relazioni. *Giovanni Botero e i saperi nella Roma del Cinquecento*, sous la direction de Elisa Andretta, Romain Descendre et Antonella Romano, 363-400. Roma: Viella.

ANDRETTA, Elisa, Antonella Romano, et Maria Antonietta Visceglia, ed. 2020. « La Roma delle lingue ». *Rivista Storica Italiana*, *Le lingue nella Roma del Cinquecento. Luoghi e risorse* 132: 57-324.

ANDRETTA, Elisa, et Maria Antonietta Visceglia. 2020. « I "linguaggi del mondo". Religione, lingue e storia naturale: i cantieri della Biblioteca Vaticana (XV-XVI secolo) ». *Rivista storica italiana. Le lingue nella Roma del Cinquecento. Luoghi e risorse* 132: 112-157.

ANDRETTA, Elisa, et Antonella Romano. 2019. « Roman urban epistemologies: global space and universal time in the rebuilding of a 16th-century city ». Dans *Knowledge and the Early Modern City. A History of Entanglements*, sous la direction de Bert De Munck et Antonella Romano, 197-222. London: Routledge.

ANDRETTA, Elisa. 2011. *Roma medica. Histoire d'un système médical au XVIe siècle*. Rome: École française de Rome.

ARABATZIS, Theodore, Jürgen Renn, et Ana Simões, ed. 2015. *Relocating the history of science*. Boston : Springer.

Baroque, vision jésuite. Du Tintoret à Rubens. 2003. Caen : Société des amis du musée des Beaux-Arts de Caen.

BESSE, Jean-Marc, ed. 2022. *Montrer, conserver, produire. La forme-atlas dans les cultures scientifiques et artistiques modernes et contemporaines*. Rome : Ecole française de Rome.

BESSE, Jean-Marc. 2003. *Les grandeurs de la terre*. Lyon : ENS Editions.

BESSE, Jean-Marc, et Pascal Dubourg Glatigny, Pascal. "Cartographier Rome au XVI^e siècle (1544-1599) : Décrire et reconstituer", in Antonella Romano dir., *Rome et la science moderne : Entre Renaissance et Lumières*. Rome : Publications de l'École française de Rome, 2008.

BESSE, Jean-Marc, et Gilles A. Tiberghien, ed. 2017. *Opérations cartographiques*. Arles : Actes Sud / ENSP 2017.

BESSE, Jean-Marc, et Guillaume Monsaingeon, ed. 2019. *Le temps de l'île*. Marseille : Mucem/ Patenthèses.

BLONDÉ, Bruno, et Jeroen Puttevils, ed. 2020. *Antwerp in the Renaissance*. Turnhout : Brepols.

BOUZA, Fernando, Pedro Cardim, et Antonio Feros, ed. 2019. *The Iberian World: 1450–1820*. London : Routledge.

BRAUDEL, Fernand. 1985. *La Méditerranée. L'espace et l'histoire*. Paris : Garnier Flammarion.

CARACCIOLO ARICÒ, Angela, ed. 1990. *L'impatto della scoperta dell'America nella cultura veneziana*. Roma: Bulzoni.

CASTELNAU-L'ESTOILE, Charlotte de, Marie-Lucie Copete, Aliocha Maldavski, et Ines Županov, ed. 2011. *Missions d'évangélisation et circulation des savoirs. XVI^e-XVIII^e siècle*. Madrid : Casa de Velázquez.

COOK, Harold. 2007. *Matters of Exchange: Commerce, Medicine, and Science in the Dutch Golden Age*. New Haven: Yale University Press.

CUNNINGHAM, Andrew, et Perry Williams. 1993. « De-centring the 'Big Picture'. The Origins of Modern Science and the Modern Origins of Science ». *British Journal for the History of Science* 26: 407-432.

DE MARTINO, Ernesto. 1999. *La terre du remords*. Paris: Institut Synthélabo.

DE MUNCK, Bert, et Antonella Romano, ed. 2019. *Knowledge and the Early Modern City. A History of Entanglements*. London: Routledge.

DECONINCK, Ralph. 2012. « *L'invention anversoise d'une culture visuelle jésuite* ». Dans *Les jésuites dans la monarchie catholique (1565-1615*), sous la direction de Pauline Renoux-Caron et Cécile Vincent-Cassy, 145-165. Paris: Editions Le Manuscrit.

DITCHFIELD, Simon, Pamela Jones, et Barbara Wisch, ed. 2018. *Companion to Early Modern Rome*. Leiden: Brill.

DITCHFIELD, Simon. 2020. « One World is Not Enough. The "Myth" of Roman Catholicism as a "World Religion" ». Dans *British Protestant Missions and the Conversion of Europe, 1600-1900*, sous la direction de Simone Maghenzani et Stefano Villani, 15-33. New York, London: Routledge.

DORÉ, Andréa. 2020. *Cartografia da promessa. Potosi e o Brasil em um continente chamado peruana*. São Paulo: Intermeios.

ELLIOTT, John H. 1992. « A Europe of Composite Monarchies ». *Past & Present* 137: 48–71.

FABRE, Pierre-Antoine. 1992. *Ignace de Loyola. Le lieu de l'image. Le problème de la composition de lieu dans les pratiques spirituelles et artistiques jésuites de la seconde moitié du XVI^e siècle*. Paris: Vrin.

FABRE, Pierre-Antoine, et Ines G. Županov, ed. 2018. *The Rites Controversies in the Early Modern World*. Leiden: Brill.

FABRE, Pierre-Antoine, et Flavio Rurale, ed. 2017. *The Acquaviva Project. Claudio Acquaviva's Generalate (1581-1615) and the Emergence of Modern Catholicims*. Boston: Institute of Jesuit Sources Boston College.

FABRE, Pierre-Antoine, et Bernard Vincent, ed. 2007. *Missions religieuses modernes. « Notre lieu est le monde »*. Rome : École française de Rome.

FEZA, Günergun, et Dhruv Raina, ed. 2011. *Science Between Europe and Asia*. Boston: Springer.

FINDLEN, Paula, ed. 2004. *Athanasius Kircher. The Last Man who Knew Everything*. London: Routledge.

FUMAROLI, Marc. 1994. *L'école du silence*. Paris: Flammarion.

GAUNE CORRADI, Rafael, et Antonella Romano, ed. 2019. « Fragmentos de un mundo en tránsito entre América y Europa. Experimentos desde Chile ». *História Unisinos* 23 (2) : 138-143.

GAUTIER-DALCHE, Patrick, ed. 2013. *La Terre. Connaissance, représentations, mesure au Moyen Âge*. Turnhout : Brepols.

GIARD, Luce, et Antonella Romano. 2008. « L'usage jésuite de la correspondance : sa mise en pratique par le mathématicien Christoph Clavius (1570-1611) ». Dans *Rome et la science moderne entre Renaissance et Lumières*, sous la direction de Antonella Romano, 65-119. Rome: École française de Rome.

GODDING, Robert, 2010. « I primi bollandisti alla scoperta delle biblioteche romane (1660--1661) », *Gregorianum* 91 (3): 583–595.

HERMANS, Michel. 2008. « La fondation des collèges jésuites dans les Pays-Bas et la Principauté de Liège, et l'intervention des pouvoirs urbains ». Dans *Eglise, pouvoir civil et enseignement (XVI-XVIII siècle),* sous la direction de Philippe Desmette, 9-31. Bruxelles : Facultés universitaires Saint Louis.

HORODOWICH, Elizabeth, et Lia Markey, ed. 2017. *The New World in Early Modern Italy, 1492-1750*. Cambridge: CUP.

JORDAN-GSCHWEND, Annemarie, et Kate J. P. Lowe, ed. 2015. *The Global City: On the Streets of Renaissance Lisbon*. London: Paul Holbertson Publishing.

KOEMAN, Cornelis, Günter Schilder, Marco van Egmond, et Peter van der Krogt. 2007. « Commercial Cartography and Map Production in the Low Countries, 1500–ca. 1672 ». Dans *The History of Cartography, Volume Three: Cartography in the European Renaissance*, sous la direction de David Woodward, 1296-1383. Chicago: The University of Chicago Press.

KONTLER, László, Antonella Romano, Silvia Sebastiani, et Borbála Zsuzsanna Török, ed. 2014. *Negotiating Knowledge in Early Modern Empires. A Decentered View*. London, New York: Palgrave-Macmillan.

LEJOSNE, Fiona. 2021. *Écrire le monde depuis Venise au XVIe siècle. Giovanni Battista Ramusio et les Navigationi et viaggi*. Genève : Droz.

LESTRINGANT, Franck, et Alexandre Tarrête, ed. 2017. *Îles et insulaires (XVIe-XVIIIe siècle)*. Paris : Presses de l'université Paris-Sorbonne.

LEWIS, Martin W., et Kären Wigen. 1997. *The myth of continents. A critique of metageography*. Oakland: University of California Press.

MADEIRA SANTOS, Catarina. 1999. *Goa é a chave de toda a Índia: perfil político da capital do estado da Índia*, *1505-1570*. Lisbonne: CNCDP.

MANNING, John, et Marc Van Vaeck, ed. 1999. *The Jesuits and the Emblem Tradition*. Turnhout: Brepols.

MARKEY, Lia. 2016. *Imagining the Americas in Medici Florence*. University Park, PA: Penn State UP.

MARROQUIN ARREDONDO, Jaime, et Ralph Bauer, ed. 2019. *Translating Nature. Cross-cultural histories of early modern science*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

MENEGON, Eugenio. 2007. « Jesuit Emblematica in China ». *Monumenta Serica* 55 (1): 389-437.

O'MALLEY, John, ed. 2015. *Art, Controversy, and the Jesuits: The Imago Primi Saeculi (1640).* Philadelphia: Saint Joseph's University Press.

PADRÓN, Ricardo. 2004. *The Spacious word. Cartography, Literature, and Empire in Early modern Spain*. Chicago: University of Chicago Press.

PADRÓN, Ricardo. 2020. *The Indies of the Setting Sun. How Early Modern Spain Mapped the Far East as the Transpacific West*. Chicago: University of Chicago Press.

PALOMO, Federico, ed. 2016. « Written Empires: Franciscans, Texts and the Making of Early-modern Iberian Empires ». *Culture & History Digital Journal* 5 (2): e011. https://cultureandhistory.revistas.csic.es/index.php/cultureandhistory/article/view/99

PIZZORUSSO, Giovanni. 2018. *Governare le missioni, conoscere il mondo nel XVII secolo. La Congregazione pontificia de Propaganda Fide*. Viterbo: Sette Città.

PONCELET, Alfred. 1926-27. *Histoire de la compagnie de Jésus dans les anciens Pays-Bas*. Bruxelles: Maurice Lamertin.

PROSPERI, Adriano. 1999. *America e apocalisse*. Roma: Istituti editoriali e poligrafici internazionali.

RAJ, Kapil. 2007. *Relocating Modern Science. Circulation and the Construction of Knowledge in South Asia and Europe, 1650-1900*. Basingstoke, New York : Palgrave-Macmillan.

ROMANO, Antonella. 2021. « Un seul ouvrage pour tenir le monde, des dizaines de relations pour l'écrire ». Dans *Un mondo di* Relazioni. *Giovanni Botero e i saperi nella Roma del Cinquecento*, sous la direction de Elisa Andretta, Romain Descendre et Antonella Romano, 177-218. Roma: Viella.

ROMANO, Antonella. 2019. « Iberian missionaries in God's vineyard: Enlarging Humankind and Encompassing the Globe in the Renaissance ». *History of Human Sciences* 32 (4) : 8–27. https://doi.org/10.1177/0952695119836585

ROMANO, Antonella. 2016. *Impressions de Chine. L'Europe et l'englobement du monde*. Paris: Fayard.

ROMANO, Antonella. 2016. « Rome and its Indies: A Global System of Knowledge at the End of the Sixteenth Century ». Dans *Sites of Mediation: Connected Histories of Europe, 1350–1650*, sous la direction de Susanna Burghartz, Lucas Burkart et Christine Göttler, 23-45. Leiden : Brill.

ROMANO, Antonella, ed. 2008. *Rome et la science moderne entre Renaissance et Lumières*. Rome: École française de Rome.

SALVIUCCI INSOLERA, Lydia. 2010. « L'*Imago Primi Saeculi* tra Anversa e Roma ». *Gregorianum* 91 (3): 606-19.

SALVIUCCI INSOLERA, Lydia. 2004. *Imago primi saeculi (1640) e il significato dell'immagine allegorica nella Compagnia di Gesù. Esegesi storico-critica*. Roma: Editrice Pontificia Università Gregoriana.

SCHAFFER, Simon. 2015. « Les cérémonies de la mesure. Repenser l'histoire mondiale des sciences ». *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 70 (2): 409-435. https://www.cairn.info/revue--2015-2-page-409.htm.

SCHMIDT, Benjamin. 2015. *Inventing Exoticism: Geography, Globalism, and Europe's Early Modern World*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

VAN DAEL, Peter. 2010. « Libri di gesuiti romani stampati nei Paesi Bassi ». *Gregorianum* 91 (3): 596–606.

VAN DER KROGT, Peter. 2015. « Gerhard Mercator and his Cosmography: How the "Atlas" became an Atlas ». Dans *A World of Innovation: Cartography in the Time of Gerhard Mercator*, sous la direction de Holzer Gerhard, 112–130. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing.

VAZ, Francisco, et António Lourenço. 2020. « O ensino dos jesuítas na universidade de Évora – O uso didático de azulejos no Colégio do Espírito Santo ». *Revista História da Educação* 24: e93431. https://seer.ufrgs.br/index.php/asphe/article/view/93431.

VISCEGLIA, Maria Antonietta, ed. 2013. *Papato e politica internazionale nella prima età moderna*. Roma: Viella.

VISCEGLIA, Maria Antonietta. 2018. *La Roma dei papi. La corte e la politica internazionale (secoli XV-XVII)*. Roma: Viella.

VOET, Leon. 1969-1972. *The Golden Compasses. The History of the House Plantin-Moretus*. Amsterdam, London, New York: Routledge.

XAVIER, Ângela Barreto, et Ines G. Županov. 2015. *Catholic Orientalism: Portuguese Empire, Indian Knowledge*. New Delhi: Oxford University Press.

YUN CASALILLA, Bartolomé. 2019. *Iberian World Empires and the Globalization of Europe, 1415-1668*. London: Palgrave-Macmillan.

STEFANIE GÄNGER*

"El medicamento más importante, y el más usual que posee la Medicina". La quina y el conocimiento médico en tránsito del Munto Atlántico (1751-1820)**

Hacia finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la corteza de la quina era, para muchos, "el medicamento más importante, y el más usual que pose[ía] la medicina"[1]. Aunque su área de acopio era limitada –los árboles de la quina solo prosperaban en las empinadas laderas orientales de los Andes, en zonas de cosecha en los virreinatos hispanoamericanos de Nueva Granada y el Perú– y aunque había sido aceptada solo de modo comparativamente reciente en la materia médica del Viejo Mundo, para comienzos del siglo XVIII la corteza ya se había insertado dentro de la textura de la práctica médica cotidiana de una amplia gama de sociedades pertenecientes, o ligados, al mundo atlántico. En todos lados se le atribuían virtudes medicinales "maravillosas"[2] "singulares" (Villalobos 1800, 117; Rigby 1783, 6) y hasta "divinas" (Tissot 1790, 161) y las "limonadas febrífugas" agridulces, y "vinos de la corteza" "aromáticos" en base a ella se encontraban tanto en los estantes de los boticarios de Lima como en los mostradores de mercados cantoneses y los arcones medicinales de los hospitales de Luanda (Gänger 2016; Unschuld 1986, 166; Azeredo 1799, 64-66). Los médicos de la corte marroquí, las amas de casa inglesas

* Universidad de Heidelberg, Alemania.
ORCID iD: https://orcid.org/0000-0001-5690-0022. *E-mail*: stefanie.gaenger@zegk.uni-heidelberg.de.

** Agradezco a Javier Flores Espinoza por su cuidadosa traducción del original inglés al castellano. Este artículo retoma algunos de los principales argumentos y materiales de mi libro recién publicador por Cambridge University Press – *A Singular Remedy* – para un público hispanoparlante.

1 Luis de Rieux, "Carta a Miguel Cayetano de Soler", 14 de mayo de 1800, Indiferente 1557, Archivo General de Indias, Sevilla, 364v.

2 Antonio Caballero y Góngora, arzobispo y virrey de Nueva Granada, se refiere a los "maravillosos efectos" de la corteza en una carta de 1788. Antonio Caballero y Góngora, "Copia de Carta Reservada", 28 de mayo de 1788, Papeles del Almacén de la Quina, Caja 22283, Expediente 2, Archivo del Palacio Real, Madrid.

y los curanderos esclavos por igual los preparaban y daban de tomar rutinariamente a los enfermos (Justel Calabozo 1994; Garcés 2010, 23; Gänger 2020, 65, 67, 97). Inserto en sus morrales, acompañaban también a los marineros holandeses a lugares "febriles", a los soldados peruanos al campo de batalla y a los colonos norteamericanos en su marcha hacia el oeste (Rutten 2000, 12-13; Sánchez 2001, 244-245; Arias-Schreiber Pezet 1971, 50-53; Humphrey 2001, 39; Fett 2002, 68). Los galenos escoceses, los botánicos criollos y los escritores franceses coincidían todos no solo en la "singularidad" (Lambert 1797, 1) de la corteza y en otorgarle "el primer lugar entre los medicamentos más eficaces" (Tissot 1763, 288-289), sino también en que era "más útil en general a la humanidad que cualquier otro en la materia médica" (Rigby 1783, 6). Se coincidía también en que "no se halla[ba] en la Medicina [otro] febrífugo de virtud tan conocida[3]", y en que "las *Cascarillas, ó Quinas*" constituyeron "los remedios mas estimables, y preciosos hasta el día descubiertos para el uso de la medicina" (López 1792, 38).

Pocos podrían haber previsto entusiasmo tan general apenas un siglo antes. La corteza, que supuestamente había formado parte de la farmacopea andina antes de la conquista, en donde se la empleaba para curar el "*rigor et frigor*"[4] provocado por la exposición al agua fría, ingresó a la práctica médica jesuita y posteriormente hispánica e italiana hacia mediados del siglo XVII, utilizándosela para aliviar los rigores y temblores que llegaban con las "fiebres intermitentes" que por entonces fueron una dolencia común (Jarcho 1993, 4-8)[5]. Su ingreso al repertorio galénico más amplio hacia finales del siglo XVII fue controversial y se dio en medio de muchas dificultades, principalmente debido a la disonancia intelectual de la corteza con respecto a diversos postulados elementales de la teoría humoral: el hecho que no emitía humor alguno y que su sabor amargo y astringente indicaba una cualidad "caliente", a pesar de que se suponía que debía remover el calor de las fiebres. Sin embargo, sus promotores comenzaron a prevalecer cada vez más a partir del temprano siglo XVIII[6], y para mediados de dicho siglo diversos practicantes de medicina, desde Inglaterra hasta Moscú y del sultanato de Marruecos a la Nueva España –todos los cuales formaban parte de la misma "ilustrada" "república de las letras" médica transatlántica– habrían coincidido en su "utilidad" para la "prevención y cura" de diversos tipos de fiebres: "intermitentes", pero cada vez más también las

3 Manuel Hernandez de Gregorio, "Dn. Manuel Hernandez de Gregorio, Boticario de Camara presenta una memoria compuesta de 37 artículos, queriendo persuadir las grandes conveniencias de la estancación general, y parcial de la Quina en beneficio de la salud publica, y del interés del Real Erario, detallando las reglas gubernativas para su administración", 1804, Indiferente 1556, Archivo General de Indias, Sevilla.

4 "rigores y temblores".

5 Según Gaspar Caldera de Heredia, cuyo *De Pulvere Febrifugo Occidentalis Indiae* se publicó por vez primera en Amberes en 1663, los jesuitas aprendieron las virtudes de la corteza de los indios que la tomaban disuelta en agua caliente para aliviar los "rigores y temblores" (*rigor et frigor*) provocado por la exposición al agua fría.

6 Consúltese en particular el estudio de Saul Jarcho de 1993 acerca del establecimiento de la planta como parte canónica de la práctica médica a través del lente de la *Therapeutice specialis* de Francesco Torti (1712) (Jarcho 1993). Con respecto a la gradual aceptación de la corteza consúltese también Maehle 1999, 224-234. Consúltese también Boumedienne 2016, 169-250. Consúltense también los tres capítulos introductorios de Crawford 2016.

biliosas, nerviosas o amarillas. Más importante aún, en esa época –en la cual la difusión del conocimiento médico ilustrado, la automedicación y el cuidado dentro del contexto doméstico predominaban en las interacciones médicas–, aquellas verdades ya se habían extendido bastante más allá del ámbito de médicos, cirujanos y boticarios. Para finales del XVIII y comienzos del XIX, el conocimiento de la "efectividad" de la corteza con las fiebres, su preparación aceptable al gusto y su administración habían pasado a formar parte de la comprensión y el repertorio terapéutico de millones de hombres y mujeres legos. Efectivamente, alrededor de 1800, entre 15 y 38 millones de dosis de corteza se administraban y autorecetaban cada año; el volumen comerciado había crecido casi veinte veces desde comienzos del XVIII (Gänger 2020, 67).

Este artículo se ocupa, no tanto de las muy debatidas circunstancias del primer "descubrimiento" de la quina[7] y su ingreso al repertorio médico galénico, sino de cómo fue que unos trozos secos de corteza, extraídos de un árbol que por aquel entonces solo florecía en las laderas orientales de los Andes hispanoamericanos, pudieron volverse algo tan común, "conocido", y sumamente "usual" en la práctica terapéutica – esto es cómo pasaron a formar "parte de la comprensión [médica] dada por sentada" (Secord 2004, 655) por varias sociedades geográficamente y socialmente diversas a lo largo del mundo atlántico y sus exclaves en el Asia. Los historiadores de la quina no han prestado mucha atención a la cuestión de "cómo" fue que la corteza se hizo amplia y popularmente conocida –o siquiera al hecho mismo–, en parte porque estaban por lo general absortos en otros asuntos: tradicionalmente, cuestiones referidas a la eficacia de la corteza no procesada en el tratamiento de –formas retrospectivamente diagnosticadas– de la "malaria" debido al parentesco de la quina con la quinina (Packard 2007, 92-196; Bruce-Chwatt y Zulueta 1980; Webb 2009); y más recientemente, la fragilidad del sector exportador colonial de la quina así como su incapacidad para brindarle a la corona española cualquier beneficio económico (Crawford 2016, 8). En efecto, para muchos historiadores globales de la ciencia y de la medicina más en general, la forma en que el conocimiento médico realmente se transmite e imparte a través del espacio resulta un tema de interés sorprendentemente menor, tal vez debido a que la "heurística de la liquidez" que rige el campo –su lenguaje de "flujos" fáciles y "circulación" libre de obstáculos–, a menudo ciega a sus practicantes a las condiciones y contingencias del movimiento (Gänger 2017, 316). Este artículo sostiene que los vehículos más importantes para la difusión de la comprensión y las prácticas médicas referidas a la administración de la corteza fueron las relaciones sociales y los "acto[s] de comunicación" contingentes –entre médicos-autores

7 Muchos historiadores han buscado descubrir las circunstancias concretas y "reales" de cómo fue que originalmente se atribuyeron propiedades curativas a la quina. A los primeros, en particular, les interesaban los "mitos de origen" que rodeaban a la corteza y tendieron a concentrarse en exponer los "errores" de las diversas tradiciones históricas que la rodeaban (Jaramillo-Arango 1949, 417-459). Para un resumen conciso del debate en torno a los "errores" consúltese Jarcho 1993, 2-8. Para las narrativas ibéricas consúltese también Lópes Piñero y Francisco Calero 1992, 9-11. Para evaluaciones de las relaciones posteriores del siglo XVIII consúltese, por ejemplo, Honigsbaum y Willcox 2004, 25-26.

"ilustrados" y sus lectores, soldados y civiles enemigos, plantadores y esclavos. El artículo sostiene –siguiéndoles a historiadores como Marcy Norton y James Secord (Norton 2006; Secord 2004, 661)– que no obstante las grandes distancias y las rotundas diferencias involucradas, lo fundamental para hacer que el conocimiento de la corteza se desplazara fueron en realidad los testimonios personales, las comunicaciones personales y la sociabilidad. Fue fundamentalmente mediante y a través de una exposición sostenida y persistente a la corteza a través de la palabra escrita, la transmisión boca a boca y la práctica terapéutica, así como el cuidado corporal, que hombres y mujeres tomaran conciencia de la existencia de la "corteza peruana" y se acostumbraran a ella.

La palabra escrita

Para muchos hombres y mujeres, el conocimiento de la "corteza peruana" así como de las prácticas terapéuticas, rutinas de la medicación y el cuidado corporal concomitantes a su administración, se fueron haciendo accesibles y familiares en las formas esperadas: a lo largo de los cauces de la sociabilidad, el comercio y los impresos "ilustrados". La exigencia ilustrada de que el conocimiento médico fuera puesto a disposición de un público lego más amplio se combinó con un consenso en los centros médicos de la época –lugares como Edimburgo o Montpellier– en torno a la "efectividad" de la quina, contribuyendo así de modo importante a su aceptación. En particular, la prominente inclusión de la corteza peruana en dos de los manuales de medicina "ilustrados" más vendidos y ampliamente traducidos –el *Avis au peuple sur sa santé* de Samuel Auguste Tissot (1761) y la *Domestic Medicine* de William Buchan (1769), que la alababan ambos como "un remedio infalible" para diversos tipos de fiebres (Tissot 1763, 294)–, ciertamente ayudó a establecer su reputación en la cultura médica popular "ilustrada" de distintas partes del mundo atlántico y más allá (hacia 1800, ambos manuales tuvieron no solo docenas de ediciones en lengua inglesa, sino también traducciones y adaptaciones al neerlandés, italiano, alemán, polaco, francés, español, sueco, magiar, portugués, griego, ruso y japonés[8]). Lo mismo hicieron cientos de manuales, almanaques y periódicos menos conspicuos y peripatéticos pero escritos con el mismo espíritu "ilustrado" en beneficio de los colonos en los distritos auríferos de Minas Gerais (Mendes 1770,

8 *Domestic Medicine* de Buchan tuvo al menos 142 ediciones en lengua inglesa entre la publicación de su primera edición en Edimburgo en 1769 y su última edición en inglés, poco más de un siglo después en Filadelfia. Según Rosenberg, ninguna guía de salud anterior al siglo XX fue más popular que ella (Rosenberg 1992, 33). Para una lista exhaustiva de las varias ediciones del libro y referencias a sus traducciones al italiano, francés, alemán y sueco consúltese Buchan 2001, 132. Con respecto a las traducciones al español consúltese Perdiguero 1992, 171. Con respecto a la circulación del libro en las Américas hispana y lusa consúltese Palmer 2003, 21. Para su circulación en Portugal y la América portuguesa consúltese Abreu 2007, 766. La traducción japonesa de 1817 se basó en la segunda parte de la segunda impresión de la traducción holandesa de 1780 (Goodman 1986, 142). Con respecto a la traducción del libro al ruso a partir de una edición francesa consúltese Nichols 1978, 70. La obra de Tissot tuvo varias traducciones inglesas, alemanas, holandesas, suecas, italianas, polacas, españolas, portuguesas, húngaras, rusas y griegas hasta 1785. Para las diversas ediciones españolas consúltese Perdiguero 1992, 171. Para las diversas otras traducciones consúltese Emch-Dériaz 1992, 327-329.

citado en Cortez Wissenbach 2002, 144)[9], las familias de plantadores en Jamaica, las amas de casa de la península itálica, los colonos de la Norteamérica postrevolucionaria, los pobres feligreses fineses (Huldén 2011, 5), o los enfermos "en las Provincias Remotas" del Virreinato de la Nueva España, todos los cuales recomendaban la corteza como el "mejor medicamento […] para quitar cualquiera genero de Fríos, y Calenturas" (Esteyneffer 1712, 296).

Los historiadores han sostenido hace ya algún tiempo que la "popularización" médica del siglo XVIII no fue un "movimiento vertical descendente", en el cual los profesionales ponían el conocimiento a disposición de una pasiva audiencia lega, sino más bien un proceso de "influencia recíproca" en el cual los manuales de medicina fueron evolucionando como un cuerpo "compuesto de voces estratificadas" en respuesta a las demandas y necesidades de los pacientes o de los lectores (Singy 2010, 795). Y en efecto, muchas de las áreas geográficas para las cuales esta literatura ilustrada recomendaba unánimemente el uso de la corteza –los pantanos Pontinos, los climas calientes y húmedos de las Indias Occidentales o las salobres zonas costeras de la cuenca del Mar del Norte– hacía tiempo eran ampliamente consideradas "insalubres" y "febriles", lugares en donde el aire "fétido" y "mórbido" amenazaba con penetrar en el cuerpo: un cuerpo que era distinto pero poroso en la imaginación contemporánea (Ward 2007, 153; Ewell 1807, 41-43; Ramel 1801, XIII-XV). Hacia 1800, la enfermedad era esencialmente un fenómeno geográfico y las fiebres estaban estrechamente asociadas con los humedales del mundo y los espacios estrechos y hacinados, en particular las ciudades en rápido crecimiento, así como los climas calientes y húmedos de los trópicos con los cuales un creciente número de colonos, marineros y personal militar estaban topándose en una época del imperialismo global. En los manuales de medicina había extensos pasajes acerca del uso de la quina –el febrífugo más "infalible" y de amplio espectro de la época– que respondían a estas ansiedades corporales y que a finales del XVIII y comienzos del XIX ayudaron a la inclusión de la corteza en la letanía de precauciones y cuidados disponibles para los "calenturientos". El consumo de la corteza en medio ambientes asociados con fiebres fue efectivamente extenso en ese entonces, mucho más que en áreas comparativamente "salubres". Lugares notoriamente "insalubres" y agobiados por las fiebres como Roma, Lima o Nueva Orleans introducían cada año el doble de dosis curativas de la corteza que el número de sus habitantes (Gänger 2020, 135). Las colecciones de recetas médicas en cuadernos, diarios y manuscritos revelan que su extenso consumo en dichos lugares plagados por las fiebres se debía en parte a la lectura que la gente hacía de los manuales de medicina y los periódicos. Por ejemplo, los cuadernos de recetas médicas guardados por la señora Myddleton, un ama de casa en el condado inglés sumamente febril y muy "insalubre" de Essex, muestran que ella dependía de la literatura de consejo para cortar o prevenir las fiebres; copiaba recetas para la corteza provenientes de

9 Mendes 1770, citado en Wissenbach 2002, 144.

manuales y periódicos, revisando y adaptando su arsenal terapéutico en conformidad con ello[10]. Efectivamente, en Inglaterra, las fiebres intermitentes reinaban sobre todo a lo largo de los estuarios del sudeste, y para finales del XVIII y comienzos del XIX, este país introducía cada año unas 1.2 millones de dosis de corteza (Jenner y Wallis 2007, 34).

La mayoría de los manuales se refería en forma similar no solo a dichas ansiedades médico-ambientales, sino que además coincidían en cuál era la mejor forma de dosificar la corteza, prepararla y administrarla. Los manuales de medicina, farmacopea y almanaques aconsejaban de modo casi uniforme a sus lectores, que iniciaran su tratamiento "evacuando" el estómago y los intestinos mediante la aplicación de eméticos y purgantes –ruibarbo, raíz de jalapa, componentes de mercurio– para que así expulsaran del cuerpo la materia indeseable (Gänger 2020, 95-98). Usualmente aconsejaban también que se procediera a elaborar "preparaciones de la quina" que hicieran a la corteza seca "agradable y [más] eficaz" (Percival 1767, 227). Tal vez la variante más popular, a la que encontramos en los manuales de todo el mundo atlántico, eran los "aromáticos" "vinos compuestos de la corteza": "infusiones" o "macerados" en vino, frecuentemente junto con endulzantes con que cubrir su sabor, que según todas las versiones era "nauseabundo", así como otros "amargos aromáticos" como ajenjo, raíz de serpentaria, cáscara de naranja, centaura y raíz de genciana, febrífugos que se creía "asistían" a la corteza en la cura (Buchan 1785, 54; Azeredo 1799, 65; Blair 1798, 59). Las recetas de estos vinos agridulces fueron incluidas en muchos recetarios manuscritos[11], pero los mismos compuestos frecuentemente eran también vendidos y preparados bajo la forma de medicinas patentadas o epónimas; el "Água de Inglaterra", por ejemplo, era un clásico en todo Portugal y sus dominios en ultramar, especialmente en Angola y Brasil (Figueiredo 2011; Dias 2012). Es importante subrayar que los patrones y posibilidades de consumo médico no eran ilimitados o desconectados de todo lugar, y en cierta medida siguieron siendo contingentes. Las fórmulas –"fragmentos de mundo", en cierta forma– usualmente se alteraban y resignificaban en tránsito, ya fuera por las lecturas, el gusto o las creencias de los enfermos: los barchilones de los hospitales portugueses omitían la centaura por consejo de un cofrade, y los practicantes de la corte de Marruecos reemplazaban el vino de una receta española con vinagre, por los escrúpulos de los creyentes (Calabozo 1994, 175). Pero también revelan que las poblaciones que leían y escribían acerca de la corteza no solo adoptaban su uso en las fiebres sino también "preparaciones de la misma", y con ello sensaciones sensoriales y gustativas (Norton 2006, 682). Los discursos y prácticas sobre cómo elaborar "preparaciones de la corteza"

10 "Receipts copied from Miss Myddleton's Book, August 15th, 1785. With many addedreceipts for remedies by various laterhands, extracts, and pasted-in cuttings from newspapers, etc.", 1785, Archives and manuscripts, Closed stores WMS 4, MS.3656, *Wellcome Library*, Londres, 31, 42.

11 Consúltese, por ejemplo, Johannes Hueber, "Handbüchlein angefangen den 6ten Mey 1727 in Coullioure ein Meerport in der Provinz Roussillon, in den Pireneischen Gebirgen", 1727, MS J 4, Archiv für Medizingeschichte, Universität Zürich, Zúrich. Véase también Lady Eleanor Dundas, "Collections of Medical and Cookery Receipts in English, by Several Hands", c. 1785, Archives and manuscripts, MS.2242, Wellcome Library, Londres, 8.

que fueran sabrosas y eficaces se habían insertado, por así decirlo, dentro del tejido de la práctica médica cotidiana de las casonas escocesas, los conventos portugueses y los hospitales del África occidental por igual, así como en la vida de hombres y mujeres que, en dicho sentido al menos, pertenecían a una única "comunidad de ideas y de prácticas curativas" (Rosenberg 1992, 32).

La práctica médica

La palabra escrita no fue sino una de las vías que la propagación de la corteza siguió, y debido a los límites del dominio de la escritura en la época no necesariamente fue la más importante. Lo que presumiblemente resultó más significativo fue la mediación del conocimiento médico de la quina en los encuentros que tenían lugar al costado de la cama, entre los enfermos y los médicos con preparación universitaria, así como otros curadores. En efecto, para finales del siglo XVIII y temprano XIX, los enfermos de todo el mundo habrían quedado expuestos a la corteza –o más bien a medicamentos a base de esta– a manos de una amplia gama de practicantes. Los médicos, boticarios y barchilones administraban todos la quina o preparados de la misma –ya fuera en la Liga Hanseática o en las "Indias Occidentales", en la España peninsular o en el Virreinato del Perú– usualmente iniciando su tratamiento de las fiebres "evacuando" el estómago y los intestinos por medio de purgas[12]. Las relaciones sociales de la caridad, así como de la conveniencia económica o política, extendieron la experiencia de la "corteza peruana" a hombres y mujeres que se encontraban bastante más allá de las capas alta y media de las principales sociedades de consumo, que eran quienes podían costear el pago de dichos tratamientos. Los cirujanos encargados usualmente administraban "unas cuantas dosis de corteza" a los "enfermos pobres" de los asilos de Hamburgo (Weidmann 1982, 144; Jütte 2005), así como a los de los hospitales de caridad de Madrid[13]. Igual cosa sucedía con los esclavos africanos en las plantaciones de las Indias Occidentales (Thomson 1820, 14, 19, 27; Aydüz y Yildrim 2002) o en los puertos de negreros de la Angola portuguesa (Walker 2016, 3-5), esto es si los amos, gobiernos u órdenes religiosas encontraban que restaurar su salud era algo necesario y que valía la pena. La administración de la corteza

---

12 Para un ejemplo del Virreinato del Perú véase Dávalos 1787, 149. Para un tratado médico español que aconsejaba seguir el mismo procedimiento con las tercianas benignas consúltese Pereyra 1768, 249. James Lind, quien ejerciera como cirujano de la Real Armada en el Mediterráneo, Guinea y las Indias Occidentales, aconsejaba que "cuando un europeo cae enfermo con una fiebre" en cualquier país "entre los trópicos", se debía primero considerar si la "violencia de la fiebre" permitía que se le sangrara, luego que se le "limpiara" el "estómago y los intestinos […] ya fuera con el vómito, una purga […], y que luego se administrara la corteza" (Lind 1788, 234). Para un ejemplo del contexto germano-parlante consúltense los escritos de Johann Jacob Rambach, quien describe cómo los médicos de Hamburgo iniciaban la cura de las "fiebres intermitentes (*Wechselfieber*)" que tanto predominaban en la ciudad con "vómitos y purgas (*Brechmitteln und Abführungen*)" e invariablemente "cerraban con la quina" (Rambach 1801, 310-312).

13 Por ejemplo, la Real Botica de Madrid proporcionó la quina a los mineros de Almadén casi todos los años a mediados de la década de 1750. Miguel de Muzquiz. "En los años de 1752, 54 y 56 se sirvió el Rey mandar entregar varias porciones de Quina selecta para la curación de los terzados y enfermos del Real Hospital de las Minas de Almaden". *Archivo del Palacio Real*, Reinados Carlos III / Legajo 197, 3, San Ildefonso, 1776-09-12.

de modo tan uniforme en una gama tan amplia de pacientes habría sido impensable en siglos anteriores: solo lo sería alrededor de 1800, según sostiene Harold Cook, debido a la creencia ilustrada en la intercambiabilidad de los cuerpos y en la "universalidad" del efecto [médico]", lo que permitió que los tratamientos se generalizaran y atravesaran las fronteras de género, "constitución", clima o "régimen" (Cook 2011, 128).

Los cuadernos familiares de recetas médicas señalan profusamente cómo fue que las cabezas de familia de clase alta y media adoptaran la confianza que sus médicos tenían en "la corteza" así como la práctica de administrar y elaborar "preparaciones" de la quina que fueran al mismo tiempo agradables y eficaces. Anna Maria Reeves, por ejemplo, un ama de casa de Berkshire en Inglaterra evidentemente seguía las directivas de un tal Dr. Steward al preparar su remedio basado en la quina[14]. Lo mismo sucede con la ocasional presencia de la quina en las pociones de los curanderos de esclavos afroamericanos (Garcés 2010, 23). Hay evidencias de que su sostenida exposición, así como la de otros indigentes, a la quina a través de relaciones de atención médica gratuita –en plantaciones, asilos u hospitales– es lo que explica la inclusión de la corteza en su repertorio médico cada vez que vivían mejores épocas, o que se mudaban a lugares en donde dicha medicina era más asequible, como sucedía en la Sudamérica andina, en donde –según los oficiales coloniales repetidas veces se quejaran– se la podía conseguir a un precio bastante modesto "por las calles ó [sic] en el mercado", presumiblemente a través de vendedores que tenían contacto directo con las zonas donde se la cosechaba[15].

De boca a boca

La comunicación oral entre hombres y mujeres legos fue tal vez la ruta más importante a través de la cual el conocimiento médico de la corteza se transmitió y fue "constantemente vuelto a confirmar" (Stolberg 2004, 96). Los consejos de salud, la automedicación y la medicina doméstica tenían su lugar en las conversaciones educadas de la época, y son muchas las colecciones de recetas que dan cuenta de cómo los enfermos, de Lima a Londres, adoptaron la corteza y los preparados de la misma gracias a la confianza que tenían en el testimonio de su familia y conocidos: vecinos, parientes y amigos[16]. Los

---

14 Mrs Finger y Anna Maria Reeves, "Collection of Medical, Cookery, and Household Receipts: With Additions by Several Hands. With Numerous Inserted Receipts and Cuttings from Newspapers, etc. pasted in", c. 1750-1775, Archives and manuscripts, MS.2363, Wellcome Library, Londres.

15 Sebastián José López Ruiz, "Representación", 22 de noviembre 1779, Indiferente 1554, n.p., *Archivo General de Indias*, Madrid, fls. 117-118; "Para los efectos que convengan remite copia de una representación que ha dirigido al Virrey en que refiere los abusos y desordenes que se cometen en la colectación beneficio y comercio de las quinas de aquel reyno", 13 de agosto de 1804, Indiferente 1557, Archivo General de Indias, Sevilla, 639.

16 Marie Maliverny, por ejemplo, la esposa de un político de Provenza, recibió una receta de corteza peruana contra las "fiebres terciaria y cuartana" de su hermano. Consúltese "Livre des Remedes de Madame la Presidante de Maliverny Seulement de sus dont ie fait lepruve tan de sus que l'on ma donne que sus que ie pris aux livres", Archives and manuscripts, Closed stores WMS 4, MS.3409, Wellcome Library, Londres, 109. Otras recetas se refieren a lo que presumiblemente fueron conocidos. "For an Ague given me the 13 Apl. 1739 by Mr

asentamientos, puertos comerciales y comunidades diaspóricas imperiales británicas, portuguesas o españolas en donde la población extranjera y local vivía y se enfermaba en estrecha cercanía mutua, fueron asimismo importantes lugares para los intercambios y las comunicaciones terapéuticas. Las comunidades gobernantes musulmanas de la India británica y mogola adoptaron la corteza de los británicos[17], en tanto que muchas mujeres y varones del Magreb inicialmente trabaron contacto con ella a través de las boticas de los enclaves hispanos de Melilla y el Peñón de Alhucemas (Andrés Turrión 1998, 422). Algunos médicos de la China oriental adoptaron una receta para la preparación de "chin-chi-lei" con canela, a darse contra las fiebres intermitentes (y las consecuencias del consumo excesivo del vino) "de los bárbaros de Macao"[18], término este que presumiblemente comprendía tanto a los marineros, soldados y comerciantes lusos así como a los miembros de la orden jesuita, los que hasta 1759 vendían diversos compuestos medicinales basados en la quina en la botica del Colegio de San Pedro, en Macao[19]. En los últimos años, los historiadores del comercio de la quina del Imperio español se han concentrado principalmente en la incapacidad hispana para generar una renta significativa a partir del comercio de la corteza, o para defender su monopolio "natural" de una planta que solo florecía "en los Dominios de S[u] M[ajestad]"[20], del comercio y sobre todo del contrabando holandés, portugués, británico y francés. Aunque ciertamente precisas, estas consideraciones oscurecen en cambio el inmenso volumen del tráfico, su vigor y sobre todo su amplio alcance que se debió, en parte, precisamente a la variada gama de los distribuidores de la corteza y sus respectivos lazos y relaciones comerciales, imperiales y diplomáticos.

Las comunicaciones acerca de la corteza entre los legos también tuvieron lugar más allá de los lugares de encuentro familiares, urbanos o imperiales, donde quiera que personas móviles la llevaban consigo al mundo Atlántico. Según todas las versiones los colonos, viajeros y plantadores que se medicaban a sí mismos –en Carolina del Sur, en la isla de Martinica o en el monte de Surinam (Harrison 2010, 133; McNeill 2010, 74; Wood 1974; 76)– tuvieron parte en esto, al igual que los soldados y marineros a quienes con bastante frecuencia se les atribuía la propagación de las noticias acerca de la "corteza

---

John Barnard", en "A Booke of Divers Receipts", c. 1660-1750, Archives and manuscripts, MS.1322/5, Wellcome Library, Londres, 53.

17 Por ejemplo, Muhammed Ali Khan, el nabab de Arcot (r. 1749–1795), hizo que el medico británico Paul Jodrell administrara la corteza al menor de sus hijos, con buenos resultados. Harrison 2010, 133.

18 En chino se refirieron a 金鸡勒 ["*chin-chi-lei*" en Wade-Giles, "*jin ji lei*" en pīnyīn]. Esta cita proviene de *Chao Hsüeh-min's (1719–1805)* "*Addenda and corrigienda to the Pen-ts'ao kang-mu (Pen-ts'ao kang mu shih-i)*", citado en Unschuld 1986, 166.

19 Recetas recuperadas de la "*Colleccão de varias receitas e segredos particulares das principaes boticas da nossa Companhia de Portugal, da India, de Macáo e do Brasil*" de 1766, una compilación manuscrita de 633 páginas que documenta que las boticas jesuitas de Macao hacía tiempo dependían de la quina para varias de sus recetas, y que fabricaron numerosos medicamentos compuestos que tenían ésta como base. Para transcripciones y extractos de dicha colección consúltese Anagnostou 2011, 292 y Amaro 1992, 28, 45.

20 "Informe de la Contaduría de 9 de Julio de 1774 y respuesta del Sor Fiscal de 30 de Agosto del mismo año", 9 de julio de 1774 y 30 de agosto 1774, Indiferente 155, Archivo General de Indias, Sevilla, 835-836.

peruana" en el extranjero. Hasta en el Imperio otomano se decía que, en palabas del médico Ali Münşî de Bursa (d. 1733), "marineros y otros viajeros" habían llevado "la planta de la quina a otras ciudades y tierras lejos de Constantinopla", en donde luego rápidamente "ganaría reconocimiento" (Aydüz y Yildirim 2002, 92). Tanto los hombres de la marina como del ejército habrían estado profundamente familiarizados con la corteza y su administración, fundamentalmente porque ella era un elemento estándar de los suministros médicos militares y navales en la era de las "Revoluciones Atlánticas", la que llevó grandes ejércitos a climas lejanos que con demasiada frecuencia eran "insalubres", esto es, los que se entendía causaban fiebres "pútridas", "intermitentes" y otras más (Blair 1798, 54-59; Davis 1810, ii-iii). Los ejércitos y armadas de Prusia (Theden 1782, 168, 90-91), el Imperio Portugués, el Virreinato del Perú (Sánchez 2001, 244-245; Arias-Schreiber y Pezet 1971, 50-3)[21], la República Holandesa (Bruijn 2009, 350), el Imperio Otomano (Günergun y Etker 2013, 49) y España (Andrés Turrión 1998, 421), así como los cirujanos de los regimientos británicos y patriotas de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos por igual, no solo estuvieron provistos de extensos suministros de la corteza, sino que además varios de estos ejércitos asimismo instituyeron un consumo preventivo de la quina; esto es, los soldados y marineros la recibían profilácticamente cada día, para que les "protegiera" de las "miasmas" de las enfermedades que eran "mucho más 'destructivas' para ellos que 'la espada del enemigo'", algo de lo cual los contemporáneos eran sumamente conscientes[22].

Es cierto que el origen del conocimiento de la corteza transmitido entre la mayoría de los legos –marineros otomanos, colonos portugueses o damas francesas por igual– invariablemente habría sido la medicina académica (Stolberg 2003, 112); el único lugar en donde este no necesariamente era el caso era el mundo iberoamericano. Varios –los sectores criollos de la sociedad inclusive– en los virreinatos del Perú y de Nueva Granada, en particular, en donde se encontraban las zonas de cosecha más importantes, habrían experimentado la corteza a manos de "curanderos" andinos. Éstos tenían un papel importante en el cuidado de la salud en Hispanoamérica (Palmer 2003, 31), también porque los dictados del empirismo y una crítica nostálgica de la civilización por parte de la Ilustración dieron forma a la vez que fetichizaron al conocedor simple, iletrado y humilde como un curandero y "botánico instintivo". Efectivamente, una forma de popularizar la quina en Europa fue a través de su asociación con los indios salvajes

21 José Fernando de Abascal y Sousa, Virrey del Perú, "Expediente que la Real Hacienda envía al Marqués de La Concordia, virrey del Perú incluyendo relación de las medicinas proporcionadas por el farmacéutico Luis de Montes, para el auxilio de los escuadrones de guerra, quien solicita el pago por este servicio", 1816, Sección Manuscritos – XPB/D27, Biblioteca Nacional del Perú, Lima. Los 51 medicamentos distintos que fueron enviados para abastecer el botiquín del escuadrón de húsares en mayo de 1816 incluían cinco libras de "quina entera". Luis de Montes, "Relación de las Medicinas, y utensilios que he entregado al físico del Esquadron de Usares, Dn. Geronimo Maria del Aguila", 1816, Sección Manuscritos 1816 XPB/D27, Biblioteca Nacional del Perú, Lima. Con respecto a la provisión de quina para las tropas hispanoamericanas consúltese también Sánchez (2001, 50-53).

22 O'Ryan 1794, 23. Consúltese también Blair 1798, 7-8.

del Perú – entre los conocedores más simples imaginables, y por lo tanto, valiosos, en la época (Gänger 2020, 43-46). Si estos curanderos realmente "heredaron" de "sus ancestros" su conocimiento de la corteza es algo que se nos escapa, pero es posible que al menos no lo debieran principal o exclusivamente a la medicina hispana. Sin embargo, la existencia de cierta relación mutua es innegable. Esto resulta evidente a partir de las escasas fuentes con las que contamos que documentan las formas andinas de preparación y administración de la corteza. Fernando de la Vega, por ejemplo, nativo de la zona de Loja, recolector de quina y *curandero*, insistía en que ella debía acompañarse con un purgante y que se la debía administrar en "un frasco de vino bueno" (Estrella 1995, 56); su forma de prepararla y administrarla es notablemente similar a la que encontramos en los manuales, farmacopea y colecciones de recetas de las tierras bajas de Escocia, el África Occidental portuguesa o incluso la elite urbana y alfabeta de la capital virreinal peruana de Lima (Gänger 2020, 103). Para finales del siglo XVIII y comienzos del XIX la corteza, así como los "preparados" que con ella se hacían, parecerían haber pasado a formar parte del corpus de prácticas médicas y "formas de conocer" que distintos sectores y divisiones de castas de las sociedades hispanoamericanas compartían, entre ellos y con varias sociedades al otro lado del Atlántico.

Conclusión

Durante décadas los historiadores de la ciencia, la medicina y la tecnología han insistido en la lección epistemológica de que la ciencia y el conocimiento son el resultado de circunstancias específicas y de entornos "locales" cerrados, "situados" y ligados "ineluctablemente a las condiciones de su producción": "forma[s] de práctica[s]" históricamente contingentes e idiosincrásicas enraizadas en un tiempo y espacio particular (Secord 2004, 657; Daston 2009; Haraway 1988). Se dice que actualmente el campo se encuentra en medio de un giro fundamental hacia enfoques "globales" que trascienden las fronteras espaciales tradicionales, pero –tal como algunos de sus más prominentes defensores advierten– los practicantes apenas si han comenzado a comprender las consecuencias que dicho giro tiene para los valores y principios más elementales del campo, en especial el énfasis que presta a la "localidad", esto es su insistencia en que todo conocimiento es contingente, "situado" y "local" (Raj 2013, 341; Secord 2004, 660; Fan 2012). Lo que el caso de la quina revela –conjuntamente con lo que muchos otros historiadores globales de la ciencia vienen descubriendo– es que el conocimiento –bajo la forma de materia, palabras y prácticas– podía y en efecto sí trascendía los contextos y condiciones. Para finales del siglo XVIII y comienzos del XIX millones de hombres y mujeres de todo el mundo, ya fueran cortesanos otomanos, indigentes de Hamburgo o aldeanos andinos, habían comenzado a asignar una "virtud saludable" a los trozos secos de la corteza retirada del árbol de la quina, así como las mismas prácticas terapéuticas, propósitos médicos e imaginarios culturales. De Filadelfia a Roma y de Macao a Río de Janeiro, la gente encontró y adoptó dicho remedio "singular", así como las técnicas

y conocimientos concomitantes a su consumo, mediante su exposición a la palabra escrita, a la transmisión oral y a la práctica médica –ya fuera en la habitación de enfermo, a bordo de una nave o en el mostrador del boticario. Esto no quiere decir que el conocimiento de la corteza no haya tenido límites, sensibilidad alguna u oportunidades específicas a su tiempo y lugar– que las sociedades no aplicaran sus creencias religiosas, topografía médica o textura sociopolítica en sus prácticas de consumo, puesto que sí lo hicieron (piénsese en los marroquíes que reemplazaron al vino con vinagre, y a los marineros portugueses que la usaron para recuperarse de las fiebres *y* de la resaca). Muy por el contrario, lo que el caso de la quina resalta es precisamente la contingencia e idiosincrasia de la prevalencia y el movimiento del conocimiento referido a la corteza, el cual se desplazó mediante acto[s] de comunicación (Secord 2004, 661) y *brokerage*[23] (Schaffer et al. 2009, xx) contingentes, así como la variabilidad del conocimiento en movimiento. Sostendría, en efecto, que la amplia difusión de la corteza debió menos a su absoluta "consistencia" o a alguna suerte de "inmutabilidad" latouriana (Latour 1987), que –como los historiadores ahora argumentan para otras "herramientas" y sustancias (Kaiser 2005, 7)– a cierto grado de maleabilidad y multivalencia: su capacidad para adaptarse, y para ser rehecha. El lenguaje "líquido" de los "flujos" elusivos y la "circulación" irrestricta de recientes estudios acerca de la "globalización" moderna y temprano moderna, tiende a evocar una idea del movimiento como erosivo y antitético al lugar y al espacio y la 'localidad' (Rockefeller 2011). Sin embargo, lo que engendraba la prevalencia y movilidad de la corteza presumiblemente fue en cierta medida su capacidad para ligarse a localidades, para establecerse y "situarse" (Raj 2013, 337-341) una y otra vez. La ciencia y el conocimiento no están ligados a un tiempo y lugar, tal como lo muestra el caso de la "corteza peruana". Ambos se mueven –se pueden hacer "conocidos" y "generalmente útiles" en otros lugares–, pero lo harán invariablemente en formas que son igual de contingentes, "situadas" y "locales" que aquellas tradicionalmente asociadas con su producción.

Fuentes manuscritas

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ, LIMA

Sección Manuscritos, XPB/D27.

ARCHIVO DEL PALACIO REAL, MADRID

Papeles del Almacén de la Quina, cj. 22283, expediente 2

Reinados Carlos III / Legajo 197, 3, San Ildefonso, 1776-09-12

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, SEVILLA

Indiferente, 1554, fls. 117-118

Indiferente, 1557, fls. 635-642

23 "mediación".

Indiferente, 1557, fl. 345-349
Indiferente, 1557, fls. 833-837

UNIVERSITÄT ZÜRICH, ZÚRICH
Archiv für Medizingeschichte, MS J 4

WELLCOME LIBRARY, LONDRES
Archives and manuscripts, MS.1322/5, fl. 53
Archives and manuscripts, MS.2242, fl. 8
Archives and manuscripts, MS.2363, Wellcome Library, Londres., fl. 6
Archives and manuscripts, Closed stores WMS 4, MS.3656, fls. 31, 42
Archives and manuscripts, Closed stores WMS 4, MS.3409, fl. 109

Fuentes impresas

AZEREDO, Jose Pinto de. 1799. *Ensaios sobre algumas enfermidades d'Angola*. Lisboa: Na Regia Officina Typografica.

BLAIR, William. 1798. *The Soldier's Friend: Or, the Means of Preserving the Health of Military Men; Addressed to the Officers of the British Army*. London: Mr. Longman et al.

BUCHAN, William. 1785. *Medicina Doméstica*. Madrid: Imprenta Real.

DÁVALOS, José Manuel. 1787. "Specimen Academicum de Morbis Nonnullis Limae Grassantibus, Ipsorumque Therapeia". *Journal de Médicine*: 5-136.

DAVIS, John B. 1810. *A Scientific and Popular View of the Fever of Walcheren, and its Consequences*. London : Samuel Tipper.

ESTEYNEFFER, Juan de. 1712. *Florilegio Medicinal de todas las enfermedades, sacado de varios, y clasicos autores, para bien de los pobres, y de los que tienen falta de medicos, en particular para las provincias remotas, en donde administran los Rr. Pp. missioneros de la compañía de Jesus*. Mexico: Herederos de Juan Joseph Guillena Carrascoto.

EWELL, James. 1807. *The planter's and mariner's medical companion*. Filadelfia: John Bioren.

JARCHO, Saul. 1993. *Quinine's Predecessor. Francesco Torti and the Early History of Cinchona*. Baltimore: John Hopkins University Press.

LAMBERT, Aylmer Bourke. 1797. *A description of the genus Cinchona, comprehending the various species of vegetables from which the Peruvian and other barks of a similar quality are taken*. London: B. y J. White.

LIND, James. 1788. *An Essay on Diseases incidental to Europeans in hot Climates with the Method of Preventing their fatal Consequences*. London : Printed for J. Murray.

LOPEZ, Hipólito Ruiz. 1792. *Quinología O Tratado del Arbol de la Quina o Cascarilla, con su descripción y la de otras especies de quinos nuevamente descubiertas en el Perú, del modo de beneficiarla, de su elección, comercio, virtudes, y extracto elaborado con cortezas recientes*. Madrid: La viuda é hijo de Marin.

MAEHLE, Andreas-Holger. 1999. *Drugs on Trial: Experimental Pharmacology and Therapeutic Innovation in the Eighteenth-Century*. Amsterdam: Editions Rodopi.

MENDES, José Antonio.1770. *Governo de Mineiros mui necessário para os que vivem distantes de Professores, seis, oito, dez e mais léguas, padecendo por esta causa os seus domésticos e escravos, queixas que pela dilação dos remédios se fazem incuráveis, e as mais das vezes mortais*. Lisboa: Officina de Antônio Rodrigues Galhardo.

O'RYAN, Michael. 1794. *A Letter on the Yellow Peruvian Bark, Containing an Historical Account of the first Introduction of that Medicine into France, and a Circumstantial Detail of Its Efficacy in Diseases, Addressed to Dr. Relph, Physician to Guy's Hospital.* London: J. Nunn.

PERCIVAL, Thomas. 1767. "Experiments on the Peruvian Bark". *Philosophical Transactions* LVII: 221-233.

PEREYRA, Luis Joseph. 1768. *Tratado completo de calenturas: fundado sobre las leyes de la inflamacion, y putrefaccion, que constantemente observaron los mayores, y mas ilustrados medicos del mundo*. Madrid: Imprenta de Antonio Marin.

RAMBACH, Johann Jacob. 1801. *Versuch einer physisch-medizinischen Beschreibung von Hamburg*. Hamburg: Carl Ernst Bohn.

RAMEL, M. F. B. 1801. *De l'Influence des marais et des étangs sur la santé de l'homme, ou Mémoire couronné par la ci-dev. Société Rle de médecine de Paris*. Marsella: J. Mossy.

RIGBY, Edward. 1783. *An Essay on the Use of the Red Peruvian Bark in the Cure of Intermittents*. London: J. Johnson.

THEDEN, Johann Christian Anton. 1782. *Unterricht für die Unterwundärzte bey Armeen, besonders bey dem Königlich-Preußischen Artilleriecorps*. Berlin: Friedrich Nicolai.

THOMSON, James. 1820. *A treatise on the diseases of negroes, as they occur in the island of Jamaica: with observations on the country remedies*. Jamaica: Alex. Aikman, jun.

TISSOT, Samuel Auguste André. 1763. *Anleitung für das Landvolk in Absicht auf seine Gesundheit*. Zürich : Heidegger und Compagnie.

TISSOT, Samuel Auguste André. 1790. *Aviso al pueblo acerca de su salud ó Tratado de las enfermedades mas frequentes de las gentes del campo*. Madrid: Imprenta de Pedro Marín.

VILLALOBOS, Baltasar de. 1800. *Método de curar tabardillos, y descripción de la fiebre epidemica, que por los años de 1796 y 97 afligio varias poblaciones del partido de Chancay*. Lima: Imprenta Real del Telégrafo Peruano.

Bibliografía

ABREU, Jean Luiz Neves. 2007. "A Colônia Enferma e a Saúde dos Povos: A Medicina das 'Luzes' e as Informações sobre as Enfermidades da América Portuguesa". *História, Ciências, Saúde--Manguinhos* 14 (3): 761-778.

AMARO, Ana Maria. 1992. *Introdução da Medicina Ocidental em Macau e as Receitas de Segredo da Botica do Colégio de São Paulo*. Macau: Instituto Cultural de Macau.

ANAGNOSTOU, Sabine. 2011. *Missionspharmazie. Konzepte, Praxis, Organisation und Wissenschaftliche Ausstrahlung*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

ANDRES TURRION, María Luisa de. 1998. “Quina de la Real Hacienda para el ejército español en el siglo XVIII”. En *Guerra y Milicia en la España del X Conde de Aranda. Actas del IV Congreso de Historia Militar*, edición de José A. Armillas Vicente, 415-425. Zaragoza: Gobierno de Aragon, Departamento de Cultura y Turismo.

ARIAS-SCHREIBER PEZET, Jorge. 1971. *Los médicos en la Independencia del Perú*. Lima: Editorial Universitaria.

AYDÜZ, Salim y Esma Yildirim. 2002. “Bursalı Ali Münşî Ve Tuhfe-I Aliyye. Kına Kına Risâlesi Adlı Eserinin Çevirisi”. *Yeni Tıp Tarihi Araştırmaları* 8: 85-105.

BOUMEDIENE, Samir. 2016. *La Colonisation du Savoir. Une histoire des plantes médicinales du “Nouveau Monde” (1492-1750)*. Vaulx-en-Velin: Les Éditions des Mondes à Faire.

BRUCE-CHWATT, Leonard Jan, y Julian de Zulueta. 1980. *The Rise and Fall of Malaria in Europe*. Oxford: Oxford University Press.

BRUIJN, Iris. 2009. *Ship's Surgeons of the Dutch East India Company: Commerce and the Progress of Medicine in the Eighteenth Century*. Amsterdam: Amsterdam University Press.

BUCHAN, William. 2001. “1729-1805”. En *An Annotated Catalogue of the Edward C. Atwater Collection of American Popular Medicine and Health Reform: A-L*, edición de Christopher Hoolihan, 130-149. University Rochester Press.

COOK, Harold J. 2011. “Markets and Cultures. Medical Specifics and the Reconfiguration of the Body in Early Modern Europe”. *Transactions of the Royal Historical Society* 21: 123-145.

CRAWFORD, Matthew. 2016. *The Andean Wonder Drug. Cinchona Bark and Imperial Science in the Spanish Atlantic, 1630–1800*. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press.

DASTON, Lorraine. 2009. “Science Studies and the History of Science”. *Critical Inquiry* 35 (4): 798-813.

EMCH-DÉRIAZ, Antoinette. 1992. *Tissot. Physician of the Enlightenment*. New York: Peter Land.

ESTRELLA, Eduardo. 1995. “Ciencia ilustrada y saber popular en el conocimiento de la quina en el siglo XVIII.” En *Saberes Andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, edición de Marcos Cueto, 37-57. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

FAN, Fa-ti. 2012. “The Global Turn in the History of Science”. *East Asian Science, Technology and Society: An International Journal* 6 (2): 249-258.

FETT, Sharla M. 2002. *Working Cures. Healing, Health, and Power on Southern Slave Plantations*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

FIGUEIREDO, Patrick. 2011. “A ‘Água de Inglaterra’ em Portugal”. En *A circulação do conhecimento: medicina, redes e impérios*, edición de Cristiana Bastos y Renilda Barreto, 113-129. Lisboa: Imprensa do Instituto de Ciências Sociais.

GÄNGER, Stefanie. 2016. “In Their Own Hands. Domestic Medicine and ‘the Cure of All Kinds of Tertian and Quartan Fevers’ in Late-Colonial Lima”. *Colonial Latin American Review* 25 (4): 492-511.

GÄNGER, Stefanie. 2017. “Circulation: reflections on circularity, entity and liquidity in the language of global history”. *Journal of Global History* 12 (3): 303-318.

GÄNGER, Stefanie. 2020. *A Singular Remedy: Cinchona across the Atlantic World, 1751–1820*. Cambridge: Cambridge University Press.

GARCES, Carlos Alberto. 2010. "Místicos, Curanderos y Hechiceros: Historias de Afroamericanos en la Sociedad del Tucumán Colonial". *Contra Relatos desde el Sur. Apuntes sobre Africa y Medio Oriente* 5: 9-26.

GOODMAN, Grant Kohn. 1986. *Japan: The Dutch Experience*. London: Bloomsbury.

GÜNERGUN, Feza, y Şeref Etker. 2013. "From Quinaquina to Quinine Law": A Bitter Chapter in the Westernization of Turkish Medicine". *Osmanlı Bilimi Araştırmaları* 24 (2): 41-68.

HAGGIS, Alex. 1941. "Fundamental Errors in the Early History of Cinchona". *Bulletin for the History of Medicine* 10: 417-459.

HARAWAY, Donna. 1988. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies* 14 (3): 575-599.

HARRISON, Mark. 2010. *Medicine in an Age of Commerce and Empire. Britain and Its Tropical Colonies, 1660-1830*. Oxford: Oxford University Press.

HONIGSBAUM, Mark, y Merlin Willcox. 2004. "Cinchona". En *Traditional Medicinal Plants and Malaria*, edición de Merlin Willcox, Gerard Bodeker y Philippe Rasoanaivo, 22-47. Boca Raton: CRC Press.

HULDÉN, Lena. 2011. "The First Finnish Malariologist, Johan Haartman, and the Discussion About Malaria in 18th Century Turku, Finland". *Malaria Journal* 10 (43): 2-7.

HUMPHREYS, Margaret. 2001. *Malaria. Poverty, Race, and Public Health in the United States*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

JARAMILLO-ARANGO, Jaime. 1949. "A Critical Review of the Basic Facts in the History of Cinchona". *Journal of the Linnaean Society* 53 (352): 272-311.

JARCHO, Saul. 1993. *Quinine's Predecessor. Francesco Torti and the Early History of Cinchona*. Baltimore: John Hopkins University Press.

JENNER, Mark S. R., y Patrick Wallis. 2007. "The Medical Marketplace". In *Medicine and the Market in England and Its Colonies, c. 1450-1850*, edición de Mark S. R. Jenner y Patrick Wallis, 1-23. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

JUSTEL CALABOZO, Braulio. 1994. "El Doctor Masdevall. Protomédico del Sultán Marroquí Muley Solimán". *Al-Andalus – Magreb* 2: 167-202.

JÜTTE, Robert. 2005. "Hanseatic Towns: Hamburg, Bremen y Lübeck." En *Health Care and Poor Relief in 18th and 19th Century Southern Europe*, edición de Ole Peter Grell, Andrew Cunningham y Bernd Roeck, 105-125. Aldershot: Ashgate.

KAISER, David. 2005. *Drawing Theories Apart: The Dispersion of Feynman Diagrams in Postwar Physics*. Chicago: University of Chicago Press.

LATOUR, Bruno. 1987. *Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers Through Society*. Cambridge: Harvard University Press.

LOPEZ PIÑERO, José María, Francisco Calero. 1992. "Introducción". En *De Pulvere Febrifugo Occidentalis Indiae (1663), de Gaspar Caldera de Heredia y la Introducción de la Quina en Europa*, edición de José María López Piñero y Francisco Calero, 9-11. Valencia: Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universidad de Valencia.

MAEHLE, Andreas-Holger. 1999. *Drugs on Trial: Experimental Pharmacology and Therapeutic Innovation in the Eighteenth-Century*. Amsterdam: Editions Rodopi.

MCNEILL, John R. 2010. *Mosquito Empires. Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.

NICHOLS, Robert L. 1978. "Orthodoxy and Russia's Enlightenment, 1762-1825". En *Russian Orthodoxy under the Old Regime*, edición de Robert L. Nichols y Theofanis George Stavrou, 65-89. Minneapolis: Minnesota University of Minnesota Press.

NORTON, Marcy. 2006. "Tasting Empire: Chocolate and the European Internalization of Mesoamerican Aesthetics". *The American Historical Review* 111 (3): 660-691.

PACKARD, Randall M. 2007. *The Making of a Tropical Disease: A Short History of Malaria*. Baltimore: John Hopkins University Press.

PALMER, Steven. 2003. *Doctors, Healers, and Public Power in Costa Rica, 1800-1940*. Durham: Duke University Press.

PERDIGUERO, Enrique. 1992. "The Popularization of Medicine During the Spanish Enlightenment". En *The Popularization of Medicine 1650-1850*, edición de Roy Porter, 160-193. London: Routledge.

RAJ, Kapil. 2013. "Beyond Postcolonialism… and Postpositivism. Circulation and the Global History of Science". *Isis* 104 (2): 337-347.

ROCKEFELLER, Stuart Alexander. 2011. "Flow". *Current Anthropology* 52 (4): 557-578.

ROSENBERG, Charles E. 1992. *Explaining Epidemics and Other Studies in the History of Medicine*. Cambridge: Cambridge University Press.

RUTTEN, A.M.G. 2000. *Dutch Transatlantic Medicine Trade in the Eighteenth Century under the Cover of the West India Company*. Rotterdam : Erasmus Publishing.

SANCHEZ, Susy. 2001. "Clima, hambre y enfermedad en Lima durante la Guerra Independentista (1817-1826)". En *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*, edición de Scarlett O'Phelan Godoy, 237-263, Lima: PUCP Instituto Riva-Agüero.

SCHAFFER, Simon et al. 2009. "Introduction". En *The Brokered World. Go-Betweens and Global Intelligence, 1770-1820*, edición de Simon Schaffer et al., ix-xxxviii. Sagamore Beach: Watson Publishing International LLC.

SECORD, James A. 2004. "Knowledge in Transit". *Isis* 95 (4): 654-672.

SINGY, Patrick. 2010. "The Popularization of Medicine in the Eighteenth Century: Writing, Reading, and Rewriting Samuel Auguste Tissot's Avis au Peuple sur Sa Santé" O'Ryan. *The Journal of Modern History* 82 (4): 769-800.

SOUSA, José Pedro. 2012. *Dias, A Água de Inglaterra: paludismo e terapêutica em Portugal no século XVIII*. Lisboa: Caleidoscópio.

STOLBERG, Michael. 2003. *Homo Patiens. Krankheits – und Körpererfahrung in der Frühen Neuzeit*. Colonia: Böhlau.

STOLBERG, Michael. 2004. "Medical Popularization and the Patient in the Eighteenth Century". En *Cultural Approaches to the History of Medicine. Mediating Medicine in Early Modern and*

Modern Europe, edición de Willem de Blécourt y Cornelie Usborne, 89-107. Basingstoke et al.: Palgrave Macmillan.

UNSCHULD, Paul. 1986. *Medicine in China. A History of Pharmaceutics*. Berkeley: University of California Press.

WALKER, Timothy D. 2016. "Medical Inquiry in the Enlightenment-Era Portuguese Imperial World. Azeredo's Scientific Publications in Context". En *Essays on Some Maladies of Angola*, edición de Timothy D. Walker et al., 1-20. Massachusetts: Tagus Press, UMass Dartmouth.

WARD, Cordance. 2007. *Desire and Disorder. Fevers, Fictions, and Feeling in English Georgian Culture*. Lewisburg: Buchnell University Press.

WEBB, James L.A. 2009. *Humanity's Burden. A Global History of Malaria*. Cambridge: Cambridge University Press.

WEIDMANN, Almuth. 1982. *Die Arzneiversorgung der Armen zu Beginn der Industrialisierung im deutschen Sprachgebiet, besonders in Hamburg*. Stuttgart: Deutscher Apotheker-Verlag.

WISSENBACH, Maria Cristina Cortez. 2002. "Gomes Ferreira e os símplices da terra: Experiências sociais dos cirurgiões no Brasil-Colônia". En *Luís Gomes Ferreira, Erário Mineral*, edición de Júnia Ferreira Furtado, 107-149. Rio de Janeiro: Editora FIOCRUZ.

WOOD, Peter. 1974. *Black Majority*. New York: Knopf.

EXPERIMENTOS DESDE CHILE: UN PUNTO DE OBSERVACIÓN

MARIANA LABARCA*

El tránsito de los saberes médicos. Adquirir, consultar y codificar libros de divulgación de conocimiento médico en Chile durante el siglo XVIII**

En 1784, Josef del Solar, regidor del ayuntamiento de Concepción, solicitaba autorización a la Real Audiencia de Santiago para no comparecer ante el tribunal, alegando que no podía cumplir la orden debido a la hemoptisis que lo aquejaba. Citando a Hermann Boerhaave, "su comentador" el Barón de Van Swieten y al "moderno" Samuel Auguste Tissot, declaró que su enfermedad, "que me insulta por tiempos con el mayor incremento de sus sintomas", le impedía realizar ejercicios y, en particular, cabalgar. Argumentaba que "estos sabios Ficicos entodo preparan una constitucion quieta, y tranquila del doliente, cuitandole quanto pueda excitarle alguna pasion, y ensenderle la sangre; de modo que suelen impedirle hasta el hablar: y la razon que para esta conducta proponen es mui evidente; por que si la Hemotipsis en tal caso trae suprincipio de la apertura de vasos en el Pulmon, esta con el demasiado movimiento, y agitacion llega alastimarlo, y de ello viene a ulcerarse; esconsiguiente necesario el Phthisis Pulmonar, que termina fatalmente la vida natural del hombre" (RA 2221, p. 1, fl. 12v).

La argumentación esgrimida por Josef del Solar en 1784 nos invita a reflexionar sobre las nociones médicas que circularon en el Chile de fines del siglo XVIII y sobre sus posibles fuentes de inspiración. Constituye también una rara y valiosísima puerta de entrada al mundo de la lectura y de la apropiación de los contenidos de un libro. A

---

* Universidad de Santiago de Chile.
ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-5080-3018. *E-mail*: mariana.labarca@usach.cl.

** Esta publicación es resultado del proyecto ANID Fondecyt postdoctorado N.º 3180684, titulado "Enfermedades mentales y emociones en Chile (1750-1830): circulación de ideas y nociones médicas, jurídicas y culturales", 2018-2020.

pesar de contar con una certificación firmada por dos cirujanos de Concepción que atestiguaban su enfermedad, Josef del Solar decidió citar a dos de los más exitosos médicos europeos del siglo XVIII para argumentar su desacato a la real provisión que le ordenaba presentarse en Santiago. Pero no solo eso. Particularmente interesantes resultan los recursos lingüísticos y conceptuales utilizados por Josef del Solar para describir su enfermedad: "seorigina de la apertura dealgunos vasos en el Pulmon", explicaba citando a Tissot y Boerhaave, recurriendo a un vocabulario y una argumentación diferentes a los empleados en el certificado de los cirujanos con que del Solar acompañó su petición a la Real Audiencia. Hablaba también de la importancia de evitar todo aquello que pudiera "excitarle alguna pasion y ensenderle la sangre", cómo ello podía afectar su capacidad de hablar y cómo el movimiento dado por el ejercicio y la agitación podía producir úlceras en el pulmón, derivando en una phthisis pulmonar (tuberculosis), todas nociones presentes en el *Aviso al pueblo*, de Samuel Auguste Tissot (1773), obra en la cual probablemente del Solar se apoyaba para su argumentación (RA 2221, p. 1, fl. 12v. y fl. 13).

Así, el caso de la excusa enviada por Josef del Solar a la Real Audiencia nos permite explorar la formulación de nociones sobre la salud y la enfermedad en conexión con la historia del libro, en particular, con el tránsito de los libros, su adquisición y sus usos. La mención de Josef del Solar a Samuel Auguste Tissot debe ser interpretada como parte del importante éxito que la obra del médico suizo gozó no solo en Europa, sino que también en América. Si bien los *Aphorismos de cirugía* de Boerhaave (1774-1778) no suelen aparecer en las bibliotecas privadas chilenas, en cambio la obra de Samuel August Tissot sí resulta muy frecuente, como aquí se mostrará[1]. El caso de Josef del Solar nos vincula, así, con la circulación de un género de literatura médica muy particular, el de los tratados de divulgación de conocimiento médico bajo la forma de recetarios y manuales para el cuidado doméstico de las enfermedades, que durante el siglo XVIII experimentaron un auge notable al alero del proyecto ilustrado de "popularización" de las ciencias (Porter 1992; Bolufer 2000; Perdiguero 2003).

Los textos de divulgación médica no hacen su aparición por primera vez en el siglo XVIII, sino que provienen de una larga tradición vinculada a los regimientos de sanidad de raíz hipocrática y galénica que circularon en Europa primero en latín y luego traducidos a lengua vulgar en los siglos XIII y XIV, logrando un importante éxito editorial en el Renacimiento (Nicoud 2007; Cavallo y Storey 2013). A esta literatura sobre el cuidado preventivo del cuerpo y la conservación de la salud basada en la doctrina de los seis factores no naturales (externos) reguladores de la salud del cuerpo humano[2], se sumaron recetarios para el tratamiento de diversas dolencias, literatura vinculada a la medicina

1 Solo he podido identificar esta obra en dos bibliotecas chilenas, la del cirujano Eugenio Núñez, inventariada en 1791 y la del médico José Llenes, inventariada en 1805 (ES 854, fls. 22v.-30v. y NS 21, fls. 62-78v.).

2 Las seis cosas no naturales eran aire, sueño y vigilia, movimiento y descanso, comida y bebida, excreción y retención y pasiones del alma.

caritativa y luego, particularmente durante el siglo XVIII, los tratados de higiene concebidos para el cuidado doméstico de la salud en ausencia de médicos.

Durante el siglo XVIII las publicaciones científicas incorporaron un creciente número de obras de divulgación que hacían la ciencia más accesible al público no especializado, con un particular énfasis en literatura cuyos propósitos eran instruir y educar, pero también develar los secretos de la ciencia para demostrar su utilidad y promover su financiamiento (Safier 2015, 214, y ver también Abreu 2010; Porter 1992). Esto en un contexto de creciente presencia y legitimación de la ciencia, sus prácticas y debates en diversos espacios de la vida social de las ciudades (Romano y Van Damme 2009, 83, y ver también Lafuente, 245-246). El reformismo ilustrado de la corona española hizo eco también de esta corriente, impulsando la publicación de obras de medicina, y en particular, de higiene doméstica que ponían de manifiesto la preocupación por la conservación de la salud como estrategia para asegurar el crecimiento de la población y con ello, la felicidad pública (Bolufer 2000, 28)[3].

La amplia difusión de esta literatura está documentada por sus numerosas ediciones, si bien existe discusión respecto de sus usos, conviniendo que el éxito editorial de una obra y su presencia en bibliotecas privadas no entrega indicios suficientes respecto de su lectura (Stolberg 2011, 78-81). El modelo de "popularización" de la ciencia ha sido cuestionado por su verticalidad y por considerar a los destinatarios de estas ideas como receptores pasivos, siendo complejizado por propuestas tendientes a considerar un modelo multidireccional de encuentros entre distintos saberes (no solo médicos, sino también de otras tradiciones disciplinares, culturales y étnicas), donde la lectura se combina con otras formas de flujo y circulación, como la transmisión oral, de costumbres y de prácticas (por ejemplo, Perdiguero 2003 y Stolberg 2011; para el modelo vertical, Porter 1992). Aun así, la literatura médica destinada a un público no especializado puede ser leída como parte de una "operación cultural de vulgarización", entendida como una operación de apertura, mediación y transferencia de un dominio de experticia a otro (Carlino 2009, 30). Los autores de los textos de divulgación de saberes médicos y su obra actúan, así, como mediadores entre sistemas de conocimiento; disciplinares y lingüísticos, pero también culturales.

Este artículo pretende examinar la presencia de este tipo de literatura en Chile, buscando indicios que nos permitan explorar las motivaciones para adquirir un recetario o un libro de medicina doméstica, qué usos se les pudo dar y cómo pudieron ser leídos y codificados por sus lectores. Por su parte, el análisis de los contenidos de estos libros permitirá además abordar asuntos relativos a la circulación, traducción y apropiación

3 Esto ocurre además en un contexto de proteccionismo a las ediciones españolas para fortalecer la impresión de libros en España, con especial incremento de la publicación de libros vinculados a los saberes científicos. Según cifras de Granjel, entre 1700 y 1808, se publicaron 1.123 obras de medicina, de las cuales 953 obras habían sido escritas por autores españoles (84,86%) y 170 correspondían a traducciones (15,13%). A su vez, la mayoría correspondía a primeras ediciones (Granjel 1979, 72-73). Véase también Abreu 2017.

de conocimientos médicos tanto a nivel interamericano como transatlántico. La visible presencia alcanzada en el siglo XVIII por este tipo de literatura en Chile, y en Santiago en particular, nos permite explorar algunos aspectos de la cultura literaria de la medicina ilustrada y su interacción con sus lectores desde un ángulo no convencional (Romano y Van Damme 2009; Kontler et el. 2014). La posición aparentemente "periférica" de Chile y su capital aparece aquí inmersa en la red de circulación de saberes característica de finales de la edad moderna.

Nos ocuparemos aquí de un selecto grupo de literatura de divulgación médica: *Tesoro de Pobres*, *Obras medico-chirurgicas de Madama Fouquet*, *Aviso al pueblo sobre su salud* y *Florilegio medicinal*. La primera escrita originalmente en latín, las dos siguientes originalmente en francés y la última en castellano, son todas obras que lograron gran éxito editorial, contando con numerosas reediciones en castellano. En los tres primeros casos sus versiones en castellano fueron publicadas en España, mientras el *Florilegio medicinal* fue publicada originalmente en México, pero fue luego reeditada también en España. Se han seleccionado estas cuatro obras porque resultan con creces los títulos que más se repiten dentro de la literatura relacionada con la medicina y el cuidado de las enfermedades que se ha podido identificar en inventarios *post mortem* y documentación comercial del siglo XVIII[4]. Cuatro obras de autores de diversas proveniencias, como veremos, que permiten también una reflexión en torno a la internacionalización del mercado del libro médico, en un contexto en que, según sabemos, la literatura que circuló en Chile durante el siglo XVIII estaba mayoritariamente escrita en castellano, por autores españoles y publicada en España (Vera et al. 2019; Labarca 2020).

Si bien se trata de estudiar la presencia de textos de origen europeo o enmarcados en lógicas epistemológicas europeas, no se pretende aquí perpetuar el modelo difusionista de la historia de la ciencia[5]. Todo lo contrario, se busca examinar estos textos desde el punto de vista de las posibilidades de interpretación y apropiación abiertas para un lector o lectora del Chile del siglo XVIII. Interesa saber qué sentido pudieron hacerle a quienes se encontraban insertos en sistemas conceptuales distintos, afectos a realidades diversas de aquellas para las cuales estos textos fueron producidos, y con requerimientos también, a todas luces, particulares. Se trabajarán además los distintos niveles de traducción (Burke y Hsia 2010; y para el caso de la traducción de libros de medicina Sechel 2017) que se pueden observar en estos textos: un autor medieval sistemáticamente revisitado y adaptado a través de los siglos siguientes; una autora francesa traducida por un español que incorporó recetas con materia médica americana extraídas del texto de un jesuita español; un hermano lego de la Compañía de Jesús de origen moravo que

4 Se ha revisado una muestra de más de 400 inventarios de bibliotecas privadas chilenas registrados entre 1700 y 1805 en ANHCH, Escribanos de Santiago, Notariales de Santiago y Real Audiencia. Sobre la presencia de esta literatura en otros territorios americanos, véase Alzate 2005; Marques 2004 y Abreu 2010.

5 Para las críticas a este modelo, inicialmente propuesto por Basalla 1967, véase Lafuente y Ortega 1992 y Lafuente 2001. Véase también Kontler et al. 2014.

escribió en Nueva España integrando materia médica y saberes medicinales locales, y un médico suizo cuya obra fue traducida a múltiples idiomas y que tuvo amplia presencia en América. Todos estos niveles de traducción se suman a la traducción realizada por los propios lectores y lectoras chilenos, guiados en parte por la intencionada disposición de contenidos y las estrategias desarrolladas por autores y productores de las obras para facilitar la lectura y uso de los libros, pero también por sus propias estrategias de lectura según distintos niveles de apropiación.

Característias generales de las obras

Iniciamos nuestro recorrido con el *Libro de medicina, llamado Tesoro de Pobres*, que corresponde a la traducción castellana de un manuscrito del siglo XIII atribuido a Pedro Hispano, impreso en Amberes como *Summa Experimentorum siue Thesaurum Pauperum magistri Petri Yspani* en 1476[6]. Su enorme éxito editorial en Europa, replicado con una amplia difusión en América, se manifestó a través de sus numerosas ediciones en latín, italiano, francés, inglés y castellano, logrando un éxito especialmente notable entre el público de habla hispana, a juzgar por las 28 ediciones que José María López Piñero identifica desde su primera publicación en castellano en 1519 hasta 1795, con 7 ediciones durante el siglo XVIII (1992, vols. I, II y III). Sufriendo numerosas modificaciones y adiciones a lo largo de este período, la mayoría de las ediciones españolas incorporaban un *Regimiento de sanidad* supuestamente escrito por Arnau de Vilanova[7].

La obra consiste en un compendio de distintas recetas recopiladas de diversas fuentes, dispuestas partiendo por el cabello hasta llegar a los pies, según ordenación usual en la tradición hipocrático-galénica. Su objetivo declarado era "poner en el la doctrina medicinal que los sabios, y Maestros en Medicina hallaron, y probaron, y experimentaron, y dexaron a los vivientes que la quisieren usar" (Hispano s.f., prólogo). La obra presentaba remedios para "todas [las] enfermedades que pueden ser en los cuerpos de los hombres, y de las mujeres" sin demasiadas especificaciones técnicas respecto de su composición, que podían ser confeccionados con ingredientes de fácil acceso doméstico mediante técnicas de elaboración que no requerían conocimientos de boticaria (Hispano s.f., prólogo). Por ejemplo, para sanar a quien "no puede dormir por el dolor de cabeza", se sugería, entre otras cosas, untar la frente y las sienes con un ungüento hecho de apio machacado con aceite de violetas o bien introducir por oídos y narices una mezcla de aceite de violetas, oleo rosado y leche materna (Hispano s.f., 18-19).

6 Esta edición, generalmente considerada la primera, fue en realidad precedida por una edición veneciana de 1494. Sobre los distintos manuscritos que se han podido encontrar, su autoría y las ediciones impresas del *Thesaurum pauperum*, véase Pereira 1973, 38-74.

7 Sobre las primeras ediciones en castellano véase Arrizabalaga (2002, 641-642). Las versiones españolas de la obra, que en ocasiones identifican también a Arnau de Vilanova como enmendador y corrector del *Tesoro* y del *Regimiento de salud*, presentaron sucesivas modificaciones al texto. Sobre el problema de su autoría y atribuciones véase Pereira 1973.

Con una impronta similar, pero con indicaciones más precisas, encontramos también *Obras medico-chirurgicas de Madama Fouquet, economia de la salud del cuerpo humano*, traducida por Francisco Monroy y Olaso, y publicada en 1748 en Valladolid, en dos tomos[8]. Se trataba de la traducción del célebre *Recueil de receptes, où est expliquée la manière de guerir à peu de frais toute sorte de maux tant internes, qu'externes inueterez, & qui ont passé jusqu'à present pour incurables* de Marie de Maupeou Fouquet, publicado en 1675 en Villefranche, que contó con numerosas ediciones y traducciones en diversas lenguas. La edición española se realizó, según declaraba la portada, en base a la edición francesa "corregida y añadida" de 1739, que había sido publicada como *Recueil des remedes faciles et domestiques, choisis, expérimentez, & très-aprouvez pour toutes sortes de Maladies internes & externes, & difficiles à guérir.* La traducción española había sido "aumentada", además, con "exquisitas recetas miscelaneas, igualmente faciles, y seguras", entre las que se incluyeron remedios extraídos de la edición madrileña de 1745 de *El Orinoco illustrato y defendido*, del jesuita español Joseph Gumilla[9].

Escrita en un contexto de producción de literatura médica para la asistencia caritativa de enfermos, la obra de Fouquet se presentaba como "Ahorro de medicos, cirujanos, y botica. Prontuario de secretos caseros, faciles y seguros en la practica, sin cifras Medicas, para que todos puedan usar de ellos en bien de los Pobres, y Enfermos", con secciones especialmente dedicadas a curar "todo genero de males" de los pobres, "aun los que hasta aora han sido tenidos por incurables" (Fouquet 1750, portada). Para ello, incluía remedios que podían ser confeccionados domésticamente con compuestos baratos y de fácil acceso sin necesidad de recurrir al médico, si bien muchas de las recetas requerían medicinas simples de botica. La obra iniciaba introduciendo al lector en los principios generales de la fisiología del cuerpo humano según la teoría humoral en acuerdo a cada complexión (flemáticos, melancólicos, coléricos y sanguíneos), presentando además los regímenes de vida que les eran apropiados. El resto de la obra se estructuraba en dos partes: la primera ofrecía remedios para dolencias externas y la segunda remedios para dolencias internas, incluyendo además una serie de notas explicativas respecto de las medidas y los modos de confeccionar los remedios. Estos indicaban en su título su funcionalidad, luego se presentaban sus componentes, unas veces con medidas específicas y otras con indicaciones más generales, su preparación, aplicación y, en algunos casos, sus propiedades.

Vale la pena detenerse en la inclusión del "Alphabeto breve" de medicinas sacadas de *El Orinoco Ilustrado*. Esta adición de las ediciones españolas a la obra de Fouquet debe ser interpretada en el contexto del éxito editorial que logró el recetario francés no solo

8 La obra contó con una segunda edición publicada en Valladolid en 1750 que presentaba los dos tomos en uno, otra publicada en 1750 en Salamanca y una cuarta publicada en 1771 en Valencia. Sobre las ediciones francesas, véase Lafont 2010.

9 Publicada originalmente en 1741, la edición de 1745 era una edición corregida y aumentada por su propio autor (Gumilla 1745).

en España, sino que también en América. Su notable presencia en Chile hace suponer que en otras partes de América tuvo un éxito similar, si bien no contamos con estudios específicos que grafiquen la difusión de la obra en este continente[10]. Por un lado, la adición aparece como un guiño al potencial público lector americano, al incluir materia médica local que pudiera resultar más familiar y, en algunos casos, de más fácil acceso, y también incorporar "varios males e incomodidades propias de ciertos parages de las Indias Occidentales", donde se hacía referencia a enfermedades producidas por la exótica flora y fauna del Orinoco (Fouquet 1750, Primera Parte, 123). Podría ser leída, así, como parte de una estrategia que sugiere que ciertos libros del mercado español fueron producidos pensando en el público lector americano[11]. Pero junto con esta intención de americanizar una obra francesa, la adición también puede ser leída como parte del proyecto imperial de visibilizar los recursos americanos como estrategia tanto comercial como de dominio.

Es decir, podemos inferir que las ediciones españolas se fueron adaptando al público lector al que iban destinadas, no solo por la usual intervención de traductores y editores en el contenido de la obra original, sino que también por la inclusión de contenidos pensados para estimular el interés de nuevos lectores. En varias partes del texto se hacía énfasis en lo exótico y la novedad que la adición aportaba. Como expresaba el médico Miguel González de Mercadillo en su informe de aprobación de la obra, ésta ofrecía no solo las famosas recetas de la dama francesa destinadas al ejercicio de la caridad y a la curación de las propias dolencias, sino que también "exquisitas preciosidades de secretos, y noticias reconditas; sacadas de nuevo (para alivio de los Pobres) no solo de la Europa, sino también de las riquissimas Regiones de las Indias" (Fouquet 1750, s.n). La intención de visibilizar la adición de materia médica americana se acrecienta en la edición de 1750, que la publicitaba en su portada, cosa que la edición de 1748 no realizaba.

Estamos, así, ante un proceso de traducción de varios niveles. El traductor de la obra de Fouquet, Francisco Monroy y Olaso, transfiere desde el texto de Gumilla lo que a su vez era una traducción de "secretos" medicinales que éste último había rescatado de la cuenca del Orinoco, en un proceso de selección basado en lo que quienes estuvieron detrás de la producción de la versión española del libro de Fouquet consideraron que sería de interés para sus lectores peninsulares y, probablemente también, de allende los mares. A su vez, los lectores en América podían tener acceso a recetas de remedios en base a materia médica americana a través de una publicación española que traducía un texto de recetas de remedios franceses.

10 Varios autores que se han ocupado de este tipo de literatura, si bien no es su foco central, afirman su popularidad (por ejemplo, Gänger 2016; Warren 2009; Alzate 2005).

11 Al respecto, Pedro Rueda sugiere que "Es probable… que quepa considerar al mercado americano como uno de los objetivos de los libreros-editores, e incluso cabría pensar que parte de las tiradas de los libros españoles (y también de algunos libros de autores españoles publicados en el extranjero) tuvieran en el mercado americano clientes potenciales suficientes como para que se tuviera presente este segmento de mercado en la edición de determinadas obras" (Rueda 2010, 124).

No sabemos qué sentido hicieron los lectores chilenos de la adición ni si ello propició una mayor demanda por el libro. Pero el hecho es que, con 4 ediciones en castellano entre 1748 y 1771, las *Obras medico-chirurgicas de Madama Fouquet* son el libro de medicina más exitoso en Chile durante el siglo XVIII, siendo posible identificar 54 ejemplares en distintos inventarios entre 1759 y 1802. Que fuera inventariado generalmente solo como "Madama Fouquet" habla de su ubicuidad y fama entre la población chilena. En la medida en que en los inventarios no se anotaba el título de la obra y que solo se hacía alusión al apellido de su autora, muchas veces escrito como "Fuqued", "Fuquer" o similares, sugiere la familiaridad, al menos de oídas, de notarios y tasadores con la obra.

Un tercer libro de medicina de divulgación que destaca en los inventarios chilenos es el *Florilegio medicinal de todas las enfermedades*, escrito por el moravo Juan Esteyneffer (Jan Steinhöffer), hermano lego de la Compañía de Jesús, publicado en México en 1712. La obra, de gran éxito editorial, contó con cuatro ediciones posteriores publicadas en Ámsterdam, 1719, y Madrid, en 1729, 1732 y 1755[12]. Como las dos obras anteriores, el *Florilegio medicinal* pretendía entregar herramientas para la curación de enfermedades allí donde los médicos fueran escasos, en particular, remedios para donde no había acceso a medicamentos de botica. Esteyneffer, quien contaba con estudios en medicina y farmacología, escribió la obra dedicándola explícitamente a los misioneros jesuitas que no poseían estudios de medicina y concibiéndola como un manual para suplir la falta de médicos en las misiones. Su autor la enmarcaba además en la doble atribución sanadora de los misioneros, quienes "indiviciblemente curan los cuerpos, y sanan las almas; los lebantan de la larga enfermedad del Lecho, y de la envilecida costumbre en el pecado" (Esteyneffer 1712, Dedicatoria). La obra respondía, así, a una necesidad repetidamente manifestada en las cartas anuas enviadas por los jesuitas desde las misiones americanas, siendo parte de un contexto de activa promoción de literatura sobre medicina y farmacopea de apoyo a la labor misionera (Asúa 2014, 109-114; Fleck 2014; Cabranes 2017; Calainho 2005). La obra logró amplia difusión en Iberoamérica no solo entre misioneros, sino que también alcanzó notoriedad en un amplio espectro de lectores, desde practicantes de la medicina a público general[13].

La obra contenía una primera parte dedicada a la medicina que pasaba revista a un amplio abanico de dolencias (siguiendo el esquema clásico de definir la enfermedad, explicar sus causas y señales, e indicar posibles formas de tratarla), una segunda sobre

---

12 Por los registros comerciales de que disponemos, podemos colegir que la edición que llegó a Chile fue la madrileña y no la mexicana. Por ejemplo, tanto en 1748 como en 1786 tenemos registrado el ingreso del *Florilegio* a Santiago proveniente desde Cádiz vía Buenos Aires (RA 1759, p. 11, fls. 127-137v. y Trucios 39, fls. 33-34v.).

13 Si bien en general los estudios tienden a resaltar la amplia difusión alcanzada por esta obra en Iberoamérica, carecemos de estudios sistemáticos que nos permitan trazar un cuadro más acabado. Tampoco sabemos aún cómo fue utilizado el libro ni su nivel de penetración en la práctica de sanadores locales y en las prácticas curativas domésticas (ver, por ejemplo: Llamas 2017, 64; Warren 2009, 15; Kay 1977; Foster 1987, 364-365; Cabranes 2017, 61-65).

práctica quirúrgica con indicaciones prácticas para practicar sangrías y otras operaciones de uso común, y una tercera que consistía en una farmacopea con distintas medicinas y su composición. Es decir, si bien entregaba un completo recetario de medicinas, era también más que eso, incluyendo información crucial para poder identificar y tratar las dolencias. Ofrecía indicaciones precisas sobre la ubicación de los órganos, caracterizaba dolencias y entregaba parámetros para identificar el remedio apropiado y su aplicación dependiendo del mal, sus causas y lugar de origen.

Por último, la última de las obras que aquí nos ocupa es el exitosísimo *Aviso al pueblo acerca de su salud o tratado de las enfermedades mas frecuentes de las gentes del campo*, del médico suizo Samuel Auguste Tissot. Publicado originalmente en francés en 1761 (Lausanne), fue traducido al castellano en 1773, contando con 7 ediciones españolas más hasta 1795[14]. De esta obra se han podido identificar 22 ejemplares en los inventarios chilenos en el corto período que va entre 1787 y 1814, número que probablemente se acrecienta conforme nos alejamos de 1800. La obra se iniciaba con algunos comentarios respecto de las causas de la despoblación y de las enfermedades del pueblo, para luego hacer un recorrido por distintas enfermedades, desde inflamatorias, fiebres y enfermedades cólicas, a información especialmente dedicada a enfermedades de mujeres y niños. Entregaba nociones para poder reconocer las distintas dolencias, con una detallada descripción de la fisiología involucrada, pronóstico y estrategias curativas.

El *Aviso*, inmerso como ningún otro de los que aquí nos ocupan en el discurso ilustrado que vinculaba moral, higiene y bien común en pos del combate contra el fantasma de la despoblación (Bolufer 2000), en sí no era una invitación para toda la población sin distinciones a tomar bajo su cargo el cuidado de su salud, sino que más bien identificaba un público intermediario, constituido por las élites locales –párrocos, mujeres, maestros, entre otros-, quienes podrían tomar bajo su cargo el cuidado de las enfermedades del pueblo (Tissot 1773, 11). Este último, según declaraba su autor, ni siquiera se enteraría de la existencia del libro o no sabría leerlo. El "unico fin" de la obra, según señaló Tissot, era "la utilidad", para "remediar los abusos, que se cometen en las Aldeas en punto de curacion de las Enfermedades agudas, y enseñar el verdadero methodo de curar estas Enfermedades" (Tissot 1773, v-vi). Tissot se cuidó de explicitar que no pretendía validar el ejercicio de la medicina por parte de quienes no poseían estudios médicos, aclarando varias veces a lo largo de su obra que sus indicaciones eran solo para aquellos que no podían tener acceso a un médico, o para que los enfermos pudieran preparar una posterior consulta con uno (Tissot 1773, ix)[15]. De hecho, no incluía información sobre enfermedades crónicas, pues, según advertía Tissot, éstas solo podían ser identificadas y curadas por un médico.

---

14 La obra impresa y manuscrita de Tissot ha concitado amplia atención por parte de la historiografía (véase, por ejemplo, Barras y Louis-Courvoisier 2001; Pilloud 1999 y Weston 2016, entre muchos otros).

15 Incluía, de hecho, una sección sobre "Preguntas, que se han de hacer quando se consulta a un Medico sobre alguna Enfermedad, y à que debe responder la persona, que consulta" (Tissot 1773, 295).

Su traductor, Joseph Fernández Rubio, fue muchísimo más laxo al hablar de los destinatarios de la obra, declarando que cualquier hombre "de mediano entendimiento, puede con estos Avisos, dirigir una Enfermedad, sea la que fuere, en todos los tramites de su curacion" (Tissot 1773, ix). Había querido traducir la obra, continuaba, para "que todos se aprovechen de un Libro tan util, como necessario en nuestra Nacion, que experimenta mucha falta de buenos Medicos en los lugares cortos, y carece absolutamente de Medicos en las Aldeas, y Lugarcillos; contentandose con Cirujanos poco practicos, à los quales serà muy provechoso este Libro" (Tissot 1773, x). En este sentido, los manuales de medicina doméstica posicionaban a los cirujanos como agentes de transmisión del saber médico al público no letrado, pretendiendo además brindar apoyo al trabajo realizado por los "prácticos" –como se denominaba a los cirujanos por no contar con formación universitaria–, particularmente en zonas donde la escasez de médicos les otorgaba un rol preponderante (Abreu 2010, 229-231).

Vocación didáctica: distribución de contenidos, índices y posibilidades de lectura

Las cuatro obras que aquí nos ocupan estaban destinadas a un eminente uso práctico, evidenciando una clara vocación didáctica. Esto se muestra en la exposición de sus contenidos, su disposición y distribución, y, quizás más evidentemente, en la forma en que se presentaban y organizaban sus índices. Tanto es así, que la mayoría se inicia con información sobre cómo utilizar el libro correctamente, para navegar por sus páginas y sacar de ellas el mayor provecho posible, desde advertencias al lector, glosarios de términos y tablas de pesos y medidas para la composición de remedios, a alusiones constantes a lo largo del texto respecto de las posibles (malas) interpretaciones que podría sacar el o la potencial lectora.

Todas ofrecían una síntesis sobre los principios básicos que estructuraban las teorías fisiológicas en boga, incluyendo explicaciones respecto de la concepción misma de enfermedad e indicaciones para conservar la salud (regímenes de vida sana), a través de un lenguaje que pretendía ser accesible para quienes no tuvieran el conocimiento especializado. Con este mismo lenguaje los autores hacían alusión a las enfermedades, si bien destinaban una atención desigual a su descripción. En el caso de las *Obras medico-chirurgicas* y del *Tesoro de pobres*, la descripción de la dolencia era escueta e incluso inexistente, concentrándose en la información respecto del remedio. En cambio, en el *Florilegio* y el *Aviso*, la descripción de la enfermedad pretendía ser lo más detallada posible. El criterio que primaba en las dos últimas obras era que los lectores debían aprender a reconocer y leer los síntomas, y por tanto identificar la dolencia, paso necesario para luego poder decidir qué remedio aplicar o qué curso seguir. A su vez, la preparación de las recetas en todos los casos era explicada de un modo que explicitaba los procedimientos a seguir de tal manera que personas sin conocimiento de boticaria las pudieran elaborar, sumando a ello especificaciones respecto de cómo suministrarlas o aplicarlas para asegurar su eficacia.

Dadas sus características, en el caso de las *Obras medico-chirurgicas* y del *Tesoro de pobres*, se hacía necesario que sus lectores hubieran identificado la dolencia previamente para poder elegir la receta de la medicina correcta, pues en ninguno de los dos casos se entregaban mayores indicaciones respecto de cómo reconocer las enfermedades. Por el contrario, a este respecto el *Florilegio* y el *Aviso* resultan particularmente detallados. Tanto Esteyneffer como Tissot destinaron tinta a la identificación y descripción de los síntomas de cada enfermedad –incluso explicando qué es un síntoma, cómo se diferencia de la causa y cómo leerlo correctamente. Por ejemplo, Tissot explicaba cómo tomar el pulso para medir la calentura y así, saber su gravedad, lo que dependía de su celeridad, fuerza, dureza, blandura y regularidad. Era duro cuando al tacto se sentía "como un golpe seco, como si la arteria fuera de madera, ò de metal", mientras lo opuesto era pulso blando. El pulso fuerte y duro "indica ordinariamente inflamacion, y pide sangria, y regimen refrigerante. Si es pequeño, acelerado, y duro, el peligro es muy grande" (Tissot 1773, 13).

El tratamiento a seguir, como advertía repetidamente Esteyneffer, dependía de la identificación de los males y su correcta localización en el cuerpo. Veamos, por ejemplo, sus indicaciones para distinguir el dolor de cabeza externo del interno. Se trataba de lo primero cuando "al tocar la parte doliente, ô levantando los cabellos, se siente mas dolor", en cambio el dolor era interno cuando "al tocar por de fuera à aquella parte, no se aumenta su dolor, porque està debaxo del Cranio" (Esteyneffer 1712, 1). Era importante saber, además, si dolía la parte anterior de la cabeza, la derecha o la izquierda, pues en cada caso indicaba un origen distinto. El dolor anterior indicaba que el origen se encontraba en el estómago o el útero, el dolor al lado derecho era causado por la destemplanza del hígado, y en cambio el izquierdo por la destemplanza del bazo. Por último, en caso de que el dolor se localizara en la parte posterior, quería decir que el dolor provenía de los riñones.

Por su parte, Tissot también entregaba descripciones que pretendían contribuir a la correcta identificación de la enfermedad. Por ejemplo, hablando de las inflamaciones de pecho, explicaba que, si en el pulmón "la Inflamacion no se disipa, se muda en Abscesso, que se llama *Vomica*, esto es, un cumulo de materias que se amontonan en el Pulmòn", con consecuencias fatales en caso que no se las pudiera disipar (Tissot 1773, 43). El problema era cómo saber si la vómica estaba ahí si "No se puede ver, ni tocar lo que hay dentro del Pecho". Para ello, era necesario estar atento a sus señales, como cuando

> […] la calentura prosigue con mas fuerza, el pulso mas acelerado, tal vez blando, y debil, tal vez muy duro, y por lo comun undulante, la respiracion oprimida, calosfrios, y crecimiento de la Fiebre por la tarde, las mexillas rojas, labios secos, y alteracion… el aumento de estos mismos simptòmas anuncia, que el pus està del todo formado: entonces està la tos mas continua, y se redobla al menor movimiento, ò quando el Enfermo toma algo: ni puede acostarse sino del lado enfermo, y por lo comun de ninguno, y se vè obligado el Enfermo à estar sentado, sin atreverse à descansar sobre los Riñones, temeroso de aumentar la tos, y la opression; no puede dormir; tiene una Fiebre continua regularmente con intercadencias en el pulso. (Tissot 1773, 44)

Continuaba luego con la intensificación de los síntomas, describiendo el curso de la enfermedad, intercalando señales visuales con otras que debían ser reconocidas al tacto, como cuando

> […] se nota algunas vezes sobre el Pecho del lado enfermo, una hinchazòn muy ligera, y una mudanza de color casi insensible. Si la *Vomica* esta colocada enteramente debajo del pulmòn en la parte interna, esto es, cerca del medio del Pecho, se puede percibir en algunas Personas la entumescencia, ò hinchazòn, apretando un poco el hueco del Estomago, en especial quando el Enfermo tose. (Tissot 1773, 45)

Y es así como llegamos a la phtisis que aquejaba al regidor del ayuntamiento de Concepción Josef del Solar, con la descripción que éste presentó a la Real Audiencia de Santiago en 1784. Si bien no sabemos cómo ni cuánto fueron leídos estos libros, sí tenemos más pistas respecto de cómo sus autores (e impresores) esperaban que fueran leídos. Para facilitar la comprensión de la obra la organización del texto era fundamental, pero además se recurría a estrategias de facilitación de la búsqueda de contenidos mediante la inclusión de varios tipos de tablas de materias que permitieran buscar por dolencia, tipo de medicina y, en algunos casos, compuesto principal. Aquí nuevamente podemos establecer ciertas diferencias que apuntan a las posibilidades de uso ofrecidas por estos libros y a lo que exigían de sus lectores.

Por ejemplo, la obra de Fouquet contenía una tabla "de los títulos principales" contenidos en cada parte, donde se listaban los remedios de dolencias externas y dolencias internas, respectivamente, en el orden en que aparecían distribuidos en la obra. A resultas de ello, no solo era necesario saber que se padecía de dolor de hígado, hidropesía o ictericia para poder buscar un remedio, sino que además en las tablas de contenidos se producían vecindades que no seguían un orden fisiológico o corporal. Vemos así que en el índice de títulos de la segunda parte, organizados según su orden de aparición en el libro, aparecían, por ejemplo, "pildoras para las obstrucciones del Bazo", seguidas de "Bebidas para la itericia" y luego "recetas contra la Epilepsia, llamada *Mal caduco*" (Fouquet 1750, Segunda Parte, "Índice de los titulos principales…", s.n.). Alternativamente era posible dirigirse al índice general de los contenidos de la primera y segunda parte, donde aparecían por orden alfabético remedios, compuestos medicinales, dolencias, síntomas y algunas veces, la parte del cuerpo involucrada (como "miembros" o "huesos"). Pero, aun así, era necesario saber identificar los principales síntomas de la enfermedad –pensemos por ejemplo en la disentería o la perlesía– para poder reconocerla y luego buscar información sobre ella. De hecho, posicionado de su rol de intelectual ilustrado con vocación pedagógica, Tissot criticó directamente a Madame Fouquet porque hablaba de las enfermedades sin describirlas "y por esto mismo sin alguna regla segura, para la aplicacion [de la colección de remedios]" (Tissot 1773, 6). El problema de este tipo de obras, explicaba Tissot, era que no se explayaban sobre "los signos de las enfermedades, sus causas, su regimen general, y malas curaciones.

Sus recetas no son generalmente tan simples, ni faciles de preparar, como deben serlo" (Tissot 1773, 6).

El *Florilegio* contaba también con tres tablas de contenidos. La primera presentaba los contenidos de la primera y segunda parte por orden de aparición, la segunda presentaba los de ambos libros en orden alfabético y la tercera consistía en un índice alfabético de los medicamentos ofrecidos en los tres libros –no olvidemos que el tercer libro era un catálogo de medicamentos. Vemos así que, si en la primera tabla aparecen categorías como "esquilencia o garrotillo", "pulmonía" o "gangrena y esphacelo", la tabla final contiene una combinación de dolencias, síntomas y enfermedades que, al listarlos según orden alfabético, permite realizar una búsqueda a partir de un concepto, siendo posible buscar un síntoma particular o información relativa a un órgano en especial. En la letra D, por ejemplo, están listados los dolores de cabeza, de costado y gálicos, y en cada caso, sus posibles orígenes: el de cabeza podía ser originado, por ejemplo, de flatos, de mojadas o gálico, melancolía, pituita y otras enfermedades. Más arriba, en la misma página, aparecen también "Desgana de comer, originada de la destemplanza seca", "Desvario, ò Desvelo, con Calentura continua", "Detención de la orina", "Dieta, ò Guarda de las enfermedades en general" y "Dislocaciones alteradas del frio" (Esteyneffer 1712, 462).

La disposición de los contenidos expresa, así, la concepción de la fisiología del cuerpo humano de sus autores, y, posiblemente, la del público lector al que esperaban llegar. La configuración de este universo de comprensión queda de manifiesto, por ejemplo, en el caso de la caracterización de los dolores de cabeza realizada por Esteyneffer y los vínculos que éste señalaba entre esos dolores con otros órganos: el dolor en el lado izquierdo señalaba destemplanza del bazo, mientras que, si dolía la parte posterior, la causa debía buscarse en los riñones. Hemos visto que ordenar las dolencias partiendo desde la cabeza hacia las extremidades era una práctica común en la literatura médica de la época moderna, a lo que se sumaba la división entre dolencias internas y externas que vemos en las *Obras medico-chirurgicas* y en el *Florilegio*. A la vez, como podemos ver en el caso de este último, el orden de sucesión de las dolencias obedecía a las relaciones entre unas y otras, como en el caso de las gotas y el reumatismo que, dada la similitud de sus dolores, eran tratados de manera sucesiva para evitar las confusiones, según advertía su autor.

Así, dentro de este orden general que se inicia en la cabeza, la secuencia de las dolencias a lo largo del texto en muchos casos no sigue una lógica comprensible para los ojos contemporáneos, presentando relaciones que hoy llaman la atención. Particularmente evidente a este respecto resulta el *Tesoro de pobres* que, por ejemplo, pasaba del mal de piedra, al "dolor de los pies, que es ramo de gota" y luego a la "terciana, ò mal de etico, ò mal de higado"; o bien de un capítulo sobre "como haràs que no canses andando camino, que es muy virtuosa cosa" a otro "que muestra en que manera aveis de limpiar los dientes muy bien" (Hispano s.f., Índice, 270-271). La importancia de la disposición de los contenidos a lo largo de la obra era reconocida por los mismos productores de la obra (autores

y traductores), demostrando además cambios de concepción. Por ejemplo, el traductor de la obra de Fouquet advertía al lector sobre el desorden de la disposición de los contenidos, señalando que "no se ha guardado, en poner las recetas, el orden, y methodo que muchos desearian, por seguir el traductor en un todo la obra misma que traduce" (Fouquet 1750, Segunda Parte, "Continuación de las advertencias al lector", s.n). Para suplir esta falta, señalaba, se habían agregado los tres índices de la obra, diseñados como herramientas de búsqueda que permitieran soslayar el problema. En el caso del *Aviso* de Tissot, en cambio, la disposición elegida fue presentarlas según el orden de prevalencia de las enfermedades en "las gentes de campo", iniciando con la "inflamación de pecho", siguiendo con la pleuresía, luego los males de garganta, reuma, dolores de dientes, insolaciones, y así.

La organización de los contenidos entrega claves fundamentales respecto del universo mental en el que se enmarcaban estas obras, universo que abarcaba tanto el imaginario de sus autores, traductores e impresores, como el de sus lectores, porque hablan de concepciones culturales respecto de un determinado orden lógico para presentar un cuadro acabado de dolencias del cuerpo humano. No podemos olvidar que esta literatura buscaba ser una herramienta útil para sus lectores, facilitando la búsqueda de contenidos. Por tanto, entrega también indicios sobre las formas de enfrentar el texto en la época moderna o las formas en que se pretendía que el lector o lectora leyera el texto[16]. Los recetarios y manuales de medicina doméstica estaban pensados para operar como libros de consulta, por lo que el lector debía poder encontrar la dolencia que buscaba, a veces, sin saber todavía de qué dolencia se trataba. Es aquí donde la organización de los contenidos y las tablas de materias cumplían un rol fundamental. En particular estas últimas, que van cambiando de una edición a la otra, muestran las suposiciones realizadas por los impresores respecto de los intereses de los lectores.

Concebir el cuerpo e identificar las enfermedades: *¿Nociones compartidas?*

Todo esto nos lleva a la pregunta por el sentido que pudieron hacer los lectores chilenos de los contenidos presentes en las obras de divulgación médica que aquí nos ocupan y, en particular, respecto de si podemos hablar de un universo lingüístico y acervo cultural común entre autores o traductores de la obra, sus lectores en general y sus lectores americano-chilenos en especial. ¿Podemos identificar a los lectores-poseedores habitantes del Chile del siglo XVIII como partícipes de la "conciencia lingüística" española del siglo XVIII transmitida por estos libros? Fernando Bouza propone la noción de "concordia idiomática", que sería el "hábito mental de toda la colectividad que se alcanza de una manera natural", transmitida y alimentada de múltiples formas, integradora de una

16 Tanto la pregunta por el contexto de producción y difusión de los libros (desde sus agentes participantes y el problema de la autoría, a la materialidad del texto) como las formas de codificación de la lectura han sido parte fundamental de los estudios sobre historia del libro y la lectura encabezados por Don McKenzie (2005), Roger Chartier (1993 y 1994) y Robert Darnton (2008), entre otros.

pluralidad lingüística y sujeta a constantes modificaciones que hacen eco de los cambios culturales en distintos niveles (2018, 18). En acuerdo a esto, se puede sugerir que tanto quienes habían viajado recientemente a Chile como la elite criolla letrada compartía al menos en parte esa conciencia lingüística. Si además consideramos a los libros como transmisores y conectores de sistemas de conocimiento, podemos decir que los libros de medicina que hemos tratado aquí también contribuyeron a la creación de esa comunidad lingüística, que así mismo debe ser concebida como una comunidad de nociones culturales respecto de la salud y la enfermedad.

El asunto nos remite a una evidente interacción entre distintas escalas de observación[17]. Por un lado, tenemos la escala local representada por las y los lectores chilenos, pertenecientes a un universo cultural distinto, pero a la vez en evidente conexión con el universo cultural occidental-europeo representado por los autores y traductores de estas obras. Por el otro, como estos libros incorporaban además conocimientos y substancias de origen americano, y eran en sí mismas obras marcadas por traducciones de diversa índole, la escala tiende a asumir un cariz global. Esto en el contexto del siglo XVIII, marcado por la globalización del mercado del libro (Rueda 2014). Observar el problema del universo cultural reduciendo la escala de observación hasta situarse en Chile permite entonces observar un problema local inmerso en una dimensión global gracias a la acción mediadora y conectora ejercida por los libros en la circulación del conocimiento.

Detengámonos brevemente una vez más en los contenidos de estos libros y su organización. Como se dijo arriba, en muchos casos las descripciones de las dolencias tratadas, no obstante su vocación didáctica, requerían de un conocimiento previo cuya presencia en nuestros lectores, al menos por el momento, nos está vedado identificar. ¿Cómo reconocía un habitante de Santiago de Chile a mediados del siglo XVIII un dolor de riñones, dolor de hígado o dolor de "celebro"? ¿Qué experimentaba cuando decía tener dolor de riñones, hígado o celebro? Pues, como hemos visto, para saber qué dolencia buscar en estos libros, era necesario que la lectora hubiera identificado previamente al menos la zona y órgano comprometidos en su mal. Es decir, era necesario poseer un mapa conceptual del cuerpo humano que estuviera más o menos cercano con la concepción europea.

Las concepciones occidental-europeas del cuerpo en la época moderna estaban marcadas por el sistema teórico hipocrático-galénico, pero la población no especializada en conocimientos médicos hacía sentido de las partes del cuerpo, sus órganos, su funcionamiento y conexiones en formas libres y flexibles que no necesariamente coinciden con lo que podemos encontrar en los libros de medicina de la época (Duden 1998 y Stolberg 2011). La introducción de la medicina occidental y sus sistemas nosológicos en América dio pie desde inicios de la conquista a la conformación de diversas culturas

17 Sobre las posibilidades analíticas de la variación de escalas para la historia de la circulación de saberes Brevaglieri y Romano 2013, y Romano y Van Damme 2009.

médicas cuyos saberes, no necesariamente coincidentes, coexistieron durante toda la época colonial (Slater et al. 2014). Sabemos poco sobre la concepción del cuerpo y su funcionamiento en las comunidades indígenas chilenas o sobre las concepciones híbridas conformadas a partir del encuentro con la teoría médica occidental. De modo que, por el momento, no nos es posible explorar más las condiciones y resultados de esta intersección. Un dato sí es claro: estos libros fueron adquiridos por los habitantes del Chile del siglo XVIII por alguna razón, y el ejemplo de Josef del Solar hace suponer que sus contenidos tan lejanos no les pudieron parecer. Su presencia en las bibliotecas chilenas, no obstante, no nos puede llevar a asumir que se produjera un trasvasije inalterado de contenidos, todo lo contrario. Considerar a las y los lectores chilenos como agentes activos supone entender el resultado de la lectura como un proceso de selección, traducción y apropiación de contenidos.

Era necesario saber de la existencia de la reuma, pleuresía, tabardillo o lamparones, para poder buscar información sobre ellos en el *Florilegio* o el *Aviso.* Pero además era necesario saber reconocer los síntomas de estas enfermedades, por más que sus autores concentraran sus esfuerzos en entregar descripciones detalladas para poder identificarlas. Tissot decía que las personas sabían reconocer que su sangre estaba espesa porque decían que ésta se encontraba negra, seca y abrasada (Tissot 1773, 22). Pero, este saber ¿era compartido también por los lectores chilenos? Como hemos visto, estas obras recalcaban la importancia del buen manejo de los contenidos de la obra para tomar los pasos correctos en el tratamiento de una enfermedad. Por ejemplo, Esteyneffer advertía que la selección del remedio apropiado y su aplicación dependían de la correcta identificación del mal, pero también de las causas, lugar de origen y órgano involucrado. Muestra de ello es la decisión de qué remedios aplicar para la gota coral (epilepsia), que dependía de si la enfermedad tenía su origen en el cerebro, las extremidades, el estómago o el hígado, todo lo cual se podía determinar en base a los primeros síntomas que presagiaban la convulsión (Esteyneffer 1712, 17-20). Todas señales que era necesario saber reconocer como para identificar su presencia. Así, en la mayoría de los casos, para seguir la descripción de las enfermedades entregadas por los autores de estos textos, se hacía necesario poseer un mapa mental previo de la fisiología humana, al menos uno que pudiera acomodarse de tal manera de poder buscar la dolencia que aquejaba al enfermo o enferma entre las del pecho, las de costado, las inflamatorias, o las que involucraban al sistema reproductor.

Que era necesario tener una noción previa del mal que estaba aquejando a una persona para poder buscarlo en el libro es un hecho evidente. Los insumos con que contaba un lector o lectora para llegar a tal diagnóstico podían provenir de diversas fuentes, ya fuera de la familiarización con ideas médicas a través del contacto con practicantes de la medicina o con diversos agentes sanadores y portadores de distintos sistemas de saberes, de lecturas previas, o del sustrato de conocimiento cultural propio del enfermo y su entorno. Son múltiples las preguntas que surgen a este respecto. Observemos por última vez el caso que abre este trabajo, en que vimos el término phtisis en una petición firmada

por Josef del Solar, regidor del ayuntamiento de Concepción. Sabemos que del Solar era persona letrada y sabemos que citó a dos connotadas figuras del cuerpo médico europeo. No sabemos nada más de su biografía ni poseemos el inventario de su biblioteca, pero es perfectamente posible que haya poseído un ejemplar del *Aviso* de Tissot y de los *Aphorismos* de Boerhaave. Sabemos, además, que la circulación de libros era fluida en la época moderna, impulsada mediante la compra, el préstamo entre privados y el traspaso de copias manuscritas. Del Solar puede, entonces, haber consultado estos libros para averiguar sobre el mal que lo aquejaba o bien haber leído estas obras antes de contraer el mal y por eso haber sido capaz de identificarlo al presentarse los síntomas.

Sin embargo, en nuestras consideraciones no puede soslayarse un punto crucial. Josef del Solar acompañó su petición a la Real Audiencia con una certificación médica firmada por dos cirujanos: Ignacio de Ubera y Dionisio Roquán. Si bien, como se dijo arriba, del Solar no utilizó los mismos términos empleados por los cirujanos, es evidente que había tenido contacto con el lenguaje médico y las características de sus síntomas por medio del tratamiento que estos profesionales dicen haberle brindado. Entonces, efectivamente puede haber sabido de la existencia de la phtisis por este medio y no a través de la lectura del *Aviso*. Pero nos queda, igualmente, el hecho de que decidió argumentar su excusa citando a Tissot y a Boerhaave, lo que expresa que estimó que ello sumaba peso a su petición. La cita a estos autores sugiere, así, que del Solar consideró que no eran desconocidos para los oidores de la Real Audiencia de Santiago, lo que a su vez nos da indicios de la existencia de una cultura literaria compartida.

Libros de consulta para el cuidado de las enfermedades

Michael Stolberg ha argumentado que las cartas escritas por pacientes europeos a sus médicos en el siglo XVIII dan cuenta de prácticas de lectura particulares. La evidencia sugiere, señala Stolberg, que los libros de medicina doméstica no eran leídos de principio a fin, sino que los enfermos buscaban directamente la dolencia por la que querían consultar, lo que daría cuenta de que la inclusión de índices pormenorizados de materias rendía sus frutos (Stolberg 2011, 80). Si bien no poseemos un cuerpo documental equivalente para el caso de Chile, contamos con referencias aisladas que sugieren que estos textos sí eran consultados por sus poseedores. Una evidencia clara es el caso de Josef del Solar. Pero también podemos detenernos en la composición de las bibliotecas en que aparecen registrados estos libros para ver qué otros títulos componían el conjunto y poder aventurar así ciertas conjeturas.

Los cuatro libros que aquí nos ocupan quedaron registrados en bibliotecas de distintas tipologías. Muchos de ellos aparecen en bibliotecas pequeñas, pero también los podemos ver como el único libro de medicina en bibliotecas de mayor volumen. A veces constituyen el único libro de medicina del total de títulos inventariados de una biblioteca, o bien se encuentran acompañados de otros similares, aunque en general esto sucede únicamente en las bibliotecas de grandes dimensiones. En varios casos las cuatro

obras que aquí nos ocupan aparecen en compañía las unas de las otras. Por ejemplo, un poseedor tenía el *Tesoro de Pobres* y las *Obras medico-chirurgicas*, otro *Obras medico-chirurgicas* junto con el *Florilegio medicinal*, y una última poseía la obra de Fouquet junto con el *Aviso* de Tissot, algo que resulta interesante si recordamos que el médico suizo había criticado ácidamente la obra de la dama francesa porque su autora no pertenecía a la profesión médica y porque sus contenidos eran poco rigurosos y se prestaban a confusiones peligrosas (CG 12, p. 6, fls. 92-97; ES 718, fls. 227v.-232 y NS vol. 6, fls. 404-408, respectivamente). En un caso particular, vemos el *Florilegio medicinal*, el *Tesoro de Pobres* y el *Aviso al Público*, junto con la otra famosa obra de Tissot, *Aviso a los literatos* en una misma biblioteca de características y dimensiones ilustradas junto con varias obras más de medicina (ES 946, fls. 233-240)[18].

Se podría argumentar que libros como el *Aviso* de Tissot fueron adquiridos porque su éxito hacía necesario que quien se consideraba un lector de intereses ilustrados y actualizado en las últimas novedades tuviera que contar con un ejemplar entre los volúmenes de su biblioteca. Es decir, que se compraba a Tissot simplemente porque estaba de moda. Sin embargo, me parece que, al menos en el caso de Chile, la presencia de este libro y, en general de este tipo de literatura, en bibliotecas de pequeñas dimensiones sugiere algo distinto. Respecto del problema de la lectura, resulta particularmente sugerente cuando estos libros aparecen en bibliotecas de menos de 10 libros, como *Obras medico-chirurgicas* en una biblioteca de seis títulos (ES 858, 86v.), el *Florilegio medicinal*, "viejo" en manos de un maestro de barbería que poseía en total 14 libros (RA 2192, p. 3, fl. 112v.), el *Tesoro de pobres* en una biblioteca de nueve títulos (ES 850, fl. 397) o bien el *Aviso al público* de Tissot en manos de un hombre que poseía solo tres libros (ES 925, fl. 207).

Si en casos de bibliotecas de gran tamaño podemos dudar que su poseedor haya efectivamente consultado alguno de sus libros de medicina, no sucede lo mismo con las bibliotecas de pequeño tamaño. Si una persona adquiría o tenía en su poder solo seis libros, o tres libros, podemos suponer que lo hacía para hacer uso de ellos. La distribución temática del conjunto de libros puede resultar también sugerente. Veamos el caso de la biblioteca de Isabel Dadrigrande, inventariada en 1781 (ES, vol.790, fls. 271-277v.). De los 19 títulos que poseía al momento de realizarse el inventario, todos eran de religiosidad salvo dos: una *Historia de Inca* y las *Obras medico-chirurgicas* de Fouquet. El pequeño tamaño de la biblioteca y su composición sugieren que la obra de Fouquet no cumplió una función ornamental, sino más bien apunta a que su dueña adquirió la obra con un objetivo práctico, si no para una lectura de principio a fin, al menos para su consulta. Que se trate de una mujer, en este caso, no puede ser visto como mera coincidencia: los inventarios de bienes *post mortem* que contienen libros pertenecían en una

18 Sobre las bibliotecas de grandes dimensiones y las tendencias "ilustradas" del público lector chileno hacia fines del siglo XVIII, véase Cruz 1989.

abrumadora mayoría a hombres. Que entre las pocas mujeres registradas como poseedoras de libros encontremos una que poseía el libro de Fouquet junto con la literatura devocional común en la época, nos vincula con la labor femenina del cuidado de la salud en el espacio doméstico, reforzado en este caso por el hecho de que el libro que poseía había sido escrito justamente por una mujer en el contexto de su labor caritativa en el cuidado de enfermos. Como es sabido, en la época moderna el cuidado doméstico de las enfermedades estuvo fuertemente ligado a las mujeres, y la fabricación de remedios a sus cocinas (por ejemplo, Wear 2000, 46-55).

Algo similar sucede con la presencia del *Florilegio* en manos del teniente Pablo de Arenas, quien ejercía como barbero en Santiago. Arenas poseía nueve libros, de los cuales uno era el *Florilegio*, en estado de "libro viejo", según consignara el tasador de sus bienes luego de su muerte en 1780 (RA 2192, p. 3, fl. 112v.). Sus herramientas de barbería, junto con el "instrumento para efectuar ventosas saladas" y las seis ventosas que consignaba el inventario, confirman que este libro viejo –imaginémoslo ajado por su uso–, era de consulta frecuente en el desempeño de su práctica profesional[19].

La existencia de un público específico interesado en estos libros se grafica también en registros comerciales (notas de carga, registros de aduana o inventarios de haberes comerciales), donde estos títulos concentran el mayor número de copias de los libros de medicina inventariados o, incluso, constituyen el único título registrado dentro del rubro, ya de por sí con una oferta muy reducida. Notables resultan a este respecto las 39 copias de las *Obras medico-chirurgicas* de Madama Fouquet en el inventario de bienes del comerciante Joseph de Vivar y Rocha, de 1765, quien además contaba con cuatro *Tesoro de pobres* y varios títulos más de medicina en cantidades similares (ES 747, fls. 33v.-37v.). Es decir, esta concentración de la obra de Fouquet entre los bienes de un comerciante que poseía una oferta llamativamente variada de textos de medicina, sugiere que contaba con la certeza de que encontraría compradores suficientes y, en particular, que estos se inclinarían por la obra de la dama francesa. Como dijera el comerciante Silvestre Fernández Valdivieso y Arbizú en 1748 refiriéndose al *Florilegio medicinal*, estos libros "son apreciables", por lo que se vendían bien (RA 1759, p. 11, fl. 133).

¿Era la escasez de médicos lo que llevó a estas personas a adquirir la obra de Fouquet? ¿Por qué preferir las *Obras medico-chirurgicas* por sobre el *Florilegio medicinal*? ¿Por qué el libro de Fouquet quedó más registrado en las bibliotecas chilenas? El primero había sido escrito originalmente en Francia. El segundo, en cambio, en México, se centraba en materia médica novohispana y estaba pensado para el público americano. Veíamos que la obra de Fouquet fue publicada en español con una adición que incorporaba materia médica americana, si bien se trataba de una inclusión muy ornamental. Era una materia médica que, de todas maneras, no necesariamente resultaba más cercana a

19 Vale la pena, además, comentar que los libros de los que nos hemos ocupado aquí en general no aparecen en los inventarios de las bibliotecas de los practicantes de la medicina que he podido identificar hasta el momento.

un lector chileno, inmerso en una naturaleza, costumbres y nociones culturales totalmente distintas a las de la cuenca del Orinoco. Lo mismo se puede decir de la obra de Esteyneffer, concebida en y para el contexto natural y cultural de Nueva España.

Podríamos pensar, entonces, que su mayor presencia obedece únicamente a un asunto de disponibilidad. Es decir, que se adquirían más porque era lo que se enviaba desde Cádiz y, por lo tanto, era lo que había disponible en materia de cuidado doméstico de enfermedades. Es decir, no tendría que ver con una preferencia chilena por este tipo de literatura o por Fouquet por sobre Esteyneffer, sino que tendría que ver más bien con que era la literatura médica disponible en el mercado y con que era más fácil encontrar la obra de Fouquet que la de Esteyneffer. Sin embargo, los indicios entregados por las composiciones de las bibliotecas sugieren que la presencia de esta literatura en Chile no debe ser explicada únicamente como efecto de la disponibilidad de títulos ni se encontraba sujeta únicamente a las lógicas de la oferta del circuito comercial del libro (Labarca 2020). Tampoco pareciera, como vimos arriba, que su adquisición obedeciera únicamente a un asunto de modas[20].

Debemos además considerar que su presencia en las bibliotecas privadas ocurre en un contexto de marcada escasez de practicantes oficiales de la medicina. Sin embargo, esta escasez no es necesariamente mayor a la de otros territorios de América e incluso Europa. Por otro lado, la falta de profesionales con licencia oficial para ejercer la medicina se combinaba con el amplio abanico de agentes sanadores propio de la época moderna. Por lo demás, la presencia de estos libros en las bibliotecas chilenas también forma parte de una tradición de cuidado doméstico de las enfermedades, soporte fundamental en las estrategias emprendidas por las sociedades de Antiguo Régimen para el manejo de las enfermedades. Se recurría a distintos agentes sanadores, pero también a diversas prácticas curativas caseras, dentro de lo que los recetarios y libros de medicina doméstica aportaban información valiosa. Me parece que, visto en su conjunto, la concentración de este tipo de libros de medicina en las bibliotecas chilenas sugiere un interés declarado de esa población por los asuntos relacionados con el autocuidado de las enfermedades, o al menos, con el cuidado de las enfermedades en ausencia de médicos.

Chile como punto de observación de los flujos del saber

Dicho esto, se hace necesario volver al problema de las nociones médicas contenidas en los recetarios y libros de medicina doméstica. Si consideramos que estos libros pueden haber sido consultados en vez de haber sido leídos de principio a fin, volvemos al problema de los conocimientos previos que tenía que poseer un lector o lectora para poder hacer la consulta. Hemos visto los resguardos que sus autores, traductores y editores

20 Un estudio comparado de la presencia de estos libros en otras zonas del territorio americano permitiría responder de mejor manera a estas interrogantes, pero por el momento, carecemos de estudios sistemáticos. Para dos casos específicos, véase Alzate 2005 y Marques 2004.

tomaron para facilitar en lo posible la búsqueda de contenidos. Pero ello no nos permite saber si los lectores-poseedores chilenos compartían el universo lingüístico y las concepciones sobre el cuerpo que estos libros transmitían, o si bien adquirieron esas concepciones al leer los libros. ¿Hasta qué punto, entonces, podemos considerar a estos libros como transmisores de conocimiento? ¿Qué pasa con las nociones locales? ¿Podríamos pensar también que, ya que su público chileno perteneció a una elite letrada, se trataba de un segmento de la población chilena que compartía las nociones médicas europeas? ¿Cómo y en qué medida los contenidos de estos libros dialogaron con las nociones locales y qué sentido hicieron sus lectores de la intersección entre ambos?

Como se ha dicho aquí, no tenemos los antecedentes suficientes para establecer si la preferencia por Fouquet sobre Tissot o sobre Esteyneffer respondió a un asunto de oferta o si bien generó una demanda que impactó en la disponibilidad de estos títulos. Lo que sí sabemos es que hubo un público lector interesado por este género de literatura médica. Es decir, hubo un público lector que buscó libros que entregaban nociones médicas para el tratamiento doméstico de enfermedades y que permitían reemplazar la acción de un practicante de la medicina. Más bien, que complementaban la acción ejercida por los distintos agentes sanadores a los que sabemos se recurría en la época. Los recetarios y libros de medicina doméstica, así, deberían ser entendidos como un agente más en la lucha contra la enfermedad. Más allá de los posibles cursos del flujo de nociones médicas, los libros deben ser concebidos como instrumentos en la circulación de ideas y, en particular en este caso, como mediadores entre la cultura médica y la cultura lega. Se trata de mediadores entre culturas que actuaron en conjunto con otros medios de circulación, en especial, el ejercido a través del contacto entre personas de distintos universos culturales: cirujanos, diversos agentes de sanación, los enfermos, sus familias y sus entornos culturales. Agentes mediadores cuyos contenidos, por último, fueron seleccionados, traducidos y apropiados por sus lectores.

Podemos aventurar, así, diversas conjeturas respecto de las motivaciones para adquirir estos libros y los posibles usos que hombres y mujeres les dieron. Ello, no obstante, no implica olvidar que esta literatura no fue el único medio de divulgación de conocimiento médico, ni necesariamente fue el más eficaz, como ha argumentado Michael Stolberg (2011, 78-80)[21]. Y esto parece particularmente clave para Chile, dado su reducido universo lector. Debemos entonces tener cuidado de no sobreestimar el influjo de esta literatura. Sin embargo, su presencia en las bibliotecas chilenas, aunque pueda ser considerada marginal al compararla con la ubicuidad con que aparecen registrados libros de devoción cristiana como *Mystica ciudad de Dios* de María de Jesús de Agreda,

---

21 Stolberg sugiere que el impacto de la literatura de consejos higiénicos o medicina doméstica ha sido sobreestimado: esta literatura solo habría sido objeto de una consulta específica y existían otros medios, particularmente orales, de circulación e intercambio de concepciones médicas. El historiador argumenta, finalmente, que las 80 copias del *Aviso* de Tissot que ha podido consultar en bibliotecas de Múnich, Paris y Londres, no muestran marcas de lectura. No obstante, la ausencia de marcas no necesariamente supone que el libro no fue leído.

las vidas de santos y los devocionarios, o bien textos jurídicos como la *Política Indiana* de Juan de Solórzano Pereira, nos pone de manifiesto la trascendencia de plantear las preguntas que nos han ocupado aquí. Estos objetos viajaron desde España a Santiago de Chile, fueron adquiridos ya sea en el viejo continente y transportados por sus poseedores al trasladarse a Chile, ya sea en este país en la tienda de un librero-comerciante o bien mediante encargo directo[22]. En todos los casos, no obstante, su presencia da cuenta, como he sugerido aquí, de un interés manifiesto por esta área del conocimiento por parte de segmentos de la población no vinculados con la práctica profesional de la medicina. Interés que parece haber estado más ligado a un uso práctico que a un interés intelectual o de gusto como atributo de distinción.

Nos hemos situado en Chile, territorio supuestamente "periférico" que, no obstante, aparece inmerso en las dinámicas globales de circulación del conocimiento mediante el flujo del mercado del libro. En particular, situar el punto de observación en Santiago durante el siglo XVIII permite observar un contexto local alejado de la metrópoli que presenta lógicas de acceso al conocimiento e intereses similares a lo que se han podido encontrar en otros espacios tanto americanos como europeos. Más que verlo únicamente como efecto del proyecto ilustrado de la difusión del conocimiento a través de libros de vocación divulgadora y pedagógica, vemos en cambio que el variado universo de personas que poseyeron estos libros en Chile invita a preguntarnos por las motivaciones tras esa adquisición, algo que debe explicarse no únicamente como efecto de las lógicas de la oferta, sino que también como efecto de intereses lectores vinculados al eminente uso práctico que estos libros permitían.

Fuentes de Archivo

ARCHIVO NACIONAL HISTÓRICO DE CHILE

Capitanía General (CG), vol. 12, p. 6, fls. 92-97 – Inventario de bienes de Bartolomé del Villar, 1774

Escribanos de Santiago (ES), vol.718, fls. 227v.-232 – Inventario de bienes de Francisco García Huidobro, 1773

Escribanos de Santiago (ES), vol. 747, fls. 33v.-37v. – Inventario de bienes de Joseph de Vivar y Rocha, 1765

Escribanos de Santiago (ES), vol.790, fls. 271-277v. – Inventario de bienes de Isabel Dadrigrande, 1781

Escribanos de Santiago (ES), vol. 850, fl. 397 – Inventario de bienes de Domingo Seaurri, 1787

Escribanos de Santiago (ES), vol. 854, fls. 22v.-30v. – Inventario de Eugenio Núñez, 1791

22 Sobre las formas de circulación y posibilidades de acceso al libro de medicina en Chile, véase Labarca (2020).

Escribanos de Santiago (ES), vol. 858, fl. 86v. – Inventario de bienes de Matías de Astegui, 1796
Escribanos de Santiago (ES), vol. 925, fl. 207 – Inventario de bienes de Pedro Clorriaga, 1795
Escribanos de Santiago (ES), vol. 946, fls. 233-240 – Inventario de José Cabrera, 1798
Notariales de Santiago (NS), vol. 6, fls. 404-408 – Inventario de bienes de Juana Vivar, 1802
Notariales de Santiago (NS), vol. 21, fls. 62-78v. – Inventario de bienes de José Llenes, 1805
Real Audiencia (RA), vol. 2192, pieza 3, fl. 112v. – Inventario de bienes de Pablo de Arenas, Maestro de Barbería, 1780
Real Audiencia (RA), vol. 2221, pieza 1, fls. 2-22
Real Audiencia (RA), vol. 1759, pieza 11, fls. 127-137v.
Fondo Salvador Trucios, vol. 39, fls. 33-34v.

Fuentes Impresas

BOERHAAVE, Hermann. 1774-1778. *Aphorismos de Cirugia… Comentados por Gerardo Van-Swieten… y traducidos al castellano con las notas de Mr. Luis, y varias memorias de la Real Academia de Cirugia de París, por D. Juan Galisteo y Xiorro…*, 8 vols. Madrid: en la imprenta de Pedro Marín.

ESTEYNEFFER, Juan de. 1712. *Florilegio medicinal de todas las enfermedades, sacado de varios, y Clasicos Authores, para bien de los Pobres, y de los que tienen falta de Medicos, en particular para las Provincias Remotas, en donde administran los RR. PP. Missioneros de la Compañia de Jesus*. México: por los herederos de Juan Joseph Guillena Carrasco.

FOUQUET, Marie de Maupeou. 1750. *Obras medico-chirurgicas de Madama Fouquet*, Primera Parte y Segunda Parte. Valladolid: en la Imprenta de Alonso del Riego.

HISPANO, Pedro. s.f. [ca. 1747-50] *Libro de medicina, llamado Tesoro de pobres. En que se hallaran remedios muy aprobados para la sanidad de diversas enfermedades. Con un régimen de sanidad. Compuesto por el maestro Julian, que le recopiló de diversos Autores. Ahora nuevamente corregido, y enmendado por Arnaldo de Villanueva*. Barcelona: por Pedro Escuder.

PEREIRA, Maria Helena da Rocha. 1973. *Obras médicas de Pedro Hispano*. Coimbra: Universidad de Coimbra.

TISSOT, Samuel Auguste. 1773. *Avisos al pueblo sobre su salud… La traduce en lengua castellana Don Joseph Fernández Rubio*. Pamplona: en casa de Pascual Ibáñez.

Bibliografía

ABREU, Jean Luiz Neves. 2017. "*Arte com vida, ou Vida com arte*: advertências para a conservação da saúde e princípios da escrita em um tratado do século XVIII". En *Escritas e Leituras. Temas, fontes e objetos na Iberoamérica séculos XVI-XIX*, coordinación de Eliane Cristina Deckmann Fleck y Mauro Dillmann, 67-90. São Leopoldo: Oikos, Editora Unisinos.

ABREU, Jean Luiz Neves. 2010. "Higiene e conservação da saúde no pensamento médico luso-brasileiro do século XVIII". *Asclepio* 62 (1): 225-250.

ALZATE, Adriana. 2005. "Los manuales de salud en la Nueva Granada (1760-1810). ¿El remedio al pie de la letra?". *Fronteras de la História* 10: 209-252.

ARRIZABALAGA, Jon. 2002. "El libro científico en la primera imprenta castellana (1485-1520)". En *Historia de la ciencia y de la técnica en la corona de Castilla*, vol. II, dirección de Luis García Ballester, 619-649. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.

ASÚA, Miguel de. 2014. *Science in the Vanished arcadia. Knowledge of Nature in the Jesuit Missions of Paraguay and Río de la Plata*. Leiden/Boston: Brill.

BARRAS, Vincent, y Micheline Louis-Courvoisier, dir. 2001. *Le médecine des Lumières: tout autour de Tissot*. Genève: Georg.

BASALLA, George. 1967. "The Spread of Western Science". *Science* 156: 611-622.

BOLUFER, Mónica. 2000. "'Ciencia de la salud' y 'Ciencia de las costumbres': Higienismo y educación en el siglo XVIII". *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales* 20: 25-50.

BOUZA, Fernando. 2018. *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*. Madrid: Akal.

BREVAGLIERI, Sabina, y Antonella Romano. 2013. "Premessa". *Quaderni Storici* 48, no. 142 (1): 3-19.

BURKE, Peter y Po-chia Hsia, ed. 2010. *La traducción cultural en la Europa moderna*. Barcelona: Akal.

CABRANES, Amaia. 2017. "Évangélisation, science et empire au tournant du siècle (fin du XVII[e]-début du XVIII[e] siècle). Le *Florilegio medicinal* (1713) du frère jésuite Juan de Esteyneffer: un vade-mecum de médecine pour les missions de la Nouvelle-Biscaye". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Débats, puesto en línea el 6 de junio de 2017, consultado el 3 enero 2022.

CALAINHO, Daniela Buono. 2005. "Jesuítas e Medicina no Brasil Colonial". *Tempo* 10 (19): 61-75.

CARLINO, Andrea. 2009. "Style, langue, profession : quelques enjeux de l'irruption du vernaculaire dans la littérature médicale du XVI[e] siècle". En *Vulgariser la Médecine. Du style médical en France et en Italie*, coordinación de Andrea Carlino y Michel Jeanneret, 9-31. Ginebra: Droz.

CAVALLO, Sandra, y Tessa Storey. 2013. *Healthy Living in Late Renaissance Italy*. Oxford: Oxford University Press.

CHARTIER, Roger. 1994. *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.

CHARTIER, Roger. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.

CRUZ DE AMENABAR, Isabel. 1989. "La cultura escrita en Chile 1650-1820. Libros y bibliotecas". *Historia* 24: 107-213.

DARNTON, Robert. 2008. *Los* best sellers *prohibidos en Francia antes de la revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.

FLECK, Eliane Deckmann. 2014. *Entre a caridade e a Ciência: a prática missionária e científica da Companhia de Jesus (America platina, séculos XVII e XVIII)*. São Leopoldo: Oikos / Editora Unisinos.

DUDEN, Barbara. 1998. *The Woman Beneath the Skin: A Doctor's Patients in Eighteenth-Century Germany*. Cambridge: Harvard University Press.

FOSTER, George. 1987. "On the Origin of Humoral Medicine in Latin America". *Medical Anthropology Quarterly* 1 (4): 355-393.

GÄNGER, Stefanie. 2016. "In their own hands: domestic medicine and 'the cure of all kinds of tertian and quartan fevers' in late-colonial Lima". *Colonial Latin American Review* 25 (4): 492-511.

GRANJEL, Luis S. 1979. *La medicina española del siglo XVIII*. Salamanca, Universidad de Salamanca.

GUMILLA, Joseph. 1745. *El Orinoco ilustrado y defendido: historia natural, civil, y geographica de este gran rio y de sus caudalosas vertientes: govierno, usos, y costumbres de los indios sus habitadores, con nuevas, y utiles noticias de animales, arboles, frutos, aceytes, resinas, yervas, y raices medicinales*. Madrid: Por Manuel Fernandez.

KAY, Margarita Artschwager. 1977. "The Florilegio Medicinal: Source of Southwest Ethnomedicine". *Ethnohistory* 24 (3): 251-259.

KONTLER, Lászlò, Antonella Romano, Silvia Sebastiani, y Borbála Zsuzsanna Török, ed. 2014. *Negotiating Knowledge in Early Modern Empires: A Decentered View*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

LABARCA, Mariana. 2020. "Los libros de medicina en el Chile del siglo XVIII: tipologías, propietarios y dinámicas de circulación". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 47 (2): 343-369.

LAFUENTE, Antonio. 2012. *Las dos orillas de la ciencia. La traza pública e imperial de la Ilustración española*. Madrid: Fundación Jorge Juan y Marcial Pons Historia.

LAFUENTE, Antonio. 2001. "Enlightenment in an Imperial Context: Local Science in the Late-Eighteenth-Century Hispanic World". *Osiris* 15: 155-173.

LAFUENTE, Antonio, y María L. Ortega. 1992. "Modelos de mundialización de la ciencia". *Arbor* 142: 93-117.

LAFONT, Olivier. 2010. "Ouvrage de Dame et succès de librairie: les remèdes de Madame Fouquet". *Revue d'histoire de la pharmacie* 365: 57-72.

LLAMAS CAMACHO, Edith. 2017. "Jesuitas que sufren, plantas que alivian. Poderes ocultos contra la religión cristiana en las misiones del noroeste mexicano". En *De la circulación del conocimiento a la inducción de la ignorancia. Culturas médicas trasatlánticas, siglos XVI y XVII*, coordinación de Angélica Morales Sarabia, José Pardo-Tomás y Mauricio Sánchez Menchero, 49-72. México, DF: Centro de Estudios Lombardo Toledano y UNAM-CEIICH.

MCKENZIE, Don F. 2005. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.

MARQUES, Vera. 2004. "Instruir para fazer a ciência e a medicina chegar ao povo no Setecentos". *Varia Historia* 32: 37-47.

NICOUD, Marilyn. 2007. *Les régimes de santé au moyen âge. Naissance et diffusion d'une écriture médicale (XIII^e^-XV^e^ siècle)*. Roma: École française de Rome.

PERDIGUERO, Enrique. 2003. "Popularizando la ciencia: El caso de la medicina doméstica en la España de la Ilustración". En *La Ilustración y las ciencias*, edición de Josep Lluís Barona, Javier Moscoso y Juan Pimentel, 155-178. Valencia: Universitat de València.

PILLOUD, Séverine. 1999. "Mettre les maux en mots, médiations dans la consultation épistolaire au XVIII^e^ siècle: les malades du Dr Tissot (1728–1797)". *Canadian Bulletin of Medical History* 16 (2): 215-245.

PIÑERO, José María López et al. 1992. *Bibliographia medica hispánica, 1475-1950*, vols. I, II y III. Valencia: Instituto de estudios documentales e históricos sobre la ciencia, Universidad de Valencia-CSIC.

PORTER, Roy, ed. 1992. *The Popularization of Medicine, 1650-1850*. London, New York: Routledge.

ROMANO, Antonella, y Stéphane Van Damme. 2009. "Science and World Cities. Thinking Urban Knowledge and Science at Large (16th-18th century)". *Itinerario* 33 (1):79-95.

RUEDA, Pedro. 2014. "The Globalization of the European Book Market". En *Books in the Catholic World during the Early Modern Period*, edición de Natalia Maillard, 51-69. Leiden: Brill.

RUEDA, Pedro. 2010. "Las librerías europeas y el Nuevo Mundo: circuitos de distribución atlántica del libro en el mundo moderno". En *Leer en tiempos de la Colonia: imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, edición de Idalia García y Pedro Rueda, 113-135. México: UNAM/ Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.

SAFIER, Neil. 2015. "Livre et cultures écrites des sciences". En *Histoire des sciences et des savoirs*, vol. 1, edición de Stéphane Van Damme, 205-229. Paris: Éditions du Seuil.

SECHEL, Teodora Daniela. 2017. "Translations of Medical Texts of the Habsburg Monarchy in the Long Eighteenth Century". En *Translations in Times of Disruption*, edición de David Hook y Graciela Iglesias-Rogers, 147-171. London, Palgrave Macmillan.

SLATER, John, Maríaluz López-Terrada, y José Pardo-Tomás, ed. 2014. *Medical cultures of the Early Modern Spanish Empire*. Farnham, U.K.: Ashgate.

STOLBERG, Michael. 2011. *Experiencing Illness and the Sick Body in Early Modern Europe*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

VERA, Alejandro, Juan Guillermo Muñoz, y Luis Hachim. 2019. "La circulación del libro entre España y el virreinato del Perú a fines del siglo XVIII". *Revista de Indias* 79 (277): 827-861.

WARREN, Adam. 2009. "*Recetarios*: sus autores y lectores en el Perú colonial". *Historica* 33 (1): 11-41.

WEAR, Andrew. 2000. *Knowledge & Practice in English Medicine, 1550-1680*. Cambridge: Cambridge University Press.

WESTON, Robert. 2016. *Medical Consulting by Letter in France, 1665-1789*. London, New York: Routledge.

RAFAEL GAUNE CORRADI* | OLAYA SANFUENTES**

¿Qué es una nutria? ¿Qué es una luma? Forma de describir el conocimiento en el siglo XVIII (Concepción-Lima-Cádiz-Madrid)***

A partir de documentos resguardados en el Archivo General de Indias, Sevilla y en el Fondo Capitanía General del Archivo Histórico Nacional de Chile, sobre algunas solicitudes por parte de la Monarquía ibérica a fines del siglo XVIII de remesas de pieles de nutria para la comercialización en el Pacífico y de maderas de luma (árbol endémico de Chile) para construir palacios en Madrid, el capítulo discutirá el problema del valor simbólico de estos objetos en los circuitos comerciales, las prácticas materiales asociadas al traslado y los saberes útiles inscritos en la nutria y en la luma que transformaron esos objetos en "objetos de valor". Tanto la nutria[1], que es un espécimen foráneo a Chile y que se encuentra en abundancia en otras partes del mundo, y la madera de la luma que es endémica del sur de Chile y es escasa, necesitan de la producción de saberes locales en torno a las descripciones naturales que sustentan, por un lado, el mercado global de la nutria y, por otro lado, la construcción de un nuevo mercado en torno a una madera desconocida para las construcciones europeas.

¿Qué es una nutria? ¿Qué es una luma? Estas preguntas hoy nos llevarían a encender nuestros computadores y buscar en Google, lo que nos arrojaría toda la información

---

* Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile; Dissgea, Università di Padova, Italia. ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-7868-4380. *E-mail*: rgaune@uc.cl.

** Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile. ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-6951-1285. *E-mail*: osanfuen@uc.cl.

*** Este capítulo es parte del proyecto ANID Fondecyt Regular n° 1211183 (IR: Rafael Gaune Corradi).

1 Cabe destacar que la palabra "nutria" no designa una especie sino un conjunto de especies. En Chile, por ejemplo, existen dos nutrias que no son foráneas: *lontra felina* (chungungo) y *lontra provocax* (huillin). Entendiendo estas distinciones seguimos el uso de la palabra "nutria" que emerge en el documento analizado y que da cuenta precisamente de esa indefinición del concepto especie en el siglo XVIII.

disponible en la red sobre estas dos especies. Quizás más cercano a lo que queremos con este artículo es dejarnos llevar por el sugerente título del libro de cuentos de Raymond Carver, *De qué hablamos cuando hablamos de amor* ([1981] 2019), ya que lo que aquí nos interesa es dilucidar qué es una nutria y qué es una luma en el siglo XVIII. Esta pregunta involucra –desde la historia– un ejercicio de pesquisas epistemológicas, descriptivas y culturales que den cuenta de lo que se entendía por nutria y luma en esa época y, al mismo tiempo, de qué hablamos cuando decimos nutria y luma en el XVIII.

Ahora, ¿por qué esta pregunta por la definición y descripción de esos especímenes naturales en el siglo XVIII? La respuesta está en las nuevas demandas por conocimiento que esa centuria trae consigo y las características más específicas de estos requerimientos en el contexto del Imperio español. Con el cambio de dinastía desde los Austrias a los Borbones, influidos por las ideas ilustradas de enciclopedistas y las tensiones y las contradicciones que generan en América esas ideas, los nuevos administradores respiran un aire progresista y utilitarista, en búsqueda de la adquisición de nuevos conocimientos, clasificación del mundo circundante y necesidad de conocer para administrar en forma eficiente y eficaz a través de las expansiones de del libre comercio (Cavieres 1996).

Desde el punto de vista actual, podemos ver que esa forma de adquisición del conocimiento que se consolidaba en el siglo XVIII venía a reemplazar en forma definitiva a otras que habían prevalecido hasta entonces. A la autoridad de lo escrito en el texto como garante de la realidad y como repositorio al cual acudir cuando se descubrían cosas nuevas que había que acomodar a lo ya conocido, le sucede la experiencia. Si bien esta ya empezaba a utilizarse en las formas de conocer el mundo en el siglo XVI y se ve muy fortalecida en el siglo XVII, no será hasta el XVIII en que se instale como método para conocer la realidad y hablar de ella.

Desde la historiografía contemporánea podemos agregar que en aquel siglo XVIII las formas de recolección de especímenes naturales y las prácticas de manipulación y transformación de la naturaleza a través de las artesanías, la farmacéutica y el comercio, así como de las intervenciones de los estudiosos y los poderosos, constituyen parte central del nacimiento de la nueva filosofía empírica. Como muy bien dice Pamela H. Smith, la historia de la ciencia no es una historia de conceptos –o al menos no sólo eso– sino la historia de cómo se hacen y usan objetos para comprender el mundo (Smith 2014, 12). Algunos estudiosos ponderan bastante más la importancia del comercio y del pensamiento utilitario al describir el desarrollo de la ciencia dieciochesca en España y sus colonias. Helen Cowie argumenta que fue más bien el utilitarismo lo que orientó a la ciencia española. Agrega que esta fue de la mano del auspicio de la Corona, a diferencia de lo que ocurrió en Gran Bretaña y sus colonias, donde lo que prevaleció fue más bien el desarrollo de iniciativas particulares que llevaban a cabo las expediciones (Cowie 2011, 17).

En términos geográficos, buscar las definiciones de nutria y luma en los años del siglo XVIII, implica darle un merecido espacio a España y sus colonias en la construcción

del conocimiento y sus connotaciones culturales. Lumas y nutrias nos llevan a diversos circuitos de circulación y a diferentes agentes y prácticas desarrolladas, por lo que colaboran en la creación de una red sofisticada, una "empresa situada en el tiempo y en el espacio" (Livingstone 2003, 13), conformando un espacio geográfico cultural. La geografía donde se mueven nuestras nutrias es el espacio generado por su comercio, que logra aglutinar a España y sus puertos, El Pacífico de norte a sur, la costa este de Norteamérica, Rusia, China y Filipinas. Todos estos lugares tienen alguna injerencia en el comercio de la nutria y, por tanto, constituyen una geografía donde insertar nuestra pesquisa por su descripciones y valoraciones. En el caso de las lumas, el circuito de su circulación también genera un lugar histórico, dinámico y con diversos agentes involucrados: la zona de Concepción y sus cordilleras aledañas, por un lado, Valdivia y la isla de Chiloé, por el otro, constituyen lugares conocidos por sus maderas que se acopian para mandar al Callao y luego a Cádiz.

Partimos de la idea de que toda epistemología y todo conocimiento del mundo no corresponde a un ejercicio mental alejado y separado de lo que se hace y se practica en el mundo sensible que lo aborda y lo recepciona. La separación binaria y jerárquica entre mente y cuerpo, entre el pensar y el hacer, dificulta y más bien obstaculiza el abordar las formas de adquisición y generación de conocimiento epocales. Como historiadores debemos ser capaces de discernir las formas construidas de clasificar el mundo que cada época elabora para poder lidiar con una realidad interior y exterior. ¿por qué pensar que el mundo de lo maravilloso es menos real que el tangible en épocas medievales en que un monstruo puede generar el mismo pavor y estupefacción que un animal salvaje? Jacques Le Goff ya alertaba sobre este fenómeno cuando nos decía que, en el occidente medieval, el mundo de lo fantástico es incluso más extenso que el de lo que nosotros consideramos real. Un ejercicio similar podemos hacer hoy con el universo de lo milagroso o lo mágico asociado al mundo de la religión. ¿Son menos reales los Reyes Magos que visitan el 6 de enero a los niños creyentes y les traen regalos, solo porque nadie los ha visto?

Lo que nos interesa, entonces, son los ejercicios mentales y prácticas –colectoras, comerciales, artesanales, científicas– que los sujetos realizan para poder definir un objeto o cosa. Utilizaremos el término "cosa", para seguir las ideas de Tim Ingold (2013, 19-39) respecto a aquellos componentes de la naturaleza que pueden aparecer enteros o como fragmentos (el árbol de la Luma o una madera de Luma) aislados o en su entorno (una nutria recién cazada o la nutria del Pacífico Norte), solos o acompañados de otros. Las diferencias entre objetos y cosas que postula Ingold, provienen de lo que argumentara Heidegger. Los objetos están ya terminados, las cosas están siendo, incluso están siendo hoy en la medida que nosotros, investigadores, estamos intentando descifrar su identidad dinámica en un espacio complejo y en un tiempo amplio. Esta postura comulga, asimismo, con las ideas que propusiera Nelson Goodman respecto a las "maneras de hacer mundos", en que los marcos de referencia apuntarían más a los sistemas de descripción mismos que a aquello que estos describen. Esta postura conlleva el concepto

de pluralidad –y agregamos como historiadores que también conlleva dinamismo– respecto a las versiones correctas.

Los sujetos están inmersos en una serie de prácticas en que se relacionan con otros sujetos y con objetos y cosas que configuran sus identidades individuales y colectivas. Sujetos, objetos y prácticas conforman redes complejas capaces de constituir circuitos de circulación, nuevos espacios y nuevas identidades. Estas relaciones están tan enredadas, enlazadas y son tan dialécticas, que llevan incluso a que nos preguntemos si es el objeto o cosa (nutrias y lumas, en este caso) el que define al contexto o, más bien es este el que define al objeto. En suma, si queremos responder a nuestra pregunta inicial –de qué hablamos cuando hablamos de nutrias y lumas en el siglo XVIII–, debemos dejar de lado cualquier visión binaria entre cuerpo y mente, ideas y materias, y apelar más bien a las uniones inextricables entre cuerpo y materia para observar y comprender el funcionamiento y el método del pensamiento cognitivo.

Desde el ejercicio de la historia hoy, podemos hacer el intento de discernir las diversas definiciones que se otorgaban a estos objetos para describirlos y mostrar su lugar en el mundo del siglo XVIII. Al concepto de "construcción de mundos" de Goodman, podemos agregar otro que no lo anula y es el de vida social de las cosas de Arjun Appadurai (1991). Este propone estudiar la vida social de las cosas, atendiendo a los diversos regímenes de valor en que estas se desenvuelven y nosotros podemos aplicarlo a nuestros objetos/cosas y al problema de su descripción y conocimiento. Lo que se va constituyendo como una nutria y como una luma en el siglo XVIII es fruto de múltiples regímenes de conocimiento y enunciación que se encuentran y que se conjugan. Las formas tradicionales de describir estos objetos, los espacios por donde circulan, los registros visuales y narrativos que los inscriben, las prácticas a ellos asociadas, todos estos universos abordan a nuestros objetos/cosas en su intento por configurarlos y por dibujar sus contornos y connotaciones. Esto nos lleva a postular que estamos frente a un conocimiento en construcción, fragmentario y en circulación.

Conocimiento fragmentario: en construcción y en circulación

El conocimiento se construye por fragmentos. Esto significa que los insumos para constituir una definición de lo que son nutrias y lumas en el siglo XVIII son pedazos de información. Fragmentos que vienen de aquí y de allá, encarnados en registros administrativos, en descripciones orales de poblaciones aborígenes, en registros visuales o en la constatación escrita de la materialidad de pedazos del espécimen. Un caso interesante a este respecto es el proyecto enciclopedista que realizara el Obispo de Trujillo Baltasar Martínez Compañón (Gaune y Sanfuentes 2020), quien colabora en el proceso de conocimiento de las especies y objetos americanos a través de diferentes y complementarias iniciativas. El envío de cajones con objetos recolectados para satisfacer las demandas de Carlos III de España, un índice en que enumera y describe los cajones y los objetos que los componen y una serie de ilustraciones de las costumbres y objetos de su jurisdicción.

Todas estas fuentes nos permiten ir reconstituyendo las formas fragmentadas y complementarias de registro y adquisición del conocimiento del siglo XVIII.

Para poder hablar de nutrias en el siglo XVIII, una entrada bastante rica puede ser a través de la solicitud que hiciera un apoderado de la Real Compañía de Filipinas –el Superior Conde de San Isidro– al gobernador de Chile, Ambrosio O´Higgins. Le solicita información sobre "pieles finas de nutrias y cualquier otra especie de anfibios", con el objetivo de cotejar las posibilidades comerciales. Desde Lima, el 2 de agosto de 1792, podemos leer:

> Muy señor mío: para la real compañía de Filipinas pudiera servir de comercio de pieles finas de nutrias, y cualquier otra especie de anfibios que las venga de buena cantidad en esas cosas es opinión de que abunden estos animales y como ningún puede tener noticias más puntuales de ello que VS o a lo mejor mayor facilidad de adquirirlas en su modo que quede duda a la certeza conociendo también que en esto congratulo el celo de VS por el que notoriamente ha manifestado en cuanto puede contribuir al fomento de esas providencias a quienes precisamente resultara no poco beneficio del fisco si fuere posible entablarlo en este nuevo ramo; por estas consideraciones me he determinado a molestar a la atención de VS suplicándole que con la incursión que con su prolija atención haya adquirido, o la que pueda tomar desde ahora con [204v.] los mejores informes se sirva darme una razón la más circunstanciada extendiéndola no solo a cada especie en particular con la calidad de pieles de cada una, sino también a la cantidad que podrá proporcionarle, estación de tiempo y paraje en que pueden hacerse los acopios, y a la facilidad o dificultad de la pesca y si para ello será suficiente advertir a la gentes que puedan destinarse a ella, o sin ser necesario otro formato o disposiciones particulares, los costos que en este caso habría de impenderse y los precios a cual VS. juzgue que podría resultar las pieles más finas que son las únicas aparente para el destino. (AN, *CG*, vol. 613, 204v.-205)

A partir de esta fuente, haremos ejercicios de complementariedad documental con el objetivo de responder a la pregunta de qué se decía cuando se decía nutria en aquella época. En la fuente señalada, la información que se necesita de la nutria es de orden utilitario. Lo que se consigna para proyectar las potencialidades comerciales está estipulado y normalizado *a priori*: posibles cantidades, estación de tiempo y paraje en que pueden hacerse los acopios, el grado de dificultad o facilidad de "la pesca" del espécimen, los agentes que estarían involucrados en esta actividad y los precios que las pieles de nutria más finas podrían alcanzar. Como se puede apreciar, lo que interesa de una nutria está establecido con antelación y responde a los objetivos comerciales que en la época a ella se asocian.

Las respuestas de los diversos agentes regionales encargados del informe nos arrojan una rica información. Las autoridades responden echando mano de distintas fuentes: su propia experiencia, lo que los indígenas les manifiestan, la información que arrojan ciertas fuentes escritas citadas como autoridad en ese campo, así como muestras de especímenes que se suponen corresponden a las nutrias.

Un buen ejemplo a este respecto es lo que Francisco de la Mota, desde Linares, le informa al gobernador Ambrosio O´Higgins: frente a la negativa indígena de haber

conocido las nutrias, recurre entonces a la gramática chilena del padre Febres, quien habría dicho que el *quillín* sería la nutria. Acto seguido, imbuido por el objetivo comercial final del informe, comenta que hay otros animales en su jurisdicción que tienen pieles, tales como el *chinchimén* o gato marino, el *coipu* y *guillines*. Suponemos que guillines y quillines son el mismo animal. Haciendo explícito luego el objetivo comercial de la compañía de Filipinas, De La Mota sugiere tener también en cuenta las pieles de los lobos marinos "que abundan mucho más y también se usan y tiñen en este país, a más de aceite o grasa que rinde el mismo animal".

El nombre del *guillin* vuelve a aparecer en las respuestas regionales, así como también el de chichimén o gato marino. Este nombre deriva de la obra del Abate Molina, citado por los agentes locales en solicitud de pieles de nutria. Manuel de Gorostizaga, dice que este animal sería el *chungung*o y lo describe como anfibio que sale del agua cuando hay buen tiempo y es muy difícil de coger. Para poder tener éxito en su caza, hay que pegarle palos y pedradas y mejor aún si se utilizan armas de fuego.

El mismo de la Mota considera la muestra material como una forma de aportar a la petición. De la piel del que se cree es nutria– el quillín –, relata que ha adquirido y presenta dos muestras: "una enteramente trabajada (aunque no todavía con perfección) y otra trabajada solo por un lado para que se conozca su identidad". Tras la lectura de esta cita, uno se pregunta de qué es muestra la muestra, qué propiedades se relevan para que sea muestra de una piel de nutria. ¿Se estará refiriendo a sus cualidades formales o a sus cualidades internas? ¿Será el fragmento de quillín una muestra de la suavidad de la piel de nutria o será más bien muestra de su ductibilidad para su curtiduría? Según esta cita, pareciera ser muestra de la potencialidad de la piel de quillín de ser trabajada, cualidad que, probablemente, es la que más colabora en acercarla a la tan buscada nutria. En este caso, entonces, este objeto muestral puede considerarse símbolo de nutria. No obstante, en otras circunstancias, cuando el foco se pone en otra característica, la muestra es muestra de otras propiedades del todo.

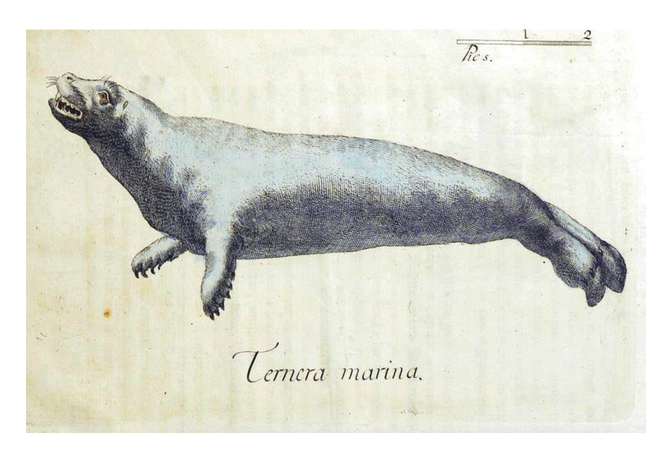
De las respuestas desde diversos lugares de la Capitanía general, podemos deducir que cuando se hablaba de nutria, se hablaba de algún animal que viviera en el agua (podía ser en el mar o en los ríos, lagunas y esteros) y que tuviera una hermosa piel. Se acomoda la pesquisa y la descripción a los fines comerciales del mandato y así, algunos animales que cumplieran con ciertas características pasan a conformar el universo de la nutria. El lobo marino vive, asimismo, en el mar y abunda en varias zonas. De La Mota repara en que sus pieles se usan y tiñen en este país y que además provee de aceite o grasa. Desde San Fernando, Gregorio Dimar también informa de animales cuya piel pueden dar beneficios comerciales y menciona tanto al quillín como al coipo y al lobo marino.

El ejercicio de asimilación de distintos animales a solamente uno que se quiere destacar entre un grupo que se supone comparte ciertas características, se da también en otras fuentes de época. En la *Colección de láminas que representan los animales y monstruos del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid: con una descripción individual*

de cada uno, de Juan Bautista Bru de Ramón (1784), se vuelven a buscar parecidos de animales marinos con la nutria. Los objetivos de esta compilación son supuestamente científicos y pretenden atender a las características físicas de ciertos animales y no a sus costumbres. Lo que al autor le interesa es describir con palabras e imágenes aquellas especies que se pueden acopiar de igual forma en el Real Gabinete. El autor agrega que sus láminas son exactas porque solo contienen lo que él puede apreciar con sus ojos. En el tomo I de esta obra, el autor describe a una "ternera marina"

> Es animal cubierto de pelo y semejante a los demás cuadrúpedos por la figura de su cabeza, cola y otras partes del cuerpo, pero difiere mucho por la conformación de pies y brazos. La parte anterior de la cabeza tiene mucha semejanza con la de la nutra (sic), porque el hocico es ancho y llano, la nariz un poco roma y apenas se perciben las orejas pues no se señalan sino por un pequeño tubérculo, que se eleva sobre el borde anterior de sus orificios, que se hayan poco más o menos sobre el medio de la longitud de la cabeza [...]. (1784, 3)

Los dibujos que acompañan la información del León Marino y de la ternera marina (**fig. 1**) –supuestamente parecida a la nutria– son muy similares. Un mismo modelo inspira estas representaciones visuales, proporcionándonos un animal que se despliega en forma horizontal en la página y mirando hacia la izquierda. Algunas pequeñas diferencias se aprecian en las patas y en la cabeza: el segundo es más peludo que el primero, pero el tamaño, forma del cuerpo y cabeza y dientes afilados, nos muestran animales muy parecidos.



1 "Ternera marina", publicada en Juan Bautista Bru de Ramón, *Colección de láminas que representan los animales y monstruos del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid*. En Madrid: en la imprenta de Andres de Sotos, 1784, lámina n° 2. Fuente: Universidad de Valladolid, repositorio documental. Url: https://uvadoc.uva.es/handle/10324/2092. Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Unported.

Si bien no tenemos informes de la misma naturaleza para otras regiones de la América Hispana del XVIII, otras fuentes avalan la importancia que adquiere la nutria entre los viajeros y agentes comerciales de la época. En territorio argentino, Manuel Machón, en su traducción de *Descripción de Patagonia* de Tomas Falkner (1775), habla de un animal llamado *yaguarú o yaguarich* "que en lengua de aquel país significa el tigre del agua. En la descripción de los indios se supone ser grande como un asno, de la figura de un lobo marino o nutria, monstruosa, con garras puntiagudas y dientes fuertes, las piernas gruesas y cortas, la lana larga, muy velludo, con la cola larga con disminución hasta la punta. Los españoles le describen de otro modo: con la cabeza larga, la nariz aguda y recta como la de un lobo, y las orejas derechas. Esta diferencia puede nacer de que su especie se haya visto pocas veces y aún entonces haya desaparecido tan repentinamente que no habrá dado lugar a examinarlo de que tal vez haya dos especies de este animal. Tengo por más segura esta última información, por haberlas recibido de personas de crédito y reputación. Encuéntrase cerca del río, echado sobre la arena, en donde oyendo el menor ruido, se arroja inmediatamente al agua".

Desde otras latitudes tenemos las descripciones que hiciera Pedro Lozano en *su Historia de la Conquista del Paraguay* (1873), y que se refiere a la nutria como un anfibio que habita ríos y lagunas y cuyo pelo "es tan largo y suave como si fuera de seda. De dicha piel hacen los infieles abipones capas para abrigo de su desnudez cosiéndolas a costa de mucha prolijidad, con tal pulidez, que admira justamente a quien sabe carecen de instrumentos de hierro y que las agujas para puntos tan curiosos solo son espinas del campo". Para Lozano, la nutria es una especie diferente al lobo marino –de los cuales hay muchos en el Río de la Plata– y a los capibaras, que parecen puercos de agua.

Francisco Clavijero, en su *Historia Antigua de México* ([1780] 1991), declara que la nutria es particular del Paraguay, Brasil, de la Guayana y el Orinoco y recibe nombres en vocablos indígenas tales como *kijá, cairo* y *nevi*. La valoración universal de la nutria a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX queda también de manifiesto en la prensa norteamericana. En un libro dedicado a mujeres se leen las siguientes descripciones:

> The *sea-otter,* first known in commerce in 1725, has an exceedingly fine, soft, close fur, jet black, and with a silken gloss in winter. It abounds in Bhering's Island, Kamtschatka, and the Aleutian and Fox Islands, as also on the opposite North American coasts. Sometimes it is taken with nets, but oftener with clubs and spears. It feeds on shell-fish. (*Godey's Lady's Book*, 1855)

Hablar de nutria en el siglo XVIII es hablar de su valor comercial. La piel de nutria fue determinante en las políticas comerciales de España con América a finales del siglo XVIII. Las ganancias obtenidas con las pieles de nutria en el Pacífico norte, hicieron pensar que esta especie moraría en toda la costa del gran continente americano.

A partir de 1774 se inaugura un período de interés estatal por este comercio. Antes de esta fecha, algunos navegantes españoles habían visto las posibilidades de intercambiar con los indígenas, pedazos de fierro, cuchillos y ropas viejas por pieles de nutrias

(Ogden 1932). Un nuevo proyecto toma forma con las ideas de Vicente Vasadre y Vega, quien el año 1784 le propone al virrey de Nueva España que se involucre en un comercio intercontinental de la nutria. El escenario comercial era el siguiente: los mineros mexicanos estaban cortos de azogue y China, en cambio, tenía mucho de este mineral que es imprescindible para la minería argentífera. Por otro lado, los mandarines chinos demandaban muchas pieles de nutria y de lobo marino. El proyecto, entonces, era traer pieles de nutria desde San Blas, llevar estas valiosas pieles hasta Acapulco y de ahí transportarlas en el galeón de Manila. Llegarían hasta Cantón, donde se intercambiarían por azogue. Interesado con este proyecto, Carlos III mandó a evaluarlo en 1785. Aceptó el proyecto y Vasadre obtuvo el monopolio de este comercio.

Toda esta figura comercial creada involucraba a varios agentes y dependía de muchos actores y factores para poder funcionar. Cualquier problema hacía peligrar el aparataje ya instalado. Algunos problemas surgieron desde el comienzo en la cadena de abastecimiento. Los indígenas, no acostumbrados a cazar nutrias, lo hacían solo con lanzas. Por otra parte, muchas veces no recibían las mercancías españolas que esperaban a cambio, por lo que debían acudir a los padres de las misiones religiosas para que mediaran a favor de ellos.

Con el tiempo, los padres no se sintieron cómodos con lo que Vasadre pagaba y veían que California no se estaba beneficiando mayormente con este comercio. El virrey hubo de intervenir regulando el comercio, pero, finalmente, el rey Carlos IV abolió el sistema Vasadre en 1790. Había ocurrido que la Compañía Filipina, así como los principales oficiales de gobierno en Manila solo velaba por sus intereses y no les agradaba el poder que tenía el comisionado Vasadre.

El valor comercial de este objeto/cosa tenía una larga data en el continente americano. Al comercio informal entre algunos colonos norteamericanos e indígenas de la costa este, se vino a sobreponer el establecimiento de la primera compañía inglesa de comercio de nutrias en 1670. Era la Hudson´s Bay Company, que durante más de un siglo no tuvo competencia, hasta que se estableció la Northwest Company. Fueron tantos los roces entre estas dos compañías, que terminaron fundiéndose en una sola.

A finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, el valor de la nutria estaba dado por la alta estima y precio que tenía entre los mandarines chinos, así como entre los hombres elegantes de Rusia. Para las mujeres no era tan adecuada la piel de nutria, porque pesaba mucho. Un marinero norteamericano de la época, involucrado en este comercio, decía que a él le daría más placer ver una bonita piel de nutria que ver la mitad de los cuadros de una exposición que solo los entienden los especialistas (Gough 1989).

La valoración de la nutria y los problemas suscitados en el Pacífico norte explican la necesidad de buscar nutrias en otros territorios del Imperio español. Es a la luz de este contexto, por tanto, que debemos leer las disposiciones administrativas que pedían pieles de nutria en el territorio de Chile.

Las lumas o lo "palos" de Chile

El conocimiento de las especies americanas desde las preocupaciones oficiales está marcado, en parte, por la valoración utilitaria que se les otorga en el siglo XVIII. Podemos decir, entonces, que cuando en la documentación oficial entre los agentes reales en la Península Ibérica y sus representantes en las colonias se describen las especies, no son todos sus atributos los que se subrayan, sino aquellos que son útiles a fines preestablecidos. De las maderas se pide dar información "de cada clase y su utilidad". Esto significa que deben relevarse sus cualidades para la construcción de navíos, carruajes, coches, muebles y otros artefactos. Cuando el rey pide que le manden maderas americanas a la metrópoli, los receptores de este mandato comulgan del espíritu utilitario del siglo XVIII y recogen, describen y remiten aquellos especímenes que sean útiles a las necesidades de la vida palaciega, como leemos en un breve texto de Francisco Sabatini a Antonio Valdés, fechado el 12 de noviembre de 1787:

> El rey me manda prevenir a VS pase a mis manos una noticia exacta de la exigencia de maderas que hay de cada clase, y su utilidad, o aplicaciones que puedan tener para que SM se sirva disponer de ellas si no son útiles para las obras del Real Palacio. Dios nuestro señor. (AGI, *IG,* 1546)

Muchos actores están involucrados en este levantamiento de información escrita y muestral de las maderas americanas. Para el caso del virreinato del Perú, por ejemplo, sabemos que, frente al encargo real de mandar a España, "desde Guayaquil y la Concepción las muestras de madera que cada provincia produce", un tal Antonio Casulo, desde Lima, se disculpa con el rey por no mandar toda la información necesaria para conocer las propiedades y comportamiento de las maderas. Las palabras que utiliza, escritas en marzo de 1788 desde Lima, reflejan lo que se espera que se describa cuando se manda una especie desde América. Casulo manifiesta pesar porque la relación que acompaña las muestras que manda:

> […] carece de la expresión necesaria para especificar todo lo que ocurre decir sobre cada una de las dichas muestras, pero como yo sé muy bien la prolijidad de VE y su penetración, me ha parecido bastante para que pueda formar concepto, sin embargo de que no quedo satisfecho pues deseaba remitir a VE peso del pie cubico en cada una de sus clases, y la de la resistencia que guardan más con otras, pero todo se me ha frustrado porque para esta operación sabe VE muy bien se necesitan otras prolijidades, y la elección de maderas a propósito, que como estas no se hallan aquí es imposible practicarlo, con todo permanezco en la idea de verificar mi proyecto y para ello tengo pedido varios trozos de madera a fin de que se saque de la mediación de los palos la cantidad que se necesita para formar la experiencia con las demás coincidencias oportunas, para que la operación se aproxime a lo cierto que sea posible. (AGI, *IG*, 1546).

Desde la Capitanía de Chile tenemos noticias de otros actores que habrían formado parte de este proyecto global de adquisición de especímenes y relaciones adjuntas para mandar a España. Para el caso de las maderas, Francisco Sabatini le escribe a Antonio

Valdés que el rey manda a pedir maderas que sean útiles para las obras del Palacio Real. Los ebanistas las convertirán en armarios, mesas, papeleras, marcos, gabinetes reales y otras obras así lisas como de embutido.

Famosas son las "maderas de la Concepción de Chile y sus cordilleras", también conocidas como "lumas" o "palos de Chile". Antonio Casulo repara en las posibilidades de la luma para fabricar "cañas de timón, cabos de herramientas, pernos de motorrería y para varas y ejes de coches y calesas". Casulo las describe como exquisitas, pero hay otros atributos que le restan excelencia a su utilidad. En los documentos oficiales se relata que "las mejores solo llegan las mayores de siete varas y media de largo y tres cuartas de circunferencia, pero que ninguna está bien recta y tendrán por consiguiente bastante desperdicio para labrarlas en tablones". El mismo Casulo que se disculpaba con el rey, se hallaba casualmente en Concepción cuando se hacía acopio de palos de luma y al verlas manifestaba que esas maderas no eran útiles para fines marinos; a lo que un maestro carpintero llamado Pedro Roche replicó que sí se podían usar para fabricar algunas piezas menores, tal como indica el gobernador Ambrosio O'Higgins en una carta a Antonio Valdés del 20 de abril de 1790, firmada en Santiago:

> Aquí el alférez de fragata don Antonio Casulo que se halló casualmente en Concepción al tiempo de la conducción de estas maderas, reconociéndolas tuvo por inútiles para los usos de la marina, aunque Pedro Roche, maestro carpintero de Rivera expreso tener aplicación para algunas piezas menores, y como su abundancia no es tanta que puedan hacerse grandes acopios, ni las dimensiones apreciables exclusivamente para destinos que no sean capaces de suplirse, con otras de diferente calidad, contempló que este hallazgo aventajara poco para las utilidades de la construcción. Estos árboles se encuentran en diversos parajes de dicha frontera pero no cercanos a los embarcaderos, en Valdivia son algo más abundantes sin mejorar de calidad lo que no sucede en Chiloé, de donde por mas corpulentos, y derechos se llevan a Lima comúnmente y tiene estimación para varas de carruajes que es lo que se suelen gastar también en esta ciudad las de Valdivia, cuyas circunstancias me ha parecido noticiar a VE por si importaren para su superior conocimiento, y por el eficaz deseo con que aspiro al entero cumplimiento de la real voluntad en esta materia. (AGI, *IG*, 1546).

Para construir embarcaciones, en cambio, Casulo refiere a la superior calidad del pellín y a la inferior del peumo para tales efectos. Quizás es la madera de pino la peor de todas, ya que no se le conoce jugo oleoso que los conserve y es tan pesado que "la valva que se hizo en el Puerto del Callao para su conservación se fue pique en la ocurrencia de la escuadra cuando vino a Chile".

Otro comentario respecto a las posibilidades de la luma la encontramos en lo que registraran los viajeros por la zona sur del continente sudamericano. En viaje por la costa oriental de la Patagonia, específicamente en el Río Negro, Basilio Villarino relata que mientras navegaba se encontró un palo de ½ varas de largo y palmo y medio de diámetro, labrado por los dos lados a lo largo con un hacha y otro instrumento. El piensa que este palo era el resto de una balsa, de aquellas "de las que gastan los indios para

barquear en la laguna de Huechum-lauquen". Cree que la madera es alerce, pero el marinero Bartolomé de Peña, quien era más experto en las producciones de la cordillera y de esas regiones, afirma que esa madera es la luma (Villarino 2002). Otro viajero de la época relata sus impresiones de los bosques chilotas y de sus maderas. De estas últimas dice que, si bien no son perfectas, sí son perfectamente útiles. Repara especialmente en la luma, cuya solidez la caracteriza y la convierte en útil para las piezas que requieren mayor consistencia.

Estos comentarios nos hacen pensar en la importancia de escuchar la voz de varios actores para poder hablar de una luma –y de cualquier otro espécimen– en el siglo XVIII. Las ideas preconcebidas del rey respecto de las especies americanas, la de los actores más burocráticos en territorio americano, la de los viajeros que son testigos de vista, la de los artesanos que trabajan la madera, son todas voces complementarias para comprender cómo se va definiendo y conociendo una especie.

Hablar de la luma en el siglo XVIII es hablar, asimismo, de las noticias que se tiene de la existencia de lumas más allá de Concepción. Se relata en algunos documentos que en la isla de Chiloé se dan unos árboles de luma más corpulentos y derechos que los del continente y que por eso se llevan a Lima estas maderas, ya que se estima que pueden durar mucho más y ser útiles en la confección de varas de coches.

Para continuar hablando de lumas en el siglo XVIII debemos atender, así como vimos con las nutrias, los circuitos de circulación del espécimen. Las lumas se recogen cerca de Concepción, en las cordilleras aledañas de esta ciudad y en la isla de Chiloé. Desde el puerto de Talcahuano, cercano a Concepción, se embarcan para el puerto del Callao. Tenemos noticias también de transporte de lumas al Callao desde Valdivia. Si bien este no es un puerto muy frecuentado en el siglo XVIII, las lumas salen de ahí al Callao y reciben desde Perú algunos tejidos de lana como ponchos y alfombras, que se transportan luego a Concepción. De Concepción, por su parte, llegan a Valdivia víveres y frutos (Jorge y de Ulloa 1985). Desde el Callao, anualmente, sale un navío que transporta enseres –y lumas– al puerto de Cádiz, en España. Desde ahí debe pasar por tierra a Madrid donde el rey quiere verlas personalmente antes de que se utilicen para muebles y otros enseres.

Cuando se habla de luma en el siglo XVIII, entonces, se habla de un tipo de madera americana, chilena, de una cierta zona del sur de la capitanía, que los agentes reales mandan desde las colonias para responder a las exigencias reales. Las lumas se mandan junto a otras especies como pellin, peumo, lingue, queule, coigue, avellano, pino, laurel, naigue y raulí. Se habla de luma para denotar una especie que es endémica de Chile y que por lo que en esa época se conoce, se cría en la zona de Concepción y sus cordilleras, así como en Valdivia y la isla de Chiloé. Es una madera muy dura, pero de la cual no se puede hacer gran acopio, ya que sus palos son cortos y no muy anchos. Las de Chiloé, no obstante, serían más gruesas y altas y por tanto, más útiles para los objetivos para lo que se necesitan en España en esa época.

Hablar de luma en aquel siglo es hablar tanto de la especie que vive en esas latitudes como de las varas que de ahí se obtienen, así como también de las muestras más pequeñas que se envían fijados con antelación. Del mismo modo, es referirse a un fragmento o "alguna porción" que permita descifrar y entender en modo discontinuo y fragmentario la utilidad de un conjunto. Todo el tránsito de actores, mediadores, descripciones, viajes, concluye con una muestra de una porción que arriba a Cádiz a la espera de seguir su tránsito a Madrid y convertirlas en "varas de coches" por su "mucha duración", como se deja registro el 30 de marzo de 1793:

> De varias muestras de maderas que vinieron de las que se crían en la Concepción de Chile, y sus cordilleras, se sirvió V.M. elegir la adjunta nombrada luma. A su consecuencia se mandó el presidente de Chile enviase alguna porción de ella, remitiéndole igual muestra lo que ha verificado en cantidad de cien piezas, manifestando que aunque se hicieron las más activas diligencias para que fuesen las mejores, con todo solo llegan las mayores a siete varas y media de largo y tres cuartas de circunferencia, pero que ninguna está bien recta y tendrán por consiguiente bastante desperdicio para labrarlas en tablones: añadiendo que en la isla de Chiloé se crían ,más corpulentos y derechos los arboles de esta madera, y que se lleva a Lima por la estimación que tiene por su mucha duración, y el uso que se hace de ella para varas de coches.
> Han llegado a Cádiz estas cien piezas remitidas por el virrey del Perú en la Fragata mexicana: y me ha parecidos hacerlo presente a V.M. para que se digne resolver si han de mandarse conducir todas, y si a Madrid o a este sitio. (AGI, IG, 1546)

Fuentes de Archivo

ARCHIVO NACIONAL HISTÓRICO DE CHILE (AN)

Fondo Capitanía General (CG), vol. 613, fls. 203-210v. En solicitud de pieles de nutria y otros anfibios, 1792

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, SEVILLA (AGI)

Indiferente General (IG), vol. 1546

Fuentes Impresas

BRU DE RAMÓN, Juan Bautista. 1784. *Colección de láminas que representan los animales y monstruos del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid: con una descripción individual de cada uno*, tomo I. Madrid: en la imprenta de Andres de Sotos. http://uvadoc.uva.es/handle/10324/2092

CLAVIJERO, Francisco Javier. (1780) 1991. *Historia Antigua de México*. México: Porrúa.

Godey's Lady's Book. "Furs for the Ladies, and How They are Obtained", January, 1855. https://archive.org/details/godeysmagazine50gode/page/104/mode/2up?q=%22Furs+for+the+Ladies%22

JUAN, Jorge, y Antonio de Ulloa. (1749) 1985. *Discurso y reflexiones políticas sobre el estado presente de la marina en los reinos del Perú*. Madrid: CSIC.

LOZANO, Pedro. (1745) 1873. *Historia de la conquista de Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires: Andrés Lama Editora Imprenta Popular.

Bibliografía

APPADURAI, A., ed. 1991. *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

CARVER, Raymond. (1981) 2019. *De qué hablamos cuando hablamos de amor*. Barcelona: Anagrama.

CAVIERES, Eduardo. 1996. *El Comercio Chileno en la Economía – Mundo Colonial*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso.

COWIE, Helen. 2011. *Conquering nature in Spain and its empire 1750-1850*. Manchester: Manchester University Press.

GAUNE CORRADI, Rafael, y Olaya Sanfuentes. 2020. "Recoger, encajonar, remitir. La 'Razón de las especies de naturaleza y de arte del Obispado de Trujillo' de Baltasar Jaime Martínez Compañón (1788)". *Temas americanistas* 45: 265-295.

GOODMAN, Nelson. 2005. *Maneras de hacer mundos*. Madrid: Editorial Antonio Machado Castellano.

GOUGH, B. M. 1989. "India-Based Expeditions of Trade and Discovery in the North Pacific in the Late Eighteenth Century". *The Geographical Journal* 155 (2): 215-223.

INGOLD, Tim. 2013. "Los materiales contra la materialidad". *Papeles de Trabajo* 7 (11): 19-39.

LIVINGSTONE, David. 2003. *Putting Science in its place: Geographies of Scientific Knowledge*. Chicago: Chicago University Press.

OGDEN, Adele. 1932. "The Californias in Spain's Pacific Otter Trade, 1775-1795". *Pacific Historical Review* 1, no. 4 (December): 444-469.

SMITH, Pamela H., Amy R. W. Meyers, y Harold J. Cook, eds. 2014. *Ways of Making and Knowing. The Material Culture of Empirical Knowledge*. Michigan: The University of Michigan Press.

VILLARINO, Basilio. 2022. *Diario del reconocimiento que hizo del río Negro en la costa oriental de la Patagonia*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante.

DANIELA SERRA*

Naturaleza chilena en el *Muséum national d'Histoire naturelle* de Francia. Claudio Gay y la empresa global de la Historia Natural

En julio de 1830 el francés Claudio Gay envió al gobierno de Chile una misiva en la que ofrecía sus servicios como naturalista. En ella, el joven científico comenzaba explicando que su motivación por el estudio de la naturaleza se remontaba a su más tierna infancia y que deseando aprovechar el fruto de esos trabajos, eligió como teatro de sus investigaciones la República de Chile[1]. Desde su arribo al país, hacía poco más de un año, el francés manifestaba haberse dedicado a recorrer los alrededores de la ciudad de Santiago recopilando especímenes naturales y estudiando la historia natural. Junto con dar cuenta de sus actividades, en la carta enviada al ministro del Interior Diego Portales, Gay señalaba que su ofrecimiento al gobierno tenía como fin

> […] satisfacer mi gusto científico, que fue el principal, o más bien diré el solo y exclusivo móvil de este viaje, y el deseo que tengo de hacerme útil, dando a conocer a la nación chilena las producciones de su industria y territorio, y poniendo a la vista de las otras un país muy poco conocido, pero sin embargo muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de su tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura[2].

* Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.
ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-0948-8298. *E-mail*: mdserra@uc.cl.

1 Carta de Claudio Gay a Diego Portales, [sin información], [anterior al 31 de julio 1830], ANC, Fondo Ministerio del Interior, vol. 51, fs. 35.

2 Carta de Claudio Gay a Diego Portales, [sin información], [anterior al 31 de julio 1830], ANC, Fondo Ministerio del Interior, vol. 51, 36v.

Gay buscaba conseguir el apoyo del Estado de Chile para la realización de sus expediciones, a cambio de escribir una completa obra sobre la historia natural del país y de organizar un Gabinete de Historia Natural en Santiago con el resultado de sus investigaciones[3]. Lo que resulta llamativo es que, así como en la cita anterior, en las futuras referencias que hizo Claudio Gay durante su estadía en Chile sobre las motivaciones que lo animaron a viajar a Sudamérica y las actividades que desarrolló en el país, dejó de mencionar un aspecto fundamental: la continua remisión de fragmentos del mundo natural chileno a París en su rol como corresponsal del *Muséum d'Histoire naturelle* de dicha capital. Durante los nueve años que estuvo dedicado a recorrer diversos rincones del país, Gay acopió, preparó y envió miles de especímenes naturales al epicentro del conocimiento científico natural europeo de la época, con la ambición de aportar con cada fragmento, "poco a poco casi la totalidad de lo que esta república [Chile] encierra de interesante" (Gay 2008, 187-188)[4].

En este sentido, recién arribado al puerto de Valparaíso a comienzos de diciembre de 1828, el joven organizó una primera remesa de ejemplares naturales americanos dirigidos al *Muséum d'Histoire naturelle*, inaugurando el tránsito de fragmentos naturales acopiados por Gay desde Chile hacia el museo. El 1 de enero de 1829 a las 17:00 horas partió del puerto chileno el buque de la marina real de Francia llamado *L'Adour* con destino al viejo mundo, transportando en su interior un cajón con "varios paquetes de plantas" que habían sido recolectadas por Gay en Río de Janeiro y Montevideo, dos de las principales ciudades en que ancló el buque que lo transportaba a Chile desde Brest, antes de su arribo definitivo al país (Feliú Cruz y Stuardo Ortiz 1962, 1)[5]. Un año más tarde, el 9 de diciembre de 1829, el naturalista remitió nuevamente una colección de plantas a París, dirigida a su profesor de botánica en el *Muséum* Adolphe Brongniart. El herbario estaba formado por plantas que había recopilado "en los alrededores de Santiago, y las que más de un viaje rápido, ya sea a orilla del mar, o en la cumbre de la cordillera me ha permitido recoger" (Feliú Cruz y Stuardo Ortiz1962, 1)[6]. Para el francés, un naturalista se diferenciaba de quienes por curiosidad recogían cosas que llamaban su atención, por cuanto no solo coleccionaban cosas excepcionales "sino que los estudian en su historia y construyen así, pacientemente, ese gran edificio al que, el ilustre Plinio y el elocuente Buffón, parecieran haberle dado los cimientos" (Gay 2008, 87). Según Gay, cada objeto del mundo natural colectado y enviado a sus profesores del museo en París aportaba a la

3 Carta de Claudio Gay a Diego Portales, [sin información], [anterior al 31 de julio 1830], ANC, Fondo Ministerio del Interior, vol. 51, 36-36v.

4 Carta de Claudio Gay a Profesores del *Muséum d'Histoire naturelle* (MNHN Fr), Valparaíso, 28 de diciembre 1828, citada en Gay 2008, 187-188.

5 Carta de Claudio Gay a Adolphe Brongniart, Santiago, 9 de diciembre 1829, citada en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz (1962, 1). Gay también pasó por Buenos Aires, donde señala no haber realizado recolecciones. A pesar de esto, en el catálogo del MNHN Fr en París aparecen algunos especímenes que habrían sido colectados por Gay en la capital argentina.

6 Carta de Claudio Gay a Alexandre Brongniart, Santiago, 9 de diciembre 1829, citada en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz 1962, 1.

construcción del conocimiento científico sobre la naturaleza, cuyos insumos constituían, precisamente, fragmentos de naturaleza que transitaban hacia Europa provenientes de diversos rincones del globo.

El envío de colecciones naturales a Francia, así como la correspondencia que sostuvo Gay con sus profesores en el *Muséum*, da cuenta de los vínculos que unieron al joven viajero con el epicentro europeo de las ciencias naturales, situándolo en una red científica trasnacional desplegada en gran parte del globo. A pesar de esto, llama la atención que al presentarse ante las autoridades del gobierno de Chile solicitando apoyo para su iniciativa científica, no refiriera a los lazos que lo conectaban con Francia. Este intercambio de especímenes y comunicaciones entre Santiago y París muestra, además, una de las características fundamentales del quehacer histórico natural de la primera mitad del siglo XIX: el carácter colectivo que tuvo esta empresa científica, que se sirvió de una la red de agentes distribuida en gran parte del globo que aportaron a la misión enciclopedista del museo francés (Ventura 2016). Esto, a pesar de la imagen que los propios naturalistas construyeron sobre sí mismos –y que la historiografía terminó por cristalizar– como protagonistas de hazañas individuales que cimentaron su reputación científica.

El siguiente capítulo tiene como objetivo problematizar la figura de Claudio Gay, considerado por la historiografía nacional como pionero de las ciencias naturales modernas en el país, al mismo tiempo que responsable de fundar el primer museo nacional de Chile. El francés ha sido ampliamente reconocido por los relevantes y amplios aportes que realizó en diversas ramas del conocimiento sobre Chile, especialmente en el estudio de su historia y naturaleza. Las investigaciones en torno a su figura y obra sintonizan con una historiografía de la ciencia centrada en la figura del genio cuyos descubrimientos superaban las doctrinas contemporáneas del contexto en que se desenvolvió (MacGregor 2018). Esta perspectiva comulga con una historia sobre museos y colecciones vinculada directamente con la biografía de sus fundadores y la empresa de formación y grandeza nacional (Podgorny y Lopez 2013, 16). Así, atraídos por la figura de Gay y la monumentalidad de su obra escrita[7], los historiadores han prestado menos atención tanto al carácter colectivo de su quehacer como a su pertenencia y vínculos con la tradición naturalista europea. Su permanente intercambio con los científicos del *Muséum d'Histoire naturelle*, mediante el envío de ejemplares naturales para aportar a la misión del museo galo de completar el catálogo de la naturaleza conocida del mundo, permitirá dar cuenta de los intereses que movilizaron al naturalista, y así problematizar el rol que cumplió Gay no solo en Chile sino también como agente de una de las instituciones científicas más prestigiosas de Europa. Las investigaciones que realizó el joven sobre la naturaleza chilena no solo sirvieron a los intereses del gobierno sudamericano, encabezando

---

7 Entre los años 1844 y 1871 Gay publicó en una serie de treinta volúmenes titulada *Historia física y política de Chile*, elaborados con la ayuda de colaboradores científicos europeos. De estos, ocho volúmenes estuvieron dedicados a la botánica, ocho a la zoología, ocho a la historia, dos a la estadística, dos a la agricultura y dos contenían ilustraciones de objetos naturales e indígenas, paisajes, escenas costumbristas y cartografía del país.

el proyecto científico nacional más relevante de la joven república. Al mismo tiempo, Gay aportó a la empresa científica europea, con miles de fragmentos que sirvieron para construir el conocimiento natural global, reafirmando su pertenencia dicha tradición y a la comunidad científica auspiciada por el Estado galo.

Naturaleza del mundo en París

El encuentro entre el viejo continente y el Nuevo Mundo a finales del siglo XV fue un acontecimiento que marcó una era, no solo porque surgió un nuevo escenario de naturaleza "exótica" a ser estudiada, sino también porque condujo a reconsiderar la mejor forma en que la naturaleza misma podría ser explorada (Daston y Park 2012, 147). Hacia finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX este interés se vio revitalizado gracias al fortalecimiento de comunidades científicas europeas las cuales, interesadas en el conocimiento del mundo natural americano, estimularon la recolección y tránsito de especímenes naturales hacia el viejo continente, para estudiar la naturaleza mediante la descripción de nuevas especies y su incorporación al catálogo de lo conocido. En un contexto de creciente competencia entre las monarquías del viejo mundo, Francia fue adquiriendo una posición gravitante como centro de producción del conocimiento científico natural, impulsada por el interés en hallar plantas y minerales desconocidos que tuvieran utilidad, primero a la monarquía y posteriormente al Estado republicano (Safier 2016, 273). Para ello el Estado francés patrocinó expediciones cada vez más extensas, las cuales incluían viajes hacia el interior de los territorios (Burkhard 2001, 330; Béraud 2010, 121-146). El *Muséum d'Histoire naturelle* de París, en particular, fue un activo promotor de este tipo de empresas científicas, las que sirvieron para completar las colecciones del museo con objetos naturales que, al mismo tiempo, eran investigados por los científicos asociados al mismo (Fox y Weisz 1980, 7)[8].

De esta forma, la historia natural, que en siglos anteriores se había forjado en bibliotecas y gabinetes con las herramientas bibliográficas de un académico, a comienzos del siglo XIX era una ciencia predominantemente observacional construida en base al encuentro personal y directo con el objeto de estudio, lo que tenía lugar tanto en los gabinetes como en los laboratorios, en viajes de exploración y en el trabajo de campo (Ashworth 2000, 95-96). Entre los naturalistas de la época, solo algunos tenían un ímpetu particular que los llevaba a abandonar el escritorio o gabinete para lanzarse a recorrer el mundo estudiando el entorno natural[9]. Este fue el caso de Claudio Gay, quien formó parte del grupo de naturalistas vinculados al *Muséum* que recorrieron diferentes rincones del mundo y de América a comienzos del siglo XIX. Gay señaló en diferentes

---

8 El museo parisino tenía como principal objetivo la investigación y difusión de la historia natural, la vida y las ciencias de la tierra. También fue un centro de enseñanza, mediante el sistema de aprendices y asistentes que integraban los laboratorios especializados o a través de clases públicas abiertas al público general.

9 De hecho, algunos de los más famosos, como por ejemplo Linneo o Buffón, nunca emprendieron viajes de exploración.

oportunidades haberse sentido desde muy joven inclinado por el estudio de las ciencias naturales y atraído por la idea de realizar viajes de exploración. Este interés lo condujo desde joven a emprender excursiones por los alrededores de Draguignan, su pueblo natal ubicado en la Provenza francesa (Stuardo 1973a, 234-235). El propio Gay se refirió en los siguientes términos a este temprano impulso por viajar:

> Desde que me consagré al estudio de estas ciencias que son verdaderamente sublimes nació en mí el deseo de viajar [...]. Apenas me sentí capaz de identificar unas cuantas plantas, mi pasión por la botánica me empujó a atravesar los límites severos de las montañas de los Alpes, del Delfinado, de Saboya y parte de Suiza. (Gay 2008, 88)

Junto con retratarse como un explorador aventurero, propio de la construcción narrativa que muchos naturalistas utilizaron para proyectar autoridad y credibilidad (Marcus 1994), lo cierto es que entre los 18 y los 20 años Gay se dedicó a recorrer la provincia de Var y parte de los Alpes Bajos, estudiando y recolectando especímenes. Fue durante esta época que el joven estableció los primeros contactos con otros científicos naturales: primero en un viaje que realizó a Marsella invitado por Joseph-Jean Soler, quien dirigía un pequeño grupo de naturalistas, y posteriormente con los jóvenes científicos Adrien-Henri de Jussieu y Achile Richard en su paso por Draguignan, con quienes se reencontraría más tarde en París (Stuardo 1973a, 234).

A la edad de 20 años Gay se trasladó a la capital francesa para continuar con su formación superior en farmacia y medicina, pero la asistencia a los cursos públicos dictados en el *Muséum d'Histoire naturelle* profundizaron su interés en el conocimiento de la historia natural. Asimismo, el deseo por viajar no lo abandonó por un instante y durante sus vacaciones aprovechó el tiempo para realizar algunas excursiones de herborización. Según un recuento posterior realizado por el propio naturalista, estos viajes lo llevaron a visitar Suiza, parte de los Alpes, Saboya, Piamonte, Sicilia, Grecia y algunas islas de Asia Menor (Stuardo 1973b, 329)[10]. Algunas de estas travesías fueron comisionadas por el propio museo, práctica recurrente llevada a cabo por la institución para enriquecer sus colecciones de objetos naturales (Stuardo 1973a, 235).

Estrategias para el aumento de las colecciones del *Muséum d'Histoire naturelle*

Desde mediados del siglo XVII en adelante el museo desarrolló diversas estrategias para colectar especies naturales de distintas partes del globo, como por ejemplo comisionar a jóvenes naturalistas como el propio Gay. Debido a lo limitado del presupuesto para financiar este tipo de iniciativas, los recursos debían distribuirse muchas veces en función de oportunidades particulares, por ejemplo, apelando a la buena voluntad de los viajeros que partían lejos. Así, por ejemplo, en la época en que Georges Louis Leclerc conde de

10 Carta de Claudio Gay dirigida al presidente de la Academia de Ciencias de París, París, 3 de febrero 1856. Archivos de *l'Academie des Sciences*, citada en Stuardo Ortiz (1973, 329).

Buffon dirigió el *Jardin du Roi* a mediados del siglo XVIII –nombre del *Muséum* previo a la Revolución Francesa–, se establecieron contactos regulares con funcionarios de las colonias quienes periódicamente remitieron objetos a París. Otros mecanismos utilizados para la adquisición de colecciones fue la organización de expediciones científicas y el otorgamiento de algún tipo de patrocinio a naturalistas particulares, como ocurrió con el propio Claudio Gay. Por su parte, la mayoría de los naturalistas anhelaban conseguir algún tipo de reconocimiento oficial que los vinculara con el *Muséum* y sirviera para recibir algún tipo de apoyo de dicha institución (Bourguet 1997, 166)[11].

La necesidad del museo por completar sus colecciones, sumado a las ansias de los naturalistas por asociarse a éste, condujeron entonces a la institucionalización de un sistema de apoyo a los científicos viajeros en las primeras décadas del siglo XIX. De esta forma, el 20 de febrero de 1819 se creó en el museo una Escuela de Jóvenes Naturalistas destinada a dar formación a científicos dispuestos a aventurarse por el mundo recolectando producciones naturales[12]. La escuela quedó bajo la dirección del director del museo y fue dotada de un presupuesto especial de 20 000 francos anuales. El presupuesto asignado por el gobierno central se destinó principalmente al financiamiento de misiones en el extranjero, al apoyo de viajeros particulares y a la adquisición de colecciones mediante la compra o reembolso de los gastos de envío a los corresponsales del museo (Milne-Edwards 1893, 10; Riviale 2000, 36-37)[13].

En este contexto, el museo habría comisionado algunos de los viajes que llevaron a Gay a recorrer parte de Europa y de Asia entre los años 1820 y 1828 (Barros Arana 1876, 273; Stuardo 1973a, 235). Estas exploraciones resultaron provechosas para el joven por cuanto le brindaron experiencia en el trabajo de campo y la posibilidad de ampliar sus redes con otros científicos. Así, por ejemplo, conoció al botánico italiano Juan Bautista Balbis, junto a quien herborizó en los Alpes franceses y visitó parte de Italia. Pero estas expediciones no fueron suficientes para satisfacer las ambiciones del joven naturalista francés, que anhelaba partir hacia regiones que fuesen desconocidas para la ciencia natural europea. Como él mismo expresó:

> Todavía me acuerdo con que alegría inmensa recorrí los Alpes franceses. Con el paso del tiempo, esa pasión ha crecido y se ha hecho más exigente. Llegando a París el deseo de realizar un gran viaje no me dejó un momento en paz. Durante estos seis años, todos mis trabajos no han sido otra cosa que estudios preparatorios destinados a poner en ejecución mi gran proyecto de partir. (Gay 2008, 90)

---

11 Durante el Antiguo Régimen Buffón creó el cargo de corresponsal del *Cabinet du Jardin du roi* asociado a una pensión de trescientas libras.

12 "Reglamentos relativos a los viajeros naturalistas". Archivos Nacionales, París: AJ15 565.

13 El destino de la primera promoción de naturalistas egresados de la escuela fue trágico, sobreviviendo tan solo 2 de los 6 que emprendieron viajes por el mundo. Dado los resultados poco auspiciosos, se decidió no continuar con la escuela. Más detalle en: Archivos Nacionales de Francia (ANF), F17 Ministère de l'Instruction publique, 3971 a 3973.

Como la mayoría de los naturalistas que salieron a recorrer el mundo, Gay deseó y provocó su partida (Laissus 1981, 306). Su motivación por viajar estaba íntimamente ligado a su interés en las ciencias naturales, las que, según él, habían progresado enormemente hacia finales del siglo XVIII precisamente gracias a los numerosos viajes científicos realizados a países lejanos (Gay 1833, 369). El carácter observacional adquirido por la historia natural imponía el contacto directo con el objeto de estudio. En palabras del francés: "El joven que se dedica a ella [la ciencia natural] está obligado a recorrer los campos y allí, el placer que lo embarga es tan fuerte que pronto los alrededores de su ciudad le quedarán estrechos y nuevas tierras lo llamarán a nuevas experiencias" (Gay 2008, 88).

Según un recuento del propio Gay, la primera oportunidad que se le presentó para salir del continente europeo fue viajar a la isla de Bourbon y posteriormente a América del Norte[14]. Fracasadas ambas posibilidades, en 1828 se enteró que en París se encontraba un aventurero francés llamado Pedro Chapuis reuniendo a un grupo científicos para viajar a Chile a formar parte de un nuevo colegio que comenzaría a funcionar en marzo de 1829 (Sagredo 2010, xii; Jaksic 2007, 188-189). El interés y oportunidad que significaba viajar a un país poco conocido por los naturalistas del viejo mundo, motivaron a Gay a aceptar la oferta de partir a Chile a desempeñarse como profesor de Química y Física (Gay 2008, 91). El joven científico advirtió desde un principio el potencial que significaba el viajar a un país poco conocido por los naturalistas del viejo mundo, a diferencia de otros lugares de América que habían recibido mayor atención, como México, Colombia y Brasil (Pinault 2005, 45)[15].

Chile en la mira de la historia natural europea

A diferencia de otros lugares de América, Chile comenzó a aparecer tímidamente en el radar de los científicos del museo de París. En consecuencia, más allá de algunas incursiones de viajeros franceses por las costas del reino a comienzos del siglo XVIII, el país no había sido objeto de expediciones científicas que se adentraran o permanecieran un tiempo considerable en el territorio. Con la reapertura de los mares a comienzos del siglo XIX, esta situación comenzó a cambiar, entre otras cosas, por la revitalización de los viajes de exploración y por la creciente atracción que suscitó esta desconocida y poco explorada región de América.

La necesidad del museo por completar sus colecciones con objetos naturales de distintos rincones del mundo llevó a aprovechar la presencia de diversos agentes del Estado francés dispersos por el globo dispuestos a acopiar y remitir fragmentos de los tres reinos de la naturaleza para ser estudiados en el museo. Para ello, los profesores del museo publicaron en 1818 un primer manual de "instrucciones para viajeros y empleados

14 Actual Isla Reunión.
15 Listado con viajeros franceses que recorrieron América en Moret 2005, 319-320.

coloniales sobre cómo recoger, almacenar y enviar objetos de historia natural" (*Muséum d'Histoire naturelle* 1818). El libro fijaba lineamientos para el acopio de producciones vegetales, animales y minerales, sirviendo de guía para la recolección, preparación, embalaje y etiquetado de colecciones naturales. Junto a esto, el documento incorporaba recomendaciones sobre ciertos objetos de particular interés para el museo, sugiriendo lugares para su acopio.

La incorporación de objetos naturales sobre Chile en estas primeras instrucciones, así como la inclusión gradual del país en las siguientes ediciones publicadas por el *Muséum* consecutivamente, muestran el paulatino interés que generó el país entre el círculo de científicos vinculados al establecimiento parisino[16]. En la primera edición, en la sección dedicada al reino vegetal, aparece una breve mención sobre Chile, indicando que la colección de plantas del museo se había enriquecido gracias al viaje realizado por el naturalista francés Joseph Dombey a Chile y Perú ente 1777 y 1784[17]. Pero, dado que la expedición había sido financiada por la corona española, el herbario formado por éste había tenido que compartirse entre España y Francia, razón por la cual el museo carecía de muchas de las plantas recogidas por el científico y que aparecían señaladas en sus notas (*Muséum d'Histoire naturelle* 1818, 34). Si bien en esta primera edición del manual no apareció ninguna referencia sobre la fauna o minerales chilenos, la incorporación del país en la parte botánica es significativa, evidenciando el incipiente interés de los profesores del museo en la naturaleza del país. De hecho, excepción de los herbarios formados por Saint Hilaire en Brasil, y los de Chile y Perú por Dombey, el resto de las regiones del continente sudamericano tenían escasa representación en las colecciones botánicas del museo y no aparecían entre los destinos de interés incentivados por los profesores.

Las sucesivas ediciones de las *Instructions pour les voyageurs*, efectuadas durante la primera mitad del siglo XIX, incorporaron cambios respecto del tipo de objetos solicitados y los procedimientos de recogida, embalaje, almacenamiento y envío de los productos[18]. De hecho, en la segunda edición de este manual publicada en 1824, si bien se mantuvo la referencia a Chile en la parte botánica, se incorporó también especies animales de interés para el museo, solicitándose ejemplares de guanaco, alpaca y vicuña (*Muséum d'Histoire naturelle* 1824, 19). En una edición posterior del manual publicada en 1829, se sumaron nuevas especies animales, requiriéndose todos los peces de mar y de agua dulce, el maullin y "la viscacha de Molina", la chinchilla "en piel, esqueleto y espíritu de vino", el pichiciago "conocido en las cordilleras de Chile"; y entre las aves las urracas, tangaras, colibríes y tucanes, entre otros (*Muséum d'Histoire naturelle* 1829, 30).

16 Por mucho tiempo fue común la asociación y confusión entre los territorios de Chile y Perú, evidencia sobre cómo desde Europa se dibujaron las fronteras naturales, políticas y culturales de esta región de América. Sobre las instrucciones para los viajeros franceses ver Collini y Vannoni 2005; Kury 1998.

17 Dombey participó de la Real Expedición Botánica al Virreinato del Perú (1777-1788) organizada por la monarquía hispana y encabezada por los españoles Ruiz y Pavón.

18 Estas instrucciones se publicaron en 1818, 1824, 1827, 1829, 1845 y 1860. Las modificaciones realizadas entre 1818 y 1829 no influyeron en la estructura general del texto, el cual se mantuvo casi idéntico.

Las diferencias en las siguientes ediciones respecto del tipo de objetos naturales requeridos se produjeron tanto como consecuencia de los viajes de exploración, los cuales abrieron nuevos horizontes para el estudio del mundo natural (Kury 1998, 86), como por el interés del museo por completar sus vastas colecciones, siguiendo el proyecto enciclopédico que orientaba a la institución y que la había convertido en el centro de investigación en historia natural más importante a nivel internacional (Lawrence 2000, 29; Limoges 1980, 212). De esta forma, junto con robustecer las colecciones del museo, las instrucciones aportaron a la estandarización de los procedimientos a los que fueron sometidos los objetos en el tránsito desde su lugar de acopio hasta su arribo al museo, difundiendo un modo de hacer ciencia a partir de la reunión e investigación de fragmentos del mundo natural.

Además de la paulatina aparición de Chile en los manuales del museo, la institución manifestó el deseo expreso de enviar a viajeros naturalistas para explorar y recopilar producciones naturales al país sudamericano. Una carta enviada en 1825 por los profesores del *Muséum* al ministro del Interior de Francia, señalaba que entre los diversos países que sería importante explorar en interés de la historia natural, Perú y Chile podían colocarse en primera fila. Lo anterior, considerando que esa parte de América había sido visitada por un número muy pequeño de viajeros, cuyas exploraciones además se remontaban a una época ya muy lejana. La misiva continuaba: "Convencidos de las ventajas que no podría dejar de tener para la ciencia y para el Museo un viaje de historia natural a un país tan rico y tan poco conocido, esperábamos desde hace largo tiempo la ocasión de enviar allá con seguridad a un viajero sobre cuyo celo y talento pudiésemos contar. Esta ocasión, señor, acaba de presentarse"[19].

Tal como queda de manifiesto en este documento, Chile y Perú el interés por explorar estos territorios sudamericanos movilizó a los profesores del museo a destinar recursos financieros para enviar a un naturalista a recorrer dichos territorios. La oportunidad apareció de la mano de un joven naturalista francés llamado Alcide d'Orbigny, comisionado en el año 1826 de forma extraordinaria por el museo como viajero naturalista para viajar por Chile y Perú, otorgándole la cantidad de 6000 francos anuales proveniente del fondo de viajeros naturalistas (Riviale 2000, 35-36). Tras embarcarse en Brest en julio del mismo año, d'Orbigny inició una travesía que, por circunstancias técnicas y políticas, modificaría el destino de sus exploraciones. Tras arribar a Chile en febrero de 1830 y, luego de recorrer durante dos meses las ciudades de Valparaíso, Santiago y sus alrededores, abandonó el país en abril del mismo año con destino a Perú y Bolivia (Béraud 2010, 131). Este cambio en el rumbo del viaje de d'Orbigny por Sudamérica allanó el camino para la venida de Claudio Gay a Chile.

---

19 Carta de la Administración del MNHN Fr. al Ministro del Interior, París, 25 de noviembre de 1825, ANF, F 17 Ministère de l'Instruction publique 3976, s.n.

Según el propio Gay, el entonces director del *Muséum d'histoire Naturelle*, el botánico y zoólogo René Desfontaines, junto a Adrien de Jussieu, botánico al que había conocido años antes en Draguignan y que ahora era profesor de botánica en el museo, lo convencieron de las ventajas que podría significarle un viaje a Chile (Stuardo 1973a, 240)[20]. De esta manera, si bien el proyecto de desempeñarse como profesor en Santiago le dio un impulso inicial al viaje, las ambiciones de Gay eran otras. Su interés en la historia natural y la práctica naturalista, sumado a las potencialidades que significaba el poder explorar Chile para cimentar su carrera como científico, lo llevaron a buscar apoyo oficial en el *Muséum*.

Claudio Gay: naturalista corresponsal del *Muséum d'Histoire naturelle* de París

Para obtener el patrocinio del *Muséum d'Histoire naturelle*, los profesores de botánica de Gay, De Jussieu y Achile Richard, redactaron una carta solicitando el apoyo el joven naturalista, dirigida a una comisión integrada por algunos de los científicos y catedráticos de dicha institución, la cual resolvía a qué naturalista le brindaba apoyo y en qué medida[21]. En ella solicitaron que le dieran a Gay "el título de Miembro Correspondiente [corresponsal] del *Muséum* para que pudiera conseguir de esa manera una suma capaz de pagar todos los gastos de mis viajes hacia el interior de las tierras" (Gay 2008, 92)[22]. La comisión encargada de verificar este requerimiento estuvo integrada por uno de los científicos más importantes de la época, el naturalista Georges Cuvier, promotor de la anatomía comparada y de la paleontología. Junto a él, formaban parte de ésta los profesores de mineralogía de Gay: Pierre Louis Antoine Cordier y Alexandre Brogniart (Gay 2008, 90; Stuardo Ortiz 1973a, 240). La elegibilidad de los candidatos y el monto asignado a cada viajero dependían de diferentes factores: el destino del viaje, la cantidad de colectas realizadas, el interés especial de algún profesor del *Muséum*, entre otros; y era una designación que podía renovarse anualmente. Por lo mismo, no era un apoyo que se daba por sentado, sino que el naturalista debía satisfacer las expectativas y necesidades del museo para que se renovara o incrementara el respaldo brindado. Los fondos destinados para estos efectos provenían del fondo anual de naturalista viajeros mencionado anteriormente y que era otorgado por el Ministerio de Instrucción Pública al museo desde 1818 y que ascendía a 20 000 francos anuales aproximadamente.

Debido al interés que había despertado Chile en la última década, sumado a la desviación en el rumbo de las exploraciones de d'Orbigny por Sudamérica, la partida de Gay

20 Carta de Claudio Gay dirigida al presidente de la Academia de Ciencias de París, París, 3 de febrero 1856, Archivos de *l'Academie des Sciences*, citada en Stuardo Ortiz 1973, 240.

21 Gay manifestó posteriormente, en una carta dirigida en 1856 al presidente de la Academia de Ciencias de París, que el botánico y zoólogo francés René-Louiche Desfontaines también le había sugerido viajar a Chile. Carta de Claudio Gay dirigida al presidente de la Academia de Ciencias de París, París, 3 de febrero 1856, Archivos de *l'Academie des Sciences*, citada en Stuardo Ortiz 1973, 2: 330.

22 Pareciera que "corresponsal" se ajusta mejor a la traducción del francés de la palabra *correspondant*.

hacia ese destino brindaba al *Muséum* una excelente oportunidad para estudiar la historia natural del país y aumentar su casi inexistente colección de especímenes chilenos. Por lo mismo, no es de extrañar que la solicitud de Gay fuese acogida favorablemente. De esta forma, el 3 de junio de 1828 se acordó otorgarle una suma de 900 francos para financiar el envío de colecciones naturales desde Chile[23]. En palabras de Gay, "cantidad que si bien parece exigua me fue extremadamente satisfactoria porque me prometía el cargo de viajero naturalista del gobierno que muchos profesores ya me habían dado la esperanza de conseguir" (Gay 2008, 94)[24].

Más que naturalista viajero, en realidad a Gay se le nombró corresponsal del museo. En el caso de los primeros, los profesores administradores del *Muséum* designaban a cada viajero las regiones a las que debían dirigirse, les daban las instrucciones sobre los objetos y las informaciones que debían recopilar y les otorgaban un financiamiento completo para cubrir todos los gastos de la expedición (Riviale 2000, 35)[25]. El título de corresponsal, en cambio, del que Gay fue beneficiario, era una antigua estrategia utilizada por el museo para financiar a viajeros independientes, al margen de todo marco científico oficial. Por lo mismo las asignaciones otorgadas a estos naturalistas apuntaban a cubrir solamente los gastos de envío de colecciones a París, y no a financiar la realización del viaje mismo. Los corresponsales eran un grupo heterogéneo de personas, la mayoría naturalistas, quienes se encontraban por diversos motivos en diferentes rincones del mundo. Estos representaban un potencial inestimable para los fines del museo, ya que aprovechaba las colectas que éstos pudieran realizar para nutrir las colecciones de dicha institución[26].

Recibir el título de corresponsal del *Muséum* les brindaba a los naturalistas apoyo científico, ya que recibían consejos técnicos, instrucciones particulares y mantenían estrecho contacto con los profesores del museo; a la vez que un respaldo moral, en la medida que el título de corresponsal era percibido como una especie de reconocimiento oficial; finalmente, en algunos casos se traducía en una ayuda financiera que permitía solventar algunos de los costes del transportes de las colecciones hacia el viejo mundo (Riviale 2000, 52). En el caso de Claudio Gay su nombramiento como corresponsal del museo le dio acceso a todo lo anterior. Además del financiamiento para el envío de

---

23 Comunicación del ministro del Interior a los profesores–administradores del MNHN Fr, París, 3 de junio 1828, ANF, F 17 Fr, Ministèrie de l'Instruction publique [Comptabilité: fonds des voyageurs naturalistes. 1820-1845], F17 3971, leg. 88, s.n. Barros Arana confirma este nombramiento (1876, 274). Béraud, equivocadamente afirma que en 1828 el título de corresponsal del museo le fue negado a Gay, pero que se lo otorgaron en 1830 (2010, 134).

24 En comparación con los 6000 francos asignados a d'Orbigny, el monto otorgado a Gay era reducido, ya que buscaba cubrir más que nada los gastos de envío.

25 Este fue el caso de Alcides d'Orbigny, a quien en 1825 se le otorgó una suma de 6000 francos por un período de tres años, duración y monto que luego serían modificados. Reglamentos relativos a los viajeros naturalistas, París, [sin información], ANF, AJ 15 Muséum d'Histoire naturelle, 565, s.n.

26 Entre los viajeros franceses que recorrieron Sudamérica en condiciones similares a las de Gay se encuentran Charles Gaudichaud, Hugh Algernon Weddell, Edouard André y Théodore Ber.

colecciones hacia París, mantuvo un estrecho contacto con sus profesores, de quienes recibió permanente ayuda y colaboración. De Adolphe Brongniart, por ejemplo, recibió orientaciones respecto a la colección de rocas de Santiago y de Alexandre Brongniart, instrucciones para la recolección de insectos[27]. Además, mantuvo con científicos dentro y fuera del museo, entre ellos Adrien de Jussieu, Agustin-Pyramus de Candolle, Henrie-Merie Ducrotay de Blainville, Elie de Beaumont, entre otros.

Como corresponsal, Gay pasó a integrar el amplio listado de agentes asociados al museo, que aportaron al proyecto enciclopedista de museo galo estableciendo una red de circulación de objetos de natural desde diferentes partes del mundo hacia Europa. Así lo evidencia, por ejemplo, uno de los tempranos envíos que hizo Gay desde Chile. En diciembre de 1829, el naturalista remitió una colección de rocas a quien había sido su profesor de geología en el museo parisino, el célebre mineralogista y químico Alexandre Brongniart. En la carta que acompañaba las muestras minerales, el naturalista manifestaba:

> Desde hace siete meses que vivo en esta ciudad me he ocupado sin interrupción de la geología de sus alrededores, y a pesar de mis ocupaciones particulares, y sobre todo de las guerras intestinas que atormentan a este país, poseo sin embargo una buena serie de observaciones que bastarán para dar a conocer estas comarcas tan poco visitadas por los naturalistas. (Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, 1962, 2)

Además del apoyo económico y científico, el contar con el respaldo y auspicio de una de las instituciones científicas más prestigiosas del mundo y pasar así a integrar el selecto grupo de naturalistas vinculados al museo, era algo invaluable para un joven científico como Gay[28]. Y así lo reconoció él mismo. En una carta enviada a Adrien de Jussieu, el naturalista le solicitó lo siguiente: "Cuando Ud. me haga motivo de una comunicación, tenga la bondad de agregar a su carta mi nombramiento de naturalista viajero del Museo de Historia Natural. Esta pieza me será siempre de gran utilidad" (Feliú Cruz y Stuardo Ortiz 1962, 8)[29]. Como queda de manifiesto en la cita, Gay reconoció explícitamente la utilidad de ser reconocido entre los científicos europeos como parte de los naturalistas asociados al museo. De hecho, posiblemente fue este patrocinio lo que terminó por convencer a Gay de partir a Sudamérica.

---

27 Rocas de Santiago clasificadas por Alexandre Brongniart y enviadas por M. Riero a C. Gay, [sin información], ANC, Fondo Claudio Gay, vol. 56, leg. 27, fs. 65; Instrucciones para la recolección de insectos, [sin información], ANC, Fondo Claudio Gay, vol. 56, leg. 31, fs. 69; Instrucciones de Alexandre Brongniart para la recolección de material científico, [sin información], ANC, Fondo Claudio Gay, vol. 56, leg. 32, fls. 70-71.

28 Entre los corresponsales más célebres del *Muséum* se encontraban Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland quienes, si bien recorrieron América como viajeros independientes, enviaron parte de sus colectas al museo en París. Lista de corresponsales del MNHN Fr, [sin información], ANF, AJ 15 Muséum d'Histoire naturelle [Voyageurs naturalistes: instructions et enseignement, rapports, indemnités, dossiers personnels. 1791-1922], 566, s.n.

29 Carta de Claudio Gay a Adrien de Jussieu, Burdeos, 18 de diciembre 1833, citada en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz 1962, 8.

La historiografía relativa a Gay, centrada hasta hace poco casi exclusivamente en su trayectoria en Chile, no establecido fehacientemente el vínculo que unía a Gay con el museo en París. En efecto, esta relación ha sido consignada en diversas ocasiones sin otorgarse mayores antecedentes, dando cuenta solo de algunas de las circunstancias que lo hicieron viajar al país y las razones de los constantes envíos de ejemplares de historia natural hacia Francia (Barros Arana 1897, 274; Fuenzalida 1944, 7; Sagredo 2010a, xxi; Sagredo 2010b, ix-xiv; Muñoz-Schick 2010, xi; Schell 2013, 48). Su nombramiento como corresponsal, por lo tanto, permite comprender el motivo tras el envío de colecciones naturales chilenas al establecimiento francés, el que se explica por el vínculo oficial y permanente que mantuvo Gay con el *Muséum* durante su larga permanencia en Chile. Asimismo, el respaldo financiero, científico y técnico que le significó este título inscribió a Gay en un contexto científico trasnacional que se caracterizó por la búsqueda de nuevas especies naturales para incorporar al catálogo de lo conocido, rol que fue determinante en su trayectoria científica, tanto en Chile como en Europa, aunque por razones diversas.

A diferencia de lo significó para Gay este nombramiento en sus relaciones con la comunidad científica francesa, en Chile el título de corresponsal jugó una suerte diferente. Una vez arribado a Valparaíso, en diciembre de 1828, apareció en el periódico *La Clave de Chile* una nota que daba a conocer el contingente de profesores franceses que se integrarían al recién creado Colegio de Santiago. Sobre Gay la nota indicaba lo siguiente: "doctor en ciencias. Miembro de varias sociedades sabias, corresponsal del Museo y profesor de Física, Química e Historia Natural"[30]. Acentuando su vinculación con el establecimiento francés, la nota presentó por primera vez en Chile al joven francés. Contrario de lo que pudiera pensarse, en adelante y durante el tiempo de su estadía en Chile, no se ha encontrado otra referencia respecto de las credenciales que vinculan a Gay con el museo. Si bien las razones de esta omisión en el escenario nacional permanecen inciertas, una posible explicación podría encontrarse en su aspiración por conseguir apoyo económico del gobierno chileno para sus estudios científicos en el país. En efecto, cuando en julio de 1830 el francés presentó su carta a las autoridades del país solicitando el auspicio del gobierno para sus investigaciones, el joven no incluyó referencia alguna relativa al cargo que cumplía como corresponsal del museo parisino, así como tampoco respecto de los envíos de colecciones naturales a París realizados desde su llegada a Chile[31]. De esta manera, resulta interesante constatar que el naturalista no solo jugó para el conocimiento nacional de la ciencia y el territorio de Chile sino también como agente para el conocimiento global de la historia natural. Su credencial como corresponsal y el

---

30 *La Clave de Chile*, Santiago, 11 de diciembre 1828 y 17 de febrero 1829, y *Gaceta de Chile*, Santiago, 31 de diciembre 1828. Citado en Sagredo, "Los Documentos de La 'historia' de Gay: La Confirmación de Su Método Histórico", xiii.

31 Carta de Claudio Gay a Diego Portales, [sin información], [anterior al 31 de julio 1830], ANC, Fondo Ministerio del Interior, vol. 51, fls. 35-36v.

apoyo brindado por el *Muséum*, más que servirle ante los chilenos, le permitió participar de una comunidad científica trasnacional que, si bien tenía su epicentro en París, se desplegó por todas partes del globo.

En una carta que remitió a Paris junto a un cajón colecciones naturales, el propio Gay señaló a los profesores del *Muséum d'Histoire naturelle* parte de las intenciones que guiaban la remesa de estos objetos:

> […] les ruego tengan a bien guardar todo lo que yo tendré el placer de enviarles deseando reservarme el derecho de publicar el fruto de mis observaciones y mis penas. No me refiero a los autores de monografías y todavía menos a ustedes Señores quienes, desde todo punto de vista, podrán gozar libremente de todo lo que envíe. (Gay 2008, 188)

Como corresponsal, al igual que el resto de los agentes del museo en el mundo, el francés debía remitir especímenes naturales que serían examinados y descritos por los científicos del museo (Olivier 2006, 176). Igualmente, Gay solicitó a sus profesores algún tipo de resguardo para poder él mismo realizar algunos estudios a partir de los objetos colectados. Este tipo de reclamaciones de legitimidad y autoría fueron frecuentes, considerando los problemas que la distancia de los naturalistas viajeros con los naturalistas de gabinete generó en la atribución del crédito por los hallazgos realizados en el trabajo de campo (Livingstone 2014, 27). En el caso de Gay, éste temía que sus colecciones cayeran en manos de oportunistas que podían aprovecharse para publicar a base de su trabajo y esfuerzo –práctica bastante extendida en aquella época– (Delprete, Forneris y Pistarino 2002, 631). Al mismo tiempo, el joven reconocía la incumbencia que los científicos del museo tenían sobre las colecciones que llegaban a esta institución:

> Aún más, será para mí un deber comunicarles mis observaciones sobre tal o cual objeto y yo estaré feliz si de esa manera puedo ser útil a las personas que tanto han contribuido con sus consejos y sus lecciones al bienestar de mi vida. Feliz si con mi dedicación y mis viajes logro enriquecer el *Museum* del Rey, esa institución única que frecuento desde hace siete años siguiendo sus cursos con asiduidad. (Gay 2008, 188)

De hecho, parte de las plantas que acopió en Río de Janeiro y Buenos Aires y que fueron enviadas a Adolphe Brongniart, profesor de botánica del museo (Feliú Cruz y Stuardo Ortiz 1962, 1)[32], aparecieron mencionadas en la obra Flora Brasiliae Meridionalis elaborada por los botánicos Adrien de Jussieu, Auguste Saint-Hilaire y Jacques Cambessèdes (Saint-Hilaire, De Jussieu y Cambessèdes 1832, 57)[33]. Gay concluyó la carta dirigida a sus profesores anticipando nuevas colecciones, fragmentos naturales que servirían para

---

32 Carta de Claudio Gay a Adolphe Brongniart, Santiago, 9 de diciembre 1829, citada en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz 1962, 1.

33 Anécdota relatada por el mismo Gay en Presentación a la Academia de Ciencias en marzo de 1833, citado en Stuardo Ortiz 1962, 155.

completar la naturaleza chilena en Europa (Gay 2008, 187). Y así fue. Asentado en Chile el naturalista realizó recurrentes envíos a sus profesores del museo[34]. Las colectas de objetos naturales chilenos y su remisión a París en los años siguientes parecieron complacer y entusiasmar a los científicos del museo, ya que el apoyo inicial brindado por la institución a Gay fue renovado en los años venideros, aumentando el monto otorgado al joven para la remesa de colecciones naturales chilenas[35]. De esta forma, si bien entre los años 1828 y 1833 su asignación osciló entre los 300 y 900 francos anuales, a partir de 1834 el monto se elevó a 2000 francos, llegando a ascender a los 4000 de francos anuales en el año 1838[36]. Las gratificaciones regulares del Muséum a Claudio Gay se prolongaron durante gran parte de su estadía en Chile, finalizando en el año 1840. En adelante, el naturalista recibió retribuciones por entregas puntuales como, por ejemplo, la de un herbario con 2230 especímenes procedentes de Chile y Perú remitido en enero de 1843 al establecimiento[37].

El permanente envío de colecciones a París y los contactos que mantuvo con diferentes naturalistas en Europa, ilustra el vínculo que mantuvo Gay con el museo como corresponsal, así como también el interés que despertó Chile en el concierto internacional de la historia natural. El título de corresponsal del museo parisino fue sin duda crucial en las relaciones que mantuvo el viajero con la comunidad científica francesa, al mismo tiempo que reafirmó su pertenencia a la tradición naturalista europea. Junto a esto, los especímenes naturales remitidos a París permitieron enriquecer la deficiente colección de objetos naturales chilenos del museo galo, aportando así al catálogo de la naturaleza americana conocida en Europa. Gay formó parte de un extenso grupo de naturalistas que, repartidos en diferentes lugares del mundo, durante la primera mitad del siglo XIX percibieron financiamiento del *Muséum* para financiar sus viajes o para indemnizar a los viajeros por sus envíos. De esta forma, el museo y sus profesores articularon un sistema que contó con numerosos agentes y que se extendió por gran parte del globo y que se basó en el estímulo a la recopilación de fragmentos de los diversos reinos de la naturaleza y su tránsito hacia Paris para ser clasificados, aportando así al cuadro general del conocimiento de la naturaleza del mundo.

---

34 En la actualidad el *Muséum national d'Histoire naturelle* alberga aproximadamente 150 especímenes producto de las colectas realizadas por Gay en Río de Janeiro, casi una veintena de ejemplares reunidos en Montevideo en el año 1828 y tres plantas acopiadas en Buenos Aires, que habría remitido a Richard.

35 A partir de la consulta de los registros del *Muséum d'Histoire naturelle*, Claudio Gay habría donado al menos 5000 ejemplares naturales al museo, de los cuales 4500 pertenecían a Chile. El resto provino de Perú, Brasil y Uruguay.

36 Según lo que se pudo constatar, la asignación anual brindada por el museo fue otorgada hasta 1838. El detalle completo en: ANF, F17 Ministèrie de l'Instruction publique [Comptabilité: fonds des voyageurs naturalistes. 1820-1845], 3971, legs. 88, 91, 97, 108, 112, 115 y 118; ANF, AJ 15 Muséum d'Histoire naturelle [Voyageurs naturalistes: distribution de fonds, 1835-1857], 240, s.n.

37 "Botanique, Entrées-Sorties (1833-1864)", Biblioteca del *Muséum national d'Histoire naturelle* (MHNH Fr) [Bibliothèque Botanique], vol. 1, 1833-1864, s. n. Carta de la Administración del MNHN Fr. al Ministro del Interior, París, 25 de noviembre de 1825, ANF, F 17 Ministèrie de l'Instruction publique 3976, s.n.

En este sentido, la reputación de Claudio Gay en Europa se construyó, primeramente, a partir de las evidencias materiales de su trabajo como naturalista de campo en Chile y las aportaciones que hizo de objetos naturales a científicos europeos y a las colecciones del propio museo[38]. En Sudamérica, en cambio, la omisión de sus credenciales como corresponsal del *Muséum* posiblemente formó parte de las estrategias del naturalista en su naciente carrera como científico en Chile. La figura de Claudio Gay y su aporte a las prácticas y conocimientos científicos naturales se configuró entonces, no solo en relación con su trayectoria y aportes al conocimiento nacional de la naturaleza, territorio e historia de Chile, sino también en función de su rol como agente del Estado francés en la empresa global del conocimiento natural europeo, incorporando a la tradición naturalista europea el saber sobre la naturaleza chilena.

Fuentes de archivo

ARCHIVOS NACIONALES DE FRANCIA (ANF)

Fondo Claudio Gay, vol. 56, leg. 27, fs. 65.

Fondo Claudio Gay, vol. 56, leg. 31, fs. 69.

Fondo Claudio Gay, vol. 56, leg. 32, fs. 70-71.

Fondo Ministerio del Interior, vol. 51, 35-36v.

Ministèrie de l'Instruction publique, F. 17, 3971 a 3973.

Ministèrie de l'Instruction publique, F. 17, 3976, s.n.

Muséum d'Histoire naturelle [Voyageurs naturalistes: distribution de fonds, 1835-1857], AJ 15, 240, s.n.

Muséum d'Histoire naturelle, AJ 15, 565, s.n.

BIBLIOTECA DEL *MUSÉUM NATIONAL D'HISTOIRE NATURELLE* (MHNH FR)

[Bibliothèque Botanique], vol. 1, 1833-1864, s.n.

Fuentes Impresas

DE JUSSIEU, Adrien. 1833. "Rapport sur la partie botanique du voyage de M. Gay au Chili, par M. Ad. De Jussieu". *Archives de Botanique* 2: 176-187.

DUCTOTAY BLAINVILLE, Henri-Marie. 1833. "Rapport sur la partie zoologie du voyage de M. Gay". *Procès-verbaux des séances de l'Académie (Académie des sciences)* 10: 293-296.

GAY, Claudio. 1833. "Aperçu Sur Les Recherches d'histoire Naturelle Faites Dans l'Amerique Du Sud, et Principalement Dans Le Chili, Pendant Les Années 1830 et 1831". *Annales Des Sciences Naturelles* 28: 369–393.

GAY, Claudio. 2008. *Claudio Gay. Diario de Su Primer Viaje a Chile En 1828.* Santiago: Ediciones Fundación Claudio Gay.

38 Ejemplo de esto son los informes sobre los trabajos de Claudio Gay elaborados por científicos franceses y presentados en la *Académie des sciences* en 1833. Ver: Brongniart 1922, 302-305; De Jussieu 1833, 176-187; Blainville 1833, 93-296.

MUSÉUM D'HISTOIRE NATURELLE. 1818. *Instructions Pour Les Voyageurs et Pour Les Employés Des Colonies Sur La Maniere de Recueillir, de Conserver et d'envoyer Les Objets d'histoire Naturelle. Rédigées Sur l'invitation de Son Excellence Le Ministre de La Marine et Des Colonies Par l'administr*. París: Imprenta A. Belin.

MUSÉUM D'HISTOIRE NATURELLE. 1824. *Instructions Pour Les Voyageurs et Pour Les Employés Des Colonies Sur La Maniere de Recueillir, de Conserver et d'envoyer Les Objets d'histoire Naturelle. Rédigées Sur l'invitation de Son Excellence Le Ministre de La Marine et Des Colonies Par l'administr*. París: Imprenta A. Belin.

MUSÉUM D'HISTOIRE NATURELLE. 1829. *Instructions Pour Les Voyageurs et Pour Les Employés Des Colonies Sur La Maniere de Recueillir, de Conserver et d'envoyer Les Objets d'histoire Naturelle. Rédigées Sur l'invitation de Son Excellence Le Ministre de La Marine et Des Colonies Par l'administr*. París: Imprenta A. Belin.

SAINT-HILAIRE, Auguste, Adrien de Jussieu, y Jacques Cambessèdes. 1832. *Flora Brasiliae Meridionalis*. Tomo III. París: Imprenta A. Belin.

Bibliografía

ASHWORTH, William. 2000. "Emblematic Natural History of the Renaissance". En *Cultures of Natural History*, edición de Nicholas Jardine, James Secord y Emma Spary, 17-37. Cambridge: Cambridge University Press.

BARROS ARANA, Diego. 1876. *Don Claudio Gay, Su Vida i Sus Obras: Estudio Biográfico i Crítico*. Santiago: Imprenta Cervantes.

BERAUD, Gilles. 2010. "Alcide d'Orbigny. Condiciones de Un Viaje Científico a La América Meridional". En *Ciencia-Mundo. Orden Republicano, Arte y Nación en América*, edición de Rafael Sagredo, 121-146. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Editorial Universitaria.

BOURGUET, Marie-Noëlle. 1997. "Le collecte du monde : voyage et histoire naturelle (fin XVIIème siècle – début XIXème siècle)". En *Le Muséum au premier siècle de son histoire*, edición de Claude Blanckaert y Claudine Cohen et al., 163-196. París: Muséum National d'Histoire Naturelle.

BRONGNIART, Alexandre. 1922. "Rapport sur les observations géologiques faites au Chili en 1831 par M. Gay, présentées a l'Académie dans sa séace du 25 mars 1833. Tomo X". En *Académie des sciences. Procès-Verbaux*, edición de Institut de France, 302-305. París: Imprimerie d l'Observatoire d'Abbadia.

BURKHARD, Richard. 2001. "Naturalists Practices and Nature's Empire: Paris and the Platypus, 1815-1833". *Pacific Science* 55 (4): 327-341.

COLLINI, Silvia, y Antonella Vannoni. 2005. *Les Instructions Scientifiques Pour Les Voyageurs (XVII°-XIX°)*. París: L'Harmattan.

DASTON, Lorraine, y Katharine Park. 2012. *Wonders and the Order of Nature: 1150-1750*. New York: Zone Books.

DELPRETE, Piero, Giuliana Forneris, y Annalaura Pistarino. 2002. "Carlo Bertero (1789-1831) in the New World". *Sida* 20 (2): 621-644.

FELIÚ CRUZ, Guillermo, y Carlos Stuardo Ortiz. 1962. *Correspondencia de Claudio Gay*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional.

FOX, Robert, y George Weisz. 1980. "The Institutional Basis of French Science in the Nineteenth Century". En *The Organization of Science and Technology in France 1808-1914*, edición de Robert Fox y George Weisz, 1-28. London-New York: Cambridge University Press.

FUENZALIDA, Humberto. 1994. "Don Claudio Gay y El Museo Nacional de Historia Natural". *Boletín Del Museo Nacional de Historia Natural* 22: 5-16.

JAKSIC, Iván. 2007. *Andrés Bello: La Pasión Por El Orden*. Caracas: bid & co. editor.

KURY, Lorelai. 1998. "Les Instructions de Voyage Dans Les Expéditions Scientifiques Françaises (1750-1830)". *Revue d'histoire Des Sciences* 51 (1): 65-92.

LAISSUS, Yves. 1981. "Les voyageurs naturalistes du Jardin du roi et du Muséum d'Histoire naturelle: essai de portrait-robot". *Revue d'histoire des sciences* 34 (3-4): 259-317.

LAWRENCE, Paul. 2000. *Finding Order in Nature. The Naturalist Tradition from Linnaeus to E. O.Wilson*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

LIMOGES, Camille. 1980. "The Development of the Musuém d'Histoire Naturelle of Paris, c. 1800-1914". En *The Organization of Science and Technology in France 1808-1914*, edición de Robert Fox y George Weisz, 211-240. London, New York: Cambridge University Press.

LIVINGSTONE, Justin D. 2014. *Livingstone's "Lives": A Metabiography of a Victorian Icon*. Manchester: Manchester University Press.

OGILVIE, Brian W. 2006. *The Science of Describing: Natural History in Renaissance Europe*. Chicago: University of Chicago Press.

MACGREGOR, Arthur. 2018. "Introduction". En *Naturalists in the Field. Collecting, Recording and Preserving the Natural World from the Fifteenth to the Twenty-First Century*, edición de Arthur MacGregor, 1-39. Leiden, Boston: Brill.

MARCUS, Laura. 1994. *Auto/Biographical Discourses: Theory, Criticism, Practice*. Manchester: Manchester University Press.

MILNE-EDWARDS, Alphonse. 1893. *Leçón d'ouverture Faite Le 25 Avril 1893. Enseignement Spécial Pour Les Voyageurs*. París: Imprimerie Nationale.

MORET, Pierre. 2005. "Entomologistes et Chasseurs d'insectes En Amérique Du Sud Au XIX Siècle". En *Les Naturalistes Français En Amérique Du Sud. XVI-XIX Siècles*, edición de Yves Laissus, 307-320. París: CTHS.

MUÑOZ-SCHICK, Mélica. 2010. "Claudio Gay y La Flora de Chile". En *Historia Física y Política de Chile. Botánica. Tomo VI*, edición de Rafael Sagredo, ix-lix. Santiago: LOM-DIBAM.

PINAULT SØRENSEN, Madeleine. 2005. "Les Voyageurs Artistes en Amérique du Sud au XVIIIe Siècle". En *Les Naturalistes Français en Amérique du Sud. XVI-XIX Siècles*, edición de Yves Laissus, 45-55. París: CTHS.

PODGORNY, Irina, y María Margaret Lopes. 2013. "Trayectorias y Desafíos de La Historiografía de Los Museos de Historia Natural En América Del Sur". *Anais do Museu Paulista: História e Cultura* 21, no. 1 (Junho): 15-25.

RIVIALE, Pascal. 2000. *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*. Lima: Institut français d'études andines.

SAFIER, Neil. 2016. *La Medición Del Nuevo Mundo: La Ciencia de La Ilustración y América Del Sur*. Madrid: Marcial Pons.

SAGREDO, Rafael. 2010. "El Atlas de Gay. La representación de una nación". En *Atlas de La Historia Física y Política de Chile*, edición de Rafael Sagredo, ix-lxxvi Santiago: LOM-DIBAM, 2010.

SAGREDO, Rafael. 2010. "Los documentos de la 'historia' de Gay: La confirmación de su método histórico". En *Historia Física y Política de Chile: Documentos*, edición de Rafael Sagredo, ix–xiv. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile; DIBAM; Cámara Chilena de la Construcción.

SCHELL, Patience. 2013. *The Sociable Sciences. Darwin and His Contemporaries in Chile*. New York: Palgrave Macmillan.

STUARDO ORTIZ, Carlos. 1973. *Vida de Claudio Gay, 1808-1873*. Tomo I y II. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nacimiento.

VENTURA, Antoine. 2016. "Viajeros y naturalistas (s. XV-XIX, Europa-América) o cómo viajar sin precauciones por un tema torrentoso". *ELOHI* 9: 9-72. https://doi.org/10.4000/elohi.981

XIMENA URBINA*

Objetos ingleses en Magallanes. Los *Memorials* de la expedición de Phillip Parker King (1826-1831)**

> […] dejamos sobre la roca desnuda un memorial que incluía la lista de los oficiales y tripulación de la *Beagle* y la *Adelaide*, un informe en el que se detallaba el objetivo del viaje, lo que se había logrado hasta el momento y hacia dónde nos dirigíamos, y una colección de monedas, todo dentro de una caja de latón bien soldada, y depositamos una gran pila de piedras sobre él".
> PRINGLE STOKES, junio de 1828, isla Skyring.

La expedición hidrográfica inglesa de Phillip Parker King (1826-1831)

Entre los años 1826 y 1831 la Royal Navy envió una expedición al confín austral americano para tener exacto conocimiento de la realidad geográfica que conforma el intrincado sistema de archipiélagos magallánicos, la que estuvo a cargo del experimentado hidrógrafo Phillip Parker King. Las Instrucciones dadas por el Almirantazgo señalaban que el objetivo era hacer un "levantamiento exacto de las costas meridionales de la península de Sud América, desde la entrada sur del Río de la Plata hasta Chiloé, y Tierra del Fuego". En ella también se expresaba que debían aprovechar toda ocasión para recolectar y conservar objetos de historia natural "que sean nuevos, raros o interesantes", y que

* Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.
ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-3203-0269. *E-mail*: maria.urbina@pucv.cl.

** Esta investigación nació por un encargo del museo Martin Gusinde, para conocer mejor el memorial que allí se conserva. Agradezco a Alberto Serrano, director de ese museo, y a Daniel Quiroz, quien publicó esa investigación en un libro colectivo, editado por el Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. Asimismo, agradezco los comentarios que los editores de este libro hicieron al manuscrito original. Este escrito es parte del proyecto Fondecyt Nº 1231448.

los oficiales debían esmerarse "al máximo por aumentar las colecciones de cada navío" (Parker King 1839, XV y XXXVII), tarea que en la práctica ejecutaron los cirujanos.

Dada la enormidad de las costas esta expedición fue continuada por una segunda (1832-1836), esta vez al mando de Robert Fitz Roy en un único barco, el *Beagle*, en el que viajaba también Charles Darwin, razón por la que ésta es mucho más conocida que la primera. Ambas produjeron preciso conocimiento no solo hidrográfico sino también de valor etnográfico sobre el área de Magallanes, desde la boca oriental del Estrecho hasta Chiloé, incluyendo el archipiélago de Tierra del Fuego, el que fue ampliamente difundido en escritos, cartografía (Parker King 1839; Fitz-Roy 1839; Darwin 1839; Fitz-Roy 2013a y 2013b), láminas y dibujos hechos por los artistas que en ella viajaban: Agustus Earle y Conrad Martens (van Meurs 2014; Penhos 2018, cap. V).

La primera expedición, la comandada por Parker King, se hizo a bordo del *Adventure* y del *Beagle*, además del *Hope* (embarcación auxiliar del primero), y la goleta *Adelaide*, adquirida a fines de 1827 en Montevideo, para un mejor resultado en la navegación por los estrechos canales. Con ellas se realizaron cuatro campañas que tuvieron como momentos intermedios el retroceso hasta la estación naval británica en Río de Janeiro, o a Ancud, en Chiloé, para pasar en ellas lo más crudo del invierno y recomponer las naves.

Esta, la primera, dejó "memorials" en el área magallánica. Venciendo nieve, hielo, frío y viento algunos ingleses ascendieron a las mayores alturas al pie del mar, en costas que aún hoy son difícilmente alcanzables, para hacer mediciones con el teodolito y el barómetro y regresar no sin antes haber dejado un memorial. De ellos conocemos hoy solo dos de los seis: dos están expuestos en museos chilenos, uno está en la bodega de un tercer museo, pero separadas las piezas entre sí, uno desaparecido, y los otros dos, al parecer, no han sido buscados.

Cajas de metal conteniendo pergaminos, monedas y medallas, etc., fueron testimonios materiales con los que solemnemente se quiso informar a otros en el futuro, quién, cuándo y por qué estuvo allí. Otros marinos, bajo otras banderas, que se allegaron a costas desconocidas para ellos, al menos en los siglos XVII y XVIII también dejaron memoriales, pero no han sobrevivido al tiempo.

Parker King y los demás marinos ingleses aquí considerados ocupan la palabra "memorial", y hemos conservado ese concepto. Para similares casos los marinos españoles dicen "monumentos" (por ejemplo, Antonio de Córdoba y Lazo de la Vega en Magallanes, en 1788), o "testimonios" (Alejandro Malaspina). Estos conceptos significan lo mismo, porque un "memorial", en inglés, es un monumento conmemorativo, y con ello se indica un testimonio físico: un fragmento de Inglaterra o de España en el Pacífico.

Los diarios que se han conservado de algunos miembros de la expedición dan cuenta de los memoriales, por lo que podemos saber cuándo, quiénes, dónde y qué específicamente se dejó.

Los seis memoriales de la expedición de Phillip Parker King

La primera entrada de Parker King por el estrecho de Magallanes (diciembre de 1826--enero de 1827) se hizo siguiendo los diarios de quienes les precedieron: John Narborough (1669-1671), Samuel Wallis (1766-1768) y Philip Carteret (1766-1769). Señalado ya en ellos, exploraron el llamado puerto Gallant –nombre dado por otro inglés, Thomas Cavendish, en 1587–, al occidente del cabo Froward. Habiendo regresado el *Beagle* a él un año más tarde, el 17 de junio de 1828 se ascendió al cerro de la Cruz luchando contra la nieve y el hielo. Con sus 750 metros sobre el nivel de mar ofrecía la mejor vista hacia el sector occidental del Estrecho, por lo que fue el elegido para hacer las mediciones correspondientes. Al terminar, dice el comandante Pringle Strokes, en un texto que ya hemos reproducido: "dejamos sobre la roca desnuda un memorial que incluía la lista de los oficiales y tripulación de la *Beagle* y la *Adelaide*, un informe en el que se detallaba el objetivo del viaje, lo que se había logrado hasta el momento y hacia dónde nos dirigíamos, y una colección de monedas, todo dentro de una caja de latón bien soldada, y depositamos una gran pila de piedras sobre él" (Parker King 1839, 243-244). Este memorial llegó en una fecha indeterminada al Museo Naval (hoy Museo Marítimo Nacional), en Valparaíso, institución que desconoce su procedencia y año de ingreso, pero creemos que debe ser el que se ha descrito (Mantellero 2000, 80-81)[1]. Sabemos que durante algún tiempo estuvo expuesto al público, pero esas piezas que lo componían hoy se encuentran dispersas en la bodega del Museo (es probable que la disociación de los objetos se haya producido cuando el Museo se mudó al edificio que actualmente ocupa), aunque a propósito de esta investigación y gracias al conservador de ese museo, se ha intentado recomponerlo: hay un pergamino enroscado ilegible, una botella de arcilla (a la que, no se sabe cuándo, se le practicó un pulcro corte para extraer el contenido) un trozo de tela blanco (suponemos que es la Union Jack), un recipiente de lata roto y deformado, y varias monedas.

El segundo memorial fue dejado casi un año más tarde, en mayo de 1829 en la isla Skyring. Fue durante la tercera campaña cuando el *Adelaide*, al mando al teniente Robert Skyring, navegaba entre las islas Magill. Estando en un fondeadero en una pequeña caleta en el extremo noroeste de la más grande de ellas, un cerro indicaba ofrecer una vista imponente para subir con los instrumentos. Cuando el día 21 hubo una "mínima esperanza de obtener una vista desde la cima", Skyring y el piloto J. Kirke lo subieron. Dejaron un documento, que previamente había sido hecho "colocado en una botella envuelta con una fuerte protección exterior y depositado en la cima de la montaña" (Parker King 1839, 254). El "documento" era un pergamino que indicaba "el objeto de nuestra travesía", junto "con varias monedas" y luego fue cerrado de forma segura en

---

1 La única referencia existente es la publicada por él. Señala: "parte de los objetos fueron recuperados en el año 1935 por los tenientes de la Armada don Silvestre Reyes V., Oscar Muñoz M. y Manuel Montalba, acompañados por el conscripto Villarroel y dos hombres de la tripulación, todos pertenecientes al H.M.S. Araucano, al mando del capitán de navío Don Luis Muñoz Valdés", pero no cita su fuente. Aun así, esta procedencia es factible.

un recipiente de lata delgado (Surveyor's Letters, file 19b, Hydrographic Department, citado en David 1982, 42). El testimonio fue buscado en 1981 en un helicóptero por la Armada de Chile y retirado de su lugar. Desde entonces se conserva en el Museo Martin Gusinde, en la ciudad de Puerto Williams, isla Navarino, al sur de la Tierra del Fuego. Los restos de la caja de metal que se llevaron al Museo ya no se conservan, pero sí varios objetos como el pergamino enroscado, una redoma de cerámica anaranjada rota y con su tapa de corcho, monedas, medallas y una serie de fragmentos pequeños de metal (Urbina 2019).

En la isla más austral del archipiélago fueguino, isla Hornos, se depositó otro. El *Beagle* estaba en la caleta Saint Martin cuando un bote salió el 19 de abril de 1830, con Robert Fitz Roy el teniente Kempe y algunos tripulantes para hacer mediciones en el punto más alto de la isla, llevando cinco días de provisiones, "un buen cronómetro" y otros instrumentos. Al día siguiente ascendieron, y mientras Fitz Roy y el timonel se ocupaban del teodolito, el teniente Kempe con la tripulación del bote levantaron una pila de piedras sobre el testimonio dejado. Era "un memorial que había sido previamente preparado y encerrado en forma segura en un recipiente de piedra" ("in a stone jar"). William Mogg aclara que no fue piedra, sino estaño ("a tin case", como todos los demás memoriales) y que se escribió en un pergamino (Taverner 1956, 225). La pirámide de piedras, "el monolito" dejado "sobre nuestro memorial era de ocho pies de altura y entre las piedras había algunas que requirieron el esfuerzo compartido de los siete hombres para ponerlas en el tope" (Parker King 1839, 432).

Éste fue buscado en helicóptero por un oficial de la Armada de Chile, que lo extrajo en 1989, y entregado formalmente al que por entonces era la máxima autoridad la institución. Pero desde entonces se encuentra perdido: nunca llegó al Museo Naval, que era donde se había dicho que se depositaría. Una fotografía de ellos tomada por su descubridor, y un informe, en el que dio a conocer de inmediato el hallazgo al público general, es la única forma de conocerlos. Lo hallado era: "una tapa de bronce con una inscripción hecha a golpes que decía Beagle 1830, 41 monedas y medallas de plata y bronce, con fechas desde 1784 a 1828, de Gran Bretaña, España, Alemania y Brasil". Una moneda de plata con una perforación tenía grabadas a golpes las letras W. M., las que corresponderían al oficial contador W. Mogg. Las medallas eran conmemorativas a la expedición de la *Beagle* y la *Adventure*. Los demás objetos eran los siguientes: una chapa de cinturón de los Royal Marines, de bronce; una docena de botones grandes de bronce con una y hasta cinco anclas; cuatro botones chicos de bronce; un timbre de madera, casi destruido por la humedad; trozos de bandera; botones de carey, un cortaplumas con mando de carey, un objeto de hierro con aspecto de punzón (puede ser el empleado para marcar la tapa de bronce, por coincidir su punta con las marcas); por último, "una cajita de madera, posiblemente para rapé, con la inscripción James Bennett", que era el mayordomo del capitán Fitz Roy (Bonnafos 1995, 10-12). El paso del tiempo no conservó el trozo de pergamino escrito.

El último memorial que dejó la expedición antes de volver a Inglaterra, y que, por lo tanto, se preparó con mayor esmero, fue dejado otra vez en el cerro de la Cruz. Parker King consignó en su diario que se depositó "una placa de peltre en la que se recortaron los nombres del barco y los oficiales", y una botella "tapada con corcho, recubierta con resina y envuelta en una hoja de plomo" que contenía "una monedita española" y algunas otras inglesas, y medallas (Martinic y Porter 2001, 88). En 1998 el alpinista y explorador norteamericano, Charles Porter, lo extrajo con el respaldo de la Universidad de Magallanes. Está expuesto en el museo que dicha universidad tiene, en la ciudad de Punta Arenas (Martinic y Porter 2001, 88). Halló el memorial bajo una pirámide de piedras: había una tabla de madera sobre la que estaba la medalla recordatoria, de bronce, de 27,2 mm de diámetro, en la que se leía HMS *Adventure* and *Beagle*, y el cilindro de metal que contenía las monedas, pero también otros objetos de metal, y un camafeo, el que lamentablemente hace años fue robado de la vitrina que lo exhibía.

Otros dos memoriales al parecer no han sido buscados: uno dejado en el cabo Gloucester, isla Carlos, que se asoma hacia el Pacífico desde el archipiélago fueguino, y otro en caleta Donkin, extremo oriental del seno Otway. Este último es de 1829, cuando las naves auxiliares de la *Beagle* fueron al mando de Pringle Stokes y Robert Fitz Roy a explorar los senos Skyring y Otway. Allí, en "los cerros Beagle" se dejó "un memorial tallado en plomo al pie de un poste hundido en el terreno; pero el aire era tan frío que los hombres, que querían agregar sus nombres, no pudieron marcarlos en el plomo" (Parker King 1839, 233). El memorial de la isla Carlos fue dejado el 6 enero de 1830, durante la cuarta campaña, cuando un grupo de doce hombres al mando de Fitz Roy dejó el *Beagle*, protegido en la dársena Laura, para fijar la posición del cabo Gloucester. Al día siguiente Wilson, Megget, Fitz Roy y dos tripulantes ascendieron "una montaña que forma el cabo" con gran trabajo, hasta que alcanzaron la cumbre más alta, tan estrecha que apenas había lugar para colocar el teodolito y arrodillarse a su lado. Terminado el trabajo, dice el diario de Parker King, "enterramos dos memoriales, uno contenido en estaño y el otro en una botella" (Parker King 1839, 376). En el diario de Mogg se aclara que el de estaño tenía forma de cilindro, y que el memorial contenía el nombre del barco, oficiales y tripulación (Taverner 1956, 223)[2].

2 Suponemos que cuando se dice "enterrado" (buried) se entiende que es bajo una pirámide de piedras, como en las demás ocasiones.

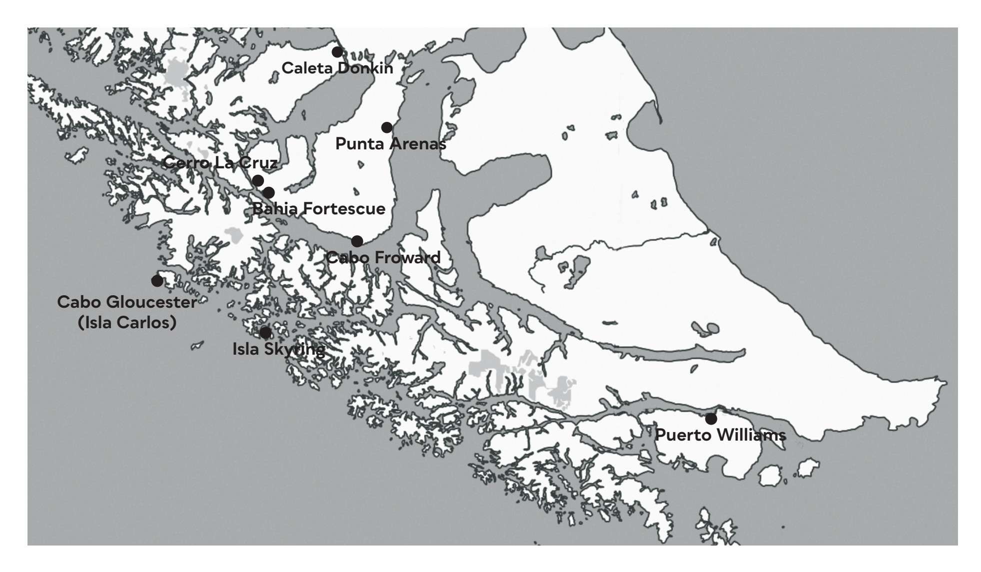
Memorials: fragmentos de un mundo en tránsito

Los memoriales de la expedición de Parker King (**fig. 1 y 2**) son un objeto en sí mismo y a la vez son un conjunto de objetos que originalmente estaban desconectados entre sí. A las redomas, clavos, monedas, etc., encontrables en el *Adventure* o en el *Beagle,* los marinos le atribuyeron un significado distinto al original. Así, estos memoriales han tenido una "vida social", que nos proponemos seguir: porque sus cambios de usos y tránsitos derivan de los distintos significados que les ha dado (Appadurai 1991).

Los objetos que aquí tratamos no fueron "pensados" como colecciones, sino que fueron improvisados. En Inglaterra las botellas, los pergaminos, los botones, el metal, etc., abundaban, pero en barcos que estaban en el ámbito marítimo más frío y desolado del mundo, a miles de leguas del hogar, estos objetos adquirían un significado mayor: eran herramientas no renovables y un símbolo de la patria. Al conformar el conjunto de objetos que ellos llamaron memoriales se extrajeron de los barcos y de los uniformes (hebillas, botones), y fueron seleccionados de acuerdo con su utilidad para el objetivo (redomas, pergaminos, placas y cajas de metal), o por su materialidad conveniente para que perdurasen sin descomponerse (monedas, etc.). En los cerros en que se depositaron adquirieron un sentido, que es el ser una solemne marca y mensaje, constituida por el memorial dejado y por la breve, simple, pero significativa ceremonia del dejarlo, en nombre del rey de Inglaterra. Su extracción y conducción a museos chilenos es el último tránsito de estos objetos.

Los memoriales son una manifestación de la interconexión mundial a través de los barcos a vela. Desplazan artefactos y personas desde Inglaterra al archipiélago fueguino y área del estrecho de Magallanes, por primera vez explorado científica y concienzudamente. En nuestro caso, decimos tránsito y no circulación porque, pensamos, este último concepto remite a un movimiento circular o al menos, de fin no conocido, como son las ideas o los objetos para el comercio, por ejemplo. En cambio, el caso de los memoriales más se adscribe a un tránsito, que es el de pasar de un lugar o de una situación a otro. Principio y fin conocido. Estos objetos tuvieron un inicio (la cubierta de un barco) y un final preciso (cumbres magallánicas). La intención de que permanecieran allí hasta el fin de los tiempos se mantuvo, en parte, con la conducción de dos de ellos a museos magallánicos.

Ellos son fragmentos de una cultura europea que quiso insertarse en otra parte del mundo, en América. Es el sentido inverso de casi todos los casos presentados en este libro. Son objetos de la cultura inglesa de comienzos del siglo XIX, pero a la vez son fragmentos de una cultura marítima o de navegación, que trasciende a la Royal Navy como los objetos trascienden a Inglaterra, por ser, en el fondo europeos. Decimos esto último porque el objetivo expreso de los memoriales de Parker King es, más que marcar la presencia de Inglaterra, dejar testimonio de la de la humanidad –"civilizada", claro está– en el lugar más inaccesible del mundo.



1 Mapa que compendia la identificación de los seis memoriales de la expedición de Parker King. Cartografía: elaboratión del autor.

Fecha en que fue dejado	Lugar	Extracción	Lugar en donde se encuentra
17 de junio de 1828, *Beagle*, al mando de Pringle Stokes	Cerro de la Cruz, puerto Gallant (bahía Fortescue, estrecho de Magallanes)	En 1935, por la Armada de Chile	Museo Marítimo Nacional, Valparaíso
21 de mayo de 1829, *Adelaide*, al mando del teniente Skryring	Monte más alto de la isla Skyring	En 1981, por la Armada de Chile	Museo Antropológico Martín Gusinde, Puerto Williams
22 de mayo de 1829, Fitz Roy	Cerro Beagle, Caleta Donkin (seno Otway)	No se tiene noticia	–
6 de enero de 1830, *Beagle*, al mando de Robert Fitz Roy	Cabo Gloucester, isla Carlos	No se tiene noticia	–
20 de abril de 1830, *Beagle*, al mando de Robert Fitz Roy	Monte más alto de la isla Hornos, cabo de Hornos	En 1989, por la Armada de Chile	Paradero desconocido
Abril de 1830, *Adventure* y *Beagle*, acción del comandante Parker King	Cerro de la Cruz, puerto Gallant (bahía Fortescue, estrecho de Magallanes)	En 1998, por Charles Porter	Museo del Recuerdo, Universidad de Magallanes, Punta Arenas

2 Origen y trayectoria de los seis memoriales.

Los objetos: Pergaminos



3 Pergamino en papel vitela de la expedición de Parker King dejado en junio de 1828 en el cerro La Cruz, puerto Gallant, Bahía Fortescue, estrecho de Magallanes. Museo Marítimo Nacional, Valparaíso, Chile. Fotografía de Eduardo Rivera Silva.

Los memoriales de la expedición son bastante similares entre sí. Las cumbres, rocosas, impedían enterrar cualquier cosa, por lo que lo dejado quedaba en la superficie, protegido y señalado por una alta pira de pesadas piedras, para ser identificados en el futuro. Eso sí, estas piras no eran visibles desde el mar, porque no era su intención serlo. Los cerros escogidos no eran los que permitiesen ver a los "memorials", sino los más altos por útiles para el fin científico de la expedición. Es diferente el caso de los memoriales de piedras, los "padrâo" dejados por los portugueses para fijar sus descubrimientos y marcar las rutas marítimas, que debían ser visibles desde el mar.

Los llamados pergaminos ("parchment") son el elemento central en los memoriales. En ellos se dejó información: la expedición en sí, la identificación de sus barcos, su objetivo, los lugares visitados y por visitar, y el nombre de los oficiales y a veces de los miembros de la tripulación que practicaron la ascensión y lo depositaron. La humedad del clima y el viento harían imposible la conservación de un papel que no sea pergamino (papel vitela), que probablemente se llevaban en los barcos para ese fin. Se escribió en inglés, lo que también es una novedad respecto a los pergaminos anteriores, como veremos, en los que se escribía en latín.

Dos de estos pergaminos se han conservado, pero tan secos y enrollados que no es posible leerlos. Sin embargo, los testimonios escritos sobre ellos dan esa información. En el primero del cerro la Cruz (**fig. 3**), en 1828, el diario dice: "dejamos sobre la roca desnuda un memorial que incluía la lista de los oficiales y tripulación de la *Beagle* y la *Adelaide*, un informe en el que se detallaba el objetivo del viaje, lo que se había logrado hasta el momento y hacia dónde nos dirigíamos" (Parker King 1839, 244). En el de la isla Skyring se escribió: "Este memorial fue dejado por los oficiales de la goleta

de S. M. *Adelaide*, mientras se empleaba en un levantamiento de los canales Magdalena, Cockburn y, Barbara; y a cualquier persona que lo encuentre se le solicita dejar el documento original y construir la pila bajo la cual está colocado, por lo menos seis pies más alta. Firmado este 16 día de mayo 1829 por: W. G. Skyring, teniente y ayudante hidrógrafo del HMS *Beagle*. Thomas Graves, teniente de la goleta HMS *Adelaide*. James Kirke, guardiamarina HMS *Beagle*. Alex. Millar, segundo maestre HMS *Adelaide*. Benj, Bynoe, segundo cirujano HMS *Beagle*. Jno. Park, segundo cirujano HMS *Adventure*. Dios salve al Rey" (Parker King 1839, 244).

El cambio de uso de los objetos

Para los memoriales de Parker King se emplearon redomas de cerámica vidriada, color anaranjado, boca ancha y con tapa, que al no contener ya los ungüentos fueron reutilizadas. En un caso, se trata de una botella también de cerámica.

Ellas contenían pequeños objetos de metal: monedas, fichas de compañías (con la leyenda Sparrow Nail Merchant, Londres), medallas conmemorativas, botones dorados y plateados del uniforme, objetos como hebillas de cinturón, clavo y punzón, trocitos de metal de uso desconocido (**fig. 4 a 7**). Monedas hay bastantes. Su existencia se explica tanto por ser objetos de metal (es decir, resistentes), de tamaño reducido, como por la información de valor histórico: dan cuenta de un reinado, es decir, de un espacio y tiempo. Con un chelín ya bastó a Wallis para adscribir su testimonio, y una sola moneda para que Malaspina datara su memorial en el extremo norte del Pacífico. El interés por la numismática da cuenta del valor testimonial dado a las monedas, por su procedencia y datación, pero también por su diseño, rareza y valor intrínseco. Al menos los memoriales de la isla Skyring, de la isla Hornos, y el primero del cerro de la Cruz contienen monedas de diferentes países, actuales y antiguos, como España, Brasil, Argentina, el reino de las Dos Sicilias, otras ya irreconocibles y hasta macuquinas. Dejarlas junto a las monedas inglesas sobrepasa el querer inmortalizar la memoria de su reino. Fueron reunidas y depositadas en conjunto y exprofeso para mostrar ante la posteridad el haber estado allí.

Se dejaron algunas medallas conmemorativas de la expedición, porque éstas se acuñaban en Inglaterra con el nombre del barco y el año, para coleccionar, conservar o regalar durante el viaje, como probablemente se hizo con los patagones. Las medallas de la expedición dicen *Beagle* 1826 y *Beagle* 1827 y en la otra cara está la figura de Britannia. Otras iguales a éstas se guardan celosamente en el Royal Maritime Museum, en Greenwich. Pero no se hacían solo para viajes. Es famoso el caso de que Inglaterra acuñó anticipadamente una para celebrar la que finalmente no fue, victoria de Vernon sobre el español Blas de Lezo, en Cartagena de Indias, 1741.





4 Medalla conmemorativa Adventure y Beagle 1828 hallada en isla Skyring. Colección Museo Antropológico Martin Gusinde, Puerto Williams, Chile. Fotografía: Florencia Aninat.

Las medallas tenían gran aceptación entre los indígenas nuevamente contactados desde fines del XVIII. Se conocía desde antiguo que valoraban el metal –como a todos los objetos foráneos–, y las medallas fueron un recurso europeo para atraerlos y tener su colaboración, o demostrar paz. Valoraban el metal como adorno corporal que daba status. Estando Cook en Australia en 1770, cuando vieron por primera vez a los indígenas, "entre otras cosas que les habíamos dado […] estaban algunas medallas, que colgábamos alrededor de sus cuellos" (Hawkesworth 1773, 575). En Tahití, en una isla en que "ningún europeo había visitado antes", al despedirse del rey Oree a punto de zarpar, Cook le dio un plato de peltre, inscrito con su nombre, el del barco y la fecha, y "algunas medallas o fichas, que se asemejaban a la moneda de Inglaterra, golpeadas en el año 1761 […]" (Hawkesworth 1773, 259). Las medallas fueron toda una institución para con los indios en Estados Unidos[3].

Mensajes hallados, conservados o renovados

La no destrucción de los memoriales al ser hallados por un barco de bandera distinta y hasta enemiga o que reclamara para sí la posesión de esas tierras, e incluso, la renovación de los memoriales precedentes, indica el ser esta una práctica cultural marítima. Los tenientes Armiguer y Fortescue, miembros de la expedición de John Narborough enviada en 1669 y que llegó al Pacífico por la vía del estrecho de Magallanes, fueron tomados prisioneros en Valdivia, por ser "piratas". Declararon que Narborough hizo toma de posesión en Puerto Deseado "de las tierras de la América, desde puerto Deseado al sur", al son de clarinetes, tiros de artillería, batimiento de banderas y aclamación de viva al rey[4]. La "forma que observaron fue haber metido el capitán las manos en la tierra,

3 Medallas de metal: https://en.wikipedia.org/wiki/Indian_Peace_Medal.
4 Declaración de Juan Fortescue, Valparaíso, 14 de marzo de 1671. Archivo General de Indias, Audiencia de Lima, Legajo 73.

levantándola y volviéndola de una parte a otra, al tiempo que disparaban una pieza de artillería y brindaban con cerveza a la salud del rey de Inglaterra"[5].

En ese lugar hallaron un memorial dejado por holandeses. La actitud de los ingleses ante él fue conservarlo. Los hombres de Narborough hallaron "una caja de lata pequeña de una cuarta algo menos con unos papeles dentro podridos que no se pudieron leer, y asimismo una tabla de plomo clavada en una estaca en la tierra con un letrero que decía cómo los holandeses habían llegado allí". Ellos, dicen, no "borraron memoria" de "los estados de Holanda"[6], respetando aquel símbolo. El mismo año en que William Schouten dejó el poste, manuscrito y placa grabada en Puerto Deseado, 1616, el también holandés Dick Hartog en la costa oeste de Australia clavó una placa de peltre en un mástil y grabó en ella los detalles del desembarco, para que quedara constancia de haber sido los primeros en descubrirla. Ochenta años más tarde otro holandés la halló, la recogió, llevó a Holanda y puso otra en su lugar (Day 2006, 36).

Si el pergamino holandés de Puerto Deseado hubiese podido ser leído, es probable que Narborough lo hubiera reescrito, para renovarlo. En otros casos esto fue lo que se hizo. James Cook renovó un pergamino francés. En 1776, durante su tercer viaje, estando en la que él llamó bahía Christmas, de la isla Gran Tierra, archipiélago Kerguelen, océano Índico meridional, unos hombres de su tripulación llevaron al capitán "una botella de un cuarto que encontraron en el lado norte de la bahía atado con un poco de alambre a una roca saliente. La botella contenía un pedazo de pergamino, con la siguiente inscripción:

> Ludovico XV Galliarum
> rege et. d* Boynes
> regi a Secretis ad res
> marítimas annis 1772 et 1773.

Se trataba de un memorial dejado por el oficial de marina francés Ives Joseph de Kerguelen de Trémarec. Dice Cook que "como un memorial de haber estado en esta bahía", escribió en el otro lado del pergamino lo que sigue:

> Naves Resolution
> Et Discovery
> De Rege Magne Britanniae
> Decembris 1776.

---

5 Declaración de Tomás Armiger, Lima, 25 de abril de 1671. Archivo General de Indias, Audiencia de Lima, Legajo 73.

6 Declaración de Fortescue, Lima, 22 de abril de 1675. Archivo General de Indias, Audiencia de Lima, Legajo 73. Este acto consta en el diario de Narborough. En la isla del Rey, en Puerto Deseado, hallaron un "poste en el que se clavó una hoja de plomo y en un agujero del poste encontramos una caja de hojalata con algo escrito, pero estaba tan deteriorado que no pudimos leerlo". Grabado en la tabla de plomo estaba consignado en neerlandés, con fecha 8 de diciembre de 1616, los barcos *Eendracht* y *Horn*, al mando de William e Ian Schouten (Narbrough 2018, 219 y 426).

Lo puso de nuevo en la botella, junto a una moneda de dos pennies de plata de 1772, sellado con una tapa de plomo, "y la dejó a la mañana siguiente en una pila de piedras, erigidas para tal propósito en una eminencia, cerca del lugar donde fue encontrado. Allí el capitán desplegó la bandera británica y llamó a la bahía Christmas Harbour" (Cook 1824, 90). Lo mismo hizo en 1777 en Tahití, cuando halló una cruz dejada por dos franciscanos españoles en la que habían inscrito una fecha: 1774. En vez de derribarla, Cook ordenó que en el reverso de la cruz se escribiera el nombre de su rey y las fechas en que los británicos habían llegado, antes que él a esa isla, para que constara ante los españoles. En estos casos, Cook resignificó el pergamino-testimonio. Ello da cuenta de una intención de continuidad del objeto y su sentido, aunque en este caso sea para reclamar el primer descubrimiento y, por lo tanto, la posesión.

Esta práctica la hizo explícita el capitán Philip Carteret que, estando en la isla Ascensión (cercana a la de Santa Helena), escribió: "Como no hay habitantes en esta isla, es una costumbre que los barcos que la toquen dejen una carta en una botella, con sus nombres y destino, la fecha y algunos otros detalles", lo que él hizo el 30 de enero de 1769. Días más tarde Louis de Boungainville encontró ese memorial, según consta en su diario (Hawkesworth 1773, 662). No dice expresamente que haya dejado también el suyo, pero lo hizo en otras ocasiones. En estos casos recién expuestos, no se trata de lugares imposibles ni muy remotos, pero lejanos, lo que lleva a que se conformase una "tradición" de señalar haber estado allí.

Los lugares, por lo tanto, adquieren mayor significado al ser revisitados. Antes que Parker King, otro marino inglés había dejado un memorial en el cerro de la Cruz, de puerto Gallant. Fue Samuel Wallis, en 1767, en su viaje de circunnavegación. El "máster" de la *Swallow* subió a una de las "montañas más altas" del puerto, y "antes de descender, sin embargo, erigió una pirámide, dentro de la cual depositó una botella con un chelín, y un papel en el que estaba escrito el nombre del barco y la fecha del año, un monumento que posiblemente pueda permanecer allí mientras el mundo perdure" (Hawkesworth 1773, 338). En el cerro de la Cruz, todo comenzó con ese acto. Como hemos dicho, Parker King llevaba a bordo los diarios de Carteret, Wallis, Boungainville y el español Antonio de Córdoba y Lázaro de la Vega (quien bautizó así cerro, por haber dejado una cruz en él), como "guías de viaje" para el Estrecho. Es por esa razón que se escogió, sucesivamente, al puerto Gallant como lugar de abrigo al oeste del cabo Froward, complementario a Puerto del Hambre, que fue utilizado antes y después como el principal puerto del Estrecho.

La primera vez que la expedición inglesa llegó a Puerto Gallant, en enero de 1827, el capitán Stokes, al mando del *Beagle*, envió a que se subiera el cerro de la Cruz. Stokes ordenó a uno de sus guardiamarinas que buscase en una de las montañas de puerto Gallant el memorial que había dejado Wallis. El guardiamarina designado, al que se le sumó voluntariamente John Macdouall, ascendió un cerro, pero no lo hallaron, por lo que, al día siguiente, el 21 de enero de 1827, se volvió a intentar. Esta vez fueron

Macdouall y el cirujano Bowen, y subieron a otro cerro. Allí encontraron una pirámide de cuatro pies de alto, y removiendo las piedras hallaron "una botella rota por la mitad, donde estaba el chelín y lo que parecían ser varios cartuchos de mosquete en muy húmeda condición. Alrededor de la base de la pirámide se hallaban dispersos varios trozos de madera podrida. Estos fueron recogidos con cuidado y, tomando el chelín y los cartuchos, escribimos con un lápiz en un trozo de papel, hasta donde recuerda mi memoria: 'El Dr. Bowen y el Sr. Macdouall, del buque de Su Majestad Británica *Beagle*, Pringle Stokes, Sr. Comandante, visitaron este sitio en enero de 1827 y encontraron una botella que contenía un chelín y varios cartuchos. Ellos han dejado una botella de un cuartillo en la que se ha colocado un chelín inglés y varios botones'. Habiendo encerrado este papel con un chelín inglés –que fue reducido a la mitad a fin de permitir su entrada en la botella de brandy– recolocamos la vieja botella, colocamos la nuestra a su lado, reedificamos la pirámide y nos preparamos para regresar" (Macdouall 1833, 91).

Ellos retiraron el memorial e improvisaron otro, con papel y botella de brandy en vez de pergamino y cerámica. Lo escrito, eso sí, recoge lo usual: la referencia al rey, el nombre del barco y de su capitán, y de quienes llegaron al lugar. Al regresar, entregaron los cartuchos y el chelín a Stokes. Más tarde, el capitán comprendió que los cartuchos no eran tales, sino arrugados papeles o pergaminos que contenían un memorial del viaje de Bougainville, depositado en 1768, que a su vez había sido reescrito en otro, dejado por Córdoba en febrero de 1786.

Escribe Parker King en su libro este hallazgo, y agregó que junto "a esos papeles se encontró una moneda de dos reales españoles de Carlos III, que había sido curvada para que admitiese ser puesta en la botella". Los papeles –escritos en latín– eran ilegibles en pliegues y bordes, pero Stokes consignó en su bitácora estas solas palabras:

> Viatori Benevolo salus …
> ………… que a periculose admodum naviga ……
> ………… Brasilie Bonarve et insularum …………
> …………………………………………………………
> …………… incertis freti Magellanici portubus …
> …………………………… historia astronomia …
> …… Boug …………………………………………
> …… Boug …… Duclos et de la Giranda 2 navium …
> ……………….. Primaris
> …… Comerson …… Doct med naturalista Regio
> accu … m. Veron astronomo de Romainville hidrographio
> ………… a rege Christianissimo demandans
> ………… Landais Lavan Fontaine navium
> Loco tenentibus at Vexillariis ………
> ………… itineris locus DD Dervi Lemoyne……
> ……………… Riouffe voluntariis.
> ……………………… vives …… scriba
> Anno MDCCLXVI. (Parker King 1839, 70)

La expedición española había reescrito este testimonio de Bougainville y había dejado un memorial, también en latín, junto a un relato de su viaje escrito en español, francés, inglés e italiano. El acto constó en la Relación del viaje de Córdoba, quien dice: "En una de las diferentes ocasiones que se subió a las montañas que rodean el Puerto de San Joseph se halló cerrada en una botella una larga inscripción latina, monumento dejado por Bougainville el año de 1768 en su viaje alrededor del mundo, y a su imitación se dejó otra igual memoria, nombrando a la montaña en que existen estos documentos cerro de la Cruz" (Vargas 1778, 48). La parte legible del texto era el siguiente:

> Benevolo Navigatori
> Salutem
> Anno Domici MDCCLXXXVIII Vir celeberrinus
> DD. Antonius de Cordova Laso de la Vega navibus duabus (*quórum*
> Nomina SS Casilda et Eulalia *errant ad scrutamen* Magellanici
> Freti subsequendum *unaque* littorum, portuum aliorumque notabolium
> ………………………. iter iterum fecit.
> …… e Gadibus classis tertio nonas Octobris habenas *immittis*
> quarto idus *ejusdem Nova* ………… vidit
> A Boreali ad Austra …… *miserium* postridie Kalendae
> Novembris emigravit.
> Decimo quarto Kalendas Januarii Patagonicis recognitis
> Litoribus ad ostium appulit freti.
> Tandem ingentibus periculis et horroribus tam in mari quan
> in freto magnanime et constanter super*atis* et omnibus
> portabus atque navium *fundamentis* utriusque lotoris
> correctissime cognitis and hune portum Divini Jose vel
> Galante séptimo idu Januarii pervenit ubi ad
> Perpetuam rei memoriam in monte sanctissimae crucis hoc
> Monumentum reliquit.
> Tertio et excelso Carolo regnante potente
> Regali jussu facta fuere suo.
> Colocatum fuit nono Kalendae Februarii Anno MDCCLXXXIX.
> (Parker King 1839, 70-71)

Los ingleses no dejaron constancia del texto del relato de viaje escrito en cuatro idiomas por Córdoba. Dicen, eso sí, que estaba junto a una lista de los oficiales de ambas naves y un memorial del primer viaje hecho al Estrecho por el mismo Córdoba y Lazo de la Vega (1785-1786). Dice el diario de Parker King que este doble pergamino fue dejado en el Museo Británico (Parker King 1839, 1: 70) sin que podamos haber hallado registro de esto. Que haya querido dejarlo allí dice mucho sobre el valor que se le dio.

Retirados y llevados al campamento base de Puerto del Hambre, un año después, en junio de 1828, fue depositado otro en el mismo lugar. Lo que el diario consigna de su contenido está en el epígrafe de este artículo (Parker King 1839, 1: 244). Este no era el definitivo, porque para recordar los dos memoriales anteriores y el de su propio viaje,

Parker King dispuso que "una partida" depositase otro en ese cerro, en abril de 1830, tres años después y al abandonar el Estrecho de regreso a Inglaterra. Era una copia de ambos memoriales, junto al propio, en "papel vitela" (Parker King 1839, 1: 70), y "una placa de peltre en la que se recortaron los nombres del barco y los oficiales". En la cumbre hallaron la pila de piedras erigida por el capitán Fitz Roy a la que no tocaron, e hicieron otra, "en la que colocaron una botella, una monedita española y copia de los memoriales que retiráramos de allí, amén de algunas monedas inglesas y medallas. La botella fue tapada con corcho, recubierta con resina y envuelta en una hoja de plomo" (Martinic y Porter 2001, 88).

En el reemplazar testimonios o memoriales dejados antes hay una intención de cooperación, continuidad y complicidad, porque se sintetiza lo sucesivamente hecho, se refuerza y se renueva. Esa fue la decisión de Pringle Stokes al encontrar 41 años después el memorial de Antonio de Córdoba, según anotó Mcdouall: "la intención de Stokes era reemplazar el chelín y los memoriales y reconstituir la cruz situada por Córdoba" (Macdouall 1833, 91).

Esta renovación es lo que se esperaba también de la cruz que señaló el lugar donde fue enterrado el capitán Pringle Stokes, quien deprimido en una tierra desolada se suicidó en agosto de 1828 en la bahía San Juan (Puerto del Hambre), en el estrecho de Magallanes. Allí se le enterró con una cruz de madera, que fue extraída del hoy llamado "cementerio de los ingleses" y se conserva en el Museo Maggiorino Borgatello de Punta Arenas desde 1984. La del museo es una renovación de la original, y tiene escrito en español: "Sus restos mortales se encuentran enterrados en este lugar. A los barcos que pasen se les solicita reparar esta cruz".

Pero esa cruz está solo a metros de la playa. Los hombres de Parker King creían imposible que otros llegaran a los lugares en que ellos habían dejado sus memoriales. Por eso, por el depositado en la isla Skyring, escribió el teniente que le dio su nombre: "allí probablemente permanecerá mientras dure el mundo" (David 1982, 42), y Macdouall dijo sobre el memorial de Wallis (una botella, un chelín y un papel), que era "un memorial que podía permanecer allí probablemente mientras durase el mundo" (Macdouall 1833, 91).



5 Redoma de cerámica hallada en isla Skyring. Colección Museo Antropológico Martin Gusinde, Puerto Williams, Chile. Fotografía: Florencia Aninat.



6 Objeto metálico contenedor hallado en Puerto Gallant. Museo Marítimo Nacional, Valparaíso, Chile. Fotografía: Eduardo Rivera Silva.



7 Hebilla de uniforme británico hallado en isla Skyring. Colección Museo Antropológico Martin Gusinde, Puerto Williams, Chile. Fotografía: Florencia Aninat.

Malaspina y el memorial como toma de posesión

Como los descritos de Schouten, Narborough o Cook, los memoriales son también símbolos de toma de posesión. El célebre marino Alejandro Malaspina en su viaje alrededor del mundo realizado entre 1789 y 1794 bajo bandera española, estando en una bahía en la latitud 59º Lat. Norte dejó "enterrada una botella con la inscripción de nuestro reconocimiento, la fecha en que lo habíamos hecho y la posesión tomada en nombre de Su Majestad, que acreditaba una moneda enterrada al lado de la botella" (Malaspina 1885, 164). En esa misma expedición, otra toma de posesión se hizo con un ritual. Cuando el virrey de Nueva España le dio las instrucciones al piloto Juan Pérez, oficial de fragata que iba a sumarse a la expedición de Malaspina saliendo de San Blas en 1774, no omite decirle que "en todos los parajes en que tome posesión pondrá por señal una cruz grande de madera, formando su peana de piedras, en la que esconderá una redoma de vidrio, dentro de la cual introducirá una copia de escritura de posesión, firmada por sí, por el padre capellán y los dos pilotos, tapándose bien la botella con pez para que en los tiempos futuros se conserve mejor este documento y sirva de auténtico testimonio" (Malaspina 1885, 420-421).

Acto solemne y objeto

En la misma expedición, la de Malaspina, en el archipiélago de Tonga "el piloto Hurtado tuvo orden de enterrar en el sitio donde estaba el cuarto de círculo una botella, la cual encerraba el papel auténtico de la llegada nuestra y de la posesión que habíamos tomado de todo el archipiélago en nombre de Su Majestad con el consentimiento del mismo Vuna; y para que este acto solemne tuviese la mayor autenticidad así a la vista de los naturales como para noticia de los que nos siguiesen en aquellos mares, ya enterrada la botella se arbolaron en el mismo sitio las insignias, y las saludaron antes entrambas tripulaciones con siete veces de ¡Viva el Rey! y luego, los naturales, que estaban en la *Descubierta*, los cuales, a imitación de Vuna, hicieron igual número de aclamaciones" (Malaspina 1885, 280).

Los memoriales como objetos no tenían valor por sí mismos, sino que estaban asociados al acto de dejarlo, lo que se hacía con solemnidad, como en las ocasiones de toma de posesión. Por ejemplo, en el cabo de Hornos, luego de haber dejado una pira de piedras de ocho pies de altura bebieron "a la salud de su majestad el rey Jorge IV y dimos tres fuertes hurras de todo corazón, reunidos alrededor del Union Jack" (Parker King 1839, 432). Se repite el brindis a la salud del rey y aclamación de viva el rey en la expedición de d'Urville, cuando en la Tierra de Adelia desplegaron la bandera francesa, gritaron ¡Vive le Roi! y brindaron con una botella de burdeos (Day 2006, 27). Brindis, hurras en torno a banderas, son diferentes a los actos de toma de posesión de españoles a comienzos de la conquista en América, que siempre se hicieron en territorios poblados y dirigidos a los indígenas: el estandarte real, escudos de armas, cruces, solemnes discursos registrados por escribanos, misas e intercambio de regalos, entre otros. En los

casos aquí estudiados, los actos simbólicos se hacen sin participación indígena, pero son actos de complicidad entre compañeros que han vencido la adversidad, y que, con ellos refuerzan su valentía y templanza.

Memoriales como expresión de una cultura marítima

Por lo tanto, el memorial tenía y tiene una doble dimensión, material e inmaterial. Esta práctica de dejar memoriales es expresión de lo que podría llamarse una cultura marítima e "Historia cultural de lo marítimo". Se adscribe una práctica de los hombres de mar en la Época Moderna, que es la de dejar constancia material de su presencia en lugares radicalmente apartados y por primera vez visitados por europeos. Cada una de esas ocasiones tuvo, por tanto, un doble sentido: un acto científico (medir) y otro marinero.

El barco era por años la casa de marinos europeos que en la Época Moderna recorrieron todos los mares en búsqueda de lugares para comerciar o colonizar. Cada miembro de la tripulación tenía tareas específicas e indispensables para el buen funcionamiento del todo, que podía hacer una diferencia entre la vida y la muerte, desde manejar las velas hasta girar la ampolleta. Las trompetas, silbatos, cantos, etc., conforman la vida a bordo, que siempre está en riesgo por tormentas, naufragios, ataques de piratas, enfermedades. La espiritualidad, por tanto, ocupa un lugar importante ("quién anda por la mar aprende a rezar", dice el dicho) y procesiones, rogativas, bautizos de barcos, mascarones de proa, exvotos como los de las capillas de Chiloé, son medios para conjurar los peligros, antes y ahora. Por eso, creemos que la vida a bordo es expresión de una cultura material e inmaterial de lo marítimo. Los rituales, como dejar memoriales con el nombre del rey, pero también de los oficiales y de quienes, finalmente, practicaron el ascenso, son manifestaciones de aquella cultura. De acuerdo con los diarios de viajes, los memoriales que se hacen y dejan adquieren su sentido en el acto de depositarlos.

Además de ser los memoriales una práctica cultural, al menos en la Época Moderna, son también un acto político: dar cuenta de la presencia de la Royal Navy allí. No se trata, eso sí, de un acto de toma de posesión que iniciaría el reclamo a la soberanía del área magallánica y archipiélago fueguino. Sin embargo, los objetos y actos asociados a él son muy similares a las tomas de posesión que España, Francia, Inglaterra y Holanda hicieron en el Nuevo Mundo, las que han sido estudiadas en forma comparativa (Seed 1995).

Por último, lo marítimo es el transitar. Es la movilidad la que lo define. Los barcos llevan y traen, personas, objetos que lo componen, y otros que se conducen a un destino. Es la cultura marítima, que es internacional o global, la que conecta al mundo. En este caso, a través de memoriales.

Conclusiones

Los memoriales son una forma de comunicación mediante objetos. En lugares recónditos del océano Pacífico (desde el punto de vista europeo), donde ningún visitante dejó una construcción u otro testimonio físico, los memoriales fueron una manera de marcar

el territorio. Así como estas expediciones llevaban bitácoras y escribían diarios, se dibujaba, se medía, se situaba los puntos en coordenadas, se describía la naturaleza y los habitantes y se generaba cartografía, también, a través de ellos se producía nuevo conocimiento, porque se dejaba *in situ* recuerdo de lo hecho, es decir, se territorializaba. Es el testimonio físico dejado un símbolo, una acción u operación concreta sobre el espacio. Los sitios de memoriales son puntos que se unen solo por mar y que forman una trama superpuesta a la geografía. Además, la expedición de Parker King llenó de nombres ingleses islas, canales, cabos, lugares donde hacer puerto, etc., que posteriormente fueron conservados en los reconocimientos hidrográficos de la Marina de Chile ejecutados a fines del XIX y perviven hasta hoy. Esta es otra manifestación de continuidad.

El objeto y el ritual que acompaña el acto de depositar memoriales demuestran el valor que los hombres de mar daban a su presencia en el fin del mundo, a las emociones de saberse en el límite de la vida humana. Lógicamente, el hombre no deja testimonios ni marca territorios que le son habituales. Con en estas acciones se quiere constatar haber estado en lugares imposibles, la emoción de estar en un lugar donde "ninguna criatura humana había visto o pisado en el pasado", cuando en 1840, la expedición de Jules Dumont d'Urville llegó al continente antártico (Day 2006, 27). No se le da el mismo valor, por cierto, a que los habitantes de esos parajes efectivamente lo transiten, y además vayan desnudos de equipamiento. Hay algo que lleva a las personas a querer dar fe ante la posteridad de haberle ganado a sus limitaciones físicas, como un recuerdo de haber vencido a la naturaleza, valorándolo, quizá, como un avance en el conocimiento de la Humanidad. El subir un cerro alto siempre ha supuesto un triunfo. Como escribió Neil Safier rememorando los esfuerzos de Humboldt, La Condamine y otros para llegar al pico nevado del Chimborazo, "escalar montañas y ponerse filosófico sobre los monumentos a las batallas del género humano tienen una historia larga y simbólica en la cultura occidental, con una resonancia particularmente intensa en América del Sur" (Safier 2016, 17). En el caso de los memoriales en Magallanes, no es solo subir cerros, sino subirlos venciendo un incomparable viento y frío, y en condiciones de extrema lejanía de toda comodidad, porque el único refugio a miles de kilómetros es solo el propio barco.

Hemos querido repensar estos objetos de Parker King, que estaban disociados de las fuentes escritas dejadas por la expedición (también, muy poco consideradas por la historiografía), e incomprendidos en su valor como testimonios de una práctica cultural material e inmaterial asociada a lo marítimo. Pero, sobre todo, hemos puesto de manifiesto la presencia concreta de estos memoriales ingleses en costas chilenas, como objetos de múltiples significados, por contener un discurso escrito, una improvisada colección de cosas sin valor real, y por haber querido ser dejados –aunque no había necesidad de hacerlo– sino por una razón emocional.

Estos objetos que transitaron son testigos un intercambio cultural (Kraus, Halbmayer y Kummels 2018). Pero no provocaron una reacción inmediata, no fueron intencionados para ello, no fueron conducidos para estar en una vitrina de museo. Son una parte o trozo

extraído de Inglaterra para comunicar algo a alguien en un futuro muy remoto, como si fuese una cápsula del tiempo. Hoy, a casi dos siglos de haber sido dejados, podemos comprender mejor aquella época y sus prácticas marítimas a través de estas colecciones de objetos que aquí se han valorado, que son expresión de una cultura material.

Fuentes de archivo

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, SEVILLA

Audiencia de Lima, Legajo 73, Declaración de Juan Fortescue, Valparaíso, 14 de marzo de 1671; Declaración de Tomás Armiger, Lima, 25 de abril de 1671; Declaración de Fortescue, Lima, 22 de abril de 1675.

Fuentes impresas

COOK, James. 1824. *The Three voyages of Captain Cook round the world*. London: Printed and Published by J. Limbrid.

DARWIN, Charles. 1839. *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe*, vol. 3. London: Henry Colburn.

FITZ-ROY, Robert. 1839. *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe*, vol. 2. London: Henry Colburn.

FITZ-ROY, Robert. 2013a. *Viajes del 'Adventure' y el 'Beagle'. Diario*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

FITZ-ROY, Robert. 2013b. *Viajes del 'Adventure' y el 'Beagle'. Apéndices*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

HAWKESWORTH, John. 1773. *Voyages in the Southern Hemisphere (1773), An account of the voyages undertaken by the order of his present majesty for making discoveries in the southern hemisphere, and successively performed by commodore Byron, captain Carteret, captain Wallis, and captain Cook, in the Dolphin, the Swallow, and the Endeavour: drawn up from the journals which were kept by the several commanders, and from the papers of Joseph Banks, esq.*, vol. 1. London: Printed for W. Strahan and T. Cadell in the Strand.

MACDOUALL, John. 1833. *Narrative of a voyage to Patagonia and Terra del Fuego through the straits of Magellan, in H.M.S. Adventure and Beagle, in 1826 and 1827*. London: Renshaw and Rush.

MALASPINA, Alejandro. 1885. *La vuelta al mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida, al mando del capitán de navío D. Alejandro Malaspina desde 1789 a 1794. Publicado con una Introducción en 1885 por el teniente de navío D. Pedro de Novo y Colson*. Madrid: Imprenta de la viuda e hijos de Abienzo.

NARBROUGH, John. 2018. *The voyage of captain John Narbrough to the Strait of Magellan and the South Sea in His Majesty's ship Sweepstakes, 1669-1671*, edición de Richard J. Campbell, Peter T. Bradley y Joyce Lorimer. London: The Hakluyt Society.

PARKER KING, Phillip. 1839. *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe*, vol. 1. London: Henry Colburn.

VARGAS, José. 1788. *Relación del ultimo viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata S. M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento impresos y MSS y noticia de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho*. Madrid: Impreso por la viuda de Ibarra, hijos y compañía.

Bibliografía

APPADURAI, Arjun. 1991. *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías.* Ciudad de México: Grijalbo.

DAVID, Andrew C.F. 1982. "Discovery of relics on mount Skyring of Beagle's survey of Magellan Strait". *The Mariner's Mirror* 68 (1) : 40-42.

BONNAFOS, Cristian de. 1990. "Testimonio de Fitz-Roy en el cabo de Hornos". *Revista de Marina* 799: 609-615.

DAY, David. 2006. *Conquista. Una nueva Historia del mundo moderno*. Barcelona: Crítica.

KRAUS, Michael, Ernest Halbmayer, y Ingrid Kummels, ed. 2018. *Objetos como testigos del contacto cultural. Perspectivas interculturales de la historia y del presente de las poblaciones indígenas del alto río Negro* (Brasil/Colombia). Berlin: Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer Kulturbesitz.

MANTELLERO, Carlos. 2000. *Diccionario geográfico náutico de la toponimia austral de Chil*e. Valparaíso: sin datos editoriales.

MARTINIC, Mateo, y Charles Porter, 2001. "El hidrógrafo Phillip Parker King en aguas de Magallanes (1826-1830). Hallazgo y recuperación del testimonio de su estadía en el Estrecho". *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas* 29: 79-102.

PENHOS, Marta, 2018. *Paisaje con figuras. La invención de Tierra del Fuego a bordo del Beagle : 1826-1836.* Buenos Aires : Ampersand.

SAFIER, Neil. 2016. *La medición del Nuevo Mundo. La ciencia de la Ilustración y América del Sur*. Madrid: Marcial Pons.

SEED, Patricia. 1995. *Ceremonies of possession in europe's conquest of the New World, 1492-1640.* New York: Cambridge University Press.

TAVERNER, L. E. 1956. "New light on the Adventure and Beagle Expedition, 1826-36". *Genus* 12 (1-4): 202-226.

URBINA, Ximena. 2019. "La expedición hidrográfica inglesa de Phillip Parker King en el extremo austral americano, 1826-1830 : el memorial dejado en la isla Skyring, conservado en el Museo Martin Gusinde". En *Rastros en el agua. Exploradores, embarcaciones y* materialidades, edición de Daniel Quiroz, 17-46. Santiago: Ediciones Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

VAN MEURS, Marijke. 2014. *Conrad Martens en Chiloé, 1834*. Ancud: Ediciones del Museo Regional de Ancud.

BARBARA KIRSI SILVA*

El Universo se encuentra en Atacama. Fragmentos de cosmos desde un observatorio del desierto**

Introducción: el día, la noche y sus registros

Cuando cae la noche es posible ver la luz de las estrellas. El movimiento de la Tierra sobre su propio eje genera la recurrencia del día y la noche, marcado por la presencia o ausencia del astro que rige nuestro sistema: el sol. Al dar la vuelta, mientras el sol ilumina parte de la Tierra, en la cara opuesta la oscuridad permite observar las estrellas que componen las galaxias y nebulosas, aquellos sistemas gravitacionales del universo. Un "simple" movimiento hace posible que exista la astronomía, la ciencia dedicada al estudio y comprensión de los cuerpos celestes. Si bien la relación de los seres humanos con los astros ha existido desde tiempos remotos, el estudio científico de la materia en el universo se ha profundizado y diversificado con especial intensidad en siglo XX, en la medida en que la producción de tecnología ha permitido acceder a distancias y detalles astronómicos antes inalcanzables.

En la actualidad, la observación astronómica a ojo desnudo o con telescopios simples es una actividad que ha quedado en el campo de la belleza, de la capacidad de maravillarse con los misterios desconocidos del universo y quizás de la reflexión filosófica. Mientras, la ciencia astronómica ha generado lazos cada vez más estrechos con tecnología de vanguardia, que supone una inversión de tiempo y recursos de gran envergadura. Para tomar esas decisiones relativas a dicha tecnología, los astrónomos necesitan contar con una serie de registros y datos, que permitan asegurar la asertividad

* Pontificia Universidad Católica de Chile.
ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-9234-4198. *E-mail*: bsilvaa@uc.cl.
** Este artículo es producto del proyecto Fondecyt Iniciación n° 11200168.

de las decisiones de dónde instalar aquellos enormes objetos que buscan ser una ventana hacia el universo.

Esas puertas de entrada al universo, los telescopios, evidencian una condición temporal inexorable: al observar los astros en el presente, observamos el pasado, en tanto esa luz que vemos fue emitida por las estrellas hace miles de años-luz atrás. Del mismo modo, aunque en otra escala, al proyectar la observación de las estrellas en el futuro, la astronomía necesita ir a su propio pasado para buscar datos y registros que permitan dar mayor soporte a sus decisiones para el futuro.

En este capítulo se presenta una de estas historias astronómicas, que conecta distintas temporalidades y espacialidades. Al indagar en el lugar de construcción de uno de los observatorios de mayor innovación de la década de 1990, Paranal, es posible encontrar múltiples relaciones. Los datos y registros que contribuyeron a tomar esa decisión conectan a Europa y Sudamérica a través de ESO (European Southern Observatory) y el desierto de Atacama, en Chile. En esa conexión se intersecta la infinita secuencia del día y la noche, en tanto se usaron registros tanto solarimétricos como astronómicos. Y aquellos datos provienen de temporalidades diversas del siglo XX, ya que esos registros se buscaron en distintas experiencias que se llevaron a cabo en Chile: una expedición astronómica pionera de California de inicios del siglo XX, el Observatorio Solar de Smithsonian Institution de la década de 1920, y los inicios de la astronomía contemporánea en el país del sur, en los años sesenta.

En esta experiencia, es posible observar un tránsito de los objetos de conocimiento identificados como datos y registros entre continentes y entre décadas. A su vez, ese tránsito permite analizar cómo parte de la comunidad científica europea entregó un nuevo significado a estos registros. Al comprenderlos como piezas claves de sus decisiones, estos datos y registros se convierten en fragmentos del conocimiento, cuya interacción con los astrónomos posibilitó la innovación y la construcción de sus propios objetos de investigación astronómica.

Al significar estos registros como objetos en tránsito entre espacialidades y temporalidades emerge su rol en la articulación del conocimiento necesario para que, a finales del siglo XX, se construyera un nuevo lugar de ciencia. Paranal, aunque es un lugar en el desierto, también acoge a un artefacto de innovación: el VLT (Very Large Telescope o telescopio muy grande), ensambla y sincroniza cuatro espejos de manera que se convierte en un gran reflector, un nuevo "objeto astronómico" que abre las puertas para acceder al pasado del universo.

Tal como ha señalado Lorraine Daston, los objetos científicos pueden ser difíciles de encontrar, tanto por el esfuerzo teórico y empírico que implican, como por la necesidad de contar de instrumentos poderosos que hagan accesibles a esos objetos. Pero, al mismo tiempo, estos objetos científicos son tan evidentes como aquellos objetos cotidianos (Daston 2000, 2). Los datos necesarios para la observación astronómica se asocian a estas características; la luz de las estrellas, la claridad de la noche o la intensidad de la

radiación solar es una experiencia accesible para todo ser humano, científico o no. Pero, la ciencia tiene la capacidad de convertir esas experiencias en registros y datos, a los que da nuevo significado orientado a desplazar el conocimiento científico, en este caso, en torno a la comprensión del universo. En este sentido, es posible comprender aquellos registros y su utilización múltiple tanto como objetos "reales" como "históricos" (Daston 2000, 3)[1].

Si consideramos que estos registros científicos se desplazan tanto espacial como temporalmente, entonces debemos integrar su capacidad de comunicación, al generar una circulación del conocimiento (Secord 2004). De este modo, la historia de la ciencia, en tanto práctica cultural, se vincula con una historia del conocimiento, que trasciende su espacio y tiempo (Renn 2015). Dicho de otro modo, al conectar momentos del siglo XX científicamente muy disimiles entre sí, es posible comprender que se trata de registros que se explican y se anclan a su propio contexto de producción, pero al mismo tiempo escapan de él (Latour 2000, 251). Aun más allá, centrarse en el desplazamiento de estos registros permite cuestionar la temporalidad lineal de una historia en perfecta sucesión. Por ello, en este artículo no se presenta un relato cronológico, sino que la temporalidad de ese siglo XX se construye a partir de los viajes de estos registros-objetos.

De igual modo, la aparente sucesión excluyente del día y la noche –las instancias desde donde provienen estos datos– se convierte en un contexto fluido que se complementa de manera constante. Metafóricamente, esta figura puede desplazarse más allá de la aparente condición binaria de realidad e historicidad, en tanto el contexto de producción, más que determinar temporal y espacialmente a los registros, abre canales mediante los cuales estos pueden ser resignificados para, a su vez, legitimar un nuevo objeto científico: un telescopio europeo de vanguardia en un desierto del sur del mundo.

1960: el inicio de la astronomía contemporánea en Chile

La búsqueda de un lugar en Chile para construir este novedoso telescopio no fue arbitraria ni casual. Ello se explica porque, hacia la década de 1990, ESO ya llevaba más de veinte años generando observación astronómica en Chile. Su historia se remonta a la década de 1960, cuando los europeos decidieron construir su observatorio austral en Coquimbo, la zona sur del desierto de Atacama.

En el proceso científico de producción de conocimiento astronómico del siglo XX, Chile ha tenido un lugar singular. Esto se justifica, entre otras razones, por la latitud austral, que permite acceder a porciones del universo que no son visibles desde el hemisferio norte, como el centro de la Vía Láctea o las nubes de Magallanes. Ello se complementa con condiciones de observación privilegiadas, que suponen la ausencia de humedad,

1 Como Daston discute aquí la condición metafísica de los objetos, el apelativo "real" hace referencia a su condición material, más allá del significado que le de un individuo; en otras palabras, lo que lo hace "objetivo", valga la redundancia.

estabilidad atmosférica y noches despejadas. Estas características fueron clave en la llegada de la astronomía internacional a Chile, y se complementaron con un clima político favorable a la generación de negociaciones y de acuerdos, que podía asegurar la inversión astronómica en juego.

La llegada de la astronomía europea a Chile no se hizo de manera directa, sino que tuvo algunos vaivenes. Hacia mediados de la década de 1950, los astrónomos de distintos países europeos comenzaron a avanzar en el proyecto de asociarse, en la medida en que las condiciones de la posguerra hacían difícil que cada Estado pudiese asumir de manera individual los altos costos de la investigación astronómica de vanguardia (Blaauw 1991, 2). En 1954, seis países europeos firmaron una declaración[2] en la que establecían las razones y las directrices para generar una acción conjunta en astronomía. Además de hacer eco de una Europa devastada y con escasos recursos para la investigación científica, establecieron con vehemencia la necesidad de observaciones australes, que se encontraban en un estadio significativamente más precario que aquellas del hemisferio norte[3]. Al concluir, esta declaración establecía que el lugar de construcción de este observatorio sería Sudáfrica. La "Charte de Janvier" fue pronto conocida como el hito fundacional de ESO, European Southern Observatory (el observatorio europeo austral).

Al año siguiente, y en tanto ESO comenzaba a tomar forma institucional, se iniciaron las primeras exploraciones en distintos sitios de Sudáfrica (Blaawu 1991, 20). Entre 1955 y 1963 se evaluaron lugares en las cercanías de Pretoria y, con mayor atención, en el Gran Karoo. Esa evaluación consistía en registrar las condiciones de visibilidad, con especial preocupación por la generación de turbulencias que hacen la atmósfera inestable y, por lo tanto, distorsionan las imágenes que se pueden obtener de los cuerpos celestes. Pero, al mismo tiempo, las preocupaciones crecían por la inestabilidad política del país africano, que hacía aproximadamente una década experimentaba las consecuencias de la imposición del Apartheid (Oort 1960).

En paralelo, ESO se había consolidado como institución, con la firma de los acuerdos y la ratificación de los procesos legales correspondientes. Además, en 1959 había recibido una subvención por parte de la Fundación Ford, de Estados Unidos, por 1 millón de dólares de la época (Edmonson 1997, 206)[4]. Aquello hacía más viable los planes de construir un observatorio austral, al tiempo que, indirectamente, estrechaba los lazos con Estados Unidos. En este último país, el plan de construir un observatorio en el hemisferio sur también estaba en marcha, y ya estaban haciendo exploraciones en Chile.

2 Los seis países eran: República Federal Alemana, Bélgica, Francia, Países Bajos, Suecia, y Gran Bretaña. Algunos años más tarde Gran Bretaña se retiró del acuerdo de ESO con la expectativa de generar un proyecto independiente. Cuando se firmó el acuerdo de ESO, en 1962, Gran Bretaña ya no formaba parte de la iniciativa.

3 Este documento se conoció como la "Charte de Janvier", firmada en Leiden, en enero de 1954. Se encuentra reproducida en el estudio de Adrian Blaawu 1991, 3.

4 El documento preciso que avala ello se encuentra en el archivo de la Fundación Ford, titulado "Docket Excerpt, Meeting of Board of Trustees", y fechado en septiembre de 1959.

En un comienzo ello no pareció alterar el programa de ESO. En 1959, el astrónomo Gerard Kuiper (entonces en la Universidad de Chicago, y luego en Arizona) había encargado a Jürgen Stock, un astrónomo alemán que trabajaba en Estados Unidos, que liderara una expedición a Chile, con el objetivo de evaluar las condiciones de observación astronómica allí. Stock realizó mediciones en diversas montañas de la zona semiárida de Coquimbo, con características similares al Karoo, en Sudáfrica. Ese mismo año, al conocer los planes de los norteamericanos, en el Comité de la asociación europea se señaló que aquel proyecto "tendrá poca influencia en el desarrollo de ESO" (Blaawu 1991, 44).

Sin embargo, al cabo de poco más de un año Jan Oort –uno de los astrónomos involucrados en el nacimiento de la asociación europea– evidenció un giro en el posicionamiento de ESO, al sostener que "teniendo a la vista que los americanos recientemente han obtenido indicaciones favorables para su locación en Chile, deberemos revisar seriamente la posibilidad de un cambio radical en relación con la locación de nuestro observatorio" (citado en Blaawu 1991, 48).

Mientras Stock continuaba con sus exploraciones en Chile, AURA (Association of Universities for Research of Astronomy, la asociación estadounidense de universidades para la investigación en astronomía) se había hecho cargo de liderar el proyecto del observatorio austral y había decidido construir sus instalaciones en Cerro Tololo, en las cercanías de La Serena (Edmonson 1997, 148). Según los registros del astrónomo en las mediciones de diversos sitios, allí se encontraban las mejores condiciones de observación. Stock también había evaluado algunos lugares en Atacama, específicamente en la zona de Copiapó, unos 400 kilómetros al norte de Tololo. En los registros que obtuvo en La Peineta (**fig. 1**), si bien las noches eran sorprendentemente claras, el viento que se levantaba por las noches traía polvo del desierto, y aquello afectaría la calidad de la observación de los telescopios (Stock 1961, 266).

Cuando ESO comenzó a evaluar la posibilidad de cambiar su plan y trasladarse a Sudamérica, decidieron que no medirían las condiciones de observación, ya que confiaban en los registros y datos de Stock (Blaawu citado en Edmonson 1997, 208). Duplicar esos esfuerzos sería un desperdicio de tiempo y de dinero. En 1962, se firmó oficialmente el convenio de ESO ("Convention pour la Création…" 1962), y sus acciones en Chile se volvieron un proyecto concreto.

Si bien la acción conjunta que se intentó buscar entre europeos y norteamericanos no dio resultados, cada uno de ellos construyó sus observatorios en la región de Coquimbo, apenas a 100 kilómetros uno del otro: Cerro Tololo Interamerican Observatory, de AURA, y La Silla, de ESO. Los dos observatorios estaban en operaciones hacia el final de la década de 1960.



1 Identificación de sitios astronómicos en Chile. Elaboración del autor.

Los años que siguieron, tanto ESO como AURA se dedicaron a explorar qué posibilidades podía ofrecer la observación astronómica desde Chile, con sus recién inaugurados observatorios. Luego, el golpe de Estado de 1973 y la imposición de una violenta dictadura a partir de ese año impactaron en cada uno de los aspectos de la vida de la ciudadanía chilena. Consecuentemente, entre los cambios políticos y la severa situación en torno a las violaciones a los derechos humanos, la astronomía internacional, si bien continuó trabajando intensamente en el país, no modificó sus condiciones ni instalaciones sustantivamente durante aquellos años. Se añadieron telescopios, pero en los mismos sitios de observación en que ya operaban (McCray 2004, 179). Sin embargo, con el regreso de la democracia en el país, en la década de 1990, esta situación cambiaría radicalmente.

1990: Paranal y las estrellas del desierto

El 27 de marzo de 1998, ESO anunció con satisfacción que la primera unidad de su nuevo telescopio había visto la "primera luz", y que los registros obtenidos eran exitosos (ESO 1998). Se trataba del VLT (Very Large Telescope – telescopio muy grande), el proyecto que situaba un enorme observatorio en Paranal, en el desierto de Atacama en Chile. Este observatorio consistiría en cuatro telescopios con espejos reflectores de 8 metros cada uno, con la gran innovación que estos espejos podrían actuar individualmente o en conjunto, de forma sincronizada, que simularía un espejo de mucha mayor capacidad. La decisión se había hecho oficial en 1987, cuando la organización comunicó su plan de construir VLT como "un nuevo concepto tecnológico" (ESO 1987a), y que sería, para ese momento, el telescopio óptico más grande del mundo.

La construcción había tomado más de diez años, e incluso más, si la cronología se cuenta desde que los astrónomos europeos comenzaron a pensar en la posibilidad de un segundo observatorio en Chile, en 1983 (Woltjer 1991, 5). En ese momento, las condiciones políticas ciertamente no eran las más favorables, aunque, una vez que decidieron llevar a cabo el proyecto, el gobierno de Chile, aun en dictadura, donó los terrenos de un cerro en las cercanías de Antofagasta, en pleno desierto de Atacama[5].

Para la astronomía, este era un gran paso en relación con los instrumentos que las comunidades de científicos e ingenieros eran capaces de construir y que, a su vez, permitirían una comprensión distinta del universo. Al mismo tiempo, con el plan de construir Paranal, el desierto de Atacama tomaba un nuevo significado, en tanto acogería la actividad astronómica de vanguardia de las últimas décadas del siglo XX.

Si bien ESO ya tenía más de veinte años operando en Chile, aquello había ocurrido entre el observatorio La Silla, en Coquimbo, y sus oficinas en Santiago. De hecho, los observatorios internacionales estaban instalados a pocos kilómetros, todos en la zona sur del desierto de Atacama, en el área de Coquimbo. El proyecto de Paranal llevaba a la astronomía al corazón del desierto, un lugar, que, hasta entonces, solo había sido explorado para la observación astronómica, pero aún no se habían construido instalaciones allí.

Uno de los aspectos clave para impulsar el proyecto de Paranal era contar con los datos y registros que aseguraran que era un lugar idóneo para la observación astronómica. En la trayectoria de ESO y su llegada a Chile, ellos no habían recopilado muchos registros de los posibles sitios para construir los observatorios, sino que esa había sido una tarea de la iniciativa norteamericana. Por lo tanto, si bien era factible realizar mediciones en ese momento, tal como le había ocurrido a Stock décadas antes, los registros debían realizarse durante un periodo de tiempo extendido, de manera de basar sus decisiones en condiciones climáticas y atmosféricas estables, y no excepcionales. En consecuencia, un registro histórico podría asegurar con mayor asertividad cuáles eran las condiciones basales de la observación.

5 ESO la consigna en su propia línea de tiempo, en https://www.eso.org/public/about-eso/timeline/.

El nuevo telescopio, VLT, integraba la observación infrarroja. Además de buscar un lugar con cielos despejados y ausencia de turbulencias en la atmósfera, debían pensar en la humedad. El vapor de agua presente en la atmósfera de la tierra dificulta este tipo de observación, por lo que era preciso cautelar una bajísima humedad atmosférica. Era evidente que necesitaban un lugar árido, pero para ello no bastaba contar con los registros de humedad local, pues en la observación infrarroja es relevante el vapor de agua acumulado en la atmósfera sobre el sitio de observación. Es decir, el vapor de agua puede ubicarse en capas algo más altas que la altitud en la que se toman los registros meteorológicos. Uno de los encargados en recabar todos estos registros sería el astrónomo Arne Ardeberg, que sintetizó las mediciones obtenidas en la primera ronda de registros, entre 1984 y 1986 (Ardeberg 1986).

Si bien estas condiciones se encontraban de manera satisfactoria en La Silla, donde estaba el observatorio de ESO, no eran las óptimas para observación infrarroja. Por lo tanto, debían intentar encontrar un sitio algo más al norte, en la medida en que el desierto de Atacama avanza y se vuelve cada vez más árido. Al indagar en qué condiciones podían encontrar más al norte de Coquimbo, se volcaron hacia los registros de Montezuma, el Observatorio Solar construido por Smithsonian Institution en 1918, en las cercanías de Calama (Woltjer 1991, 6). Aunque había sido construido con un propósito totalmente distinto, esas mediciones de más de setenta años atrás podían dar luces sobre las condiciones del norte chileno para la observación infrarroja. De hecho, incluyeron mediciones cerca de las estaciones del Observatorio Solar de comienzos del siglo XX: Montezuma y Aucanquilcha. Pero también incluyeron la Sierra de Varas, un lugar que un astrónomo norteamericano había explorado en 1909 (Ardeberg y Lindgren 1984).

De este modo, el astrónomo Ardeberg y su equipo revisitó espacios del desierto que habían sido explorados décadas antes, cuando el siglo XX apenas comenzaba. Sus registros se complementarían con aquellos que habían sido obtenidos para investigaciones científicas relativas tanto al sol y como a las estrellas, cuando la observación infrarroja aun ni se sospechaba. Así, como objetos que transitaban a través del tiempo, los datos históricos le daban solidez a una de las exploraciones que buscaba sostener una de las innovaciones más ambiciosas en la astronomía de finales del siglo XX.

1900: la aventura del astrónomo Curtis en Atacama

La exploración más sustantiva de Atacama para la observación astronómica se había hecho a inicios del siglo XX. En 1903, una expedición proveniente del Observatorio Lick se había instalado en Santiago, y había construido allí un observatorio astronómico gemelo a una de sus instalaciones en Mount Hamilton, California[6]. El plan inicial

6 La historia completa de esta iniciativa astronómica integra diversas dimensiones que vinculan la astronomía de Estados Unidos y la cultura chilena. La exploración de Atacama aquí descrita es apenas uno de los relatos de esta historia. La historia complete de la experiencia de los astrónomos del Lick en Chile se encuentra en *Astronomy at the Turn of the Twentieth Century. Chasing Southern Stars* (Silva 2019a), que se centra en el

de generar observaciones desde Chile durante dos a tres años se había extendido, y la misión había permanecido en el país. Su expedición usaba un espectrógrafo, con el que podían registrar los espectros de las estrellas, y estudiar su movimiento a partir de la información obtenida en las distintas longitudes de onda de su luz.

Los astrónomos se sucedían cada tres años aproximadamente y uno de ellos, Heber Curtis, al terminar su nombramiento como astrónomo a cargo en Santiago, emprendió un viaje a Atacama, específicamente a la región de Copiapó. El objetivo era explorar la zona, y evaluar si allí había mejores locaciones que, en Santiago, en caso de que la idea de instalar una estación permanente del Observatorio Lick en el hemisferio sur algún día llegara a concretarse.

Después de dos días de navegación desde Valparaíso, Curtis llegó a Caldera, y desde allí tomó un tren hasta Copiapó. Al llegar y, atendiendo a comentarios que había recibido en su trayecto hacia la zona, el astrónomo se sorprendió por la densa nubosidad de la mañana. Intentó recabar más información y comenzó su recolección de datos con actores locales:

> I took occasion to question many people after my arrival, in particular hack drivers, vegetable venders, policemen, etc., whose duties brought them up early in the morning. Their testimony and that of other residents seems practically unanimous that the mornings during the year when there are not thick clouds or fog at dawn are the exception. (Curtis 1909, 4)[7]

Curtis tenía experiencia en la observación de este tipo de nubosidad, pues desde las alturas de Mount Hamilton, en California, era posible ver las nubles que entraban por la madrugada desde la bahía de San Francisco. Por esto, su atención estaba en las montañas cercanas.

> These clouds are driven up from the sea, sometimes low enough to be felt as fog, at other times higher, but almost always thick enough to cover all the peaks around; I watched it come or go on four occasions and there would be no elevation near by high enough to escape it". (Curtis 1909, 4)[8]

Al menos en lo que podía observar del entorno de Copiapó, la altura no era suficiente para escapar a la niebla. Una de sus conclusiones fue que "a lo largo de toda esta costa, tal como en California, una niebla extremadamente densa (chamacha?) entra y

periodo 1903-1929 y en *Estrellas desde el San Cristóbal. La historia de un observatorio pionero en Chile* (Silva 2019b), que reconstruye la historia del observatorio hasta 1995.

7 Tuve ocasión de preguntar a muchas personas después de mi llegada, en particular a conductores, vendedores de vegetales, policías, etc. cuyos deberes los hacen estar en labores temprano en la mañana. Su testimonio y el de otros residentes es prácticamente unánime en que las mañanas del año en que no hay gruesas nubes o niebla al amanecer son la excepción

8 Estas nubes llegan desde el mar, algunas veces suficientemente bajas para que se sientan como neblina, otras veces mas altas, pero casi siempre lo suficientemente gruesas para cubrir las cumbres alrededor. La vi ir y venir en cuatro ocasiones y no había elevación alguna en las cercanías lo suficientemente altas para escapar a ellas.

cubre todo hasta una altitud de 4 mil pies" (Curtis 1916). Su contacto con personas de la zona debe haber sido lo que lo llevó a intentar reproducir la denominación local de esta niebla: *camanchaca*. Así, un pequeño fragmento del mundo indígena, una palabra con posibles raíces quechua y aymara, se desplazaba inesperadamente hacia un reporte de ciencia astronómica.

Otra de sus preguntas era cuál era el momento de la madrugada en que la niebla se desplegaba desde el mar. Si aquello ocurría cerca del amanecer, entonces no suponía mayor problema para la observación astronómica. Su recolección de experiencias de actores locales lo orientó en esta materia: "Con respecto a cuándo entra esta niebla regular, no hay registros confiables, pero la mayoría de las personas está de acuerdo que es desde las 10 a 12 de la noche en el invierno y generalmente más tarde en los meses de verano" (Curtis 1909, 4-5). Con ello, la factibilidad de hacer observación astronómica eficiente se debilitaba profundamente.

Para poder asegurar aquellos testimonios que había recogido, Curtis fue a buscar los registros que mantenía el establecimiento educacional de la zona[9]:

> The Liceo at Copiapo has kept good weather records. There were some kept as far back as 1869-75 […] The records were taken at 7.30 AM, 1.30 and 9 PM. Cloudiness is marked on a scale of ten and only those dates marked five to ten, inclusive, are included in my count […] Nearly always at 7.30 AM the number is 10, frequently with the note 'neblina' (fog) when low enough to be felt as such. (Curtis 1909, 5)[10]

A partir de los registros del Liceo de Copiapó, Curtis elaboró dos tablas con la neblina observada en cada mes del año, entre 1888 y 1901, tanto a las 9 de la noche como a las 7 de la mañana (Curtis 1909, 6-7). El astrónomo también notó que los datos no eran totalmente certeros, pues esta escala de 1 a 10 para determinar la nubosidad del cielo era altamente subjetiva. Sin embargo, dado que para la observación astronómica requerían de noches despejadas, aun con esa subjetividad estos datos eran útiles. Además, los registros parecían avalar consistentemente su propia experiencia en Copiapó:

> All reports agree with regard to the prevalence of sea fog all along this coast for Valparaiso to Callao [in Peru] […] From mining and travelling men corroborative reports were secured of morning cloudiness equal or worse than Copiapo in Vallenar, Vicuña, etc. to the south at places at similar altitudes to the north. The only way to escape this sea fog seems to be to get above it. (Curtis 1909, 8)[11]

---

9 Aunque es un tema distinto, vale la pena resaltar las distintas funciones que cumplían los establecimientos educacionales en el pasado, con particular atención en la recopilación y mantención de datos, como ocurre en este caso con registros meteorológicos.

10 El Liceo de Copiapó ha mantenido buenos registros meteorológicos. Algunos datan de 1869-75 […] los registros se tomaron a las 7.30 am, 1.30 y 9 pm. La nubosidad se marca en una escala de diez y solo tomé las que se registraron entre 5 y 10. […] Casi siempre a las 7.30 am el numero es 10, usualmente con la anotación 'neblina' cuando es suficientemente baja para sentirse como tal.

11 Todos los reportes coinciden en relación con la prevalencia de nieblas marinas en la costa desde Valparaíso hasta Callao [en Perú] […] Hombres de minas o de viajes han corroborado en sus reportes que aseguran niebla

De la misma manera en que Curtis recabó datos sobre la niebla, lo hizo con las temperaturas, para calcular la oscilación térmica diaria, esto es la diferencia de temperatura entre el día y la noche. Aquello era crucial, pues afectaba las condiciones de operación de los espejos y de los artefactos astronómicos (Campbell 1907, 10). A pesar de que en el desierto se produce una pronunciada diferencia de temperatura entre el día y la noche, la cualidad y calidad del cielo era el principal objetivo de Curtis en aquella expedición.

La expedición del astrónomo tomó un paso más, y fue a indagar en la zona de Puquios, y en especial en lo que el llamó el Llano de Varas, pues había recibido comentarios de la gran claridad del cielo que podía encontrar allí (Curtis 1909, 10). De hecho, comparó el lugar con Arizona, donde décadas después se instaló en observatorio nacional de Estados Unidos, en Kitt Peak. Allí era muy excepcional ver nubes, y cuando de algún modo esa gruesa niebla llegaba hasta la zona, se disipaba pronto. Según Curtis, "ni una sola nube se vio durante el día o la noche durante mi estancia en Puquios […] la impresión de todos con quienes hablé es que la abrumadora mayoría de los días y noches son perfectamente despejados" (Curtis 1909, 13).

La expedición de Curtis dio como resultado el reporte de las condiciones de la zona, que se desplazó desde Chile hasta el Observatorio Lick en California. Si bien las condiciones de conectividad y habitabilidad de Atacama en 1909 eran sumamente precarias, las condiciones de visibilidad eran sorprendentes: "El cielo en el llano [de Varas] me impresionó como muy azul y puro; no hay emblanquecimiento hacia el horizonte. La noche en Copiapó es usual, en Puquios muy transparente y clara" (Curtis 1909, 20). La decisión de los astrónomos del Lick fue dejar el observatorio en Santiago, en la cumbre del cerro San Cristóbal. En ese entonces, parecía una empresa muy arriesgada y costosa trasladar el equipamiento a la desolación de Atacama. Su trabajo desde Santiago fue provechoso, y permanecieron allí hasta 1929, cuando regresaron a California y vendieron el observatorio a la Universidad Católica de Chile[12].

Sin embargo, el reporte de Curtis permaneció en los registros de California. Su impacto en la posterior historia de la astronomía en Chile es difícil de precisar, aunque en ocasiones se le ha atribuido un papel central (Leiva 2010, 21). Lo que sí es posible sostener es que algunos de los promotores de ESO sabían de la existencia de este reporte, y por lo tanto de las condiciones para la observación astronómica en Atacama (Duerbeck et al. 1999, 37). Por otra parte, las redes personales en una comunidad de astrónomos aun pequeña a mediados del siglo XX facilitaron la circulación de esa información (Silva 2022a). Sin ir más lejos, Jürgen Stock era alemán y había estudiado con Otto Heckmann,

de mañana igual o peor en Vallenar, Vicuña, etc. hacia el sur y en lugares de altitud similar hacia el norte. La única manera de escapar de esta niebla marina parece ser subir por sobre ella.

12 El mecanismo fue que Manuel Foster, un ex alumno de la universidad que había trabajado en el Ministerio de Relaciones Exteriores cuando la expedición del Lick llegó a Chile, compró las instalaciones y las donó a la Universidad (Silva 2019b, 170 y ss)

otro de los astrónomos involucrados en ESO, y tenía estrecho contacto con Donald Shane, a mediados del siglo, director del Observatorio Lick y que luego asumió la presidencia de AURA (Lorenzen 1996, 71). Al mismo tiempo, el director del observatorio del San Cristóbal –para ese entonces en manos de la Universidad Católica de Chile– fue a perfeccionarse con Jan Oort, de ESO (Silva 1962).

Concretamente, había conexiones personales que hacían posible recuperar aquellos registros y datos de comienzos del siglo, aun cuando la expedición de Curtis hubiese quedado parcialmente olvidada en las estanterías del Observatorio Lick (Duerbeck et al. 1999, 37). Algunas décadas después, cuando la experiencia de ESO en Chile ya se había asentado, y se disponían a embarcarse en el proyecto de un segundo observatorio en Atacama, este reporte les dio luces sobre lo que podrían cientos de kilómetros más al norte de La Silla. Sin embargo, estos registros por sí solos no eran suficiente. La segunda historia que se involucró en el telescopio de vanguardia de Paranal estuvo vinculada a la estrella diurna: el sol.

1920: Smithsonian y el Observatorio Solar Montezuma

Ya a inicios del siglo XX, científicos e ingenieros norteamericanos habían identificado que la región de Atacama tenía una ubicación óptima para estudiar el sol. Esa referencia estuvo presente cuando, en 1918, Charles Abbot, director del Observatorio Astrofísico Smithsonian, decidió instalar una estación en las cercanías de Calama, en el norte de Chile. El objetivo era medir la radiación del sol en la superficie terrestre y sus posibles variaciones tanto en cuestión de días como de semanas (Abbot 1918, 313). El físico había estado trabajando en el proyecto de comprobar la variabilidad del sol desde comienzos del siglo. Para poder llegar a una conclusión fiable, sus mediciones debían ser consistentes en distintas partes de la superficie terrestre, de manera de asegurar que los datos referían a la radiación solar y no a la densidad de la atmósfera. Para Abbot, ya que "es imposible ir afuera de la atmosfera a observar" (Abbot 1918, 313), aquello debía cautelarse con la consistencia de las mediciones. En aquellos años, la posibilidad de enviar artefactos al espacio aun era terreno exclusivo de la ciencia ficción.

De hecho, el proyecto había encontrado más de alguna dificultad, como, por ejemplo, las observaciones en Argelia en 1912 eran inválidas debido a la erupción del volcán Katmai y la consecuente presencia de cenizas en la atmósfera (Abbot 1918, 314). Si bien este era un fenómeno imprevisible que había afectado la investigación, Abbot fue más consciente de la relevancia de encontrar un lugar con la mayor cantidad de días despejados y con la mayor estabilidad atmosférica posible. Después de algunos contactos y de solicitar registros meteorológicos, Abbot llegó a la conclusión que una estación en las cercanías de Calama podía ser el lugar indicado para las mediciones de la constante solar.

El proyecto de la constante solar de Abbot, al parecer, daba resultados prometedores, aun cuando era permanentemente objeto de controversias (Hoyt 1979, 448). Décadas

más tarde se comprobaría su error de cálculo con mediciones satelitales (Hoyt y Schatten 1997). La medición de la radiación solar se realizaba de dos maneras simultáneas. Por una parte, se median los rayos del espectro en la "luz blanca", pero también los efectos calóricos de todo el espectro solar, lo que incluye rayos ultravioletas, los rayos visibles y los rayos infrarrojos (Abbot 1918, 313). Es decir, tal como sus colegas astrónomos del Lick en Santiago, Abbot estaba trabajando con la descomposición de la luz en distintas longitudes de onda, que era posible obtener mediante los espectros. Si bien existía una tradición en mecánica celeste y astronomía matemática, esta convergencia demostraba que "las placas fotográficas y el espectroscopio estaban disponibles para medir la naturaleza física del sol y las estrellas" (Devorkin 1998, 5). Como ya se ha mencionado, muchos años después, la observación infrarroja sería clave en el proyecto de Paranal.

Sin que la observación infrarroja fuese aun concebida como una posibilidad, Abbot seleccionó Montezuma, en las cercanías de Calama, debido a las condiciones de mínima perturbación atmosférica, ya fuera por partículas, nubosidad o vapor de agua. Uno de los objetivos de medir la constante solar era poder iniciar un trabajo de conexión entre la radiación solar y sus efectos en la superficie terrestre, entre los que se contaba la predicción climática. El proyecto de Abbot –aun cuando el físico renunció a la dirección del Observatorio en 1944– continuó hasta 1957, pero no logró conclusiones certeras sobre la relación de la variabilidad del sol y las condiciones climáticas del lugar en cuestión (Rondanelli et al. 2015).

Cuando el proyecto comenzaba, alrededor de 1920, uno de los desafíos era la transmisión de los datos obtenidos, de manera de poder asegurar que los registros tomados en las distintas estaciones del Observatorio Solar de Smithsonian fueran consistentes. En este sentido, la relación de Abbot con otros norteamericanos en la zona del norte de Chile, específicamente con una compañía minera de cobre de Guggenheim, fue relevante (Devorkin 1998, 10). Presumiblemente, Abbot, que se instaló en una de las residencias de Guggenheim cerca de Montezuma, habría usado las instalaciones de la minera para la transmisión de estos datos telegráficamente, y obtener una comunicación casi en tiempo real (Osses et al. 2019, 64).

Luego, en 1935 se realizó otra expedición, esta vez a cargo de C.P. Butler al Monte Aucanquilcha, hacia el noreste de Montezuma. Estas mediciones eran a mayor altitud, a más de 5 mil metros de altura, con el objetivo de evaluar la relación entre la presión de la atmósfera y la radiación solar (Butler 1936).

Las dos experiencias fueron clave en el posterior desarrollo de las mediciones solares en Chile. A comienzos de la década de 1960, Julio Hirschmann creó el Laboratorio de Energía Solar, anclado en la Universidad Técnica Federico Santa María, en Chile. Hirschmann conocía el trabajo de Abbot, en especial aquel que comprobaba las condiciones únicas de radiación solar en Atacama (Abbot 1951, 372). Aun cuando existiesen condiciones particulares que los expertos podían reconocer, era preciso sustentar aquellas afirmaciones en datos concretos, que permitiesen validar ese potencial de Atacama.

Si bien había información disponible posterior a las labores realizadas por Abbot, Hirschmann sostenía que las mediciones en Chile no se habían realizado de manera sistemática, es decir, con instrumentos científicos calibrados de manera que sus registros pudiesen ser comparables (Hirschmann 1973)[13]. El objetivo de Hirschmann se distanciaba sustantivamente de cualquier tarea astronómica y refería, más bien, a la posibilidad de utilizar la energía solar en artefactos y aplicaciones cotidianas (Roth et al. 2019, 79 y ss). De hecho, al mismo tiempo que Hirschmann avanzaba en la creación de un Archivo Solamiétrico Nacional, los proyectos de la astronomía internacional se materializaban en la zona de Coquimbo. Hasta ahora, desconocemos si en ese momento ambas iniciativas tuvieron algún contacto o colaboración entre sí.

Sin embargo, décadas más tarde, las conexiones entre ambas disciplinas, la astronomía y la ingeniería en energía solar, tendrían un significativo y estrecho contacto a través del megaproyecto de Paranal.

Sinfonías entre astros y temporalidades

En 1990, el gran proyecto del observatorio en Atacama ya era una realidad. En diciembre de ese año, ESO anunció la decisión de construir el observatorio en que se alojaría el VLT en Paranal ("The Best Site…" 1990).

A pesar de algunas dificultades legales, como la disputa por la posesión de los terrenos en que se construía el VLT, los trabajos progresaban de manera que el gran telescopio en algunos años tendría su "primera luz", el término usado en astronomía para graficar la primera vez que un telescopio entra en operaciones.

Algunos años antes, aun en la fase de la toma de decisiones, el director de ESO de ese entonces, Lodewijk Woltjer visitó la zona. Al indagar sobre qué se sabía en 1983 sobre Paranal, los registros de Abbot y Butler fueron relevantes. De hecho, el propio Woltjer relató la experiencia de Montezuma, de la década de 1920. El director de ESO sabía que el interés de Montezuma radicaba en la radiación solar y que "como una parte importante de la radiación solar es emitida cerca del infrarrojo, se buscaron los lugares más áridos del planeta" (Woltjer 1991, 6). Según el astrónomo, la experiencia de Smithsonian en el desierto del Sinaí en los años treinta había sido un fracaso, que el propio Abbot explicaba por la guerra, el aislamiento y la tendencia a las enfermedades intestinales. A su vez, se habían defraudado con las mediciones en el actual territorio de Namibia, y Chile parecía ser una alternativa viable. Woltjer ya conocía el error de las mediciones de Abbot en la constante solar, pero de todas maneras incluyó información que provenía de la experiencia de Montezuma: "Abbot encontró que en el invierno el vapor de agua contenido promediaba bajo los 3mm, con muchos días bajo 1mm" (Woltjer 1991, 6).

13 Parte de las referencias a otras iniciativas corresponden al trabajo hecho por la Universidad de Chile a fines de los años 50, publicados en Desvignes y Frick (1959).

Sin embargo, aun cuando reconocía que la calibración precisa de las mediciones del vapor de agua era incierta, no le quedaban dudas de la aridez excepcional de Montezuma, datos que el astrónomo Ardeberg luego comprobó. De hecho, en las exploraciones de la década de 1980, también se incluyó el monte Aucanquilcha, donde había trabajado Butler en los años 30, y que se había determinado como el lugar con la radiación solar mas intensa medida en la superficie terrestre (Woltjer 1991, 7). Además, también se incluyeron mediciones de la Sierra de Varas (Ardeberg y Lindgren 1984, 418), la zona que había sido explorada por Curtis.

Por otra parte, en las exploraciones para el proyecto de Paranal, la experiencia de Stock también fue tomada en cuenta, más allá de los registros que llevaron a la conclusión de instalarse en la zona sur de Atacama, en la región de Coquimbo. A su vez, la evaluación de sitios de Stock se vinculaba con la aventura del astrónomo Curtis en Atacama, a inicios del siglo XX. La indicación de buscar sitios de altura que escaparan a la niebla costera era decisiva. El propio Stock señaló con interés que

> There are a number of mountains of sufficient elevation south of the town of Antofagasta and very close to the coast. The abrupt rise from the Pacific Ocean on one side, and a large flat plain, more than 1000m lower on the other side give these mountains rather special conditions. (Stock 1968, 38)[14]

Stock se refería a una gran estabilidad atmosférica, a lo que sumaba "humedad extremadamente baja hacen de esta área muy adecuada para trabajo astronómico en el infrarrojo" (Stock 1968, 38). Woltjer conocía esta evaluación de Stock y la incluyó en su relato de cómo "descubrieron" Paranal. A ello añadió su propia observación sobre cómo las montañas incidían en la humedad y las precipitaciones, y contribuían a generar esa inusitada aridez de Atacama (Woltjer 1991, 7). La intensidad de la radiación y el calor en el desierto de igual modo tenían incidencia en los disturbios atmosféricos, pero la cercanía de la costa ayudaba a minimizar ese factor (ESO 1987b). Pero esto solo era válido si se lograba subir a cierta altura para evadir la niebla, tal como había preocupado insistentemente a Curtis.

De este modo, las experiencias previas en registros solarimétricos y en evaluación de observación astronómica realizadas décadas antes, se intersectaron con la toma de decisiones en torno al nuevo observatorio de ESO. Paranal fue escogido teniendo en consideración los registros que se obtuvieron en las exploraciones de los ochenta, pero también conectándose con estas experiencias pasadas. Con ello, Atacama adquirió un nuevo significado. El desierto, agreste, minero, solitario y peligroso, se convirtió en una ventana hacia el universo (Silva 2022b).

---

14 Hay numerosas montañas con elevación suficiente al sur del pueblo de Antofagasta y muy cerca de la costa. La elevación abrupta desde el Océano Pacífico en un lado, y una gran meseta plana más de 1000 metros más baja, en el otro, dan a estas montañas condiciones especiales (Stock 1968, 38).

Parte de esta nueva vida que nació en el desierto de Atacama fue posible por esas iniciativas de otros tiempos, que a su vez habían intentado comprender parte de la vinculación de los seres humanos con el universo, de día y de noche. En esa comprensión, en las primeras décadas del siglo XX, fue necesario medir y registrar las condiciones que encontraban, e intentar hacer coherente esos registros convirtiéndolos en números y datos. De este modo, fragmentos de un cosmos, convertidos en objetos al ser vistos, podían potencialmente ser ensamblados para intentar, nada menos, que la comprensión del universo. Ese ensamblaje, a su vez, daba cuenta de las continuidades y cambios en las lógicas geopolíticas de la ciencia, vinculando el desarrollo y poder del hemisferio norte con las realidades poscoloniales del sur. Entre ellas, astrónomos y físicos buscaron inaugurar una que otra certeza sobre aquello que está allá arriba en el universo, inaccesible para la escala humana.

Los científicos involucrados en esta historia, así como las sociedades con las que se relacionaban, experimentaban diariamente el hecho básico que el sol y las estrellas no conviven ante nuestros ojos, pero si coexisten en el universo. Esa coexistencia se reflejó en registros y datos que traspasaron las fronteras de su propia temporalidad. Esos registros, como objetos de información, con capacidad de movilidad y desplazamiento conectaron personas y regiones distantes del mundo, y contribuyeron a la construcción de un gigantesco artefacto astronómico para acceder a ese universo en que el sol y las estrellas sí cohabitan, armónicamente. Ese enorme telescopio era europeo, localizado en América del Sur, que replicaba a la vez que inauguraba nuevas relaciones de poder entre estas regiones. Registros nuevos y registros históricos se insertaron en una visión de futuro, que Paranal materializó como una puerta que se abría para observar el pasado del universo.

Bibliografía

ABBOT, Charles G. 1918. "The Smithsonian 'Solar Constant'. Expedition to Calama, Chile". *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* 4 (10): 313-316.

ABBOT, Charles G. 1951. *Smithsonian Solar Radiation Research*. Washington DC: Smithsonian Institution.

ARDEBERG, A. 1986. "ESO VLT site evaluation" Workshop on ESO's Very Large Telescope". En *Proceedings (A88-10051 01-89)*, Venice, Sept. 29-Oct. 2, 1986, 221-227. Garching: ESO.

ARDEBERG, A., y H. Lindgren. 1984. "Some Possible VLT sites in Chile". *International Astronomical Union Colloquium* 79: 417-428.

BLAAUW, Adriaan. 1991. *ESO's Early History. The European Southern Observatory from Concept to Reality*. München: ESO.

BUTLER, C. P. 1936. "Observing the Sun at 19,300 feet altitude, Mount Aunconquilcha, Chile". *Smithsonian Miscellaneous Collections* 95 (1): 1-4.

CAMPBELL, William W. 1907. "Organization and History of the D. O. Mills Expedition to the Southern Hemisphere". En *D. O. Mills Expedition, Cerro San Cristóbal, Santiago, Chile. From its Organization in December 1900 to March 1906*, edición de W. W. Campbell y W. H. Wright, 5-15. Sacramento: W. W. Shannon; Superintendent State Printing.

"Convention Portant la Création d'une Organisation Européenne pour des Recherches Astronomiques dans l'Hémisphère Austral, signée à Paris, 5 Octobre 1962". DATA. En *Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile,* Vol. 400. Chile: Fondo Organismos Internacionales.

CURTIS, Heber D. 1909. "Report on Astronomical Conditions in the Region About Copiapo". D.O. Mills Expedition: Report on Site Survey Near Copiapo. April 17, 1909, UA 36. Ser. 04. Box 8 Folder 12". En *Lick Observatory Records*, Special Collections, Mary Lea Shane Archives. California: University of California Santa Cruz.

CURTIS, Heber. 1916. "Trip to Puquíos". D. O. Mills Expedition, Correspondence–to W.W. Campbell, June 29, 1916. UA 36. Ser. 04. Box 7 Folder 9". En *Lick Observatory Records*, Special Collections, Mary Lea Shane Archives. California: University of California Santa Cruz.

DASTON, Lorraine. 2000. "The Coming into Being of Scientific Objects". En *Biographies of Scientific Objects*, edición de Lorraine Daston, 1-15. Chicago: The University of Chicago Press.

DEVORKIN, David. 1998. "Charles Greely Abbot. A biographical Memoir". En *National Academy of Sciences,* Washington DC: National Academies Press.

DESVIGNES, Francois, y German Frick. 1959. "Mesures solarimetriques effectuées dans le nord du Chili". *Acta Electronica* Paris 3 (2): 1955-1966.

DUERBECK, H. W., D. E. Osterbrock, L. H. Barrera, y R. Leiva. 1999. "Halfway from La Silla to Paranal – in 1909". *The Messenger* 95: 34-37.

ESO. 1987a. "Europe Decides to Build the World's Largest Optical Telescope". Organisation Release eso8717, 8 December.

ESO. 1987b. *Proposal for the Construction of the 16-M Very Large Telescope*. Garching: ESO.

ESO. 1998. "A Great Moment for Astronomy. VLT First Light Successfully Achieved". Organisation Release eso9820, 27 May.

HIRSCHMANN, Julio. 1973. "Records on solar radiation in Chile". *Solar Energy* 14: 129-138.

HOYT, Douglas V. 1979. "The Smithsonian Astrophysical Observatory Solar Constant Program". *Review of Geophysics and Space Physics* 17, no. 3 (May): 427-458.

HOYT, Douglas V. y Kenneth H. Schatten. 1997. *The Role of the Sun in Climate Change* New York: Oxford University Press.

LATOUR, Bruno. 2000. "On the Partial Existence of Existing and Nonexisting Obejcts". En *Biographies of Scientific Objects*, edición de Lorraine Daston, 247-269. Chicago: The University of Chicago Press.

LEIVA GAJARDO, Ricardo. 2010. "Atacama: a 100 años del informe Curtis". *Revista de Humanidades* 3: 10-22.

LORENZEN, Dirik. 1996."Jürgen Stock and his impact on modern astronomy in South America". *Revista Mexicana de Astronomía y Astrofísica* 25: 71-72.

MCCRAY, Patrick. 2004. *Giant Telescopes. Astronomical Ambition and the Promise of Technology,* Cambridge: Harvard University Press.

OORT, Jan. 1960. "Letter to Donald Shane, April 28. Frank Edmonson Archive". En Frank K. Edmonson. 1997. *AURA and its US National Observatories*, Cambridge: Cambridge University Press.

OSSES, Mauricio, Miriam Roth, y Roberto Rondanelli. 2019. "Datos solarimétricos: mediciones y registros". En *El sol al servicio de la humanidad. Historia de la energía solar en Chile*, edición de Mauricio Osses, Cecilia Ibarra y Barbara Silva, 45-78. Santiago: USM/SERC/Ril Editores.

RENN, Jürgen. 2015. "From de History of Science to the History of Knowledge – and Back". *Centaurus* 57 (1): 37-53.

RONDANELLI, Roberto, Alejandra Molina, y Mark Falvey. 2015. "The Atacama Surface Solar Maximum". *Bulletin of the American Metereological Society* 96 (3): 405-418.

SECORD, James. 2004. "Knowledge in Transit". *Isis* 95 (4): 654-672.

ROTH, Miriam, Pedro Sarmiento, y Cecilia Ibarra. 2019. "Tecnologías de transformación de energía solar y algunas aplicaciones". *El sol al servicio de la humanidad. Historia de la energía solar en Chile*, edición de Mauricio Osses, Cecilia Ibarra y Barbara Silva, 79-125. Santiago: USM/SERC/Ril Editores.

SILVA, Alfredo [Rector UC]. 1962. "Desde Holanda piden visita de Heilmeier". 9 de marzo de 1962, Código 06IIC-0001, Caja 74, Archivo Histórico Universidad Católica de Chile.

SILVA, Barbara. 2019a. *Astronomy at the Turn of the Twentieth Century. Chasing Southern Stars*. New York, London: Palgrave Macmillan.

SILVA, Barbara. 2019b. *Estrellas desde el San Cristóbal. La historia de un observatorio pionero en Chile*. Santiago: Catalonia.

SILVA, Barbara. 2022a. "Un astrónomo, tres continentes, siete instituciones y millares de estrellas. La experiencia global de Jürgen Stock en los inicios de la astronomía en Chile". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [Online], Debates [Jun.]. https://doi.org/10.4000/nuevomundo.87629.

SILVA, Barbara Silva. 2022b. "Atacama, un paraíso dislocado. El desierto como espacio científico a comienzos del siglo XX". *Diálogo Andino* 67 (Jul.): 280-290. http://dx.doi.org/10.4067/S0719-26812022000100280.

STOCK, Jürgen. 1961. "Report No. 19" [October 9-October 22, 1961]. *Chile Site Survey Reports,* w/d, Cerro Tololo Interamerican Observatory Library, Coquimbo, Chile.

STOCK, Jürgen. 1968. "Astronomical observing conditions in Northern Chile". *ESO Bulletin* 5, December, 35-40.

"The Best Site for the Biggest Telescope: The VLT goes to Paranal". 1990. 4 December, eso9015 Organization Release.

WOLTJER, L. 1991. "The 'Discovery' of Paranal". *The Messenger* 64 (June): 5-8.

A colecção Estudos & Documentos (E&D) do CHAM – Centro de Humanidades publica trabalhos originais resultantes da investigação científica nas Humanidades, nas mais variadas cronologias e esferas disciplinares.

Este volume multilingue convida a uma reflexão em torno da ideia de "fragmentação" e do seu papel na produção de conhecimento. Sublinha a dimensão fragmentária da transmissão e da circulação de objectos e artefactos que convergem e transitaram da América para a Europa entre os séculos XVI e XX.

The CHAM – Centre for the Humanities Studies & Documents (E&D) Collection publishes original scientific studies in the Humanities from a wide range of chronological periods and disciplinary areas.

This multilingual volume reflects on the idea of 'fragmentation' and its role in the production of knowledge. It emphasises the fragmentary dimension of the transfer and circulation of objects and artefacts, which converged and transited from America to Europe between the 16th and 20th centuries.







